Pedro Farré

Cazado

El hombre de la SGAE que sabía demasiado



PENÍNSULA REALIDAD

Índice

PORTADA
CITAS
NOTA DEL AUTOR
INTRODUCCIÓN
PRIMERA PARTE
1. EL PASADO SIEMPRE VUELVE
2. EL ENEMIGO PÚBLICO NÚMERO UNO
3. UN PUNTO DÉBIL
4. LA CRUZADA CONTRA LA PIRATERÍA
5. LUCES DE COLORES
6. EL MUNDO ES GRIS
7. LA CEJA DE LOS ARTISTAS
8. EL COMANDANTE EN JEFE DE LOS AUTORES
9. DE BRUCE AL VIÑA ROCK
10. LA GRAN GUERRA ENTRE LOBBIES
11. EL ÚLTIMO GRAN ERROR
12. OPERACIÓN «JUBILAR A TEDDY»
SEGUNDA PARTE
13. SOMBRAS Y SOSPECHAS
14. ENTRE TOROS Y ESPÍAS
15. EN EL PUNTO DE MIRA
16. DOSIERES POR DOQUIER
17. «ESTÁ USTED DETENIDO»
18. CUERPOS AMIGOS
19. URDANGARIN EN EL PALACIO… DE LONGORIA
20. HOLLYWOOD Y EL SÉPTIMO DE CABALLERÍA
21. ¿AMIGOS EN LA POLÍTICA?
TERCERA PARTE
22. LAS HOGUERAS DE LA NUEVA INQUISICIÓN
23. LOS PRIMEROS DÍAS
24. ENTRANDO EN LA AUDIENCIA NACIONAL
25. NUEVAS LLAMADAS
26. LA VIDA ENTRE PARÉNTESIS
27. LA POLÍTICA SIEMPRE JUEGA SUS BAZAS
28. FILTRACIONES E INFILTRADOS
29. BAUTISTA CONTRAATACA

30. SE ACABÓ
EPÍLOGO: SABER PERDER
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Los cuentos de hadas superan la realidad no porque nos digan que los dragones existen, sino porque nos dicen que pueden ser vencidos.

G. K. CHESTERTON

Lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y cuál hay que quemar.

BERTRAND RUSSELL

NOTA DEL AUTOR

Todo lo narrado en este libro es real. No se incluyen en el relato personajes ni sucesos mitad ficción, mitad realidad. Para preservar el anonimato de algunas personas, por razones de diversa índole, he modificado detalles que pudieran identificarlas. No me mueve el rencor —una mochila demasiado pesada— ni es mi voluntad ajustar cuentas con nadie; solo pretendo describir la atmósfera de un país desde mi experiencia, contar algunas prácticas y dinámicas que he podido conocer, apuntar la existencia de actores y entes absolutamente tóxicos y, en definitiva, ofrecer un testimonio desde mis particulares circunstancias vitales. Todos los hechos y acontecimientos narrados, así como los diálogos, se produjeron tal y como aquí son relatados.

INTRODUCCIÓN

Yo no soy importante. Tan solo una pequeña ficha en un tablero. Pero mi mapa de relaciones debió de adquirir relevancia para alguien en algún momento. Todo está conectado con todo. Existen hilos invisibles que nos vinculan con otras personas o acontecimientos. Y yo, aunque anónimo, conectaba con personas o asuntos que sí tenían importancia. Este asunto mío que ahora narro en estas cuartillas es una pieza de un plan mayor, más sofisticado, que se halla en el fondo de todo. Si la tormenta perfecta no se hubiera desatado, seguramente yo no estaría narrando esta historia.

Para que se produzca una tormenta hacen falta muchos rayos y truenos. El mío era un pequeño relámpago, pero que formaba parte de la tormenta que, dirigida o no, se desató de golpe en España. Todo empezó a volar por los aires en este país en el que el estanque se estaba secando; y cuando eso sucede, los peces más grandes son los que se ponen más nerviosos. Ese trueno era mi billete para un viaje que nunca habría querido hacer. Pero no había vuelta atrás. Alguien me había reservado ese billete.

¿Quiénes están detrás de esta voladura controlada del sistema? Yo lo desconozco, pero no creo en las casualidades. De repente, el 90 por ciento de las noticias del telediario de cada jornada son sobre corrupción. Internacionalmente, España es vista como uno de los países más corruptos. Si le preguntan hoy a un alemán, a un francés o a un norteamericano por lo que les evoca la palabra España, el asunto de la corrupción saldría en los primeros puestos. La voladura controlada lo ha sido de la imagen de España. Alguien fuera de nuestras fronteras, estoy seguro, lanzó esta operación. Muchos de nuestros jueces, fiscales y policías han sido formados en

instituciones de fuera de nuestro país, como Quantico —la sede del FBI—, la Interpol o la ONU, entre muchas otras. No digo que no existan casos de corrupción en España o que no deban ser perseguidos con toda la contundencia que sea posible. Lo que intento explicar es que no somos un país más corrupto que otros de nuestro entorno y, sobre todas las cosas, que esa corrupción institucionalizada de la que tanto se habla no describe a nuestro país, sino al modelo de democracias que nos hemos dado en Occidente, con algunas cosas buenas pero también con grandes defectos.

La democracia, decía Aristóteles, es un régimen mediocre, y lo es porque es el reflejo del mundo en el que vivimos, así como de nuestras propias imperfecciones como seres humanos. En nuestras democracias, el capital está por encima de todo y también de la política, que ya no es *policy*, sino pura *politics*. Hay política en todos lados. La política está presente más allá de los partidos políticos, más allá incluso de la partitocracia en la que vivimos y más allá de la telecracia. Hay política en las empresas, en la universidad, en las ONG, en los medios de comunicación y en todo tipo de organizaciones, públicas o privadas. También la hay en la policía y en los tribunales de justicia. El hombre es un animal político, como asimismo nos advirtió Aristóteles. Y los griegos saben mucho de eso.

Algunos pueden pensar que esta manera mía de ver las cosas es demasiado rebuscada. No los crítico. Hay una cierta tendencia a ofrecer respuestas rápidas, a simplificar. Con un par de detenciones nos quedamos tranquilos. Es cierto que las respuestas sencillas pueden explicar algunas cuestiones, pero la realidad es infinitamente más compleja, y para conocer la verdad no basta con hacer ejercicios superficiales para salir del paso. Esa es mi manera de pensar después de todo lo que he conocido en estos años.

Claro que hay corrupción. La hay en todo el sistema. Y de todos los colores. Como explica José Antonio Zarzalejos en su libro *Mañana será tarde*, la corrupción no siempre es negra, sino que puede moverse en distintas tonalidades de gris, la que de una u otra

manera aceptan todos y en la que todos participan hasta que deja, provisionalmente, de convenir. Todo aquel que tiene poder tiende a abusar de ese poder. Para que las cosas fuesen de otro modo habría que cambiar la naturaleza humana. El sistema promueve el clientelismo y los bancos de favores. Un sistema del que también son miembros destacados los jueces, los policías y los medios de comunicación, justamente aquellos que ahora tratan de aparecer ante el pueblo como los salvadores de nuestra imperfecta democracia de partidos. Sin embargo, ¿cuántos casos de corrupción, negra, gris o blanca, conocemos en los que hayan sido condenados jueces, policías o periodistas? Resulta sumamente curioso, toda vez que el poder de las sentencias, el de las escuchas o el de los titulares no es más débil que el de las decisiones políticas.

De todo ello he querido reflexionar en las páginas que siguen; de la pieza que he sido en este tablero del poder, pero también de la corrupción y de los hilos que lo mueven casi todo desde la sombra, haciéndonos creer libres cuando, en realidad, no lo somos. O al menos no totalmente.

No he hallado mejor ni más eficaz modo para aclararme a mí mismo los hechos que darles forma y describirlos para otros.

PRIMERA PARTE

1

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

«Te tenemos agarrado por los cojones.»

Estas seis palabras desmoronaron mi mundo, el que había conocido hasta entonces, el que me había contado a mí mismo. Todo terminó de derrumbarse en ese instante. Toda la mierda empezó a brotar en el momento en que un francotirador a sueldo disparó aquellas palabras: «Te tenemos agarrado por los cojones».

Llevaba días presintiendo que algo malo me iba a ocurrir. Casi siempre acierto cuando le hago caso a mi intuición; el problema es que he tardado demasiado en comprender qué es eso de la intuición, y mucho más en aceptar que es de las pocas cosas que uno debe seguir en esta vida. Es muy probable que si yo hubiese atendido a mi instinto desde el principio casi nada de lo que ahora voy a relatar se habría producido. Pero lo malo de la experiencia es que siempre llega demasiado tarde. O tal vez no. Acaso llega cuando le toca. Como sucede con todo.

Quizá todo este dolor haya servido para algo. Todo tiene un coste. Y madurar también. «Nada es más lento que el verdadero nacimiento de un hombre», leía justo por esos días en las *Memorias de Adriano*, el inspirador y reconstituyente libro de Marguerite Yourcenar. Crecer lleva su tiempo, como todo lo importante. He sufrido angustia en no pocos momentos, pero mi mayor dolor ha sido haber vivido durante demasiado tiempo una vida que no era la mía. Seguramente lo ocurrido tenía que pasar, porque yo soy ahora quien soy en parte gracias a todo aquello, a una peripecia que me ha moldeado a base de golpes.

Era una soleada mañana del otoño de 2011. Había salido a correr, como llevaba haciéndolo desde hacía meses, en mi afán —ese que, pese a todo, nunca he perdido— por sentirme bien física y espiritualmente. Desde que empecé a darme cuenta de que mi vida debía cambiar, de que había hecho el capullo demasiado tiempo y de que el deporte constituía una herramienta vital para ese cambio. Un deporte que me había acompañado siempre y que, sin embargo, había abandonado durante años por esa falta de tiempo que nos imponemos las personas que nos creemos demasiado importantes y ocupadas. Son los inconvenientes que tiene el ego, que hace que uno termine olvidándose de sí mismo bajo la tormenta de una atareada y estresada vida.

Mientras me duchaba, algo me daba vueltas en la cabeza. Era ese sexto sentido que nos pone en alerta cuando intuye que algo grave nos va a ocurrir. A diferencia de otras mañanas, el agua no era capaz de arrastrar aquel mensaje del destino. Su insistencia era reconocible. Algo iba a pasar, estaba seguro. Y nada volvería a ser igual desde aquel día.

Escuchaba *First day of my life*, de Bright Eyes, una banda de Nebraska que había conocido un año y medio antes, durante mi periplo por California, un lugar del que quizá nunca debí haber regresado, y mucho menos para hacerlo a un Madrid que siempre he sentido cargado de ruido y furia. Aquella canción representaba lo mejor de mis días a orillas del Pacífico. «*Remember the time you drove all night, just to meet me in the morning*.» Me gusta comenzar el día con determinadas canciones. *Here comes the sun*, de los Beatles, es una de ellas. La idea de empezar de nuevo, de comenzar un nuevo día, de reinventar la vida, el recuerdo de que el sol siempre termina por salir, de que tras la oscuridad viene la luz, está presente en muchos de los temas que componen mi particular banda sonora, influida por una convicción que he tenido desde muy joven: que hay muchas vidas dentro de esta vida.

Entonces sonó el móvil. La música se desconectó inmediatamente de mi iPhone. Miré la pantalla del dispositivo: «número desconocido». Con frecuencia —fruto de la desconfianza alimentada durante los últimos años— no contestaba a llamadas de números no identificados, pero aquel día sí descolgué. Al otro lado, una voz áspera, ruda e inquietante comenzó a interrogarme.

—¿Pedro Farré? —preguntó aquella voz.

—¿Quién es?

—Te tenemos agarrado por los cojones —sentenció directamente con un tono amenazante, como queriendo sentar las bases de esa relación recién iniciada al estilo de un matón.

—¿Cómo? ¿Quién es usted? —repliqué, no exento de inquietud.

—Soy periodista. Tú trabajabas en la SGAE, ¿verdad? Sabemos que te gastaste dinero de la tarjeta de crédito de la sociedad en prostitutas.

—¿Qué dice? Hace mucho que no trabajo en esa empresa —le dije al tipo—. Y no quiero volver a saber nada de ella.

La conversación fue breve. Quería terminarla rápidamente. Pero duró lo suficiente como para que todo mi cuerpo sintiera un miedo que nunca antes había conocido. Me iban a obligar a revivir los peores años en la Sociedad General de Autores (SGAE), los dos últimos en los que allí trabajé, dentro de un entorno lleno de tensión, de odios, de ansiedad creciente. Siempre puede ocurrir cualquier cosa, y puede ocurrir en cualquier momento. Un instante te cambia la vida. El destino conspiró para que mi existencia se viese sacudida por un cataclismo en forma de llamada de teléfono.

La verdad es que me habría gustado contestarle a aquel tipo: «No me sea cretino, déjeme en paz». Pero me acoquiné, y no me culpo por ello. ¿Quién se atrevería a hablarle así a quien como periodista te puede arrastrar por el fango de los titulares y las ondas hasta convertirte en algo irreconocible incluso para ti mismo? ¿Cómo puedes salir indemne de la revelación de que pagaste en un lupanar con la tarjeta de la empresa? ¿Cómo puede uno vivir tras el escarnio de la revelación pública de que ha estado con prostitutas? En aquel

momento, cuando lo único que deseaba era enterrar de una vez por todas mi pasado en la SGAE, pensaba que sería imposible sobrevivir a esa acusación, a esa mancha. No me importaba que cosas mucho peores estuvieran descubriéndose en el fondo de las siniestras cloacas de una sociedad en crisis. Haber trabajado en la SGAE y haber ido de putas eran dos realidades que juntas constituían una bomba de destrucción masiva que los medios no pasarían por alto. Lo perdería todo. «Nadie querrá acercarse nunca más a mí. Nunca me volverán a contratar», me decía una y otra vez. Mi nombre, mi carrera, mi vida iban a pender de un hilo. Todo lo logrado, los éxitos académicos, lo aprendido y realizado, el ir de aquí para allá en mil viajes, los contactos construidos, el poco o mucho prestigio profesional adquirido... Todo dejaría de tener sentido.

Entonces, una parte de mí pareció asumir todo lo que me iba a caer encima. Era verdad, había ido de putas y había pagado con la tarjeta de la empresa. No soy perfecto, me equivoqué, pero tampoco había matado a nadie, así que lo que debía hacer era luchar. Me defendería del ataque. Porque de eso estaba seguro: aquella extraña llamada era el comienzo de un ataque impulsado por un interés distinto del que aparentaba. Nada es lo que parece. Yo lo sabía bien. Detrás de esa llamada había algo más que un supuesto interés periodístico. Lo intuía. A pesar del miedo que sentía, debía intentar no dejarme llevar por el pánico; no me lo podía permitir. Las personas a las que quería sufrirían conmigo, así que debía sacar fuerzas de donde pudiera. Si me mantenía firme, ellos también lo estarían. Con aquellos dos ingredientes, aceptación y lucha, me enfrentaría a un golpe que nunca hubiera imaginado recibir, y mucho menos ser capaz de soportar. Un golpe que si se había producido era, por encima de todo, por haberme convertido en un cruce de caminos. Y una encrucijada era también lo que significaba la SGAE para algunos.

2

EL ENEMIGO PÚBLICO NÚMERO UNO

La Sociedad General de Autores y Editores llevaba años concentrando el odio de muchos en una España que siempre necesita un enemigo. Y la SGAE, el mayor *lobby* cultural que ha tenido nunca este país, una de las cinco mayores entidades de derechos de propiedad intelectual en el mundo, que llegó a acercarse en su mejor momento a los quinientos millones de euros de recaudación, despertaba el odio de personas de izquierdas y de derechas, de madridistas y de culés, de católicos de misa diaria y de ateos convencidos. Bien mirado, existen muy pocas cosas que consigan aunar en España a unos y a otros. Y la SGAE tenía ese dudoso honor.

Además de su protagonismo mediático de los últimos años y de la encendida crítica que había acumulado, tanto por errores propios como por intereses económicos de terceros, la SGAE había abierto todos los telediarios —unos meses antes de aquella llamada telefónica— debido a que el juez Pablo Ruz, de la mediática Audiencia Nacional, había enviado a toda la caballería con sus metralletas, chalecos antibalas y gafas de sol para asaltar a plena luz el palacio de Longoria. Era el día después de las elecciones en las que Teddy Bautista salió elegido de nuevo presidente del consejo de dirección. Imagino que a alguien no le parecería demasiado bien aquello. Teddy nunca quiso hacer caso de los que le recomendaron jubilarse, algunos mandados directamente por el poder político de entonces. La llamaron Operación Saga.*

Se llevaron detenidos al presidente, Teddy Bautista, y a sus principales directivos, junto a montones de cajas con documentos y material informático. La imagen esperada por muchos y aplaudida por casi todos de un Teddy Bautista saliendo sin afeitar del calabozo recibió erosivos minutos en los telediarios.

Así dio comienzo una instrucción que, tras más de cinco años de silencios, interrumpidos solo por algún pequeño detalle del señor juez, continúa aún, mientras escribo estas líneas, atascada sin que nadie acierte a comprender la razón. Pero Pablo Ruz, que estaba provisionalmente en la Audiencia Nacional, salió de allí, tras alguna prórroga, en abril de 2015, para regresar al Juzgado de Móstoles del que era titular. Antes de su marcha impulsó algunas importantes causas, como las de los casos Gürtel o Bárcenas, pero no la de la SGAE, cuyo sumario andará llenándose de polvo en voluminosas cajas apelotonadas en algún despacho de la Audiencia Nacional.

Aquellas detenciones de la cúpula de la SGAE, aquellas imágenes de la Guardia Civil entrando en el palacio de Longoria con las televisiones en directo, iban a gustar a muchos. Esa era una hoguera en la que ardería el *lobby* cultural que en el imaginario colectivo español representaban Teddy y Ramoncín, y muchos preparaban ya la danza con la que moverse alrededor, al son que marcarían las orquestas de tertulianos. La SGAE había hecho méritos suficientes para ganarse el odio de España. Ese era, pues, un trabajo sencillo para tantos enemigos como se habían cosechado: los jóvenes internautas, la industria tecnológica, el sector de la hostelería y los grandes grupos de comunicación tenían suficiente artillería para enterrar socialmente al enemigo público número uno. La SGAE, un sindicato de ricos y famosos ante los ojos de muchos, había aparecido durante años como la inclemente represora de manteros; la institución privilegiada que estaba detrás de «los de la ceja»; el mayor enemigo de la libertad en internet y del progreso tecnológico; la que aplicaba tarifas desproporcionadas a los medios; la que no repartía equitativamente lo recaudado entre sus socios; la que usaba sondeos para beneficiar en el reparto a los autores

amigos de Teddy Bautista; la que se quedaba con los derechos de autor pendientes de identificar; la que con su inigualable voracidad recaudatoria cobraba por tararear en la ducha, cobraba en los conciertos benéficos, cobraba en las peluquerías y hasta en las bodas. Todo aquel arsenal preparado durante años se dispararía a un tiempo y a su orden por los que tantas ganas le tenían a aquella casa. Un arsenal en el que había de todo, fundamentalmente medias verdades que los errores propios de la SGAE —que nunca fue capaz de ver el jardín en el que se metía— habían ayudado a construir.

La llamada de aquel supuesto periodista me había vuelto a traer a la memoria todo aquello; la empresa donde había trabajado ocho larguísimos años y lo vivido en ella. Cuando Ruz y la Unidad Central Operativa (UCO) de la Guardia Civil, intervinieron la SGAE, yo ya no trabajaba allí. Me había marchado de la empresa casi dos años antes, en mayo de 2009, terriblemente cansado, con la idea de poner un océano de por medio. El presidente Bautista y otros directivos habían intentado que me tomara un descanso y que no dejase la entidad. Pero ya no podía resistir más. Habíamos librado numerosas batallas inútiles, nos habíamos metido en demasiados charcos y habíamos competido ciegamente por cosechar el odio de media España.

3

UN PUNTO DÉBIL

Todo el mundo tiene un punto débil. Todos somos culpables de algo.

Empecé a trabajar en la SGAE como director antipiratería diez años antes de aquella mañana soleada y fría de octubre en la que fui detenido. Nada hacía indicar entonces que la vida me pondría en semejante situación. Pero así sucede todo. La vida se conduce de una manera caprichosa, llevándonos por lugares en que nunca habíamos imaginado estar y sin ni siquiera habérnoslo propuesto.

En el año 2002, la compra de obras pirateadas —el *top manta*— había crecido de forma alarmante para el sector cultural español, principalmente la de CD de música, pero también empezaban a venderse masivamente en las calles DVD con los grandes estrenos cinematográficos. Los autores, y sobre todo los editores musicales y los productores, estaban presionando mucho para que la SGAE pusiese toda la carne en el asador para luchar contra un fenómeno que conllevaba que los ingresos económicos de esa industria se resintieran significativamente. Se hacía urgente frenar esa tendencia.

En aquel momento, las fuerzas y cuerpos de seguridad no hacían lo suficiente para erradicar los delitos de piratería. A decir verdad, no hacían casi nada. Según nos decían los mismos responsables policiales: «Tenemos otras piedras en el zapato que nos aprietan más». En mis primeras reuniones con las distintas policías competentes, pude percibir claramente sus quejas y sus justificaciones: «las leyes actuales no son suficientes», «los jueces no entienden este tema», «nuestros recursos son precarios» y «este asunto no está ahora en la agenda». Estaba claro que la lucha

contra la piratería no figuraba en la lista de prioridades para los políticos, la verdadera piedra que aprieta en el zapato de un agente de policía. Los políticos tampoco parecían muy sensibilizados. A ellos tampoco les apretaba su particular piedra: los medios de comunicación. Ya se sabe, todos llevamos una piedra en el zapato que puede llegar a cambiarnos el paso. Por su parte, los jueces y los fiscales no parecían tener en aquel momento demasiados conocimientos técnicos sobre los delitos de propiedad intelectual, según manifestaban los abogados de todas las entidades de gestión de derechos de propiedad intelectual. La situación en 2002 era que la piratería campaba a sus anchas y que la ley vigente no se aplicaba. El sector cultural estaba harto de que sus derechos no se respetaran. España estaba entonces gobernada por el PP de Aznar y aquello, para qué negarlo, daba mayores alas a sus quejas.

Ante tal panorama de devaluación de los derechos de autor, el presidente de la SGAE decidió poner en marcha un plan antipiratería al que se destinaría una importante cantidad de dinero y recursos. Los grandes editores musicales, detrás de los cuales estaban las *majors* de la música y cuyo poder en la SGAE era significativo, respaldaban completamente una iniciativa que empezaría a cambiar para siempre la imagen de esa entidad ante la sociedad española.

Yo tenía treinta y un años cuando accedí al puesto de director antipiratería de la SGAE y, a decir verdad, tenía una idea más bien escasa de propiedad intelectual, casi nada de procesos penales y mucho menos de operaciones policiales. Yo era más bien un desencantado profesor universitario. En aquel momento impartía clases de Derecho Constitucional en la Universidad Antonio de Nebrija, en Torrelodones, a las afueras de Madrid, una de las privadas que habían empezado a crecer como setas en los años noventa, cuando España creía que todo pueblo de la piel de toro que se preciara debía tener su propia universidad. Me había especializado en una novedosa disciplina, el derecho de la comunicación, y durante algún tiempo había compatibilizado la docencia con el asesoramiento jurídico a anunciantes, agencias de

publicidad y medios de comunicación. Aquel fue mi primer trabajo serio fuera de las aulas y mi primer contacto con la batalla real de la calle.

Un buen día, un prestigioso abogado laboralista de Madrid, buen amigo de mi padre, me dijo que la SGAE buscaba cubrir un puesto y que creía que mi perfil encajaría perfectamente.

—Yo no sé nada de derechos de autor —le dije.

—Ellos tampoco —me contestó con esa ironía que solo saben dar las canas.

Sin conocer demasiado bien aquella empresa, que por entonces no estaba todavía en boca de todo el mundo y cuya presencia en los medios era esporádica, me presenté al proceso de selección y, tras dos reuniones, la primera con la directora de recursos humanos y la segunda con Juan Palomino, quien sería mi jefe, fui contratado. Juan Palomino era el director de «Reproducción Mecánica», así se llamaba el departamento encargado de licenciar las producciones discográficas y audiovisuales. La terminología del mundo de la propiedad intelectual resulta incomprensible para los no expertos y demasiadas veces, incluso, cómica. Aquella nomenclatura parecía desplegada para que nadie fuera capaz de entender nada, y la estructura de la SGAE y los nombres de sus departamentos seguían con todo rigor aquella máxima. El departamento de «Reproducción Mecánica» era el área que más se estaba resintiendo por culpa del fenómeno de la piratería, ya que se ocupaba de facturar por disco vendido y, claro está, cada vez se vendían menos discos. Palomino era un hombre bajito, fuerte, de origen peruano, muy fiel a Teddy Bautista, su único jefe. Trabajador, sencillo y muy leal, carecía sin embargo de otros amigos en la casa. Tenía una manera especial de explicarse. Le gustaba juntar muchas palabras y tendía a andarse por las ramas antes de llegar al lugar deseado. Aquel hombre, a quien algunos directivos de la SGAE no tenían demasiado en cuenta, fue la persona que decidió mi contratación.

En aquel momento, yo era un profesor de Derecho que estaba terminando de escribir su tesis doctoral. Fui ayudante de departamento de mi maestro en la facultad, Juan Encinar, catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Alcalá. Allí empecé mis estudios de doctorado y fue en sus aulas donde impartí, rematadamente mal, por cierto, mis primeras clases de Derecho. En aquella universidad, junto a un buen número de catedráticos estrella, y bien pegado a ese sabio profesor, comencé a atisbar de qué manera funcionaba realmente el mundo, esa selva en la que hay más *politics* que *policy*. Más política que plan de acción, que programa político con unos objetivos marcados. Y *politics* en las facultades de Derecho había mucha. Política y universidad eran dos palabras muy unidas, toda vez que para crecer en la vida académica necesitabas apoyos, y casi todos los profesores de Derecho aspiran en realidad a otras metas: a un ministerio, a entrar en el Tribunal Constitucional o al rectorado. Dar clases muy pronto se queda corto en un mundo en el que la vanidad está tan presente y donde la principal ocupación termina siendo, tarde o temprano, la de medrar.

Un buen día, Juan Encinar me dijo con su voz grave y seductora:

—Pedro, no hay que estudiar tanto. Esto es más sencillo: la mitad de tu tiempo estudia y la otra mitad dedícate a cultivar relaciones. Puede llegar a ser catedrático de universidad un simple poste de teléfonos siempre que tenga los tres votos. Lo importante son los tres votos.

Nunca olvidaré aquellas palabras. Lo que me estaba diciendo es que a catedrático de universidad, como a presidente del Gobierno, puede llegar cualquiera, siempre que haya conseguido los apoyos necesarios. Los votos son lo verdaderamente importante en política, y todo es política. Así que los votos lo son todo. Los votos, los apoyos, los «amigos» mueven el mundo. En la universidad, uno se daba cuenta de eso enseguida. Mi primer contacto con el poder lo había hecho allí. El mundo académico y la política universitaria, más aún en las facultades de Derecho, son finas escuelas de conspiración

y medra. Se libraban batallas de todo tipo y con todas las armas que el buen arte florentino proporciona. Guerras por el rectorado, guerras por un simple departamento de una facultad, guerras por una cátedra o por una titularidad en cualquier universidad de provincias. Las distintas familias, ideologizadas o no, se enfrentaban siempre por lo mismo: los puestos, el poder, la influencia. Un buen puesto te da poder y el poder te da influencia. Por ello no es extraño que durante mis años de vida académica en varias universidades haya visto desde traficar con plazas de catedrático o de profesor ayudante hasta obligar a un profesor becado a «ceder» un porcentaje de su beca a una especie de caja B («el dinero de los calcetines», como se lo llamaba) destinada a realizar determinados gastos.

En la universidad aprendí cómo funcionaba la urdimbre del poder, cómo se construía y cómo se desplegaban sus esencias. Un mundo, el de verdad, muy diferente del que nos habían enseñado y seguíamos enseñando en las aulas. Porque los mismos que explicaban la teoría de la democracia o el Estado de derecho contribuían con sus actos a fabricar ese eslabón, uno más del sistema, que conforma esa cadena de favores. El Derecho, los derechos, las normas, los procedimientos, las garantías constitucionales, la separación de poderes, el principio democrático..., construcciones todas ellas muy teóricas y endebles, pero capaces, si se manejan correctamente, de darte lo que buscas: acceder al poder y perpetuarte en él.

Para ello hay que comenzar por reconocer el triángulo en torno al cual se conforma el sistema. Ese triángulo tiene en sus vértices tres maquinarias cuya alianza se retroalimenta de un modo clientelar:

- La del poder político, cuya moneda de cambio es la ley.
- La del poder financiero, con el lenguaje inequívoco y universal del dinero.

- Y la del poder mediático, con sus titulares e imágenes, una moneda de cambio igualmente persuasiva.

Dentro del sistema existen subsistemas altamente poderosos, como el de la nueva Santa Inquisición: los jueces, la policía y los medios de comunicación que, con los escándalos mediático-judiciales, mueven a la sociedad en determinada dirección.

Como estudiante universitario, y hasta algún tiempo después, tuve ideales. Pero quizá demasiado pronto empecé a descubrir que no todo era tan bonito como nos contaban los libros. Nos fascina creer en algo. Queremos albergar esperanzas. Hasta que, por la fuerza de los hechos, te las derriban y sobreviene el desencanto. El precio de madurar es que te vuelves más escéptico.

Juan Encinar era un cultísimo profesor, voraz lector y algo cínico, que con sus intensas y apasionadas charlas nos acercaba a Maquiavelo y a Rousseau, pero también al mundo de las conspiraciones universitarias, mediáticas, políticas y judiciales. Con él aprendí mucho sobre el poder, aunque me aparté de él antes de que pudiera recibir las lecciones sobre cómo protegerse de sus ataques. Quizá hice mal. O tal vez no. Con Juan no lo pasé muy bien. Había demasiada política —*politics*— en su manera de entender la vida, la universidad y, por supuesto, la propia política. Yo era joven entonces. Aprendí mucho junto a él, pero terminé aburriéndome de tanta conspiración. Seguramente porque por aquel entonces me negaba a ver el mundo como es realmente. Al menos hasta que ha sido inevitable verlo en su grisura natural. Es lo que nos pasa a las personas idealistas: confías más de lo conveniente en la bondad de lo que te rodea y tardas en darte cuenta de que, en determinados ámbitos —los del poder—, para sobrevivir hay que estar siempre con el cuchillo en la boca. Yo todavía no quería perder la esperanza. ¿A quién no le gusta cometer el error de tener esperanza? Detestaba el conflicto y me negaba a saltar al *ring*, aunque solo fuera porque resultaba agotador e inútil. Nunca me he dejado amoldar del todo y siempre he huido de las interpretaciones

que no me convencían. Todo lo que soy, lo bueno y lo malo, se lo debo quizá a esta manera mía de entender el mundo. Me lo podría haber hecho más fácil, aunque entonces ya no sería yo. En fin, aunque haya tardado algún tiempo, he terminado finalmente por aceptarme a mí mismo.

La vida académica estaba plagada de todo lo que después pude encontrar en la política y en el mundo empresarial. En cuestiones de poder, no se elige ir o no a la guerra. Siempre se está peleando. Ambiciones, traiciones, hipocresía, enfrentamiento y batallas, es decir, conflicto permanente, aunque, como ya he dicho, con cierto aire florentino. Unas veces se peleaba a florete y otras a puñal, pero incluso cuando se escogía la segunda opción, la elegancia presidía el duelo.

Tras un año en la Universidad de Cantabria, donde me hice amigo de José María Lassalle,* terminé apartándome de Juan Encinar, aunque hoy debo reconocer que aquel hombre sabio tenía razón en casi todo. Si quieres participar en la pelea del sistema, has de entrar en el campo de batalla con las armas que el propio sistema te proporciona. Resulta inútil intentar hacerlo de otra forma cuando el modelo lleva tanto tiempo rodando.

Mi director de tesis pasó entonces a ser Pablo Lucas Murillo, catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Córdoba, que se encontraba en excedencia tras ingresar como magistrado en la Sala Tercera del Tribunal Supremo. Al poco tiempo, Pablo Lucas resultó designado como el magistrado del Supremo que controlaba que las acciones del Cuerpo Nacional de Inteligencia (CNI) fueran respetuosas con la legalidad y con los derechos fundamentales. El servicio secreto está sometido a distintos controles. Uno de ellos era el judicial, y a cargo de ese control se encuentra un magistrado del Tribunal Supremo. Aquel era Pablo, y aún hoy lo sigue siendo.

Mantuve muy buena relación con él durante los años en los que compaginaba mi trabajo como directivo en la SGAE con mi labor docente, primero en la Universidad Antonio de Nebrija y más tarde en la Europea de Madrid. Pablo y yo comíamos juntos de vez en

cuando en un restaurante muy próximo al Tribunal Supremo y a la Fundación de la SGAE, El Mentidero de la Villa, seguramente el restaurante en el que más comidas de trabajo he celebrado. Era un hombre extremadamente serio y muy educado, de pocas palabras. Por entonces se encontraba mejor situado entre la izquierda política, donde estaban la mayoría de sus apoyos. Aunque estas cosas, ya se sabe, van cambiando con el tiempo y con los vientos.

En 2003 defendí mi tesis con el apoyo de Pablo Lucas en la Universidad de Córdoba y obtuve la más alta calificación. Cuando publiqué la tesis, un infumable libro de quinientas páginas, Pablo tuvo la amabilidad de prologarlo. Un día me acerqué a su despacho en el Tribunal Supremo y le regalé el primero de los ejemplares que me envió la editorial. Supongo que tras mi detención, alguien se ha debido dedicar a retirar de las bibliotecas y librerías todos los ejemplares posibles.

Ya era doctor, algo por lo que tanto me había sacrificado y que, sin embargo, me dejó más bien frío al conseguirlo. Cuando regresaba a Madrid en el AVE, tras la opípara comida en El Churrasco, un clásico restaurante cordobés al que había invitado, como mandan los cánones universitarios, a mi director de tesis y a los miembros del tribunal, iba algo borracho por las copas de más que había tomado. A decir verdad, creo que si estaba contento era sobre todo por el vino. Había conseguido doctorarme con la calificación de sobresaliente *cum laude* por unanimidad y sin embargo me sentía vacío. Me sentía vacío como cuando me licencié en Derecho. Como cuando me subí al estrado para impartir mi primera clase en la universidad. Vacío como cuando mi sueldo era ya de seis cifras y me codeaba con personas que eran supuestamente importantes. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Qué sentido tiene vivir una vida que no es la tuya? Lo paradójico era que, pese al vacío que sentía sin identificarlo, aquellos «éxitos» abonaban una irracional sed de triunfo. Escalas y escalas, y cuando alcanzas la

cima de cada montaña te preguntas: «Y yo, ¿para qué he subido hasta aquí?». Pero no sabes qué responderte y, ante la duda, sigues escalando.

Cuando me doctoré ya estaba plenamente metido en la SGAE, donde mi trabajo me parecía interesante y no me iba mal. Ya no quería saber nada de la universidad más que para impartir unas pocas clases y alguna conferencia de vez en cuando. Doctorarme significó cerrar aquella etapa académica a la que, por contra, debía mi formación técnica, pero también el principio de la caída de los ideales de estudiante. En 2003 mi interés primordial pasó a ser la empresa, y la docencia se fue desplazando a un segundo término. Hasta que un día, aburrido ya de tanta mentira, decidí dejar las aulas para centrarme por completo allí donde la hipocresía, la lucha y la conspiración no se enmascaran de intelectualidad. Supongo que ya no creía en la mayoría de las cosas que les contábamos a los alumnos.

La noria había comenzado a girar y no se pararía hasta que a los cuarenta años, sin apenas darme cuenta, me liberé por fin de cualquier ambición que hubiera podido albergar, abandonando para siempre mi alocada carrera hacia ningún sitio.

4

LA CRUZADA CONTRA LA PIRATERÍA

Mis primeros días en la SGAE no fueron fáciles. Muy pronto noté el escepticismo que mi contratación había despertado. Era muy joven, lo que por lo general no resulta una buena tarjeta de presentación en lugares antiguos. Y tampoco tenía experiencia en materia de propiedad intelectual. Además, aquel puesto tenía algunas novias en la casa, pues era evidente el protagonismo que la labor tendría ante el presidente y ante la comunidad autoral.

Recordé entonces lo aprendido en los años de política académica: lo importante son los votos. O lo que es igual: nada es más relevante que los apoyos. Y el lugar en el que uno debe buscar a sus primeros aliados es su propia casa. Y debe hacerlo sin demora, desde el principio. Si uno quiere sobrevivir en lugares así resulta primordial ir sumando apoyos y hacer amigos, comenzando por los despachos más cercanos. Mi tarea inicial sería legitimarme; hacerme respetar y ser creíble en mi función. A eso me dediqué en las primeras semanas, a que los directivos y compañeros dijeran: «No parece un mal chico». Esa, creo, ha de ser la aspiración de quien llega a un lugar centenario,* como era la SGAE, en el que hay tanta gente quemada y no pocos colmillos retorcidos.

Mientras estudiaba a fondo el asunto de la piratería, sobre todo desde la perspectiva operativa y jurídica, y en paralelo trataba de cosechar apoyos internos, me impuse una intensa agenda de reuniones con los representantes de las otras entidades de gestión de derechos de propiedad intelectual que cohabitaban con la SGAE. Aquello era tal maraña de siglas y tipologías de derechos de

propiedad intelectual que para entenderla casi hacía falta estudiar otra carrera: Entidad de Gestión de Derechos de los Productores Audiovisuales (EGEDA), Sociedad de Artistas, Intérpretes y Ejecutantes de España (AIE), Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO), Asociación de Gestión de Derechos Intelectuales (AGEDI), Visual Entidad de Gestión de Artistas Plásticos (VEGAP)…

Rápidamente me di cuenta de que las relaciones de aquellas otras sociedades de autores, artistas o productores con la SGAE no eran del todo buenas. Veían a la SGAE como una entidad arrogante y no siempre accesible. Me impuse como uno de los principales retos cambiar esa percepción, pues para la lucha antipiratería era fundamental desarrollar un frente común entre todos los actores afectados. Era mucho más lo que nos unía que lo que nos separaba, y esto debía materializarse en acciones conjuntas y en posiciones comunes ante los asuntos jurídicos, ya fueran legislativos, judiciales o policiales. Resultaba evidente que las sensibilidades no eran las mismas y que, como en todas las organizaciones y sectores, siempre existen personalismos y egos que contaminan el trabajo y dificultan la consecución de los fines propuestos; pero tras muchas reuniones en grupo o, discretamente, con las personas clave de aquellas entidades, escuchando y sabiendo hacer autocrítica, creo que conseguí su confianza y hasta ganarme su respeto.

He observado muchas veces que los mayores obstáculos con que se topa cualquier gran proyecto son los egos, las ambiciones, los celos y las desconfianzas que existen entre las personas que participan e intervienen en la consecución de ese objetivo común. Sortear todos esos escollos individuales es un trabajo en sí mismo para el que se requieren algunas dosis de mano izquierda y mucha humildad. Y el complejo mundo de la propiedad intelectual estaba lleno de esos egos, ambiciones y recelos. Supongo que no menos de los que pueden encontrarse en cualquier otra selva.

A los pocos meses de ocupar mi puesto había logrado ahuyentar al que siempre es el enemigo principal, el interno, consiguiendo apoyos —«los votos, Pedro, los votos»— tanto dentro de la SGAE como entre el resto de las entidades de gestión. A partir de ese instante ya se podía empezar a trabajar con el espinoso tema de fondo: la llamada «piratería».

Para que la Asamblea de la SGAE aprobara el plan antipiratería con los fuertes recursos que Bautista quería destinar al mismo, debíamos trabajar en una estrategia solvente de defensa de los derechos de autor que el presidente pudiera defender ante los socios. La asamblea de socios, que se reunía cada año por primavera, integraba a todos los miembros de la entidad con derecho a voto, es decir, aquellos que habían cosechado un determinado nivel de ingresos económicos con los derechos de autor que generaba el uso de sus respectivas obras. Las asambleas se cuidaban mucho y se preparaban a conciencia. Era el gran momento del año, cuando se podía ratificar la acción desarrollada por el equipo directivo durante los doce meses anteriores y se percibía el pulso de la masa social. En todas las asambleas de socios a las que asistí, pude comprobar que el apoyo que Teddy recibía era casi unánime. Los disidentes eran más bien pocos, al menos los que llegaban a manifestarlo públicamente. Se escuchaban escasas voces desafinadas en un coro que seguía la melodía de Bautista. Los números eran, en realidad, los que cantaban. La partitura de la gestión económica y de la indomable defensa de los derechos autorales sonaba muy bien ante aquella feligresía que, salvo con Teddy, siempre se ha sentido desamparada.

Cuando comenzamos a diseñar el plan antipiratería, Juan Palomino, mi jefe de entonces, me pidió que hablara con unos consultores expertos en estrategia que habían trabajado con la SGAE en otras ocasiones, como en la conmemoración de su centenario. Esta había sido todo un éxito, en el que se logró la presencia de varios ministros del PP, con el vicepresidente Rodrigo Rato a la cabeza. La celebración del centenario había significado políticamente

para la SGAE su primer acercamiento a la derecha, tras la larga etapa de gobierno de Felipe González, con quien la SGAE se había sentido muy cómoda. Según me contaron, Rodrigo Rato llegó a llamar después de aquello a Bautista para pedirle que algún artista acompañara a José María Aznar en su visita de Estado a China. Era el año 2000 y Aznar le había dado toda la importancia a aquel viaje, al que se agregaron doscientos cincuenta empresarios. Tras algunas gestiones de Bautista, fue Joaquín Cortés quien actuó en el Teatro Century de Beijing ante el presidente chino y Aznar, haciéndose al término la foto con ambos. La SGAE demostraba así que también prestaba «servicios» al PP, que tenía además «visión de Estado».

Paco Galindo, secretario general de la Fundación de la SGAE, y el propio presidente confiaban mucho en aquellos dos estrategas de la consultoría, de fina inteligencia, y estaban convencidos de que podían ayudarnos como asesores externos en el diseño de un plan para combatir la piratería. Durante los ocho años que trabajé en la SGAE tuve siempre junto a mí a aquellos asesores, especialmente a uno de ellos, con quien hoy me une una estrecha amistad y del que he aprendido casi todo lo que sé sobre el manejo del poder.

Lo primero que hicimos fue un análisis del asunto en cuestión y del contexto social y político de entonces. El retrato que describieron los consultores externos sobre el problema que debíamos abordar convenció rápidamente a Teddy, que era siempre, en definitiva, quien terminaba dando su aprobación o no a los asuntos más estratégicos. Ese contexto venía descrito por dos deficiencias fundamentales que debían subsanarse con urgencia. Por un lado, la insuficiente protección jurídica e institucional que se daba en nuestro ordenamiento a los derechos de autor. Por otro, la ausencia de sensibilización social sobre el escollo de la piratería y sus consecuencias.

Con ese diagnóstico, contratamos a dos agencias de detectives, una en Madrid, Mega Investment, y otra en Barcelona, Método 3, con el fin de que radiografiaran el mapa de la piratería en España y para investigar en detalle toda la operativa del delito contra la

propiedad intelectual. También les pedimos que hicieran una auditoría de los recursos que íbamos a necesitar para que las investigaciones se realizaran con éxito y las policías pudieran actuar. La verdadera razón de contratar a dos agencias era, por una parte, que no tuviésemos que depender solo de una en un tema tan sensible y, por otra, que se generara una sana competencia entre ambas, dada la urgencia de la industria cultural por cambiar el estado de cosas.

En aquel momento, la SGAE tenía un solo detective, una persona contratada, Mariano López, lo que no iba a resultar suficiente para la ardua tarea que teníamos por delante. Mariano llevaba muchos años en la casa trabajando en el asunto de la piratería, desde que esta había crecido en los años ochenta con los casetes de música y las cintas VHS de cine que podían adquirirse en el Rastro y otros mercadillos. Mariano era un hombre acostumbrado a lo analógico que podía ayudar en esta etapa, pero que, como ya me advirtió Juan Palomino, no podía liderar las investigaciones. Por ello, a los pocos meses de mi nombramiento reforzamos el departamento antipiratería (bautizado ya oficialmente como Oficina de Defensa de la Propiedad Intelectual) con un segundo detective interno, Manuel de Benito.

Mariano y Manuel formaban una peculiar pareja de detectives a la española. El primero, escasamente formado pero viejo conocedor de la calle y de los agentes policiales de inferior rango. Manuel, abogado y criminólogo, era un joven de fuertes convicciones religiosas que parecía más un aplicado seminarista que un detective al uso. Muy pronto saltaron chispas entre los dos. Estas dos personas, junto con las agencias de detectives contratadas, Método 3 y Mega Investment, formarían el equipo antipiratería que, bajo mi coordinación y con la supervisión final de Juan Palomino, desarrollarían las investigaciones de campo. A continuación, toda la información obtenida se pasaría a la correspondiente fuerza de seguridad del Estado para que «reventaran» —como se dice en el argot policial— las operaciones que después se divulgarían en

medios de comunicación a bombo y platillo. Esto último, que la operación se sacara en prensa y se hiciese ruido en los medios, tenía una importancia decisiva tanto para nosotros como para las propias fuerzas policiales, siempre muy pendientes de que su trabajo se divulgue en los medios. Con todo ello se pretendía cambiar el clima social existente, trasladando que la piratería ya no era un delito impune, sino que empezaba a perseguirse con dureza por parte de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado.

El análisis del mapa de la piratería en España y la radiografía del delito ofreció resultados contundentes: la piratería estaba muy extendida en casi todas las ciudades españolas. Los discos piratas se vendían principalmente en los mercadillos o en las propias calles más comerciales de las poblaciones. Eran los tiempos del llamado *top manta*. Los vendedores eran en su mayoría inmigrantes subsaharianos, senegaleses o nigerianos. La fabricación se realizaba en pisos muy bien organizados por parte de chinos o de pakistaníes. Todos ellos integraban redes de fabricación y venta del producto ilegal en las que trabajaban numerosas personas en situación, las más de las veces, de «semiesclavitud», según nos describía la propia policía. Aquel negocio ilegal podía reportar sustanciosos beneficios a los capos de la red.

La gente joven era la que más adquiría obras pirateadas, aunque la compra era muy transversal en la sociedad, independientemente de los niveles de formación y de extracción social. La piratería, en definitiva, era —y aún lo sigue siendo— muy aceptada por la sociedad española. Un mal menor. Los derechos de propiedad intelectual no terminaban de entenderse bien y después de tantos años de esfuerzos infructuosos, con tanto ruido vertido en la atmósfera, dudo que estos derechos puedan llegar a tener una vida mejor. Máxime con la disrupción digital, que ha puesto todo patas arriba, dejando difuminados los derechos de autor, y con cualquier contenido al alcance de todo el mundo desde cualquier lugar.

Pronto pudimos comprobar cuatro realidades que habrían de condicionar el curso de nuestra campaña: que la sociedad en su conjunto no estaba sensibilizada con los derechos de autor y su defensa; que los políticos no tenían esta cuestión entre sus prioridades; que las policías se tomaban los delitos de piratería como un mal menor, y que jueces y fiscales no disponían en aquel momento de los conocimientos técnicos suficientes en una materia compleja y menos conocida, los delitos contra la propiedad intelectual. La lucha contra la piratería no estaba en la agenda y nuestro principal cometido era incluirla. Y debíamos hacerlo a toda velocidad.

Aquel desinterés quedó patente en una de las primeras reuniones importantes con el Gobierno del PP, a finales de 2002. El encuentro se produjo con el ministro del Interior de aquel Gobierno de Aznar, Ángel Acebes. Recibió en su despacho a una comitiva de la SGAE encabezada por su presidente ejecutivo, Teddy Bautista. Una cordialidad impostada suavizó los primeros momentos del encuentro. Como siempre, hay mucha retórica y sonrisas en este tipo de reuniones. Al menos al comienzo. Todos eran conscientes de estar en las antípodas ideológicas del otro.

Tras exponer Bautista, con su vehemencia habitual, la preocupación y los argumentos de la comunidad autoral, Acebes terminó por reconocer algo que hasta entonces ningún gobernante había dicho de manera tan clara: «Podemos perseguir a los que fabrican y venden discos piratas, pero ¿a qué se iban a dedicar? ¿Dónde los metemos?». Acabáramos. Un Ministerio del Interior justificando que se incumpla la ley por carecer de una política social y de seguridad adecuada. Otra vez: un mal menor. La comitiva de la SGAE salió muy frustrada de aquel encuentro. Estaba claro que la solución no iba a ser fácil. Nunca lo es cuando hay que cambiar tantas cosas y trabajar con tantos frentes.

La asamblea de socios de la SGAE aprobó por aplastante mayoría la campaña antipiratería presentada por Teddy Bautista y, lo que era más importante, aprobó también un presupuesto especial

para la misma. La campaña se financiaría con el 1 por ciento del descuento de administración que se aplicaba en las liquidaciones de derechos de los socios. Aquello significaba mucho dinero. Ya solo quedaba ponerse manos a la obra y trabajar en todos los frentes que teníamos abiertos. Por entonces yo había entendido por fin que si quería jugar en el sistema debía meterme en la pelea y que para pelear había que entrar en el *ring*. Dicho así puede parecer entretenido, pero aquello de lúdico tenía muy poco.

La estrategia de lucha contra la piratería que habíamos diseñado constaba de tres grandes ejes de trabajo: el plan Ciudades, el plan Tramas y el plan de Sensibilización.

El primero, el plan Ciudades, iba dirigido a convencer a los ayuntamientos de las principales localidades españolas y a sus policías municipales de que debían perseguir a los manteros para evitar la comisión de esos delitos, así como para combatir el perjuicio que se ocasionaba a los comerciantes de la zona y a la propia imagen de la ciudad. Esos eran nuestros argumentos. Hacerles ver que el perjuicio no se producía únicamente a los derechos de autor y a los creadores, artistas y productores, sino también a la propia ciudad y a sus comercios.

Por su parte, el plan Tramas iba destinado al legislador, al Ministerio del Interior, a la UCO, a la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal (UDEF) de la Comisaría General de Policía Judicial y a la judicatura, con el fin de convencerlos de que detrás del delito de piratería se encontraban redes organizadas del crimen que, según afirmaba la Interpol, tenían conexiones con otros delitos más graves, como el tráfico de personas o de drogas.

Finalmente, el plan de Sensibilización se orientaba a que la sociedad en su conjunto, los medios de comunicación y particularmente los jóvenes tomaran conciencia de la necesaria defensa de los derechos de los autores comprendiendo mejor su trabajo, la naturaleza de sus derechos y lo justo de que recibieran una remuneración por el uso y disfrute de sus obras. Recién iniciada la campaña, Paco Galindo consideró que debíamos hacer una

campaña de publicidad en la que se involucraran nuestros autores más conocidos. Le pedimos a la agencia Young & Rubicam que nos hiciera una propuesta. Al cabo de dos o tres semanas, los creativos de esta prestigiosa agencia de publicidad presentaron su campaña ante Bautista y el resto de los directivos de la SGAE. Consistía en colocar carteles en las grandes ciudades en los que aparecieran importantes autores y artistas con sus caras amoratadas y llenas de golpes. El mensaje era que cada vez que alguien compraba un disco pirata en realidad a quien estaba haciendo daño era a cada uno de esos creadores, a esas personas a las que admiraba. La propuesta gustó lo suficiente y se encargó a Juan Nebreda, director del área de socios, para que se pusiera manos a la obra y reclutase a los autores más reconocidos para que prestaran su cara a la campaña. Tras dos semanas de hacer gestiones, Juan Nebreda nos comunicó que no había conseguido que ninguno de los socios más relevantes de la SGAE, los que se podían considerar prescriptores sociales, se comprometieran en una campaña en la que sus caras iban a aparecer golpeadas. En ese momento descubrimos que podríamos hacer la campaña, pero que no podríamos contar demasiado con aquellos que tanto se quejaban en privado por los daños que la piratería les estaba causando. Curiosamente, he visto recientemente una campaña en Hollywood contra la violencia de género que es, en esencia, igual que aquella que hace años nos ofreció Young & Rubicam: en ella aparecen estrellas de cine como Angelina Jolie o Gwyneth Paltrow con sus caras golpeadas, como si hubieran sido víctimas de la violencia machista. Este episodio de la campaña de sensibilización frustrada nos llevó al convencimiento de que podríamos contar realmente poco con el compromiso de nuestros socios, salvo contadas excepciones.

Muy pronto nos dimos cuenta de que, en esta estrategia, el elemento policial y judicial tendría cada vez mayor peso. La piratería no dejaba de ser un delito perseguible penalmente y los autores, editores musicales y productores presionaban muchísimo para que sus derechos se defendieran con todos los mecanismos

institucionales, jurídicos, penales, legislativos y policiales a nuestro alcance. La presión de nuestro propio sector, cuya paciencia, si alguna vez llegó a tenerla, se había acabado, nos llevaba a buscar más fuegos artificiales que trabajo sereno de fondo, cuyos efectos se habrían visto a más largo plazo, pero habrían resultado mejores para todos.

La labor de sensibilización había que hacerla, pero, en honor a la verdad, los resultados en ese terreno no terminaban de cuajar. Se impartieron frecuentes charlas y seminarios en los lugares más variopintos. No resultaba fácil encontrar lo que llamábamos «prescriptores», es decir, artistas, a poder ser jóvenes, personas del mundo de la cultura que pudieran tener alguna influencia en la sociedad. Muchos autores se ponían frecuentemente de perfil; no querían salir en aquella foto. Había poca generosidad y compromiso por parte de muchos, que mantenían un doble lenguaje: lo que decían en privado y lo que contaban en las entrevistas públicas. La mayoría no se mojaba y prefería pasar de puntillas por el tema de la piratería. Así fue durante años.

Otros, en cambio, siempre tuvieron un discurso claro y coherente, y constantemente estaban dispuestos a dar el callo, como Quique González, Carlos Jean, Teo Cardalda y, sobre todo, Ramoncín. Estos autores estaban siempre prestos a comparecer, a salir en los medios y a decir sin tapujos lo que pensaban de la piratería, a veces con algún exceso verbal, como en el caso de Ramoncín. La doctrina era que hablaran de su trabajo, de sus derechos, de su salario, de sus problemas. Se pretendía que el elemento emocional estuviera presente en esas voces, que fuera tenido en cuenta por quienes compraban los discos piratas. Pero no siempre se conseguía. En muchas ocasiones alguna de aquellas intervenciones, realizadas con las mejores intenciones, terminaba perjudicando a la causa y posicionándonos de un modo no querido. Entre unas cosas y otras, el plan de sensibilización fracasó. Aunque

tampoco estoy seguro de que existiera alguna fórmula para que hubiese ido mejor. Cuando del bolsillo se trata, las personas suelen mirar hacia otro lado.

También publicamos todo tipo de documentos explicativos y *merchandising* alusivo a los derechos de autor y su defensa o al problema de la piratería. Aquel material nos acompañaba siempre para entregarlo a quienes asistían a nuestros actos. El principal objetivo de sensibilización eran los jóvenes. Una de las acciones que mejor diseñamos, con el apoyo del equipo de la Fundación Autor, fue «Rock al cole». Durante meses llevamos a bandas y solistas a distintos colegios de Madrid para que tocaran algunas de sus canciones en acústico, cerca de los alumnos, y que estos pudieran después charlar con los artistas. Aquella acción se llevó luego a otras provincias. Tuve la oportunidad de acompañar a los músicos en alguno de aquellos eventos celebrados en Madrid, como el día de Lichis (de La Cabra Mecánica), en el colegio La Paloma, o del grupo Pereza, en un colegio de Móstoles. Cuando llegamos con Rubén y Leiva, de Pereza, al gimnasio del colegio, pude apreciar las caras de felicidad de aquellos niños. Pereza no eran todavía unos superventas, pero ya tenían fama suficiente entre los adolescentes. Que aquella banda se presentara un día cualquiera en su colegio constituía para esos chicos todo un acontecimiento. Creo que acertamos con aquel proyecto. Sin embargo, con los artistas nunca puede estar todo atado ni medido, y eso, a veces, resulta un problema. Tras la actuación en directo de Pereza, uno de los niños de la primera fila pidió el micrófono para lanzar una pregunta.

—¿Se puede vivir de la música? —preguntó ingenuo el chico, con sus brillantes ojos muy abiertos.

—Vivir no sé, pero beber… —respondió uno de los artistas.

La directora del colegio me lanzó entonces una mirada asesina que me transportó directamente a mis años de adolescencia. Como decía, con los artistas resultaba complicado tenerlo todo bajo control. En realidad, era imposible.

Aquella labor de sensibilización era una batalla perdida por numerosas razones, pero sobre todo porque nunca tuvo el apoyo de los medios de comunicación. Y ya se sabe, sin la prensa, la radio y la televisión de tu lado, sin controlar las redes, cualquier guerra orientada a convencer, a persuadir, a sensibilizar, está perdida. Paradójicamente, los medios, ya desde el principio, se colocaron contra los derechos de autor y más tarde frente a la SGAE. En ocasiones se mantenían equidistantes entre la propiedad intelectual y la piratería, lo que hacía mucho daño, pero otras veces en sus informaciones flotaba alguna crítica directa o indirecta a los autores y artistas, a las discográficas, a la SGAE o a Teddy. Creo que en aquellos momentos los medios —como también la industria tecnológica, que ya proyectaba su entrada en el sector de los contenidos— no se daban cuenta de que se estaban disparando también a sus propios pies.

Los dueños de los medios nunca vieron a la SGAE con buenos ojos. Tenían sus razones. A nadie le gusta pagar, y ellos tenían que abonar a la SGAE —como al resto de las entidades de gestión— los derechos de propiedad intelectual por los contenidos protegidos, música o cine, que utilizaban en sus negocios. Los conflictos entre las entidades de gestión y los grandes grupos mediáticos eran frecuentes. Creo que por eso nunca existió realmente (hasta fecha muy reciente, cuando ya todo estaba perdido) una política editorial tendente a proteger unos intereses que también eran los suyos. Como ocurre casi siempre, el cortoplacismo dictó sus posiciones. Además, los periodistas tienen una tendencia natural a colocarse del lado del que aparenta ser el débil. Y claro está, en el conflicto de la piratería, simplificado en su complejidad como siempre suele hacerse, esclavos como somos de las imágenes y de los titulares, los débiles eran, por un lado, los inmigrantes que corrían delante de una policía presionada por la malvada SGAE y, por otro, los jóvenes que no tenían dinero suficiente para afrontar los supuestos altos precios de la cultura. Visto lo visto, creo que fue un tremendo error no haber

puesto más energía en sembrar desde el principio una alianza, costara lo que costase, con los medios de comunicación. Quizá las cosas habrían ido de otra manera.

Cuando poco tiempo después la piratería llegó a ser eminentemente digital, la atmósfera de los derechos de autor y la imagen de la industria cultural estaban ya muy contaminadas. Eso, sumado a que en el frente contra los derechos de autor se incorporó una industria tecnológica con fuertes intereses económicos, y que además era uno de los principales anunciantes del país, hizo que, en el fondo, todo estuviese ya perdido. La SGAE no hacía prácticamente publicidad, y esta es una relevante herramienta para posicionarse en los medios y, sobre todo, poder influir en su línea editorial. Teddy Bautista nunca había aceptado ese lenguaje por considerarlo muy costoso y había decidido renunciar a aquella herramienta. Entre unas cosas y otras, las posibilidades de que la SGAE se hiciera amiga de los medios eran más bien escasas, por no decir nulas.

Con aquellos mimbres, la labor de lucha contra la piratería liderada por la SGAE adquirió un tinte represor —policial y judicial— que no le hizo ningún bien a la entidad. Y ese fue el segundo gran error que cometimos. La tarea de investigación privada, el apoyo a las policías encargadas (las policías locales, la UDEF, la UCO), la contribución a la formación de jueces y fiscales, y las relaciones con el Gobierno y el legislador pronto ocuparon la mayor parte de los recursos. Unos recursos que, a la postre, alimentaban algo que terminaría por devorar a la SGAE.

El mecanismo con el que se pretendía convencer a la sociedad de las bondades de aquella cruzada antipiratería era realizar operaciones policiales e intentar que se divulgaran en los medios. Todo el foco del trabajo y del presupuesto se había desplazado hacia el plan Tramas y el plan Ciudades, dejando una parte testimonial al plan de Sensibilización. Ninguno de nosotros parecía darse cuenta del error, quizá porque la comunidad autoral y el consejo de la SGAE lo que pedían era «sangre», o sea, que sus derechos se defendieran a toda costa, que se hiciera cumplir la ley. Cada vez que en los

medios se publicitaba una operación, con sus incautaciones de material falsificado y sus detenciones, recibíamos el aplauso de los órganos de gobierno de la SGAE y de su masa social. Sin ser conscientes de hacia dónde nos conduciría ese posicionamiento público, se nos animaba a continuar por esa vía sin advertir, o haciéndolo demasiado tarde, que la imagen de los derechos de autor, del colectivo de los autores y de la SGAE se iba a ver tremendamente deteriorada. Cada operación antipiratería, cada noticia que los medios divulgaban sobre detenciones a manteros, cada discurso sobre el carácter delictivo de las descargas en internet, se transformaban en bidones de gasolina lanzados a una hoguera en la que terminaríamos achicharrados.

La imagen de la SGAE estaba tan asociada a las palabras *policía*, *delito*, *denuncia* y *juicio* que la sociedad nos atribuía incluso acciones con las que nada teníamos que ver. Así sucedió, entre otros muchos casos, con el famoso video que empezó a proyectarse antes del comienzo de todas las películas que el público iba a ver a las salas de cine. Aquella campaña era obra de la Federación Antipiratería (FAP), la organización que representaba en España los intereses de la Asociación Cinematográfica de América (MPAA). La FAP, con una experiencia de más de veinticinco años luchando contra la piratería, también tenía detectives y abogados, y muy buenos amigos entre las fuerzas policiales. Era muy activa poniendo denuncias y ganando juicios penales, prácticamente no se dedicaba a otra cosa. Los norteamericanos debieron aumentarles en algún momento el presupuesto y no se les ocurrió otra idea que hacer un video retratando a cualquier hijo de vecino como si fuera un delincuente. Aquel video podía quizá servir en Chicago o Wisconsin, pero no en Hospitalet o Getafe. Eran cuarenta y cinco segundos muy desafortunados, con turbias imágenes en blanco y negro, rozando la estética del cine de terror, con la cámara temblorosa, en los que se repetía una decena de veces la palabra *robo*. El anuncio terminaba diciendo «La piratería es un delito» y cerraba con una monumental

mentira: «Ahora la ley actúa». Lo grave era que aquella cuña había sido respaldada nada menos que por el Ministerio de Cultura, cuyo logo aparecía al final junto al de la FAP.

Antes de comenzar la campaña, la FAP invitó a algunos integrantes de otras entidades para intentar que nos sumáramos a su iniciativa. Todos respondimos que aquel no podía ser el mensaje, que se criminalizaba a todo el mundo, que la gente se nos iba a echar encima y que no podíamos apoyar en modo alguno esos anuncios tan agresivos. La SGAE no estuvo nunca detrás de aquello. Ni siquiera estuvo de acuerdo. Pero dio igual. Cualquier cosa, cualquier acción, cualquier mensaje que tuviera que ver con la lucha antipiratería era a los ojos de todos obra de la malvada SGAE. Y eso, para qué mentir, les venía de perlas a los demás, al resto de las entidades de la propiedad intelectual, que no tenían necesidad alguna de medir sus acciones, pues los golpes ya los pararía la SGAE, y a los enemigos de esta, cuyo interés era dinamitar a quien lideraba el *lobby* de la propiedad intelectual. Pero la responsabilidad principal de aquella situación se atribuía a la SGAE, fuera cierto o no. Nos habíamos pasado de frenada con la cruzada antipiratería y pagaríamos solitos las consecuencias.

Está claro: nos equivocamos. Si tuviese ahora que enfrentar ese mismo problema haría muchas cosas de manera diferente a como las hicimos. Pero a toro pasado es fácil decirlo. Cuando se sufre la presión del corto plazo, cuando hay tanta gente opinando sin tener que tomar decisiones, con los autores y editores exigiendo medidas para que sus derechos se defendieran, cuando el ruido es tan grande y hay tanta polución que terminas por mimetizarte y tomar decisiones que en el fondo no son las tuyas, lo fácil es equivocarse. Teníamos que haber dicho: «No. No vamos bien. Nos estamos equivocando. Debemos hacer las cosas de otra forma. Tenemos que ganarnos a la gente. No podemos propiciar que se nos identifique con la policía. Somos una entidad cultural». Pero no lo hicimos. Claro, para eso hubiéramos tenido que parar la rueda, cambiar inercias y, lo más complicado, decirle a más de uno de nuestra

propia parroquia que su actitud no era la correcta. Si quieres de verdad cambiar la situación debes enfrentarte, y cuando te enfrentas, puedes perder tu trabajo. Y todos tenemos miedo a perder nuestro trabajo. Yo me reconozco responsable de no haber dicho más veces lo que pensaba, de no haber dicho *no* en más ocasiones, de no haber puesto más empeño e inteligencia en buscar el camino correcto, aunque no fuese ni el más sencillo ni el más rápido ni el más impactante. Pero tampoco me culpo. Las más de las veces no luchamos por conseguir unos objetivos, luchamos por sobrevivir. Y en el fondo no he dejado de ser durante años un simple superviviente. Lo peor es que uno está tan metido en esa estúpida batalla por sobrevivir que tarda mucho tiempo en darse cuenta de que la vida no puede ir de eso. La vida va de decir *no* muchas más veces.

Con Aznar en el Gobierno no dejamos de mantener reuniones con el mundo político y con la cúpula policial. La campaña antipiratería proseguía, cada vez con más recursos dedicados al plano policial y judicial. Llegamos a estrechar lazos con todos. El PP veía seguramente en esta colaboración la oportunidad de acercarse al mundo de la cultura, que siempre le había sido hostil. Y Ángel Acebes comenzó a empujar a las fuerzas de seguridad en la dirección que nos interesaba. La relación con algún miembro del Gobierno, como Michavila, ministro de Justicia, o Rodrigo Rato, vicepresidente y ministro de Economía, eran mejores cada día. Con Michavila llegaron a ser incluso excelentes, algo propiciado sin duda por la buenísima relación que el ministro tenía con Alejandro Sanz, Shakira o Miguel Bosé. Con él ocurría lo mismo que con el alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, que era una persona próxima al mundo de la cultura. Y a la SGAE le interesaba mucho que el alcalde de Madrid estuviera cerca de nosotros, pues la capital era la punta de lanza del plan Ciudades y del papel de las policías locales en la erradicación de la venta ambulante de material pirateado. Alberto Ruiz-Gallardón, un hombre de derechas al que podía verse en un concierto de Silvio Rodríguez, era de los pocos miembros del PP que

mantenía entonces una relación cordial con Teddy Bautista. Paradójicamente, las relaciones eran mejores con Gallardón o con Michavila que con los propios ministros de Cultura del PP, Mariano Rajoy, Esperanza Aguirre o Pilar del Castillo, con quienes Teddy Bautista nunca encajó demasiado bien.

Durante el Gobierno del PP, la lucha contra la piratería fue muy visible, dadas esas alianzas con los ministerios de Justicia e Interior o con el Ayuntamiento de Madrid, entre otras. La policía, por su parte, veía en este asunto la oportunidad de adquirir protagonismo y de ponerse medallas. Y ante el impulso que por fin les había dado su jefe, Ángel Acebes, no dejaban de actuar y de lanzar operaciones.

Las cosas estaban cambiando. No tardaron en hacerse reformas legislativas que facilitaban la persecución del problema y a realizarse importantes operaciones policiales de desarticulación de redes. El ministro Acebes se fotografió en más de una ocasión ante los medios junto al material incautado por la Policía Nacional o por la Guardia Civil. Los ayuntamientos y sus policías locales también empezaron a trabajar en esta dirección para impedir o dificultar la venta de material fraudulento en las calles de sus poblaciones. El trabajo era muy intenso y las jornadas repletas de frenética actividad. A las tareas de despacho y de campo había que sumar la posterior celebración con los distintos grupos operativos cada vez que se hacía alguna incautación importante. Como mandan los cánones. El aparato represor del Estado se había puesto en marcha y la lucha contra la piratería física, la que comprendía la venta de discos y de DVD en las calles a través del fenómeno del *top manta*, comenzaba a dar resultados.

Los medios de comunicación daban cuenta de las desarticulaciones de redes organizadas de piratería por parte de la Guardia Civil y del Cuerpo Nacional de Policía. También por parte de las policías locales de Madrid, Barcelona, Bilbao, Granada o Sevilla, entre muchas otras capitales. Las imágenes de los manteros corriendo delante de la policía se iban haciendo cada vez más comunes. Y con ellas la imagen represora de la SGAE.

Nuestro apoyo a las fuerzas policiales era de diverso signo. Por un lado, les aportábamos las investigaciones de nuestros detectives (con los datos, las personas, los lugares, el *modus operandi*), y por otro, cuando era necesario, ayudábamos con medios materiales, sobre todo en el caso de las policías locales, aunque no solo eso. La primera vez que uno de los detectives me dijo que para que se hiciera un operativo debíamos ayudar con detectives de apoyo, teléfonos móviles o furgonetas me llamó la atención. No podía creer que la aplicación de la ley pasara por semejante contribución privada, pero así era. Si queríamos que se trabajara, debíamos cooperar de aquel modo. «No tenemos medios suficientes» era siempre el argumento policial. Nuestros *jefes*, los miembros del consejo de dirección de la SGAE, nuestra asamblea de socios y el conjunto de los autores y artistas, nos exigían resultados y los exigían con carácter inmediato. Y bien o mal, lo hicimos. Le dábamos a las distintas policías lo que nos pedían y ellos se ocupaban de nuestro problema.

Los órganos de gobierno de la SGAE y su masa social tenían lo que buscaban: acción. Y más represión y más defensa de los derechos de los autores por la vía policial y penal. La piratería seguía existiendo, claro está, pero había dejado de aumentar de la manera en que lo había hecho en los últimos años. La venta de CD y de DVD seguía en sus momentos más bajos, pero las recaudaciones de la SGAE crecían año tras año. El aparato recaudador de la SGAE funcionaba a toda máquina y se aplicaba con contundencia en el resto de los usos del repertorio gestionado, como los conciertos o la hostelería.

El tema era vistoso y los medios le dedicaban espacio. Y más cuanta mayor controversia generaba en la sociedad. Las distintas policías habían incluido el delito contra la propiedad intelectual en sus agendas, y no tardaron en llegar las primeras sentencias condenatorias dictadas por los jueces. La campaña antipiratería

puesta en marcha en 2002 tuvo sus resultados, colocando a la SGAE en el imaginario colectivo como una entidad implacable y como un *lobby* eficaz.

Todo esto gustaba mucho a la parroquia de la SGAE, especialmente a los editores musicales y a los productores, a las grandes *majors*, que habían visto cómo descendía dramáticamente la venta de discos en los últimos años. Y lo que les quedaba. Pese a todo, la venta de música y cine en formato CD y DVD no mejoraba y se mantenía en las cotas más bajas de su historia. El enemigo había mutado. Con la llegada de internet ya raramente alguien compraría un disco. La música estaba disponible, y lo sigue estando, en todos los rincones: una barra libre a un precio ínfimo. Toda la música que cabía imaginar empezaba a estar accesible en cualquier lugar y a través de cualquier dispositivo electrónico: un ordenador, una tableta o un teléfono móvil. La industria estaba desorientada, noqueada, sin saber cómo afrontar la mutación de su enemigo. Y nunca supo cómo hacerlo. Los distintos servicios en *streaming*, como Spotify, YouTube, Deezer o Apple Music, terminaron poniendo de rodillas a la industria musical al imponer su propio modelo de distribución. Las *majors* del cine y de la música también se equivocaron. Siempre creyeron que podían ganar la batalla y seguir con su modelo de negocio como si nada estuviera sucediendo a su alrededor. Pero, por supuesto, fue imposible. Con la invención del iPod, con el lanzamiento de la plataforma iTunes, y con extraordinarias dosis del *marketing* más eficaz y diverso, Apple terminó haciendo pasar por el aro a las multinacionales de los contenidos. En realidad, las sentenció para siempre. La cruzada antipiratería fracasó porque mientras la industria y las entidades miraban para otro lado, el enemigo había mutado rapidísimamente hacia algo que jamás se podría vencer: el poder tecnológico.

5

LUCES DE COLORES

La campaña antipiratería de la SGAE estaba dando resultados, aunque únicamente fuera en forma de operaciones, detenidos y juicios penales. Ni una sola vez se nos dijo por parte de los miembros del consejo que bajáramos el ritmo o que estábamos siendo demasiado duros con el fenómeno de la piratería en cualquiera de sus medios o formatos. Al contrario. Insistían en que siguiéramos por el mismo camino: el punitivo. Por ello, la labor de *lobby* continuó concentrándose más intensamente en el mundo político, los jueces y, sobre todo, las fuerzas policiales.

Empezaron a hacerse habituales los seminarios con las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y con las policías municipales, especialmente en Madrid y Barcelona, pero también en otras capitales de provincia y en las localidades turísticas, sobre todo costeras, en las que el *top manta* tenía una mayor presencia. Las relaciones entre la SGAE y los distintos cuerpos policiales eran cada vez más fluidas. Parecían competir entre ellos por realizar las operaciones más impactantes y mediáticas. Llegó incluso a haber algún conflicto entre la Policía Nacional y la Policía Municipal de Madrid. Esta última había pasado no ya a realizar incautaciones en la calle —su cometido principal—, sino a llevar a cabo investigaciones de redes organizadas y a entrar en pisos. La Policía Nacional decía que esa era una competencia suya.

Una noche, mientras terminaba de cenar junto a mi pareja, me llamó a mi teléfono móvil Pedro Calvo, entonces concejal de Seguridad del Ayuntamiento de Madrid. Era bastante tarde. Me

llamaba para informarme de que se estaba reventando una importante operación en pisos en el centro de la ciudad. Creo que era en Lavapiés. El concejal me invitaba a acudir al operativo para que viera todo lo que la Policía Municipal había conseguido desarticular. El operativo realizado, como muchos otros, había logrado desmontar una banda china de grabación y distribución de música y cine piratas.

Aquella noche me quedé en casa. Pero existieron muchas otras noches. Las jornadas de trabajo se extendían hasta las cenas. Cenas de trabajo, cenas de celebración, cenas de confraternización, cenas después de la presentación de una película o tras el concierto de algún importante socio de la SGAE. Cenas con políticos, con policías, con artistas, con otros directivos. Mi móvil no dejaba de sonar. Nunca llegué a instalarme uno de esos pinganillos en la oreja, como hacen los americanos, pero reconozco que alguna vez pensé en hacerlo.

Al principio eran solo eso, cenas. Pero pronto, una vez ganas confianza, las veladas finalizan con unos *gin-tonics* y, más tarde aún, no sé muy bien cómo, terminabas junto con los más avezados en algún prostíbulo de los muchos que pueblan Madrid o Barcelona. España se había convertido en una especie de Las Vegas europeo. Tanto que incluso un empresario de la ciudad de cartón piedra de Nevada quiso darle formalidad a todo aquello e instalar en Madrid lo que quería llamar Eurovegas. Parece que ese proyecto ha quedado parado, al menos de momento, pero un fondo de inversión está detrás de algo similar que promete construirse en Barcelona.

Yo no había ido más que fugazmente, en alguna despedida de soltero, a un sitio de aquellos, los de las luces de colores. Al poco de empezar a moverme entre tiburones descubrí que acabar la velada en uno de esos lugares resultaba bastante normal. De hecho, estaban repletos de otras personas con corbata, supongo que también de postreunión o de agasajo, qué más da. También he podido ver en ellos a relevantes cargos de importantes instituciones españolas. Pero he preferido olvidarme de todos ellos.

Las primeras veces solo me tomaba alguna copa, pero una cosa lleva a la otra: de la cena a los primeros *gin-tonics*, de las copas a las luces de colores, de las luces de colores a más *gin-tonics*. Cuando vas a esos sitios puedes decidir quedarte en el banquillo o salir a jugar. Al principio yo había preferido el banquillo, hasta que una noche, casi sin ser consciente de ello, me vi con algunos otros sujetos en una fiesta con prostitutas, alcohol y drogas. Desgraciadamente parecía algo normal, aceptado, casi impuesto por las circunstancias de un país al que se le había ido un poco la olla. De aquella noria que no cesaba de girar solo podías salir mareado. Muy mareado.

Empecé a descuidarme físicamente; ya no hacía deporte, no disfrutaba de ocio. Tan solo trabajaba. Dejé de compartir tiempo con mi pareja, con la que por entonces llevaba saliendo seis o siete años. La única obsesión era el trabajo. Reuniones, viajes, compromisos, cenas, comidas, desayunos, copas, eventos. Aquella era mi vida. Unas jornadas de trabajo en las que la presión se hacía muchas veces insoportable, y aquellas «cenas», aquellos ritos de fraternidad, a modo de lubricante social, aliviaban, aunque de una forma ciertamente nociva, toda la tensión acumulada.

Quizá la única manera que conocía de hacer soportable todo lo que veía, de unos y otros, pero también de mí mismo, que cada vez me gustaba menos, era anestesiarme del modo más estúpido que ahora conozco. De vez en cuando, las jornadas terminaban con aquellas fiestas, entre putas, alcohol y cocaína. Llegado un punto, que no sé determinar con exactitud en el calendario, me convertí en lo que se viene llamando un gilipollas. Cuando veo mis fotos de aquella época, me cuesta verme en ellas, como si no quisiera reconocerme. A veces me digo: «No soy yo». Pero no es verdad, era yo. Aquel también fui yo.

En los años en los que trabajé en la SGAE llegué a engordar más de veinte kilos. Mis ausencias de casa con tanto viaje, reuniones y compromisos sociales eran muy frecuentes. Un buen día, terminado el verano de 2008, mi novia me abandonó después de

nueve años de relación. E hizo muy bien. Regresaba yo de un viaje a Boston; venía de visitar la Berklee College of Music, con la que proyectábamos construir la Torre de la Música en Valencia. Cuando entré en casa, recién llegado del aeropuerto, ella me estaba esperando muy seria. No podía aguantar más. Demasiadas ausencias de aquel que debía de parecerse muy poco a la persona que había conocido nueve años antes, cuando era sencillamente un profesor ayudante de universidad.

Aquellos que años después de abandonar la SGAE impulsaron la operación contra mí y quienes participaron en mi detención conocían lo de los gastos en putas, claro está, pero también sabían que había consumido drogas en aquellas fiestas. Aquellas dos cosas, putas y drogas, eran el elemento de debilidad que sobre mí trasladaba, sin duda, algún dosier. Ellos lo sabían, y aquel era material suficiente para tumbar a cualquiera. Cuando el agente-periodista apareció en *El gato al agua*, una tertulia nocturna del canal de televisión Intereconomía, contando sus *descubrimientos* sobre mí la noche que daban cuenta del escándalo del directivo de la SGAE («el jefe de gabinete de Teddy», como falsamente insistían en remarcar), lo dijo bien claro: «Sale muy chulito de declarar... Pues que se ande con ojo, porque podemos contar otras cosas sobre él». Era su forma de seguir amenazándome, de seguir metiéndome miedo. Aquel tipo no ha contado todavía públicamente cuáles son esas «otras cosas», pero ya lo hago yo ahora: no solo estuve con prostitutas, sino que aquellas fiestas, en ocasiones, estaban regadas con mucho alcohol y otras drogas. Yo las consumí. Y lo siento; la cagué. No soy perfecto. Podría decir aquí esa frase tan recurrente de «no tengo nada de que arrepentirme». Pero no es verdad. Tengo mucho de lo que arrepentirme, por ejemplo de aquellas farras. Me arrepiento de ese y de otros errores, por mucho que mis fracasos —todos ellos— me hayan ayudado a crecer y a reconocerme, amasado de defectos, en quien ahora soy.

Las cenas y los *gin-tonics* no eran algo que sucediera exclusivamente en nuestro país. España no es tan diferente como suele afirmarse. Viajé a muchos lugares en representación de la SGAE para asistir a las reuniones internacionales de los organismos BIEM* —europeo— y CISAC** —mundial— donde las entidades de gestión de derechos de autor debatían sobre la piratería y sobre cómo hacerle frente. Nuestro papel en estas asociaciones era muy activo, dado el protagonismo que la SGAE estaba teniendo en España con su campaña de defensa de los derechos de autor. Otras entidades del mundo estaban muy interesadas en lo que sucedía por aquí y en la manera en que la SGAE estaba consiguiendo que los distintos organismos competentes empezaran a aplicar la ley.

Las reuniones de BIEM y CISAC tenían lugar principalmente en París, pero también se celebraron en Londres, Lisboa, Helsinki, Nueva York, Bogotá, São Paulo o México DF, entre otras muchas capitales. Los viajes eran constantes. Al principio te gusta ir de aquí para allá, pero terminas por aborrecerlo.

En 2004, la CISAC decidió nombrar un comité de lucha contra la piratería en internet, un fenómeno que crecía velozmente y empezaba a preocupar cada vez más a la industria. La piratería de CD y DVD, aquella que se comercializaba en un soporte físico, ya no era la prioridad en los países más avanzados del mundo y con mayor penetración de internet. Había nacido una nueva modalidad de consumo sin pagar a los derechohabientes: las descargas y el intercambio de archivos.

La CISAC nombró entonces a tres representantes de las entidades de gestión que más y mejor estaban actuando en sus países en defensa de los derechos de autor. Aquellas tres personas integrarían el comité antipiratería digital de la confederación mundial de entidades de propiedad intelectual. Los tres éramos europeos: el representante de la entidad del Reino Unido, un inglés de origen griego con aspecto de vendedor de lavadoras; el de la holandesa, un

tipo alto y rubio que estaba encantado de haberse conocido y que tenía muy buenas relaciones con todas las policías del mundo, y un servidor.

A mediados de 2004 se celebró una importante reunión de ese comité en Tokio. El objetivo era analizar en detalle una herramienta tecnológica que la JASRAC —la entidad japonesa de derechos de autor— estaba empleando para localizar archivos piratas en las redes digitales. La CISAC se estaba planteando adquirir el *software* y recomendar su utilización en todos los países.

Los japoneses nos citaron a primera hora de la mañana en sus oficinas, situadas en un moderno edificio de un barrio residencial de Tokio. Cuando llegamos los tres europeos, los directivos de la JASRAC nos esperaban en la puerta con toda la educación y la formalidad que cabe esperar en aquel país. Yo me había preocupado, antes de mi viaje allí, de recibir algunas lecciones de un experto en protocolo sobre las cuestiones más relevantes en torno a las maneras y la cultura del pueblo nipón, así como sobre los particulares usos y costumbres en los negocios. Un amigo de una empresa de telefonía me había advertido con antelación de lo importante que era recibir unas nociones orientadas, fundamentalmente, a no meter la pata. Aquellas clases resultaron de enorme utilidad. Cómo hablarles, cómo se saluda, qué esperan de nosotros, qué regalo llevarles. Es increíble lo diferente que es aquella cultura para un europeo. Sin ir más lejos, sonarse la nariz en público es una falta de educación, como también lo es no dedicar la suficiente atención y reverencia en las presentaciones de las personas. Cuando los ejecutivos japoneses me entregaron sus tarjetas, yo, muy aplicado, las recibía con la máxima atención posible, como me habían explicado que debía hacer. Las tomaba cuidadosamente con las dos manos, hacía como si leyera con detalle su contenido y, finalmente, realizaba una pequeña reverencia al estilo nipón, aunque de mayor inclinación y solemnidad cuando me fue presentado el presidente. Ellos sonreían muy agradecidos.

Inmediatamente después de presentarnos en el riguroso ritual del intercambio de tarjetas, nos llevaron a una gran sala de reuniones con una enorme mesa ovalada. A un lado estábamos sentados los tres representantes del comité antipiratería, junto a los directores de CISAC y BIEM, que dada la importancia del asunto habían decidido acompañarnos. (En alguna ocasión había oído en la SGAE hablar del «turismo de la propiedad intelectual», pero en broma o no, razón no les faltaba.) En el otro lado se situaron los directivos japoneses y en medio de ellos su presidente, un señor muy mayor, siempre con gesto serio, casi enfadado, que no abrió la boca durante las seis o siete horas que duró la reunión. Más tarde comprobaría que aquel hombre no estaba enfadado, ni mucho menos, sino que aquella era su manera de estar presente en la reunión sin llegar a dormirse.

La comunicación con los japoneses resultaba complicada dado el precario nivel de inglés que tenían algunos de sus directivos, sobre todo los más mayores. En este tipo de reuniones de negocios internacionales, en las que el inglés es siempre el idioma de trabajo, hay que contar con el nivel desigual que tienen los diferentes intervinientes y suplirlo con la mejor voluntad y mucho lenguaje no verbal, que siempre ayuda a entenderse. La seriedad de la reunión solo se interrumpió en el ecuador de la jornada, durante la breve comida, un frugal pero sabroso *catering* compuesto por delicias japonesas de todo tipo. De todo menos sake. El sake, el vino y la cerveza Sapporo los probaríamos por la noche. Y en grandes cantidades.

Al terminar la reunión, todos muy satisfechos, nos llevaron en un microbús a uno de los mejores restaurantes de Tokio, en lo alto de uno de los montes que rodean la ciudad. Era un espléndido palacio de arquitectura tradicional nipona al que se llegaba tras atravesar un bellísimo y refinado jardín de inspiración zen. A las puertas nos recibieron tres *geishas*, típicamente vestidas y maquilladas, que nos condujeron hasta el reservado en el que se iba a desarrollar la larguísima cena. Antes de entrar a la habitación con

suelo de tatami vimos que nuestros hospitalarios colegas se descalzaban e hicimos lo propio. Enseguida vimos que nos sentaríamos en el suelo, alrededor de una mesa baja rectangular. Como siempre, a un lado los japoneses, que esta vez venían acompañados por una chica joven que hablaba perfectamente inglés y que no habíamos visto hasta entonces, y al otro los europeos.

La cena japonesa, esta vez sí, nada frugal, estaba regada de sake, vino y cerveza. Todos los comensales teníamos frente a nosotros tres vasos, para cada una de esas tres bebidas, que a poco que bebieras una de las *geishas* se acercaba para volver a llenar. La norma era que el vaso debía estar a rebosar en todo momento. Era imposible llevar cuenta de lo bebido y menos aún cuando, avanzada la velada, el sake había mermado las facultades de los presentes. Alcanzado un punto de la cena, aquellos directivos japoneses que tan serios habían estado durante todo el día prorrumpieron en risas y jolgorio. A veces se levantaban y se iban a una habitación contigua en la que desaparecían unos minutos. Nunca supimos qué había allí y tampoco fuimos invitados a pasar. El sake había empezado a hacer sus lúdicos efectos. Me llamó la atención aquel señor mayor, el presidente de la entidad, quien, tambaleándose, insistía en hacerse mil fotos con cada uno de nosotros. Abandonamos aquel palacio entre abrazos y risas, todos bastante perjudicados. Bueno, todos menos el vendedor de lavadoras, que lo que no fueran demandas y vistas orales le debía de parecer bastante aburrido. Cuando creía que la reunión había concluido y que nos devolverían a nuestros respectivos hoteles, inesperadamente el microbús emprendió la marcha, entre las risas y aplausos de sus pasajeros, hacia un lugar indescriptible que jamás antes había visto. Era una suerte de karaoke con unas señoritas que esta vez no iban vestidas a la manera tradicional, sino que directamente se hallaban medio desnudas. La joven traductora no había descendido del autobús con nosotros, no sé si porque su entrada allí no estaba permitida o porque, a partir de entonces, ya no sería necesaria traducción alguna.

Una vez entramos en el local perdí la pista del vendedor de lavadoras, del que no volví a saber nada más hasta que meses después nos encontramos en una reunión en Londres y, sin más palabras, nos miramos cómplices. Bien avanzada la noche, mientras el sake y otras bebidas seguían circulando, nuestros colegas japoneses nos animaban cantando todo tipo de canciones, algunas desconocidas para nosotros, aunque no albergábamos dudas de que los derechos de autor correspondientes a aquella actividad serían religiosamente abonados por los dueños de aquel establecimiento, pues era famosa la diligencia con la que JASRAC defendía los intereses de sus asociados y de las otras entidades hermanas, como era la SGAE. Uno de los países en los que más recauda el *Concierto de Aranjuez* es precisamente Japón, y la JASRAC siempre ha enviado religiosamente aquellos dineros a la SGAE para que se los abonara, en su parte correspondiente, a los herederos del maestro Rodrigo. No puedo decirles con certeza a qué hora terminó todo aquello, pero sí recuerdo el inmenso dolor de cabeza con el que amanecí a la mañana siguiente, incrementado a media mañana por un terremoto de cinco grados en la escala de Richter que se hizo sentir en todo el barrio de Shinjuku, en el que entre inmensos rascacielos se encontraba el hotel Hilton, donde dormí, cuando pude, durante aquella intensa estancia en la capital japonesa.

Es evidente que los eventos de tarde-noche contribuyen a acercar a las personas. Ayudan a construir confianza (ese tesoro), a cerrar acuerdos, a limar asperezas, a reír incluso cuando no tienes ganas. Son una especie de oxígeno para las relaciones. Alrededor de la SGAE se producían muchos eventos sociales a los que no podías dejar de asistir. Se celebraban al término de la jornada laboral, cuando las personas se encuentran algo más relajadas e incluso —algunas— se han llegado a retirar la coraza que nos colocamos cada mañana al salir de casa. La presentación de un libro, una cena de trabajo, un concierto de algún socio VIP, la *première* de una película, una entrega de premios... Era rara la semana que no tenía dos o tres veladas de este tipo. Fueron tantas que llegué a aborrecerlas.

La SGAE tenía algunos de estos eventos señalados en rojo en el calendario: la entrega de los premios de la música, los premios Max de teatro o la Noche de los Autores, una celebración que fue la última en crearse pero que se convirtió en la cita más importante del año. Era una gran cena, celebrada en algún lugar muy representativo de la ciudad elegida cada año. A ella se invitaba a destacados miembros de todos los estamentos de la sociedad civil: políticos, periodistas, académicos, artistas, jueces, empresarios y mandos policiales. Entre trescientos y cuatrocientos invitados. Se aprovechaba también para entregar unos premios de la SGAE a políticos, empresarios y representantes de la sociedad civil que se hubieran destacado por la defensa de la cultura, de los derechos de autor o por la lucha antipiratería. Era la manera que tenía la SGAE de juntar durante una noche al año a todo aquel que le interesaba, todos bajo un mismo techo, vestidos de gala y mostrando lo mejor que teníamos. Algo así como enseñar el poderío. En realidad, aquello no era muy imaginativo; todas las grandes empresas organizan eventos parecidos bajo el barniz de lo que denominan «la responsabilidad social corporativa».

Las cenas de la Noche de los Autores se organizaban por todo lo alto, siempre con el toque de sofisticación que la SGAE pretendía dar a sus actos. Aquellas cenas de gala fueron espectaculares. Se celebraron en Madrid en 2004 (en la sede del Gobierno de la Comunidad de Madrid, en la Puerta del Sol); en Barcelona en 2005 (en el Museu Nacional d'Art de Catalunya, el MNAC); en Sevilla en 2007 (en el Casino de la Exposición), o en Santiago de Compostela en 2008 (en el Hostal de los Reyes Católicos). También su coste era espectacular: entre unas cosas y otras, se acercaba a los 250.000 euros. Cada una. No se trataba de cenas precisamente baratas. Se cuidaba la decoración hasta el extremo y se amenizaban con vistosas actuaciones. La SGAE tiraba la casa por la ventana. Había que darlo todo, evidenciar que éramos un actor social de primer nivel. Una organización con una gran capacidad de convocatoria. Una empresa influyente. Y lo cierto es que allí nunca faltaba nadie.

Fueron presididas por Esperanza Aguirre, por Pasqual Maragall o por Manuel Chaves, presidentes entonces de sus respectivas comunidades autónomas. Organizar aquello suponía un esfuerzo formidable, dado el nivel de autoridades que acudían, con las dificultades de protocolo que eso siempre conlleva: presidentes de comunidad autónoma, consejeros, ministros, directores de medios de comunicación, periodistas de referencia y presidentes de grandes multinacionales, entre muchos otros.

Después de la Noche de los Autores terminaba tan cansado que lo normal era que me marchara directamente al hotel a dormir. No siempre podía continuar la fiesta. Salvo en la de Sevilla, cuando un pequeño grupo acabamos la noche en un recóndito tablao del barrio de Santa Cruz acompañados por algunos conocidos cantaores flamencos que, entre vinos, improvisaron unas seguidillas. Pero aquello fue una excepción.

En cambio, cuando mi papel era menos relevante o sencillamente eras un simple invitado, la cosa cambiaba. Estabas más relajado y te dejabas llevar. En noviembre de 2006 se celebró en Montevideo la XVI Cumbre Iberoamericana de jefes de Estado y de Gobierno. Unos meses antes, la SGAE recibió el encargo de Ramiro Osorio, que entonces ejercía de coordinador de cultura de la Secretaría General Iberoamericana (SEGIB) de organizar un gran concierto de cierre de la Cumbre. Ramiro era un hombre con un notable prestigio en el mundo de las artes (había sido ministro de Cultura en Colombia y dirigido los principales festivales de teatro de América Latina) y mantenía una estrecha relación con Teddy Bautista, junto al que llegaría a trabajar años más tarde como director general de Arteria, la gran red de recintos escénicos que terminó siendo la puntilla para la SGAE. Para Eduardo Bautista, que siempre tuvo una intensa vocación iberoamericana, significaba todo un orgullo —y también un reto— que le hicieran aquel encargo. Y lo llevó a cabo poniendo todos sus recursos y esfuerzos. La SGAE y su Fundación Autor lo organizaron, y la compañía Telefónica lo patrocinó, es decir, puso el dinero. Aquella fue de las pocas veces en

las que la Cumbre ha tenido un verdadero programa cultural paralelo y la única en la que se ofrecía un gran concierto como acto de cierre.

Por aquellas mismas fechas, Bautista tenía ya proyectado un viaje a Estados Unidos, por lo que no pudo viajar a Uruguay pese al importante papel que Ramiro Osorio le había asignado allí a la SGAE y a la relevancia política, diplomática y empresarial que todavía tenían las cumbres. Así que, por encargo de Bautista, fui yo quien se desplazó a Montevideo, para representarle con una agenda repleta de actos de todo tipo.

Me hospedaba en el hotel Sheraton, un cinco estrellas en el que también se alojaban muchos de los presidentes y altos directivos de las multinacionales españolas, siempre presentes en este tipo de actos. En el *hall* del hotel era fácil encontrarse con los presidentes de las principales compañías españolas, con los que no solo te cruzabas un «buenos días», sino que conversabas un rato sobre cualquier circunstancia del programa de la Cumbre: «¿Cuándo llega el Rey?». «¿Dónde tenemos que ir ahora?» «Oye, dime una cosa: ¿quiénes actúan en ese concierto que habéis organizado?» Probablemente si nos hubiéramos encontrado en el *hall* del hotel Palace de Madrid no me habrían saludado, pero cuando está fuera de su país la gente se comporta de manera más amable con sus paisanos, y en ese tipo de cumbres —después de aquella asistí a otras dos— un simple directivo puede encontrarse hablando con el presidente de toda una multinacional. Fuera de España crece un sentimiento patriótico que nos hermana sin necesidad de esfuerzo y que resulta altamente curioso.

Una de aquellas mañanas, tras el desayuno, me vi de repente charlando con el presidente de una compañía gigante con intereses por toda América. No debí de caerle mal porque me invitó ese mismo día a una cena privada que ofrecía en uno de los restaurantes más elitistas de Montevideo. Y, claro está, llegué puntual a la cita. No éramos muchos los invitados, unos treinta. Allí estaban algunos de los periodistas que cubrían la Cumbre, empresarios, diplomáticos,

algún popular actor de cine y hasta un exdirector del CNI. La cena fue como todas las cenas de esa clase, de una hermandad impostada. Al finalizar estábamos todos un poco perjudicados por el excelente vino de Mendoza que acompañó al asado. Aquello ya no tenía el encorsetamiento propio del resto de los actos institucionales de la Cumbre. Alguien propuso entonces continuar la noche en un lugar menos convencional que al parecer conocía bien. Y así me vi subido a una pequeña caravana de tres taxis, junto a varios diplomáticos, algún periodista y un famoso actor español, camino de un discreto y oscuro burdel ubicado en un barrio residencial de la capital uruguaya. He olvidado casi todos los detalles de aquello, pero sí recuerdo que al regresar al hotel Sheraton y recogernos cada uno a nuestra habitación, de repente sonó mi teléfono. Era el actor, un tipo muy divertido y con mucho mundo recorrido. Aquella noche estaba feliz y se había pasado un poco con las copas: «Oye, Pedro, corre, vente a mi habitación; tengo aquí a unas chicas que quieren conocerte».

El concierto fue todo un éxito. Se celebró en un abarrotado Estadio Centenario. Estaba lleno de jóvenes. Actuaron artistas de toda América Latina y también de España: Jorge Drexler, Amaral, los uruguayos de No Te Va Gustar, el brasileño Arnaldo Antunes, el chileno Joe Vasconcellos y los mexicanos de Colectivo Nortec. Algunos de los jefes de Estado acudieron al concierto. La zona VIP estaba llena de personalidades. El estadio vibraba enloquecido mientras los miembros de No Te Va Gustar interpretaban sus temas *Clara* y *Hoy te quiero más*. Tras ellos, Amaral saltó al escenario y entonces tembló la zona VIP, en la que se concentraban los directivos y políticos españoles. Cuando sonó el tema *Son mis amigos*, una felicísima Leire Pajín, que entonces era secretaria de Estado de Cooperación, comenzó a bailar y a saltar junto a mí. Yo era el que estaba en ese momento casualmente cerca de ella, y debía de ser uno de los más jóvenes, así que la política socialista me agarró de golpe y nos pusimos a cantar. Aquel fue un gran ejemplo,

de esos a los que me refería antes, de exaltación patriótica y hermanamiento a través de la música, subrayado por los miles de kilómetros que nos separaban de nuestro país. Cosas que pasan.

6

EL MUNDO ES GRIS

Los derechos de autor han sido tradicionalmente un misterio para mucha gente. Ni siquiera se estudian con un mínimo detalle en la licenciatura de Derecho. El mundo de la propiedad intelectual ha sentido siempre que su desamparo, su desprotección, la inaplicación de sus derechos o la falta de comprensión social de sus intereses se debían principalmente al desconocimiento, y que eso también había que combatirlo. Las sentencias de los tribunales evidenciaban en muchos casos, al decir de los abogados de todas las entidades de artistas, autores o productores, una carencia de formación judicial suficiente en esta materia. Así que uno de los objetivos primordiales de la campaña antipiratería consistía en que la judicatura pudiera comprender mejor los derechos de propiedad intelectual y las normas penales que perseguían su vulneración.

El planteamiento era llegar a los jueces y a los fiscales, con los que siempre habían tenido lugar pequeños encuentros formativos, aunque nada significativos. Por ejemplo, el fiscal Eduardo Torres-Dulce, muy aficionado al cine, había participado en diversos seminarios organizados por la SGAE. Pero queríamos hacer algo más grande con esos dos importantes colectivos, y para ello lo mejor era tratar directamente con las asociaciones más relevantes de jueces y fiscales. Y así se hizo. La SGAE organizó en 2004 dos grandes congresos jurídicos que tuvieron una importancia decisiva. Para ello se firmaron sendos convenios de colaboración con la Asociación Profesional de la Magistratura y con la Asociación de Fiscales, las dos mayoritarias.

La firma del convenio con la Asociación de Fiscales se celebró con una comida en un restaurante cercano a la plaza de la Villa de París, alrededor de la cual se ubica el corazón de la maquinaria del poder judicial español. Frente a los directivos de SGAE que estuvimos presentes, encabezados por el director de los servicios jurídicos, Pablo Hernández, se sentaron, entre otros, los fiscales Cándido Conde-Pumpido y Eduardo Torres-Dulce. Ambos juristas alcanzarían años después, de forma consecutiva, la cúspide de la Fiscalía General del Estado, el primero con Zapatero como presidente del Gobierno y el segundo bajo el mandato de Rajoy.

Aquellos dos congresos se celebraron por todo lo alto. Trasladamos en avión tanto a Las Palmas como a Málaga a decenas de magistrados y fiscales. Además, invitamos a destacados miembros de la UDEF de la Policía Nacional, de la UCO de la Guardia Civil, a detectives privados, a miembros de la industria cultural y a algunos autores y editores musicales. Los encuentros se desarrollaron en dos estupendos hoteles: en el Santa Catalina, de Las Palmas, y en el NH de Málaga.

El equipo jurídico de la SGAE pudo impartir a tan selectos auditorios, en los dos días que duraron cada uno de esos encuentros, su doctrina sobre los derechos de autor, sobre la gestión colectiva de derechos y sobre la persecución penal de la piratería. Aquellas jornadas propiciaron un clima extraordinario entre la judicatura y el mundo de la propiedad intelectual, algo que hacía mucha falta.

El último día del congreso con la Asociación Profesional de la Magistratura, en Las Palmas, organizamos una cena en un reservado de un conocido restaurante de la isla. A ella acudieron algunos de los jueces y magistrados que habían participado en el encuentro. La velada resultó especialmente divertida cuando tomó la palabra Miguel Pérez Solís, un viejo amigo de Teddy Bautista contratado para ejercer como portavoz de la SGAE. Miguel, un cordobés locuaz y divertido como no he conocido otro, se lanzó a contar chistes y anécdotas de todo tipo mientras los presentes se desternillaban a

mandíbula batiente. Nunca habría imaginado que personas tan formales pudieran reírse de aquel modo. La SGAE había conseguido acercarse de una forma didáctica y más relajada a quienes debían aplicar la ley.

Los resultados de toda aquella campaña fueron inmejorables en el plano judicial, legislativo y policial, pero la ausencia de sensibilización social seguía propiciando —junto con la cada vez mayor lejanía de la SGAE con respecto a los medios de comunicación, por razones de distinta índole— que su imagen continuara resintiéndose públicamente. Por un lado, la SGAE era percibida como un sindicato de ricos y famosos que perseguía de manera inmisericorde a los manteros y a los jóvenes que se descargaban canciones y películas, mientras año tras año se hacían públicos unos resultados más que satisfactorios en términos de recaudación económica. Por otro lado, los medios de comunicación se encontraban con una SGAE con la que muchos tenían conflictos judiciales por el impago de derechos, y a la que, por tanto, no veían con ojos benevolentes ni estaban dispuestos a ayudar. Todas las formas imaginables de piratería prosperaron bajo la coartada moral de que la industria cultural se merecía lo peor. Y ello ocurría mientras los medios de comunicación o miraban para otro lado o directamente alentaban esos comportamientos. Entretanto, seguía creciendo la penetración de internet en los hogares, así como la venta de discos vírgenes, de aparatos de almacenamiento y de dispositivos de reproducción de contenidos digitales, con los iPod como máximo estandarte. La piratería estaba perjudicando a una industria, la cultural, pero beneficiaba claramente a otra: la industria tecnológica.

La poderosa Motion Picture Association of America (MPAA) y la embajada estadounidense estaban cada vez más pendientes de lo que acontecía en España. Les empezaban a preocupar los datos de piratería en internet. Hacían un seguimiento muy detallado de todas las descargas de películas que se producían en las redes digitales, que tenían monitorizadas con precisión milimétrica. Según los

informes de la MPAA, España era uno de los países del mundo en que mayor número de archivos piratas de cine y de canciones se descargaban a través de las redes P2P* (*peer to peer*), algo que en Estados Unidos había conseguido controlarse tras el cierre judicial de Napster, la primera gran red P2P de intercambio de archivos, aparecida en 1999.

Aquel fue el primer gran error de la industria musical. Estoy seguro de que sus ejecutivos todavía están tirándose de los pelos. Acababa de comenzar el siglo XXI y todas las discográficas libraban una batalla legal contra la popular Napster, el primer sistema de intercambio de archivos musicales. La compañía alemana Bertelsmann, propietaria de la discográfica BMG, una de las más grandes del mundo, tomó la valiente decisión de adquirir en plena batalla este servicio P2P para tratar de legalizarlo. Pero los alemanes se encontraron enfrente con la radical y ciega oposición del resto de las *majors* y el servicio se acabó cerrando. Dio igual. Se terminaron abriendo muchos otros, a imagen y semejanza de Napster, mientras la industria se desangraba en esfuerzos absolutamente contraproducentes y baldíos. Su ceguera al no saber adaptarse a los avances y a los nuevos gustos y comportamientos del consumidor —es decir, de sus propios clientes— acabó propiciando que la distribución de música fuera cayendo, poco a poco, en manos de las grandes compañías tecnológicas. Casi sin despeinarse.

En España, plataformas como Grokster, Gnutella, Kazaa o Emule eran sumamente populares, y a través de ellas mucha gente podía descargarse las grandes producciones de Hollywood nada más estrenarse. Esto afectaba a los intereses de una industria cuya influencia política en Washington era formidable, aunque menguante. Había nacido otro poderoso *lobby* sobre el que el Gobierno estadounidense tenía también intereses estratégicos. La industria tecnológica americana había invertido mucho en su posicionamiento como *lobby* ante la Administración norteamericana, hasta llegar a convertirse en una especie de «nuevo Hollywood». Los americanos siempre han comprendido el valor estratégico de los

contenidos, al igual que sucede hoy con el emergente mercado de los datos personales, en el que Estados Unidos y sus grandes multinacionales de internet también son líderes. Por eso, la Administración norteamericana ha protegido durante décadas con uñas y dientes a su industria del cine, como también hace en la actualidad con una industria tecnológica que resulta igualmente estratégica para sus intereses. Ambas industrias, la cinematográfica y la tecnológica, constituyen para Estados Unidos piezas angulares de su posicionamiento en el mundo y de su poder.

He podido comprobar muchas veces cómo el Gobierno de Estados Unidos protege tanto a sus *majors* del cine como a Google, consciente del enorme valor estratégico que para ese país tienen ambos actores en la construcción de su *poder blando*, de la diplomacia cultural, en la terminología del Departamento de Estado. En cambio, no he visto nunca una visión parecida en ningún Gobierno español, abandonados a su suerte, como aquí se hallan, los verdaderos asuntos de Estado y sus políticas. Aquí a lo máximo que hemos llegado es a hablar de la «marca España», sin saber exactamente qué significa eso y, por tanto, sin ser capaces de dotarla de un mínimo contenido que posicione a nuestro país de una forma competitiva.

En todo caso, la manera que ha tenido siempre el Gobierno de Estados Unidos de defender a su industria cultural (sobre todo la cinematográfica) se ha producido intentando no perjudicar el desarrollo de sus empresas tecnológicas. Pase lo que pase, Estados Unidos siempre gana.

En general, las *majors* del cine y de la música (Warner, Universal, Disney, Paramount, Fox) parecían no haberse enterado de que internet había llegado para quedarse y para ponerlo todo patas arriba. Ellas siempre han luchado contra los avances tecnológicos. Llevan más de ciento veinte años haciéndolo, desde la aparición de la pianola. En un primer momento, la industria no quiso enterarse de que necesitaba adaptarse a ese nuevo entorno y cambiar sus estrategias y modelos de negocio. Más tarde, cuando el agua le

llegaba a todo el sector hasta el cuello, lo intentaron, pero ya era demasiado tarde. Habían aparecido nuevos actores procedentes del corazón tecnológico que, conocedores del entorno digital, abanderaron nuevos modelos que obligarían a cambiar el paradigma de distribución de contenidos. El mundo tecnológico había cogido con el pie cambiado a la en otro tiempo invencible industria de la música y del cine. La propiedad intelectual, lógicamente, se vería afectada por todo esto, pero incluso hoy, algunos años después de que aquello comenzara a fraguarse, sigue sin estar claro hacia dónde se dirigen los derechos de autor y cuál debe ser el modelo retributivo de los que participan en la creación de una obra que se distribuye a través de las redes digitales.

Nos encontrábamos en plena guerra contra la piratería en internet cuando un buen día me llamó el representante de la MPAA en España. Era el típico americano de Texas, de unos cuarenta y cinco años, que había estado destinado en algunos países de Centroamérica, por lo que hablaba bastante bien español. Las relaciones con él no siempre eran buenas. Sus posiciones eran muy rígidas, poco diplomáticas. Se enfadaba mucho al no poder explicarse los problemas que teníamos en España con la propiedad intelectual. No entendía por qué al *lobby* cultural español le costaba tanto conseguir las reformas legislativas que necesitaba y que estaba demandando sin éxito desde hacía tiempo. Para ellos resultaba incomprensible que fuese tan laborioso que el Gobierno defendiera los derechos de autor. En Washington, no cabe duda, las cosas no resultaban tan duras para ellos, dada esa alianza tácita que siempre ha existido entre la industria del cine y su Gobierno, y que explica el interés con el que su embajada en Madrid se tomaba todos estos asuntos.

La llamada del representante de los norteamericanos era para informarme de que el presidente de la MPAA, Bob Pisano, visitaría pronto Madrid. Era la primera vez que Pisano venía a España, al menos como representante máximo de la industria del cine. Me decía que Pisano le había trasladado que quería comer conmigo y

con Antonio Guisasola, el presidente de Promusicae, la entidad que aglutinaba en España a la industria discográfica. Era febrero de 2004 y las cifras de negocio de la campaña navideña habían sido un desastre. Nos citaron en el restaurante asiático del hotel Palace, frente al Congreso de los Diputados. Cuando Antonio y yo llegamos ya estaban allí sentados el presidente de la Motion Picture, junto al representante de la MPAA en España y un alto directivo que se ocupaba en Bruselas de los temas de la industria cinematográfica estadounidense. Todos coincidimos en que el pato laqueado era una opción extraordinaria, así que el almuerzo comenzó con los mejores presagios.

Bob Pisano era un hombre con cierto aire senatorial, pero también con un toque de capo italiano. Elegantemente vestido y formal, aunque cercano. En sus formas se diría que era europeo, con ese aire que tienen por ejemplo los directivos de los clubes de fútbol de Milán. Quedaba patente que estábamos ante una persona acostumbrada a tratar con el poder y sobre el poder. Le interesaba conocer nuestras opiniones sobre distintos temas y, sobre todo, explorar la posibilidad de construir una alianza de todo el sector para influir con más fuerza ante el Gobierno español. En aquel momento, el sector cultural de nuestro país no tenía todavía una asociación que actuara como *lobby* en defensa de sus intereses. Esto resultaba paradójico y era absolutamente incomprensible para los norteamericanos. Nunca entendí la razón por la que a las distintas organizaciones afectadas nos costaba tanto ponernos de acuerdo y actuábamos de una manera tan descoordinada e ineficiente. La creación de ese gran *lobby* cultural comenzó a fraguarse con aquella reunión.

A los pocos días, antes del regreso de Pisano a Los Ángeles, los americanos volvieron a convocar una comida. Esta vez invitaron a todos los presidentes de las principales entidades de gestión de propiedad intelectual españolas. Acudieron Eduardo Bautista, Enrique Cerezo y Antonio Guisasola. El encuentro se celebró en un reservado del lujoso restaurante Zalacaín, un clásico de Madrid. En

estas cosas a los norteamericanos les gusta ir a tiro hecho. Durante la comida se habló poco de los temas de fondo, como suele ocurrir en las reuniones en las que intervienen los jefes máximos de varias organizaciones. El objetivo era más la confraternización. Y aquello se consiguió. La construcción de un gran *lobby* cultural para luchar contra la piratería digital estaba cada vez más cerca.

A los pocos días de aquel encuentro, en marzo de 2004, me llamó un amigo de la embajada de Estados Unidos en Madrid para comer conmigo. Ya con el primer plato quedó claro cuál era su interés: conocer las impresiones de la SGAE sobre la visita del presidente de la MPAA. Hay una norma no escrita según la cual en las comidas de trabajo no se habla de nada sustancial hasta los postres; pero esta regla no siempre opera para los norteamericanos, acostumbrados a almuerzos de trabajo mucho más breves que los nuestros. Así que en, esta ocasión, el tema que nos convocaba fue atacado sin prolegómenos.

Le expliqué que nosotros estábamos dispuestos a ayudar a la MPAA en la creación de ese *lobby* y que no solo no íbamos a ser un obstáculo, sino que seríamos sus aliados principales. La SGAE estaba tan interesada como la MPAA en la creación de esa coalición, aunque por razones diferentes. Mientras el objetivo de los americanos era construir un *lobby* fuerte en España, la SGAE pretendía, además, colocar un escudo que protegiera su reputación, muy mermada tras haber sido la más activa ante los ojos de todos, y la única organización que estaba siendo masacrada en los medios por su lucha antipiratería. Tanto el resto de las entidades de gestión como las compañías de música y cine habían dejado el peso de la impopular batalla a la SGAE, y esta terminó pagando un precio muy alto por ello. Los otros agentes, las entidades y la industria, también lo han pagado, aunque aún no sean del todo conscientes. Su incapacidad para reivindicarse como actores influyentes ya no tiene remedio alguno, como demuestra el hecho de que en las elecciones generales celebradas el 20 de diciembre de 2015, con la SGAE herida de muerte, no se hablara ni una sola palabra sobre cultura.

Pero aquella comida con el funcionario de la embajada estadounidense tuvo un segundo tema de conversación. Hacía muy pocos días que se había cometido en Madrid el mayor atentado terrorista de la historia de España. Unos trenes de cercanías habían estallado por los aires llevándose la vida de 191 personas y dejando cerca de dos mil heridos. El país, todavía conmocionado y al borde de unas elecciones generales, se encontraba en plena lucha informativa sobre la autoría del ataque terrorista.

—Ha sido Al Qaeda —afirmó con toda rotundidad mi amigo americano—. Nuestros informes desde el primer momento no dejan lugar a duda.

—¿Y conoce el Gobierno español esos informes? —pregunté ingenuo.

—Sí, claro —sentenció.

Aquello me confirmaba algo ya sabido: todo el mundo defiende estrictamente lo que conviene a sus intereses. Y para eso están también los informes de inteligencia, como el que indicó en su día que en Irak había armas de destrucción masiva. Mi contacto, con ese aire de agente de la CIA que siempre le acompañaba, pronunció seguidamente en tono solemne unas palabras que ya le había oído en otras ocasiones, pero cuyo completo significado he tardado algunos años en descifrar:

—Mira, Pedro, el mundo es gris.

7

LA CEJA DE LOS ARTISTAS

En marzo de 2004, el PSOE ganó las elecciones generales. Los últimos tiempos de Aznar en la presidencia habían sido muy tensos con la comunidad cultural. Destacados autores y artistas habían participado muy activamente en el rechazo frontal a la guerra de Irak, lo que tensó aún más la cuerda entre el mundo de la cultura y el PP. La victoria de Rodríguez Zapatero alegraba, en general, a la militancia autoral, convencida de que la izquierda es más sensible a su causa. Con el PSOE había llegado la esperanza de que las reivindicaciones sobre la protección de sus derechos se podrían materializar definitivamente.

A las pocas semanas de tomar posesión Zapatero, el nuevo presidente nos recibió en el palacio de la Moncloa. Junto a Eduardo Bautista y Luis Cobos, presidente de la Asociación de Artistas e Intérpretes, acudió una nutrida representación de músicos, al frente de los cuales estaba Alejandro Sanz. Una persona cercana a las compañías discográficas y muy amigo de Miguel Barroso, secretario de Estado de Comunicación, había organizado aquel encuentro, creo que movido sobre todo por el interés de La Moncloa en que el nuevo presidente se hiciera en aquellos primeros días de gobierno algunas fotos con sectores influyentes de la sociedad. Aquel encuentro fue solo eso: una foto. No hubo nada relevante en la conversación privada con un Zapatero que todavía se estaba haciendo a la idea de que era el presidente del Gobierno de España.

El presidente del Gobierno nos recibió muy sonriente en uno de los despachos cercanos a la sala en la que se celebra el Consejo de Ministros. Nos saludó uno por uno estrechándonos su mano izquierda, ya que tenía el brazo derecho escayolado tras haberse lesionado jugando al baloncesto, según nos dijo. Al parecer, la pista de pádel que Aznar había construido en La Moncloa se había transformado rápidamente en una cancha de baloncesto. Los nuevos aires que habían aterrizado en La Moncloa podían advertirse en los detalles más sorprendentes. En aquella sala en la que charlaríamos unos quince minutos con el presidente —según nos subrayaron al llegar— no había asientos suficientes, por lo que algunos de los presentes permanecimos de pie. Teddy Bautista tampoco se sentó. Aquello no le gustaba nada; se lo veía desconfiado, tenso, convencido desde el principio de que aquel encuentro era solamente una foto muy bien planificada. Y no estaba errado. El presidente Zapatero fumaba un cigarro tras otro mientras intentaba mostrar lo mucho que sabía sobre derechos de autor y política cultural. Unas palabras llenas de generalidades y buenos propósitos. Nada más. «Vayamos a la foto», dijo alguien de protocolo al poco de iniciada la visita.

Aquella fue la única vez que vi a Teddy Bautista saludar a Zapatero. Las relaciones de la SGAE con el poder socialista existían, y eran fuertes, pero nunca se llegó a estar cerca de Rodríguez Zapatero. A la dirección del PSOE había llegado una nueva generación para la que Teddy Bautista ya no era tanto un aliado como un incordio. Durante los ocho años de Gobierno socialista, las personas que —además de los ministros de Cultura (Carmen Calvo, primero, César Antonio Molina, después, y González-Sinde para concluir)— intervinieron políticamente para impulsar asuntos o desatascar embrollos del interés de la SGAE fueron sobre todo la vicepresidenta, María Teresa Fernández de la Vega, o el director de gabinete del presidente del Gobierno, José Enrique Serrano. Dos personas del viejo PSOE con las que Bautista sí tenía un mayor acceso.

Cuando las cosas se ponían feas en los enfrentamientos entre el Ministerio de Cultura y el de Industria y Telecomunicaciones de Miguel Sebastián, la SGAE siempre pedía la intervención de Fernández de la Vega o de Serrano para que el Gobierno se pusiera del lado de la cultura. Y en no pocas ocasiones se consiguió. Para ello, la SGAE siempre intentaba mostrar su músculo: los autores y los artistas. Aquella era la manera de hacer ver al Gobierno que si no defendía los derechos de propiedad intelectual, los artistas podrían hacer manifestaciones públicas en sentido crítico o dejar de mostrar su apoyo al PSOE. Era el arma más poderosa que la SGAE tenía, y en ocasiones críticas la utilizaba.

Las dos herramientas que más inclinaban la balanza hacia la propiedad intelectual en las batallas que se libraban frente a otros intereses eran, por un lado, los artistas, y, por otro, los norteamericanos. Durante los años del Gobierno de Zapatero, la embajada de Estados Unidos fue tremendamente activa en su posicionamiento sobre el tema de la piratería, tratando de que el Gobierno impulsara las reformas necesarias, moviera aún más a las fuerzas policiales y, sobre todo, para que dictase instrucciones a la Fiscalía sobre el modo en que debían perseguirse estos delitos. Los contactos y reuniones con la embajada norteamericana eran cada vez más frecuentes, hasta el punto de que llegué a mantener muy buena relación con algunos de sus miembros. Por esa razón, Bautista me pedía ayuda para que interviniera en meras gestiones administrativas ante aquella sede diplomática, ajenas a la piratería pero del interés de importantes socios de la SGAE que iban a viajar a Estados Unidos para dar algún concierto y que no habían hecho con suficiente antelación los pertinentes trámites. Mis contactos facilitaban su gestión y, sobre todo, la agilizaban. Así me lo pidió el presidente en varias ocasiones para que ayudara en gestiones ante la embajada norteamericana a autores como Joan Manuel Serrat o Joaquín Sabina, pesos pesados en el entramado de poder de aquella SGAE.

Rosa León, consejera de la casa, presionaba mucho a Bautista para que les ayudáramos en estas cosas y Teddy, por entonces, todavía mantenía buena relación con ella. Rosa León era consejera de la SGAE, estaba en política junto al PSOE y hacía de intermediaria de aquellos artistas consagrados más escorados a la izquierda. Su papel político fue siempre muy importante en el sanedrín de Teddy. Pero no tengo claras sus inclinaciones si en algún momento tuvo que decidir entre el PSOE o la SGAE. Lo cierto es que Rosa León estaba entre los colaboradores de la ministra González-Sinde cuando la Guardia Civil entró en la SGAE, y también que Teddy Bautista y ella ya no se hablan.

A Bautista le gustaban mucho las formalidades para ese tipo de gestiones que me encomendaba. Para que los autores vieran lo mucho que su SGAE podía hacer por ellos, lo organizaba todo para que un chófer me llevara con uno de los coches Audi de la casa a recoger al autor en cuestión y acompañarle hasta la embajada norteamericana. No dejaba de resultar gracioso ver a unos artistas tan comprometidos políticamente con la izquierda como lo eran ellos entrar en el cuartel general del gran imperio del capitalismo en Madrid.

La verdad es que aquellos momentos eran para mí un lujo, pues me permitían pasar un rato a solas con autores cuyas canciones forman parte de mi vida. Como Joan Manuel Serrat, al que una vez recogí en su hotel con el chófer de la SGAE para dirigirnos a la embajada norteamericana y realizar juntos aquellos trámites. Serrat me pareció seco, muy serio, hablaba más bien poco, algo que he comprobado que es bastante común entre los artistas más importantes; imagino que deben de estar muy hartos de hablar. Hicimos la gestión con toda la rapidez que fue posible y regresamos a su hotel. Creo que no se encontraba cómodo en aquel lugar y lo ponía de manifiesto.

Con Joaquín Sabina, en cambio, fue diferente. En un par de ocasiones tuve que acompañarle a la embajada de Estados Unidos. Quedamos temprano, muy cerca de su domicilio. Se retrasó unos

diez o quince minutos, pero ya me habían advertido de que Sabina no era muy puntual, especialmente por las mañanas. Aquel frío día de enero llovía con rabia en Madrid. Sabina apareció de repente en la plaza Tirso de Molina, corriendo y sin paraguas, solo con su sombrero negro, tras doblar la esquina de la calle en la que está su apartamento. Iba sin papeles ni carpeta alguna, lo que me sorprendió dadas las gestiones que íbamos a realizar, pero no dije nada. Me saludó sonriente y nos subimos al coche para dirigirnos desde los dominios del cantautor, en el Madrid más bohemio, hasta la calle Serrano, en la zona más conservadora y aristocrática de la capital.

En la puerta de la embajada se encontraba de guardia una pareja de jovencísimos policías nacionales. Al ver a Joaquín Sabina se pusieron muy contentos, me pidieron que les hiciera una foto con él y nos escoltaron hasta la misma entrada. El marine vestido de gala que nos atendió entonces, y que había observado curioso la escena, no tenía ni la menor idea de quién era aquel señor, pero tampoco parecía importarle, así que realizó su trabajo con el mismo rigor y protocolo que hubiera empleado con un joven de Minnesota. Es decir, de una forma ruda que a Sabina le costó comprender. Tras los pormenorizados controles de acceso, incluida la entrega del teléfono móvil, con el que no se puede acceder al edificio, una funcionaria nos esperaba en el *hall*. Era una mujer de origen latino y conocía perfectamente quién era Joaquín Sabina. Para sorpresa del cantautor, se mostró muy simpática e incluso cariñosa, y nos llevó directamente ante el funcionario que debía realizar las gestiones sin tener que esperar turno alguno. Pero nada más comenzar los trámites nos dimos cuenta de que a Joaquín se le habían olvidado las fotos para su visado. Allí dentro no las podíamos hacer, así que tuvimos que salir a toda velocidad de la embajada y recorrer el barrio de Salamanca en busca de una tienda de fotografía. Finalmente la encontramos, no sin dar un largo paseo lleno de obstáculos. Nos atendió una simpática mujer que estaba feliz de haber empezado aquel día fotografiando al autor de *Pongamos que*

hablo de Madrid. Cuando nos entregó las fotos y tocaba pagar yo no sabía bien qué hacer. Pero Sabina me lo aclaró rápido. También se había olvidado la cartera, como todo artista que se precie, por lo que hice yo el gesto de abonar los cuatro euros. Pero la dependienta no me dejó. «Joaquín siempre está invitado», me dijo. Creo que ese tipo de cosas le deben de pasar a menudo, por lo que entiendo que se le olvide la cartera. Regresamos entonces hasta la embajada, sorteando de nuevo los obstáculos en forma de viandantes que querían saludar o hacerse una foto con el artista. Pero no teníamos tiempo; debíamos continuar con los trámites y mi obligación era tirar de Sabina todo lo que pudiera. Finalmente obtuvimos su permiso con toda la rapidez que fue posible y, tras recoger en la garita de la entrada nuestros móviles, abandonamos la embajada despidiéndonos del marine.

Al salir, en plena puerta, de nuevo pararon a Sabina para saludarle. Esta vez se trataba de dos «marquesonas» del barrio de Salamanca, indudables votantes del PP, que al reconocer a Sabina le lanzaron vítores y me pidieron que les hiciera una foto con el artista. Cuando entramos en el coche para regresar al otro Madrid, Sabina me dijo con su habitual sarcasmo:

—Pedro, ¿has visto? ¡Me quieren hasta la poli, las marquesas y los americanos!

* *

Durante los últimos años en la SGAE, mis relaciones con socios relevantes fueron cada vez más habituales. La campaña antipiratería había tenido unos resultados satisfactorios durante más de dos años de intenso trabajo y ya no era un desconocido en la casa. Creo que por eso el presidente de la entidad me ofreció un ascenso que cambiaría mi vida cuando Santos Castro, director de relaciones institucionales de la SGAE, abandonó su puesto para irse con José Bono al Ministerio de Defensa nada más ganar el PSOE las elecciones. Teddy Bautista me llamó entonces para ofrecerme aquel

puesto. Yo tenía solo treinta y tres años. De la noche a la mañana pasaba a dirigir uno de los departamentos más importantes de la SGAE, un área que incluía las relaciones con los entornos más estratégicos: el mundo político, los medios de comunicación, los grandes clientes y el trato con los socios VIP. Además, este gran departamento se ocupaba, en lo que le dejaban sus secretarias, que no era mucho, de dinamizar la agenda del presidente. El primer día de trabajo en mi nuevo puesto, al encender mi ordenador me encontré con un correo de Teddy Bautista: «Pedro, bienvenido. Si te gustan las emociones fuertes has llegado al lugar adecuado». Nunca llegué a imaginar lo certeras y ajustadas que alcanzarían a ser aquellas palabras.

Tras mi ascenso, un importante grupo de socios que habían creado la Asociación de Compositores y Autores de Música (ACAM) me invitó a una cena en la que me hicieron entrega de un premio a la defensa de los derechos de autor. El premio me lo entregó Teo Cardalda, lo que me hizo especial ilusión pues sus canciones me habían acompañado muchos años. Teo era uno de los autores más comprometidos con la causa y formaba parte del núcleo duro de artistas que tenían un mayor contacto con la cúpula de la SGAE. Este grupo de socios era tremendamente activo y luchador, con un sentimiento muy gremial y con una actitud que bien se podría calificar de sindical. Además, eran especialmente próximos al presidente de la entidad. Bautista disponía internamente de dos tipos de apoyos: los de los grandes autores y los más reconocidos, que estaban muy contentos con él por la gestión económica y por la progresión de la recaudación; y un segundo grupo, un brazo armado, por así decirlo, que alzaba la voz públicamente y se movilizaba cada vez que la SGAE lo necesitaba. La ACAM era el centro de ese segundo colectivo.

Pero los autores no solo se movilizaban cuando la SGAE tocaba las cornetas, sino también cuando lo hacían algunos políticos. Particularmente, las relaciones de muchos autores con el PSOE eran estrechas. El PP nunca supo, aunque lo intentó tímidamente,

acercarse a un sector cuyas opiniones podían alcanzar relevancia social y mediática. Pude comprobar lo estrecho de la conexión entre la política y el mundo de la cultura en más de una ocasión. En unas elecciones al Parlamento Europeo que se prometían muy ajustadas entre PSOE y PP, la izquierda estaba muy interesada en que el mundo de la cultura se movilizara y tomase partido activamente a su favor. Un buen día algunas personas del PSOE convocaron a un grupo de artistas a una reunión secreta en la que, sin ningún tapujo, los llamaron a filas. El encuentro se celebró en la sede de la Asociación de Artistas —la AIE— rodeado de mucho secretismo. Quien hizo las llamadas a las entidades que en el PSOE consideraban más próximas para que reclutásemos a los artistas fue un importante eurodiputado socialista que dirigía la estrategia electoral. A Teddy Bautista aquello no parecía gustarle demasiado por ser una apuesta muy arriesgada, y me dio la sensación de que hizo todo lo posible para que la reunión no se celebrara en la sede de la SGAE. Su apoyo al PSOE ya no era como antes.

Al parecer, a Luis Cobos, presidente de la Asociación de Artistas, no le importó en exceso jugar ese papel tan «electoral» y se ofreció inmediatamente para que el encuentro tuviera lugar en sus oficinas. Por parte de las directivas de la AIE y la SGAE estábamos el director general de la primera, José Luis Sevillano, y yo mismo. Luis Cobos se incorporó a los pocos minutos de comenzar y presidió encantado la reunión junto al dirigente socialista. Yo no abrí la boca, era un mero espectador de la escena, pero no daba crédito a lo que allí escuchaba. El político quería cerciorarse a toda costa de que los artistas se iban a movilizar de manera visible contra el PP. Ahí radicaba su mayor interés. Y lo consiguió. A los pocos días comenzaron a producirse pronunciamientos de todo tipo. Incluso se convocó una concentración de artistas a las puertas de la sede de los populares, en la calle Génova. Así funcionaba todo. La promesa latente era: si nos apoyáis, os apoyamos. El banco de favores, siempre tan presente.

8

EL COMANDANTE EN JEFE DE LOS AUTORES

La guerra contra la piratería fue la primera que colocó a la SGAE en la agenda de los medios de comunicación. Pero después vendrían otras. Eduardo Bautista lideraba todas las contiendas, con lo que su exposición, y la de la empresa que dirigía, era notoria. Teddy llevaba ya más de veinte años al frente de la SGAE y por entonces presidía también la CISAC, la Confederación Internacional de Sociedades de Autores y Compositores. Hablaba perfectamente inglés y francés, y pude comprobar muchas veces en los viajes al extranjero lo respetado que era por los presidentes de otras entidades de gestión y por la industria cultural en general.

Cuando llegó al poder, en 1983, la sociedad, arcaica en su gestión y zarzuelera en sus formas, recaudaba al año unos 2.000 millones de pesetas (algo más de 12 millones de euros). En 2008 la entidad empezaba a acercarse a los 500 millones de euros de recaudación anual. Ninguna otra entidad de derechos de autor había cosechado tal crecimiento en tan poco tiempo. La SGAE se había convertido en un modelo de gestión económica y en el paradigma de la lucha por los derechos de autor. Y el artífice de todo aquello era Teddy Bautista. Era un líder y le gustaba serlo.

Se trataba de un hombre polémico, pero sin duda querido por la mayoría de los socios de la SGAE. Los autores lo tenían como el mayor salvador de su causa, quien mejor les comprendía y su mejor representante: un compañero y un líder. Los editores de música, sin embargo, tenían con él sus más y sus menos, aunque en general le apoyaban (hasta que dejaron de hacerlo). No en vano sus intereses,

sus derechos de propiedad intelectual, se veían con él defendidos a capa y espada. Y a Teddy Bautista se le daban bien tanto la capa como la espada. Era un hombre de trato afable. Y muy duro cuando desenvainaba el florete. Su actitud no podía dejar nunca indiferentes a quienes se relacionaban con él.

Austero en sus gustos y trabajador hasta la extenuación, a las siete en punto de la mañana ya estaba sentado en su despacho. Se cuidaba mucho. Era radicalmente frugal en sus comidas. Su menú consistía, todos los días, en un simple pescado a la plancha, algunas verduras y un zumo de naranja. Nada más y siempre lo mismo. Nunca le vi probar una sola gota de alcohol. Su vida eran la SGAE, los derechos de propiedad intelectual y los autores. Esa era su mayor, y quizá su única, motivación existencial. Y a esa tarea se dedicaba en cuerpo y alma.

Dirigía la entidad con mano de hierro. Era un hombre a veces duro en los temas de trabajo. Irascible, se enfadaba con frecuencia hasta resultar vorazmente impulsivo. Cuando se encolerizaba, la piel blanca de su cara enrojecía hasta parecer un fresón, mientras se le hinchaba la vena del cuello hasta amoratarse. Su propia soberbia era su peor enemigo. Pero era también una persona sensible, y muy generoso con los suyos. Muchas veces vi cómo, al conocer las situaciones difíciles por las que atravesaba algún autor, intentaba volcarse con él. Era un hombre atrapado en esos dos personajes: el compañero y amigo de los autores, y el líder carismático y combativo. Necesitaba librar batallas tanto como respirar. Creo que el conflicto le estimulaba. Vivía la vida en clave de buenos y malos, de amigos y enemigos, de alianzas y luchas. Conmigo o contra mí. Él mismo se autodefinía a menudo como «estajanovista» y «jacobino».

Sus relaciones con el poder político, las que yo pude conocer, nunca fueron excesivamente buenas, al menos en lo personal. Siempre estuvieron presididas por el recelo mutuo. Creo que los políticos en general le temían más que respetaban. Quizá con el único presidente del Gobierno con el que llegó a entablar una relación más cercana fue con Felipe González. Pude comprobarlo la

última vez que el expresidente socialista visitó la SGAE. Fue en 2005, con motivo de la cena que se ofreció en el palacio de Longoria a José Dirceu, entonces poderoso ministro del Gobierno brasileño y mano derecha del presidente Lula da Silva. Dirceu estaba de visita oficial en España y la SGAE organizó una cena en su honor a la que invitó a importantes periodistas, empresarios y autores, y también a Felipe González. Dirceu era todo un personaje. En aquellos días era parte de la nueva jerarquía política y económica brasileña, pero en sus años de juventud había sido un revolucionario de izquierdas que se llegó a formar en Cuba, donde recibió entrenamientos guerrilleros promovidos por el régimen castrista, y que incluso pasó algunos años en prisión y media vida perseguido. Su vida era de película, pues según me explicaron había tenido que vivir bastante tiempo bajo otra identidad y tuvo que hacerse la cirugía plástica en un par de ocasiones para que no le identificaran mientras vivía en la clandestinidad. Aquel era el tipo de personaje que seducía a Bautista.

Aquella velada se organizó por todo lo alto, como nunca había visto organizar un almuerzo o cena en la SGAE. Con mucho protocolo y el mejor *catering* posible. Estaba claro que aquel tipo, aunque reconozco que yo nunca había oído hablar de él, tenía poder y capacidad de convocatoria, pues no faltó uno solo de los invitados. Brasil era un país que estaba en boca de todos y donde todas las empresas españolas querían hacer negocios. La cena se celebró en la sala Valle-Inclán, la del Consejo. A la derecha de Bautista se sentó Felipe González y enfrente de ambos, José Dirceu. Teddy estaba pletórico, radiante. Aquella era una cena que a muchas otras compañías españolas con intereses en Latinoamérica les habría gustado organizar, y así nos lo recalcó nuestro jefe para que no hubiera ningún fallo. Y la cena, la verdad, salió muy bien.

Pero durante la velada, a partir de las once de la noche, vi como los dos acompañantes de Dirceu, un hombre y una mujer de su gabinete, que junto con su equipo de seguridad habían venido también a la SGAE, no dejaban de recibir llamadas en sus móviles

mientras abandonaban la cena nerviosos, una y otra vez, para hablar en el vestíbulo del edificio. En alguna ocasión le pasaron el teléfono a su ministro y a este se le demudó la cara. Era evidente que algo grave estaba pasando en Brasil. Y lo que pasaba pudimos verlo al día siguiente en todos los periódicos. José Dirceu, el todopoderoso hombre del Gobierno de Lula da Silva, estaba siendo investigado en su país por corrupción. Se quedó hasta el final de la cena, pero creo que tuvo que regresar algunos días antes de lo previsto a su país. Parece que su ausencia de Brasil se había utilizado para ir a por él, seguramente porque esa era la mejor forma de evitar que pudiera presionar o destruir pruebas. Aquel mismo día en que en la SGAE organizamos una cena en su honor comenzó a destaparse en Brasil el escándalo de las mordidas, de las irregularidades en la empresa Petrobras y de los sobornos parlamentarios. En la actualidad, Dirceu está cumpliendo una condena de doce años en una prisión brasileña.

Al final de la cena, ya con los cafés y las copas, Felipe González me hizo un gesto para que me acercara a él. Me aproximé desde el extremo de la larga mesa y en voz baja me pidió que le trajera sus puros, que, según me indicó, había dejado al cuidado de sus guardaespaldas. Y así lo hice, salí en busca de los guardaespaldas a por los puros del expresidente. Cuando caminaba por el pasillo con la purera de piel marrón en la mano no pude evitar abrirla y comprobar que, en efecto, allí estaban tres monumentales y frescos cigarros Cohiba que, quién sabe, quizá también provenían —como Dirceu— de la revolución cubana.

Esa relación que llegó a tener Bautista con Felipe González no la tuvo ni de cerca con ningún otro presidente del Gobierno. La relación con Aznar fue escasa, solo ocasional y por puro interés mutuo, pero nunca llegaron a tener complicidad. Ni con él ni con casi nadie de su Gobierno. Aunque el PP siempre intentó no llevarse demasiado mal con una entidad que era vista como un «nido de rojos» a los que era mejor no molestar demasiado. A diferencia de lo que ocurría con el PSOE, con el que siempre hubo complicidad y camaradería, la relación entre la SGAE y el PP resultó complicada.

No obstante, a ambos les interesaba no hacerse demasiado daño e, incluso, trabajar juntos en algunos proyectos, como ocurrió en Valencia, cuyo presidente, Paco Camps, sintonizó rápidamente con Bautista y juntos pusieron en marcha la gran obra de la Torre de la Música, aunque finalmente no llegó a buen puerto. Creo que la SGAE siempre intentó buscar la manera de aproximarse al PP, mientras el PP intentaba también conectar con el mundo de la cultura. Pese al esfuerzo de ambos, nunca lograron acercarse lo suficiente.

Un conocido abogado de Madrid, Javier Cremades, vino un día a ofrecernos sus servicios como *lobbista* ante el PP. Su bufete acababa de contratar a Miguel Ángel Cortés, diputado del PP por Valladolid, persona cercana al sector más aznarista y que había sido secretario de Estado de Cultura, por lo que conocía bien el mundo de la cultura. Aquel bufete fue contratado durante algún tiempo, con la vana esperanza de que pudiera acercar a la SGAE y sus pretensiones al ala más dura del partido. La realidad es que con aquella operación se logró más bien poco, a pesar de los esfuerzos de Miguel Ángel Cortés, convertido sorprendentemente en asesor de la SGAE. La relación entre la derecha y el mundo autoral estuvo siempre llena de minas. Y nunca ha sido fácil desactivarlas.

Un buen ejemplo de esas complicaciones se vivió cuando la portavoz de Cultura del PP, Beatriz Rodríguez-Salmones, visitó la SGAE para exponer el programa de cultura del PP durante una campaña electoral. El formato tenía su peligro, pues juntamos a la diputada popular con un grupo de autores para que pudieran debatir con ella. Craso error. Aquello terminó como el rosario de la aurora. Rodríguez-Salmones fue tratada con un desprecio y una dureza que me hicieron sonrojar y que desde luego ella no merecía, pues sin duda era una persona dialogante y que, más allá de su ideología liberal, comprendía muy bien las razones del mundo de la cultura y las reivindicaciones de la propiedad intelectual. Salmones no era ni mucho menos una enemiga, y sin embargo fue tratada como tal por los autores que la recibieron. Apenas la dejaron hablar y solo se dedicaron a atacarla, cociéndose en su propia salsa, como tantas

otras veces. Al día siguiente tuvimos que pedirle perdón a la diputada por lo sucedido y le enviamos un ramo de flores a su despacho en el Congreso de los Diputados.

Cuando falleció Antonio Vega, una persona muy querida entre los autores de la SGAE, y uno de los llamados socios VIP por la recaudación que lograban algunos de sus temas más conocidos, como *La chica de ayer*, la capilla ardiente se instaló en la SGAE. Aquella misma mañana nos avisaron de que la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, se acercaría a ofrecer sus condolencias al palacio de Longoria. Teddy conocía bien a Aguirre, pues había sido la primera ministra de Cultura del Gobierno de Aznar, aunque entre ellos no hubo nunca sintonía, como tampoco existió con el siguiente ministro de Cultura, que curiosamente fue Mariano Rajoy.

Por la tarde, la fila de personas que querían dar a Antonio Vega su último adiós daba la vuelta al palacio de Longoria. Nunca había visto a tanta gente queriendo entrar al edificio. El vicepresidente de la Comunidad de Madrid, Ignacio González, llegó un poco antes que su jefa. En la puerta esperaba Bautista a la presidenta de la Comunidad. Yo estaba en contacto con su jefa de gabinete para conocer exactamente cuándo llegaría con su vehículo oficial y si accedería por el aparcamiento. La jefa de gabinete me dijo que la presidenta estaba al llegar, pero tras esperar más de media hora en la puerta junto a Ignacio González, Esperanza Aguirre no terminaba de aparecer. Entonces vimos que en la cola de gente se armaba un gran revuelo de cámaras. Me dirigí hasta el lugar para enterarme de lo que ocurría y para mi sorpresa allí estaba ella, la «lideresa», haciendo cola como el resto de las personas que querían darle su último adiós a Antonio Vega. Bien es sabido que Aguirre, que está en campaña permanente, no pierde ocasión para arañar unos votos, incluso cuando se halla en suelo enemigo. Estoy convencido de que aquel gesto no fue improvisado y que su jefa de gabinete sabía lo que Aguirre tenía previsto hacer. Lo que querían era pasar allí unos minutos, junto a los simpatizantes de Antonio Vega y las cámaras de

televisión. Creo que esta anécdota refleja muy bien la relación entre la SGAE y el PP: nunca se llevaron bien del todo, pero ambos sabían que, aunque solo fuera por interés económico, político o electoral, debían hacer lo posible por entenderse, dado lo que ambos representaban.

Con el PSOE hubo históricamente mucha mayor cercanía. Algunos hilos invisibles de conexión y no pocos intereses cruzados convertían a la SGAE y al PSOE en aliados. Pero con el tiempo también empezó a haber dificultades, especialmente cuando una nueva generación de socialistas, con Zapatero a la cabeza, llegó a la dirección de Ferraz. La relación de Bautista con Zapatero comenzó siendo fría, casi heladora, y terminó por no existir. Ellos dos nunca se entendieron. Era evidente que a Zapatero no le gustaba demasiado Bautista. Creo que porque determinadas personas del entorno cultural no le habían hablado muy bien del presidente de la SGAE. Lo pude comprobar en la única ocasión que los vi juntos, durante aquella visita que hicimos al palacio de la Moncloa, pocos días después de la investidura de Rodríguez Zapatero como presidente del Gobierno. Casi no se miraban, y Teddy apenas participó. Estaba claro que a Zapatero no le gustaba Teddy y que a Teddy tampoco le gustaba este nuevo presidente, aunque por entonces ni remotamente sospechaba lo que le llegaría a suceder en los últimos meses de aquel Gobierno socialista.

Los tiempos de Zapatero se prometían muy diferentes a la anterior etapa socialista, cuando Felipe González era presidente y Javier Solana su ministro de Cultura entre 1982 y 1988. Aquellos fueron, al decir de los más antiguos de la SGAE, los años dorados. Oí muchas veces decir que Javier Solana había sido el mejor ministro que la SGAE había conocido, y esto tenía su lógica, pues la Ley de Propiedad Intelectual, que todavía hoy está en vigor y que permitió a la SGAE y a los derechos de autor su gran desarrollo, había sido impulsada bajo su mandato. Pero aquellos años dorados de Felipe y

Solana ya no volverían. Todos los logros obtenidos con los siguientes gobiernos socialistas hubo que sudarlos. Casi tanto como con los gobiernos del PP.

Bautista conoció a Mariano Rajoy siendo este ministro de Educación y Cultura con Aznar y, más tarde, como líder del PP en la oposición. Estaba claro que entre ellos no había química. Tenían muy poco en común, era evidente. Tampoco ayudaba el hecho de que a Rajoy nunca se le haya conocido afición cultural alguna. En una ocasión oí a Bautista afirmar: «He conocido ya a muchos ministros de Cultura», dando a entender que mientras ellos cambiaban él seguía ahí, como presidente de la SGAE. Después de Javier Solana, casi todos los ministros de Cultura que pasaron por los distintos gobiernos le parecieron mediocres. Creo que, en el fondo, estaba convencido de que a quien le correspondía ese puesto era a él. Los trataba a todos con cierta condescendencia, lo que siempre irritaba a los ministros y, sin duda, los predisponía negativamente. Pero Bautista no lo podía evitar. Daba igual que fueran del PSOE o del PP. Sus relaciones con ellos siempre resultaron complicadas.

Con Carmen Calvo, la primera ministra de Cultura con Zapatero, era evidente que saltaban chispas al primer roce. No se gustaban en absoluto, como ya había pasado con Esperanza Aguirre o Pilar del Castillo, ministras con Aznar. Teddy no podía evitar hablar como si diera lecciones, y eso, claro está, no agradaba demasiado a aquellas políticas, socialistas o populares, que tenían un fuerte carácter. Esto siempre terminó alimentando la actitud beligerante de Bautista, que sabía que al final, de una u otra forma, las batallas siempre las ganaría en La Moncloa, saltándose a cualquier ministro. Las cosas ni siquiera mejoraron, pese a lo que se ha dicho, con la última ministra de Cultura que yo conocí antes de abandonar la entidad: Ángeles González-Sinde, directora de cine y socia de la SGAE. A Bautista nunca le gustó su nombramiento, desconfiaba en extremo de ella, como en general, de los directores de cine más jóvenes, muchos de ellos muy críticos con la presidencia de Bautista, hasta el punto de

que habían llegado a provocar una escisión con la creación de DAMA, una entidad de gestión paralela a la SGAE a la que muchos guionistas y directores de cine se acabaron marchando.

El tiempo ha demostrado que el recelo de Teddy Bautista con el nombramiento de Sinde como ministra no estaba mal encaminado, pues fue precisamente bajo su mandato cuando la SGAE fue intervenida. Nunca se fio un pelo de ella ni de otro exdirectivo de la SGAE, Santos Castro, que en el momento del asalto de la UCO al palacio de Longoria desempeñaba el cargo de director general de Política e Industrias Culturales del Ministerio de Cultura. Como ya advertía Churchill, el mayor enemigo está siempre dentro, junto a ti. El resto solamente son adversarios.

De todos los ministros de Cultura que han coincidido con Bautista en los años en los que yo estuve en la entidad solo hubo uno con el que percibí alguna sintonía personal: fue César Antonio Molina. Al poco de tomar Molina posesión como ministro invitó a Teddy Bautista a una comida en el ministerio, supongo que para limar asperezas tras la compleja etapa de Carmen Calvo, llena de momentos tensos. Al almuerzo, celebrado en una de las feas salas de su edificio, en la plaza del Rey, los acompañamos el director de gabinete del ministro, Javier Lanza, y yo mismo. Comimos con un pequeño televisor que habían improvisado junto a la mesa. El ministro y, sobre todo, su jefe de gabinete, un hombre joven, muy trabajador y resolutivo, estaban muy pendientes desde bien temprano de la noticia del descubrimiento del tesoro de la fragata *Nuestra Señora de las Mercedes*, hundido por cinco navíos ingleses en 1805 frente a las costas de Cádiz. Una empresa norteamericana, Odyssey Marine Exploration, había estado haciendo en secreto los trabajos de búsqueda, hasta que encontraron el tesoro y se lo llevaron a Estados Unidos. Era julio de 2007 y había comenzado una larga batalla legal para recuperar el contenido de la fragata española.

Para el Ministerio de Cultura, aquel era el tema del día, y Javier Lanza no hacía otra cosa que mirar el televisor y atender al teléfono. Aquello de comer con la tele puesta no le sentó demasiado bien a Bautista, que, aunque a veces pudiera no parecerlo, era en realidad una persona muy educada y protocolaria. El ministro, en cambio, sí que estuvo en todo momento pendiente de Bautista. Creo que Molina había sido advertido previamente de la importancia que tenía llevarse bien con la SGAE. Buena parte del equipo de Carmen Calvo seguía en el ministerio y a buen seguro habían puesto en antecedentes al ministro. Aquellos funcionarios habían librado no pocas batallas con la SGAE desde la llegada de Zapatero al Gobierno y casi siempre habían tenido que dar marcha atrás a sus pretensiones, con los consiguientes dolores de cabeza de tales procesos. Seguramente Teddy era una de las primeras personas, si no la primera, a la que un ministro de Cultura llamaba al ser nombrado. Y lo propio seguidamente era, como había hecho el ministro Molina, comer con Bautista.

Teddy era la típica persona que o te cae muy bien o le odias. No dejaba indiferente a nadie. Se trataba de un líder carismático que, obsesionado por defender los intereses de los autores, comandaba la SGAE de manera muy personalista, casi mesiánica. Así que caía bien a las personas que tenían alguna simpatía por la entidad que presidía, mientras todos los demás le llegaban a detestar. La SGAE era él. Quizá se lo había ganado, pues, en honor a la verdad, él había sido quien convirtió a la entidad en el mayor *lobby* cultural de España y en una empresa con un notable poderío económico. Su carácter no admitía réplicas ni discusiones, y mucho menos delante de terceros. Eso lo aprendí rápido. El llamado «directorio», esto es, el comité de dirección en el que nos sentábamos los principales directivos, suponía el suplicio de todos los miércoles, con interminables sesiones que comenzaban a las ocho de la mañana y se alargaban hasta la hora de comer. Algunos días resultaban un tormento y el reto consistía en salir de allí indemne, para lo cual

cuanto menos dijeras, mejor. Algunos de los directivos decidían, ya de entrada, no abrir la boca en toda la mañana, salvo cuando les preguntaran, y aun así decían lo menos posible.

La media de edad del directorio era elevada, teniendo en cuenta que la sociedad estaba ya empezando a cambiar y que la industria cultural y el sector en general se hallaban en plena revolución. Cuando me incorporé a este órgano, a finales de 2004, yo era el más joven de sus miembros. Cuando llegué, pude notar las miradas escépticas de mis compañeros. Imagino que creían que no duraría mucho allí, entre tantos cuchillos volando como había. Sin embargo, poco a poco fui ganándome el respeto y la confianza de todos sus miembros, y en más de una ocasión medié para resolver conflictos o para impulsar acciones que nadie se atrevía a sacar adelante. Estoy seguro de que si sobreviví tantos años en aquel lugar fue porque ninguno me llegó a ver nunca como una amenaza para sus ambiciones de suceder a Teddy Bautista, que algunos de ellos sin duda tenían. La paradoja es que hoy hubiera preferido no haber estado tanto tiempo en aquel lugar. Lo mejor habría sido que a los dos o tres años de aparecer por allí me hubiera alcanzado alguno de aquellos cuchillos voladores. Pero, ya se sabe, la vida tiene sus caprichos.

Tres personas tenían peso específico en ese comité de dirección, aunque en todos los años que estuve sentado en aquella mesa nunca las vi enfrentarse públicamente a Teddy Bautista. El más antiguo era Paco Galindo, un histórico de la casa que había entrado con pantalones cortos y que ya estaba de vuelta de todo. Paco, callado y escéptico, algo cínico, era la persona que mejor conocía la SGAE por dentro, y ese era su gran activo, de lo que se aprovechaba a la mínima ocasión. El segundo era Pablo Hernández, director de Servicios Jurídicos, un ambicioso abogado, esforzado trabajador y muy respetado por casi todos. El poder de Pablo radicaba en que no se movía un solo papel sin que pasara por su mesa. Sus elevados conocimientos en materia de derechos de propiedad intelectual y de gestión colectiva le hacían imprescindible e insustituible en la casa.

El tercero era José Neri, quien mejor relación personal tenía con Teddy. Neri era la persona al frente de todo el proyecto de innovación tecnológica de la SGAE, llamado Teseo, al que se destinaron fuertes recursos. Teddy estaba muy encima de este proyecto, pues, aunque a muchos les resulte paradójico, presumía de ser una persona con amplia mirada tecnológica, y la verdad es que intentaba estar siempre a la vanguardia. Le encantaban los *gadgets*, y Neri se los proporcionaba a cada rato. Creo que la primera persona que tuvo en España los nuevos chismes de Apple no fue el presidente de Telefónica, sino Teddy Bautista, que tenía a su *dealer* personal como proveedor inmediato.

Entre Paco Galindo, José Neri y Pablo Hernández la relación era puramente formal, y a veces ni eso. Por temporadas ni siquiera se hablaban. Mantenían el tipo en público, pero en privado se detestaban. Nunca he vuelto a ver en una empresa, y he visto algunas, una lucha de poder tan brutal como la que ellos libraban cada día.

El resto del directorio lo integraban personas que, aunque su cargo pudiera indicar otra cosa, en realidad tenían menor peso específico. Enrique Loras era el director general de la SGAE, una persona abrumada siempre por los acontecimientos. Él estuvo entre los detenidos en la operación de la Guardia Civil y se encuentra imputado por varios delitos. El secretario general de la SGAE era Carlos Fernández-Lerga, un *bon vivant* de aspecto aristocrático, excelentemente relacionado y especialista en pasar inadvertido dentro de la casa. También consiguió ponerse de perfil incluso durante la intervención de la SGAE. Javier Trujillo, el director comercial, muy cercano a Paco Galindo, era una persona interesada principalmente en cobrar a toda costa los derechos de autor, hacer caja y traer cuantas menos noticias malas, mejor, aunque su política, claro está, responsable de la voracidad recaudatoria de la SGAE, no ayudaba mucho. Finalmente, un servidor, el último en llegar y el

único que abandonó el barco antes de hundirse. Aunque a decir verdad, de nada me sirvió, pues ya se han ocupado de hundirme por otros medios.

En el equipo directivo de Bautista ocupaban un papel destacado los delegados regionales. Algunos de ellos llegaban a ser como un presidente de la SGAE en pequeñito, sobre todo en las comunidades autónomas con un mayor sentimiento nacional. El riesgo de que Cataluña o el País Vasco quisieran tener su propia entidad de gestión siempre estaba latente, y la figura de Bautista no ayudaba a desterrar del todo esa opción. Por ello, la función de los delegados territoriales estaba muy presente en las comunidades autónomas en las que operaban y donde mantenían unas agendas políticas, institucionales y culturales de primerísimo nivel. El papel de estos minipresidentes de la SGAE adquirió todavía un mayor valor cuando se empezaron a construir nuevas sedes y soberbios recintos escénicos en sus regiones y ciudades, lo que aumentó aún más su poder e influencia. El perfil de estos barones era variopinto, pues Eduardo Bautista siempre hizo un esfuerzo por encontrar a las personas que se adaptaban mejor al poder político y a la idiosincrasia de cada lugar. Por eso eran tan diferentes. Los había de todo tipo: un cantautor catalanista muy pragmático, como Ramon Muntaner, en Cataluña, Comunidad Valenciana y Baleares; un escurridizo expolítico del PP, como Javier Vidal, en Galicia, Asturias y Cantabria; un burócrata eficaz, como Luis Lozano, en Andalucía; y la mezcla de todas las características anteriores (pragmático, escurridizo y eficaz burócrata), que era lo que se daba en Ignacio Casado, el delegado del País Vasco, Aragón y Navarra. Todos ellos eran, con sus cosas, unos buenos profesionales que hacían todo lo posible para que la recaudación aumentara año tras año en sus territorios. Y lo conseguían.

Tengo que confesar, aunque esto me coloque también a mí en mal lugar, que Teddy Bautista no era una persona que se rodeara siempre de los mejores. He podido ver en mi vida profesional que esto es más normal de lo que parece entre los presidentes de

compañías o entre los líderes políticos. Existe un tipo de liderazgo, que a largo plazo resulta extremadamente tóxico, que consiste en que tu equipo te siga como pueda y que lo haga siempre sin rechistar. Y esto era lo que muchas veces ocurría en la SGAE, como en otras muchas empresas e instituciones.

Pero la punta de las tropas comandadas por Teddy Bautista estaba realmente en otro lugar: el Consejo de Dirección, el órgano de gobierno más importante de la entidad, en el que se juntaban autores, editores y directivos. Se reunía cada quince días y allí se sentaban, de un lado de la mesa, los directivos miembros del directorio, con Teddy en el centro, presidiendo, y del otro lado ocho autores y editores. Era el órgano ejecutivo de gobierno cotidiano de la SGAE en el que se tomaban las grandes decisiones y donde estaban representados los autores y los editores que habían salido elegidos en las elecciones. Allí se sentaban autores como Víctor Manuel, Ramón J. Márquez (Ramoncín), Fernández Sastrón, Imanol Uribe, Rosa León o José Luis Borau, y directivos de grandes compañías discográficas como EMI, Sony o Warner. En este órgano tampoco existían grandes debates. Si Teddy defendía alguna acción o proyecto, se le apoyaba. Bautista argumentaba su posición con la vehemencia y pasión acostumbradas, y a continuación los autores miembros del Consejo decían: «Bueno, vosotros sois los expertos, adelante entonces». Y se aprobaba sin más problema. Los editores de las *majors* eran los únicos que alguna vez mostraban su disconformidad, pero en la mayoría de las ocasiones sin mucha fuerza. Nadie, salvo en los últimos años, se atrevía a llevarle a Teddy la contraria. Esta era, con pequeñas excepciones, la dinámica. Nadie tenía más empuje, capacidad e inteligencia que el propio Teddy, así que las discusiones eran más bien escasas. Los autores estaban encantados con esta manera de gobernar. Confiaban en su comandante en jefe y le apoyaban en todo.

9

DE BRUCE AL VIÑA ROCK

Existe una persona de la SGAE a la que mucha gente ha llegado a odiar más que al mismo Teddy: a Ramón J. Márquez, más conocido como Ramoncín. Nadie alcanzó a cosechar tantos enemigos entre la comunidad de internautas como el cantante, autor y exconsejero de la SGAE.

Ramoncín lo tenía todo para desagradar a buena parte del arco social, pero sobre todo a la derecha y a los más jóvenes de la nueva izquierda, que, por razones distintas, no podían entender que un personaje de la enterrada Movida madrileña siguiera teniendo tanto protagonismo. Ramón les resultaba antipático, un representante del rocanrol patrio que no había encontrado el momento de retirarse, un tertuliano combativo y vehemente, un sabelotodo y, cómo no, un supuesto representante «de los de la ceja». Así fue visto por el gran público a partir del momento en el que se atribuyó la portavocía de la SGAE en la defensa de los derechos de autor y en la lucha contra la piratería, allá por 2003. Fue esto lo que realmente le catapultó hasta ocupar con luz propia la encarnación de ese Gran Satán que era la Sociedad de Autores.

Conocí personalmente a Ramón a finales de 2002, medio año después de llegar yo a la SGAE. Un viernes, el día en que se celebraba el Consejo de Dirección, me crucé con él por un pasillo del palacio de Longoria. Acababa de terminar una reunión en la que Teddy Bautista había informado a los consejeros de que habíamos realizado una operación muy importante en Barcelona. Se trataba de la aprehensión de un cargamento de discos piratas del concierto en

directo que en octubre de 2002 había ofrecido Bruce Springsteen en el Palau Sant Jordi. Había sido una investigación intensa y a fondo, pues era la primera en la que se descubría que no solo se realizaban falsificaciones de discos comercializados, sino que también se grababan clandestinamente conciertos en directo y se ponían a la venta mucho antes de que lo hiciera la discográfica que poseía los derechos.

Mi jefe por aquel entonces, Juan Palomino, me había dado instrucciones para que pusiéramos toda la carne en el asador y localizáramos dónde se estaban grabando aquellos discos piratas y a través de qué canales se comercializaban. Aquel trabajo tenía también su importancia porque el presidente de Sony Music, la productora de Springsteen, había llamado a Bautista en noviembre, muy preocupado, para comentarle que les habían llegado rumores de que la grabación íntegra del concierto se estaba vendiendo en algún lugar de Barcelona. Bruce Springsteen había elegido Barcelona para la presentación de su álbum *The Rising*, por lo que de ser cierto que aquello se estaba produciendo, los perjuicios para la discográfica serían enormes. Al parecer, los detectives de la industria musical no habían podido dar con el fraude y Sony Music le pedía ayuda a la SGAE para encontrar aquellos discos.

Esa fue nuestra primera gran operación. Hablé con Paco Marco, director de Método 3, y le encargué que se pusieran a trabajar en el asunto. No podíamos fallar y los detectives tampoco, pues aquel era el primer trabajo serio que asumíamos. Nuestro crédito dependería del resultado. Nada era más importante que comenzar con buen pie. Y lo conseguimos. A los pocos días me llamó Paco Marco para decirme que habían descubierto al responsable, un conocido pinchadiscos de Barcelona, que sabían dónde vendía las grabaciones y que el tema ya se podía poner en manos de la policía. En una tienda de discos del centro se estaba vendiendo la grabación del concierto por más de veinte euros. Eran veinticuatro canciones en un

disco doble con una excelente calidad de sonido. La operación fue un éxito, y Teddy Bautista pudo presumir ante la industria discográfica de la eficiencia de su equipo antipiratería.

Cuando aquella mañana me topé con Ramón por el pasillo, vino directo hacia mí. Yo no sabía que me conocía. «Enhorabuena. Nos acaban de informar de vuestro éxito. Buen trabajo», me dijo. Ramón era el segundo artista conocido con el que cruzaba unas palabras desde mi entrada en la SGAE. La primera había sido Cristina Rosenvinge, quien un día, despistada, perdida por las oficinas de la SGAE, llamó a la puerta del despacho en el que se ubicaba la oficina antipiratería y me preguntó dónde estaba el departamento de socios. Me alegré mucho de saludarla, aunque fuera de aquella inesperada manera, tan suya: ¡chas!, y aparezco a tu lado. Como también me alegré de hablar con Ramón, un tipo muy simpático cuando le conoces personalmente.

Antes de despedirnos, Ramoncín me preguntó si tenía algún ejemplar de los discos que habíamos incautado. Me explicó que admiraba a Springsteen y que le gustaría mucho tener ese concierto en Barcelona. Yo guardaba una caja llena de ejemplares del disco pirata en mi despacho. Me la habían enviado los detectives para que se pudiera hacer el informe pericial, pero no me atreví a decirle en aquel momento que sí, que le podía dar un ejemplar. Preferí consultar antes con los detectives para conocer las implicaciones que aquello podía tener. «No se va a notar. Si nos interesa quedar bien con Ramoncín, puedes darle un disco.» Y eso fue lo que hice. En el siguiente Consejo de Dirección, órgano del que yo todavía no era miembro, le regalé un ejemplar. No debí haberlo hecho, ni él pedírmelo, pero sucedió. Desde entonces, mi relación con Ramón siempre fue muy cordial.

Con quien Ramón tenía una relación muy cercana, de amistad incluso, era con José Neri, el director de tecnología y jefe máximo de la SDAE (la Sociedad Digital de Autores y Editores), supuesto cabecilla de la llamada «trama parasitaria» que llevó a la intervención de la SGAE. Nunca supe con certeza qué había sido lo

que les había unido tanto. Alguien me comentó que se debía al pasado rockero de Neri. Creo que en su juventud tocó en un grupo de *heavy metal*, pero supongo que, como ocurre tantas veces, la razón principal de aquella unión era el interés de ambos en tenerse cerca. Uno por unas razones y otro por otras.

Lo cierto es que tiempo después, cuando entré a formar parte del Comité de Dirección y del Consejo, pude ver en muchas ocasiones que Neri era un gran defensor de Ramón y seguramente la persona que más oxígeno le dio para que este se erigiera en portavoz de la SGAE, en contra de los deseos de Teddy Bautista. Aunque el presidente era también amigo de Ramón, le parecía que este se estaba excediendo en sus labores como consejero, que hablaba demasiado en los medios y, sobre todo, que sus palabras, a veces poco medidas, perjudicaban la imagen de la SGAE.

Nadie le pidió a Ramón que realizara aquella labor, nadie le pidió que en cada entrevista que diera acabase hablando de la piratería o del canon digital, lo que indefectiblemente terminaba siendo el titular de la entrevista y generando polémica. Me consta que sus intervenciones no siempre eran del agrado del presidente, aunque no le podía decir nada. Ramón era un consejero de la casa, además de un autor, y estaba en su pleno derecho de hablar de los derechos de autor cuanto quisiese. Lo que ocurría es que hablaba a su manera, como hablaba de cualquier otra cosa, con esa vehemencia, con esa beligerancia, a veces con ese punto de soberbia que resulta tan antipático. No le juzgo. Yo mismo he incurrido muchas veces en esos mismos errores. Aquella forma combativa de expresarse era en buena medida también la de Teddy, aunque este tenía una faceta algo más diplomática y un conocimiento técnico del que Ramón carecía.

No conozco las razones que llevaron a Ramón a jugar aquel papel que le llevó a encarnar la antipatía de la SGAE como organización. Aunque me las puedo imaginar. Ramón es una persona comprometida que no rehúye la batalla. Pero creo que concurrieron, además, otras motivaciones. Quizá en algún momento pensó que

podía ser él la persona que sucediera a Teddy Bautista en la presidencia de la SGAE cuando este se retirara. Aquel protagonismo en materia de derechos de autor le podría brindar apoyos. De hecho, oí alguna vez decir en la casa que Ramón podía ser el *hereu* (el heredero), pero las reacciones de la prensa y del público ante sus intervenciones hacían que aquella remota posibilidad se desvaneciera. Seguramente él mismo fue consciente en algún momento de que nunca podría ser el presidente de la SGAE. Sin embargo, continuó con aquella espiral, posicionándose como un mesías salvador de los derechos de autor, como un líder de aquella causa frente a la que se hallaban unos gigantes contra los que siempre había creído combatir. Continuó jugando aquel papel de malo porque le interesaba personalmente. Ramón puede ser muchas cosas, pero lo que es seguro es que no tiene un pelo de tonto. Aquello le proporcionaba un protagonismo ante la opinión pública que ya había perdido como artista y como tertuliano televisivo. Un protagonismo que, como le pasa a tantos artistas, seguía necesitando. Deben alimentar una vanidad sin la que seguramente tampoco habrían llegado a tener éxito en el pasado. Y Ramón es también un hombre vanidoso. Pero existía, a mi juicio, una razón más: la económica. Ramón necesitaba dinero. Estaba «tieso», oí comentar alguna vez en los pasillos de Longoria. Aparecer públicamente ejerciendo aquel papel de malo le podría traer ventajas económicas por dos fuentes. La de los medios de comunicación, que podrían contratar de nuevo a aquel polemista, a aquel tipo que nunca dejaba indiferente a nadie, a quien despertaba los odios de tantos. Y ya se sabe que el odio, la pelea y la discusión venden mucho en televisión. Sin embargo, aquella estrategia no le terminó de funcionar. Ramón aparecía mucho en los medios, pero no recuerdo que tras *Crónicas Marcianas*, y eso fue mucho antes de lo que ahora estoy relatando, le hicieran un contrato fijo como tertuliano en algún programa. Así que entró necesariamente en juego la segunda de las fuentes económicas: la de la SGAE.

Aquella dinámica en la que Ramón se había metido solo le reportaba problemas: insultos de todo tipo en internet, acoso de vándalos en las proximidades de su casa e, incluso, críticas de algún compañero como Joaquín Sabina, que había titulado su último disco *Carretera y top manta*, lo que no había gustado nada a Ramón, que se lo recriminó públicamente. Ambos se enzarzaron en una batalla dialéctica que fue frenada con la ayuda de algunos intermediarios para no embarrar más aún la causa de los autores.

Sus propias acciones y la atmósfera creada alrededor de los derechos de autor le habían reposicionado en el papel de líder o mesías, un buen rol para suceder a Teddy al frente de la SGAE, hasta en el de mártir, con el que ya no podría nunca ponerse al frente de la organización, pero sí recibir alguna suerte de «indemnización», de ayuda económica, por todo lo sufrido en su lucha por la causa común.

Ramón no tenía un sueldo en la SGAE, tan solo recibía dietas por asistir a las reuniones del Consejo de Dirección, de la Junta Directiva o de las comisiones de las que formaba parte. Aquellas dietas suponían un buen dinero, pero no el suficiente para vivir, al menos para una persona que había gozado de la posición que Ramón había tenido no hacía tanto tiempo. Necesitaba dinero, y su nuevo rol de «mártir de los autores» le colocaba en un lugar propicio para reclamar ayuda a la casa a la que estaba prestando aquellos «servicios». Unos servicios que lo eran a la causa común de los autores, pero dentro de un colectivo que es en realidad muy insolidario y egoísta. Y Ramón había decidido recibir los golpes por todos. Así las cosas, entre tanto insulto, entre tanto ataque como recibía, entre tanto acoso, la SGAE no podía hacer otra cosa que ayudarle.

Es ahí, creo, donde hay que enmarcar esas facturas por valor de algo más de 57.000 euros que le llevaron a juicio por apropiación indebida y falsedad documental. Una pieza separada en la que también fueron imputados José Neri, su amigo en la SGAE, Pablo Hernández y Enrique Loras, que seguramente accedieron a que se le

diera una ayuda de aquella forma. Aunque todos ellos, incluido el propio Ramoncín, que era el principal acusado, resultaron finalmente absueltos por la Audiencia Nacional por falta de pruebas.

Aquel clima que le colocó como la encarnación del mal para el gran público y como un mártir para los autores tuvo todo tipo de episodios. De un día para otro aparecieron insultos en las redes hacia su persona, que poco a poco fueron subiendo de tono. Pero la preocupación cambió de nivel cuando Ramón denunció que habían asaltado su casa. Recuerdo que semanas antes de aquello me había llamado para decirme que le habían seguido unos chavales hasta su portal y que estaba preocupado. El tema se trató en un comité de dirección y se tomó la decisión de ponerle seguridad privada para ver si se tranquilizaba. Los detectives de Mega se hicieron cargo de su seguridad en Madrid y los de Método 3 en Barcelona. Aquello era lo mínimo que la casa podía hacer cuando un consejero estaba siendo atacado físicamente por las manifestaciones realizadas como miembro de la SGAE. Sin embargo, los ataques fueron a más. Un día se encontraron pintadas en la fachada de su edificio con insultos dirigidos a Ramoncín.

Cuando aquello sucedió, Ramón empezó a ponerse más y más inquieto; llamaba a los directivos de la casa y nos tenía largo rato al teléfono contándonos todo lo que le estaba pasando, criticando la pasividad de sus compañeros artistas, la falta de solidaridad del resto de los consejeros y de otros autores, relatando una y otra vez todo lo que él hacía por la casa y por la causa. Nos explicaba todas las actuaciones que estaba dejando de hacer y los enormes perjuicios económicos que ello le comportaba. A todo eso yo solamente podía colaborar poniéndole seguridad, haciendo que se encontrara más seguro en algunos momentos, algo que creo que era mi obligación. Supongo que la parte económica debió de resolverse con esa fórmula ya conocida de las facturas giradas por importe de más de 57.000 euros que le han sentado en el banquillo. Seguramente una fórmula algo gris, pero que en modo alguno considero corrupción negra, sino más bien una forma solidaria,

pienso que humanamente comprensible, y que, en todo caso, se maneja muchas veces con unas u otras vestiduras en muchas organizaciones y empresas. ¿Cuántas personas sin trabajo alguno que hacer reciben buenísimos sueldos en pago a los servicios prestados o como retribución por viejos favores mientras leen el periódico en grandes despachos de gigantescos edificios que parecen cementerios de elefantes?

El colofón a todo esto llegó cuando Ramoncín intentó dar un concierto en el festival Viña Rock de 2006. No pudo terminarlo. Al poco de salir al escenario, unos desalmados comenzaron a tirarle todo tipo de objetos. Se habían organizado para amargarle su paso por aquel lugar y lo consiguieron. Reventaron su actuación. Ya teníamos el lío montado y el martirio de Ramoncín, su crucifixión.

Cuando me marché de la SGAE, transcurrió mucho tiempo hasta que volví a hablar con Ramón. Fue meses después de la entrada de la Guardia Civil en el palacio de Longoria. Yo me encontraba fuera de España en viaje de trabajo. Recibí un extraño email de Ramón en el que me decía lo mucho que él le había dado a la Sociedad de Autores y lo que me apreciaba. Terminaba diciendo que le gustaría verme. Todo aquello me sonó raro. Hacía dos años que yo había dejado la SGAE y no habíamos vuelto a hablar desde entonces. Solo caben dos opciones para que se le ocurriera de repente enviarme aquel extraño correo: o él estaba nervioso por la intervención de la SGAE que se había producido dos meses antes o alguien me tenía ya en sus quinielas, y él lo sabía y quería averiguar por dónde respiraba. Respondí a aquel correo brevemente, con evasivas, pues no me gustó nada que contactara conmigo.

Según una información del diario *ABC* publicada por aquellos días, el 23 de septiembre de 2011, Ramoncín había sido grabado por la Guardia Civil en varias conversaciones telefónicas que mantuvo con José Neri entre los días 28 de junio y 1 de julio de ese mismo año, justo antes de que se ordenara la intervención de la SGAE por el juez Pablo Ruz. Aquellas grabaciones evidenciaban que Ramón estaba moviéndose para confirmar si era cierto que se había abierto

una investigación contra la SGAE, como había informado por aquellos días *ABC*. Ramoncín, según una de esas grabaciones, le dice a su interlocutor que le había llamado «un amigo suyo del CNI». Neri le advierte entonces que debe tener mucho cuidado con lo que hablan por teléfono. Ramón termina diciéndole: «Voy a comer con mi amigo del CNI y sabré más que nadie». Más tarde vuelven a hablar, esta vez por un teléfono fijo, que ambos consideran un medio más seguro. Es entonces cuando Ramón le dice que según su fuente, su amigo del CNI, «no tienen nada», que lo publicado por *ABC* es una «noticia interesada» y que «lo único que están haciendo es ver si alguien pica y muerde el anzuelo». Es probable que el amigo de Ramón jugara por aquel entonces al despiste. En septiembre, *ABC* publicaba parte de aquellas grabaciones. Ramón, que no tenía claro cuántas conversaciones telefónicas había interceptado la Guardia Civil, debía de encontrarse más inquieto de lo habitual. Desconozco si Ramoncín y su amigo espía volvieron a comer juntos alguna otra vez. Lo que sí sé es que solo dos semanas después de aquel extraño email de Ramoncín, yo me encontraba metido en un coche camuflado con una pareja de agentes camino de la Comandancia de la Guardia Civil.

Tras mi detención me encontré con él de manera absolutamente casual en dos ocasiones, ambas en Barcelona. La primera nos cruzamos por la Diagonal. Realmente parecía muy contento de verme después de tanto tiempo. Quizá demasiado contento. Me pareció algo impostado, aunque tampoco puedo asegurarlo. La segunda fue en la sala VIP del AVE, en la estación de Sants. Su actitud fue radicalmente diferente. Estuvo muy serio, me habló sin parar de cosas sin sentido, de su trabajo, de su situación, y pronto corté aquello y me fui a leer el periódico. Es interesante haber conocido en un momento de mi vida a un personaje como Ramoncín. Pero ya está.

10

LA GRAN GUERRA ENTRE *LOBBIES*

En 2005, la piratería de CD y DVD se estancó. Es decir, dejó por fin de aumentar. La gente había empezado a abandonar la compra de discos, ni siquiera piratas. El consumo de música y cine se desplazó de la calle a las redes digitales. Había comenzado una nueva era. Una era que ya nos habían anticipado nuestros colegas norteamericanos. No se trataba de una revolución, como se ha dicho tantas veces, sino de una disrupción. Internet había puesto patas arriba todo el sistema sin que apenas nos diéramos cuenta. Y lo había hecho mediante las descargas masivas de obras protegidas por propiedad intelectual a través de internet. El objetivo primordial de las operadoras de telecomunicaciones y de los fabricantes de dispositivos (ordenadores, teléfonos inteligentes, iPod o tabletas) consistía en democratizar el uso de internet. Su prioridad era entonces que cada vez más gente se conectara y que se consumieran todo tipo de contenidos a través de las redes. Poco importaba en ese tiempo que las descargas pudieran hacerse infringiendo los derechos de propiedad intelectual. Las redes digitales estaban llenas de páginas webs que ofrecían música y cine gratis. Poco después llegaría el llamado P2P, la compartición de archivos de persona a persona, una tecnología que llegó a popularizarse rápidamente aumentando exponencialmente el tráfico en las redes. Acababa de nacer una nueva forma de disfrutar de los contenidos. Y de hacerlo gratuitamente.

La gente ya no tenía que salir a la calle y comprar en una manta. Bastaba con conectarse desde su casa, descargar lo que quisiera y disfrutarlo en su iPod o en su teléfono móvil. Mientras la conexión a la red o el dispositivo electrónico se pagaban religiosamente a los distribuidores, los contenidos en cambio estaban gratis en las autopistas de la información de una manera totalmente impune, con el perjuicio que con ello se causaba a toda una industria: a los autores, a los artistas, a los editores musicales, a los productores de las obras, a las tiendas de discos, a los videoclubs. La piratería en internet fue realmente lo que sacó a los manteros del paisaje, y lo hizo de una forma mucho más eficaz que cualquier persecución policial.

Recuerdo muy bien que en uno de los comités de dirección de la SGAE en los que se analizaron las cifras y los nuevos comportamientos del consumidor, se tomó la decisión de impulsar la remuneración compensatoria por copia privada —el llamado canon— que hacía años se había aplicado con éxito a los casetes o a las cintas VHS. Pero los tiempos eran otros. Las nuevas tecnologías habían empezado a ocuparlo todo y el poder del sector TIC (las industrias de tecnología, de la información y de las comunicaciones), donde se encuentran las operadoras de telecomunicaciones, los intermediarios de internet con los buscadores a la cabeza y los fabricantes de dispositivos electrónicos y teléfonos móviles, era ya gigantesco.

Al impulsar la SGAE tal política, con la intención de que el legislador reconociera su derecho a gravar los aparatos y dispositivos idóneos para almacenar contenidos digitales, debía enfrentarse nada más y nada menos que a los gigantes de internet y de la electrónica: Apple, Samsung, HP, Telefónica, Vodafone, Philips, Motorola, Nokia, entre muchos otros. En España todos estos gigantes de la informática se hallaban representados en una patronal, Asociación de Empresas de Electrónica, Tecnologías de la Información, Telecomunicaciones y Contenidos Digitales (AETIC), cuya capacidad de influencia, política, social y mediática, era enorme. Seguramente

no exista en España un *lobby* más fuerte y poderoso que el que AETIC representa. Y a él se tendría que enfrentar la SGAE si quería que el canon se reconociera en una ley.

Este fue el segundo gran error de la SGAE en sus últimos años con Teddy Bautista: iniciar una guerra contra un *lobby* al que, a la larga, nunca se podría derrotar y que en la batalla te podía dejar herido de muerte. Además, y aunque resulte paradójico, ese gran *lobby* tecnológico contaba con el apoyo decidido de unos movimientos de jóvenes que quizá fueron la antesala de lo que hoy conocemos como el movimiento 15-M y, después, Podemos. El movimiento anti-SGAE y anticanon constituyó el primer caso en España de *hacktivismo* político, impulsado desde muy diversas plataformas, como Anonymous, la Asociación de Internautas o la Asociación de Usuarios de Internet, detrás de los cuales, de una forma u otra, estaban las grandes multinacionales tecnológicas, financiándolos o dándoles aliento. El movimiento internauta le hacía el trabajo gratis o muy barato al *lobby* tecnológico. Resultaba suicida enfrentarse a aquel magma tan variopinto, ya que eran vistos por la inmensa mayoría como tíos enrollados que enarbolaban la bandera de la libertad y que solo buscaban cambiar el mundo, cuando muchas de sus ideas eran, si se analizan con serenidad, directamente reaccionarias. Todos ellos, por razones muy diferentes, unos ideológicas y los otros económicas y comerciales, desarrollaron una alianza que dejó a la SGAE, ante los políticos, ante la sociedad y ante los medios de comunicación, herida de muerte.

En más de una ocasión intenté verme con quienes eran las caras más representativas del llamado «movimiento anti-SGAE». Y lo hice. Mantuve reuniones y alguna comida con algunos de los más significados representantes de aquel lado de la trinchera. Entre ellos estaban Nacho Escolar (director de un medio de internet y exdirector del diario *Público*), Enrique Dans, David Bravo (diputado de Podemos) o Víctor Domingo. Llegué a tener reuniones discretas con algunos de ellos para intentar calmar las aguas y buscar puntos de encuentro, pero resultó imposible, y no por ellos, sino por el clima

general de tensión que desde ambos lados de la trinchera lo iba contaminando todo. Sin embargo, con alguno de ellos pude llegar a mantener conversaciones razonables y cordiales, y en lo personal no me caían mal. Por alguno incluso llegué a sentir cierta simpatía. Cuando tras esos encuentros clandestinos conseguíamos acercarnos en algún punto y hacer que se rebajara el tono del debate, al final había siempre alguien, en alguno de los bandos, que se metía en algún charco o hacía alguna declaración desmesurada y lo tiraba todo por tierra. Supongo que aquellas aguas no hubieran podido calmarse nunca. Era imposible. Aquel magma variopinto y la SGAE constituían la razón de ser del otro. Toda lucha necesita de un enemigo. Y seguramente tanto la SGAE como todo aquel movimiento internauta se necesitaban mutuamente, igual que se necesitan el Madrid y el Barça, el PSOE y el PP, Podemos y «la casta».

La batalla mediática y legislativa por el canon duró más de un año. Fueron meses muy duros, de intensas reuniones y negociaciones tanto políticas como empresariales. El Ministerio de Cultura y el grupo parlamentario socialista estaban de acuerdo en aprobar la ley. El PP, aunque con mayores reticencias, también la apoyaba en un principio. La diputada y portavoz de Cultura del PP, Beatriz Rodríguez-Salmones, una persona serena, inteligente y muy diplomática, había convencido a los suyos para que votaran a favor de la ley del canon. No obstante, en el PP existían algunas voces que no estaban de acuerdo. Recuerdo bien los insultos que Federico Jiménez Losantos profirió en la COPE, su radio de entonces, contra Rodríguez-Salmones y Lassalle. Durísimos. Me consta que lo pasaron mal. Cuando te disparan desde tus propias filas, los tiros duelen mucho más. La SGAE se estaba convirtiendo poco a poco en un elemento de confrontación política, entre los dos grandes partidos y dentro de estos. El clímax de este protagonismo político de la SGAE (y del canon) se iba a alcanzar en las elecciones generales de 2011. Pero la intervención de la Guardia Civil el 1 de julio de 2011 lo evitó de un plumazo.

Desde mucho antes de que yo llegara a la SGAE, la entidad había intentado construir una red de alianzas a través de contribuciones en distintas organizaciones. En ocasiones mediante la entrada en asociaciones de distinto signo, pagando la cuota correspondiente, y en otras haciendo aportaciones en forma de proyectos conjuntos. En mis quince años trabajando en empresas de todos los sectores he comprobado que esto lo hacen todas las compañías, especialmente cuando sus ecosistemas son conflictivos y necesitan legitimarse en el espacio público. Es entonces cuando empieza a regarse en todas las direcciones. Con ello se busca establecer lealtades para cuando se precisen apoyos. Esa es una buena manera de hacer amigos: se ingresa en su club previo pago de la correspondiente cuota.

La SGAE se había integrado en las organizaciones más importantes del país: el Real Instituto Elcano, la Fundación Consejo España-Estados Unidos, la Fundación Consejo España-China o la Fundación Euroamérica, entre muchas otras. Pero también participaba en proyectos con las más diversas ONG y con fundaciones políticas. La SGAE contribuía de modo habitual en los *think tanks* del PSOE y de su entorno, como la Fundación Pablo Iglesias, la Fundación Ideas o la Fundación Alternativas. Los ideólogos de toda esta operación eran los secretarios generales de la casa, Paco Galindo, de la Fundación Autor, y Carlos Fernández-Lerga, de la SGAE, ambos muy dados a este tipo de acciones. Galindo disponía de enormes recursos económicos e institucionales para la construcción de lealtades desde la Fundación Autor, la obra social de la SGAE, a la que por ley se destinaba un porcentaje de los derechos de autor recaudados. Este porcentaje anual acababa por ser de millones de euros y de esta «bolsa» de la obra social salían muchas de esas contribuciones «políticas» que significaban todos los años cientos de miles de euros.

En un directorio de 2008, el secretario general de la SGAE, Carlos Fernández-Lerga, tuvo que llevar por orden de Bautista la relación de todas las entidades en las que se contribuía

económicamente. La lista era inacabable. Fernández-Lerga era el representante de la SGAE en las fundaciones y asociaciones más importantes, aquellas que tenían un contenido más político. El presidente quería empezar a recortar aquella enorme partida anual de cientos de miles de euros, en la que el retorno de la «inversión» no siempre estaba demasiado claro. Pero no había forma de encontrar por dónde cortar. Fernández-Lerga estaba encantado de representar a la SGAE en tan insignes lugares, con lo que tampoco dio demasiados argumentos para que se dejara de contribuir. Siempre se encontraba alguna razón política o personal para no abandonar una u otra asociación o fundación. Ahí reside el gran riesgo de esa política: una vez abierto el grifo, ya no se le puede cerrar a nadie sin que se moleste. Pero en algunas cosas, las que no significaban el pago de una cuota asociativa, la SGAE dejó, poco a poco, de contribuir económicamente de una manera tan dadivosa. Paco Galindo, que tampoco era partidario de cortar con estas «inversiones», me comentó un día en privado: «Esto nos va a costar caro». Se refería al corte del grifo, no a los pagos en sí. Y no le faltó razón.

Todo aquel despliegue económico realizado durante años, sobre todo en el ámbito de la izquierda política y social, regando con ayudas a organizaciones de todo tipo, había que compensarlo de algún modo si queríamos que el PP dejara de ver a la SGAE como el enemigo. Fue entonces cuando comenzamos a participar en algún acto de FAES, la fundación del PP, no contribuyendo económicamente, sino interviniendo en los seminarios sobre cultura, contenidos o nuevas tecnologías que organizaba la fundación presidida por José María Aznar. La persona que nos servía de algún modo de vínculo era el diputado del PP Miguel Ángel Cortés, que había sido secretario de Estado de Cultura con el Gobierno de Aznar y que mantenía cierta sintonía, al menos en privado, con Teddy Bautista. Cortés era entonces un «diputado raso», como él se declaraba, pero seguía conservando un cierto peso intelectual en el Partido Popular y muchos contactos con la vieja guardia, que aún

continuaba incordiando. Cortés colaboraba entonces con el bufete Cremades & Calvo Sotelo, especializado en internet y nuevas tecnologías. La SGAE decidió contratar a este despacho con el objetivo de acercar posiciones no solo con el PP, a través de Miguel Ángel Cortés, sino también con la industria tecnológica. El bufete Cremades ayudó al PP a organizar un gran congreso sobre nuevas tecnologías y contenidos que serviría, supuestamente, para fraguar el posicionamiento político del partido en esas materias. En este congreso se involucró el propio Mariano Rajoy, que hizo un discurso inaugural ante todos los presentes. Los organizadores me encargaron coordinar la mesa redonda sobre los derechos de propiedad intelectual. Aquel fue el primer acto del PP al que de manera oficial fue invitada la SGAE.

Después de aquello, Teddy fue invitado a uno de los congresos que ese partido organizó en Madrid. No sin ciertas reticencias, Bautista acudió en un par de ocasiones a esas reuniones que, como ocurre en todos los partidos, tienen más de folklóricas que de políticas. Acompañé a mi jefe a esas citas, y pude comprobar personalmente lo incómodo que se encontraba entre tantas personas de derechas. Se sentía como un pulpo en un garaje y no podía disimularlo. Recuerdo muy bien su gesto, su sonrisa forzada, un rictus que le había visto en otras ocasiones en las que tampoco estaba a gusto. Nos estuvimos paseando por allí, entre políticos y afiliados del PP, y a ambos nos sorprendió ver que había algunos patrocinios de empresas privadas en el propio congreso político. Bautista me pidió que me informara sobre cómo funcionaban aquellos patrocinios. Al cabo de unos días me puse en contacto con una persona de Génova para preguntarle qué fórmulas de colaboración existían.

—Todo eso lo lleva Luis —me contestó mi contacto.

—¿Qué Luis? —pregunté ingenuo.

—Luis, Luis Bárcenas.

Por suerte nunca llegué a ponerme en contacto con el tal Luis Bárcenas, del que confieso que no había oído hablar antes. La forma que tuvo aquella persona del PP de contestarme ya me indicaba, por su tono, que de allí no podría salir nada bueno. Y lo dejé estar.

En las imágenes de uno de aquellos congresos del PP que se pasaron por los telediarios aparecía Teddy, y aunque no se trataba de una toma ni cercana ni frontal, era lo suficientemente clara como para identificar la figura de Bautista. Al día siguiente, según él mismo nos contó en una reunión de directivos, algunos políticos del PSOE le llamaron para recriminarle que hubiera asistido al acto de la derecha. No les sentó nada bien. Nada es gratis, como es sabido.

Gracias a esa cierta mejora formal de las relaciones entre la SGAE y el PP, algunos miembros de la derecha comenzaron a ver a nuestra organización con mejores ojos. Pero el cambio era más anecdótico que otra cosa. La realidad era que el grueso de los políticos, las bases y los periodistas de la órbita del PP nunca dejaron de ver a la SGAE como la punta de lanza de los «rojos titiriteros» que se habían manifestado en múltiples ocasiones contra la guerra de Irak, contribuyendo, según ellos, a la llegada de Zapatero al poder en 2004.

En 2008, el respaldo de la cultura, aunque no tan masivo, volvió a producirse. Significativas figuras de la cultura, entre los que había no pocos socios destacados de la SGAE y hasta algún consejero, se fotografiaron junto a Zapatero y le dieron su apoyo en un anuncio electoral que se hizo muy famoso por el gesto cómico con el que aparecían aquellos artistas. «Los de la ceja», empezó a llamar a todo el mundo de la cultura la derecha mediática. Y con ese nombre se han quedado en la memoria colectiva de amplias bases de la derecha, quién sabe por cuánto tiempo.

El apoyo del PP al canon no resultó sencillo y estuvo lleno de sobresaltos en las distintas votaciones que se produjeron en el Congreso y el Senado. El proceso legislativo fue muy largo y complejo, como siempre que los intereses de dos grandes *lobbies*

entran en colisión. Alguna vez he oído a los políticos hablar de cada una de sus «parroquias» para referirse a los *lobbies* a los que deben intentar satisfacer o, al menos, no enfadar demasiado.

Existieron algunos momentos clave para la aprobación final de la norma. Uno de ellos se produjo cuando, tras muchísimas reuniones y negociaciones entre las partes, el secretario de Estado de Telecomunicaciones (el número dos del Ministerio de Industria), Paco Ros, y la secretaria general del Ministerio de Cultura, Concha Becerra, me piden personalmente que intente convencer dentro de la SGAE para que las tarifas económicas previstas en el anteproyecto puedan bajarse un poco. Lo que nos estaban pidiendo era lo mismo que pedían al sector TIC: que rebajásemos nuestras pretensiones si queríamos que la norma se aprobara. De otra forma, la industria tecnológica seguiría presionando para que nunca viera la luz, como era su interés.

Paco Ros y Concha Becerra eran las dos personas de aquel Gobierno socialista encargadas de sacar adelante una norma a la que, tras innumerables presiones de las entidades de gestión, La Moncloa —en la persona de María Teresa Fernández de la Vega— había dado el visto bueno final. Solo de aquella manera, me decían, ellos podrían convencer a la industria tecnológica para que aceptara, una industria que era tan beligerante en la defensa de sus intereses como la propia SGAE. Ninguno daba su brazo a torcer y la única medida para desatascarlo era hacer creer a cada sector que el otro había cedido en algo en sus pretensiones. Aquel me parecía un mal menor. Yo solo deseaba acabar de una vez con un conflicto en el que nos estábamos dejando la salud, así que acepté con ambos ministerios jugar ese papel y salió como querían. Lo que hice fue no preguntar, sino darlo como hecho consumado. «La tarifa de móvil se queda en 1,50 euros, acaban de decírmelo en los ministerios, pero a cambio la norma sale adelante», les comenté a Teddy Bautista y a Pablo Hernández. Pusieron mala cara, pero la música de que la norma finalmente se aprobara después de tanta guerra les sonaba mejor, aunque los ingresos de la SGAE no fueran tan elevados como

se pretendía. Llamé entonces a los ministerios y les dije: «Adelante, nos parece bien». De aquella forma se desatascó un anteproyecto de ley que estaba embarrándonos a todos desde hacía muchos meses. Todos cedimos un poco y el proyecto de ley pudo continuar su tramitación.

El texto se aprobó por los dos ministerios involucrados, Cultura e Industria; seguidamente se aprobó en el Consejo de Ministros y fue remitido a las Cortes Generales para su tramitación como ley. Pero la guerra no había terminado ni mucho menos. Las batallas se libraban fundamentalmente en dos *rings* muy diferentes: en los despachos de los distintos grupos parlamentarios, donde la SGAE tenía más experiencia que sus oponentes; y en los medios de comunicación, donde la industria tecnológica gozaba del apoyo de casi todos. Un tercer *ring*, el digital, empezó a entrar también en juego, y lo hacía con mayor virulencia cuando veía que alguna votación podía acabar del lado de la SGAE. Los movimientos de internautas, seguramente con la ayuda de *hackers*, conseguían colapsar los correos de sus señorías al bombardearlos cada mañana con mensajes. No pocas veces recibí llamadas de los portavoces de los grupos parlamentarios contándome preocupados lo que estaba pasando en sus ordenadores. Como en toda confrontación, cada uno emplea las armas que mejor maneja.

Todos los días nos encontrábamos en los medios de comunicación con algún dardo envenenado contra la SGAE. La campaña anticanon fue espectacular. Un buen día, al ver el resumen de prensa a primera hora de la mañana, llegué a encontrarme tres noticias en grandes titulares, todas diferentes pero todas ellas atacando a la SGAE, cada una en una dirección. Todas protagonizaron un mismo día la portada de cada uno de esos tres medios. No importaba su ideología. Toda la prensa estaba en la misma línea: la impulsada por la poderosa industria tecnológica.

La imagen de la SGAE se había deteriorado muchísimo. La entidad estaba en boca de todo el mundo, y solo para criticarla o insultarla. La preocupación de los autores por esta circunstancia

creció muy rápido y el problema fue objeto de debate en varios consejos de dirección. Sin embargo, cuando a los representantes de los socios se les preguntaba si querían que la entidad siguiese luchando contra ese otro *lobby*, el tecnológico, o si preferían que nos retiráramos para intentar obtener de la gente una simpatía que tampoco garantizaba nadie, los autores, en ese como en otros casos, se posicionaban en la defensa de sus intereses económicos frente a quienes con sus nuevos negocios —venta de ADSL, venta de dispositivos móviles, venta de publicidad en buscadores o webs de internet— habían propiciado un grave daño a la industria cultural de la que todos ellos comían. El mandato siempre fue luchar, y dada la beligerancia que mostraban los nuestros y las prisas que el sector cultural tenía por mejorar su situación, la pelea solo pudo hacerse como se hizo. Como sucede en cualquier guerra, uno pierde cosas, claro está. No hay guerras sin daños. Y la SGAE, situada en la primera línea de la batalla por el canon, terminó aquella guerra con unos daños a su reputación que después resultarían irreparables. Cuando años más tarde algún directivo me ha consultado sobre la posibilidad de entablar una guerra con otro *lobby* o contra otros intereses, siempre he dicho lo mismo: «No pienses en el corto plazo, piensa en largo. Y, sobre todo, ten claro que una confrontación implica muchos costes y perjuicios. La guerra es un negocio ruinoso».

Quedaban muy pocos días para la votación final en el Congreso de los Diputados. La batalla mediática, y con ella la social, la habíamos perdido por goleada. Nadie quería a la SGAE y el canon era visto por la sociedad en su conjunto como algo injusto. La reputación de la organización estaba hecha trizas. Pero quedaba la votación en el Parlamento, y allí la SGAE sí podía vencer. Y finalmente lo hizo. Ganó. Aunque, como sucede con muchas victorias, detrás se escondía, en realidad, una gran derrota. Aquella entidad centenaria nunca podría volver a ganar nada en el futuro.

El trabajo de un director de relaciones institucionales en una empresa que se halla en plena batalla legislativa y en el ojo del huracán mediático está inevitablemente plagado de reuniones y comidas a la búsqueda de aliados, de quienes respalden las posiciones de la empresa que defiendes. Si quieren que les diga la verdad, no creo que desaparezcan nunca las comidas entre empresas y políticos —o entre políticos de distintos partidos— en los reservados de los restaurantes, como tampoco pueden suprimirse las reuniones secretas de todo tipo. Dependiendo del momento, muchas de estas reuniones seguirán desarrollándose, especialmente en tiempos de luchas, crisis o conflictos. Es decir, casi siempre, pues vivimos en el conflicto permanente. Y siendo el director de relaciones institucionales de una empresa como la SGAE, que estaba constantemente en el ojo del huracán, que libraba no pocas batallas legislativas y judiciales, y que mantenía relaciones con todo el mundo, no había día en el que no tuviera un desayuno, una comida o una cena de trabajo con políticos, directivos de otras empresas, artistas o colegas. Esto, como es lógico, se intensificó durante la época que duró la guerra del canon.

Sé muy bien que afirmar esto es políticamente incorrecto y que casi nadie se atreve a reconocerlo. Esa moda de la *transparencia*, entendida como una urna de cristal donde todo puede verse, no hará que se termine la corrupción y sí que las personas hablen sinceramente, puedan acercar posiciones y, al final, cerrar pactos. Sin embargo, en nuestra sociedad, una vez aniquilada la intimidad con la contribución de todos, se tiene pavor al secreto. El nuevo mantra es la pretendida *transparencia*. A veces me pregunto, tanto que nos gusta mirar fuera: ¿son realmente transparentes otras democracias de nuestro entorno? ¿Lo son los países con mayor experiencia democrática? ¿Hay alguien que crea de verdad que la Administración de Estados Unidos es transparente? ¿Lo es la del Reino Unido? ¿Y la de Francia?

No hay decisión importante ni acuerdo estratégico posible que pueda tomarse a la luz de todos, y mucho menos de los medios de comunicación. Eso no es posible. La política, entendida como *policy* —su más democrática acepción—, requiere también de secretos, como las personas, de intimidad. La tan cacareada transparencia total no solo es una estupidez, sino que además es imposible. Para que las cosas funcionen, el secreto formará siempre parte de la cosa pública y de quienes en ella participan e intervienen. Por mucho que una multitud biempensante esté persuadida de que la total desnudez de un país hará que este mejore, eso no deja de ser una utopía. La lucha contra la corrupción es de raíz mucho más profunda, y los mecanismos para combatirla son bastante más complejos que parches de ese tipo. Unos parches respaldados normalmente por quienes no han visto nunca de cerca cómo funciona verdaderamente este teatro inundado de sombras, de intereses y de conflictos, o, aún peor, por determinados intereses económicos internacionales cuyo único ánimo es desestabilizar: la llamada «demolición controlada».

No todo el mundo dentro del sector cultural estaba a favor del canon. La industria discográfica tenía sus dudas y no resultó sencillo que lo apoyaran. La industria cinematográfica de Hollywood, los grandes estudios representados por la Motion Picture Association, estaban claramente en contra y junto a ellos, como siempre, la embajada de Estados Unidos. Los americanos pensaban que el canon conllevaría que la guerra contra la piratería, que era lo que a ellos verdaderamente les preocupaba y lo que les hacía mayor daño comercial, se debilitara en sus argumentos. «Si el canon es una compensación —decían—, los políticos, los medios, y al final la gente, entenderán que consumir material pirateado es lícito; sería como legalizar la piratería.» El argumento era bueno y creo que, en parte, tenían razón, al menos desde un punto de vista sociopolítico, que es lo que al final importa.

El personal de la embajada de Estados Unidos en Madrid es siempre muy sutil a la hora de decir lo que piensan sobre cuestiones de política interna. Generalmente te dicen las cosas entre líneas, pero te las dicen. Están muy bien entrenados para ello. Unos días antes de la votación final en el pleno del Congreso comí con mi contacto de la embajada estadounidense en un restaurante cercano al Tribunal Supremo, en la *milla de oro de la justicia*, ese triángulo en el que se concentran el Consejo General del Poder Judicial, la Audiencia Nacional y el Tribunal Supremo. Al final de la comida, fumándonos un puro, como acostumbrábamos, mi amigo americano me trasladó la postura de su embajada con una pregunta.

—Pedro, ¿no crees que con vuestro canon los intereses de la industria y los de la lucha antipiratería se van a ver seriamente dañados?

Que la industria cultural no estuviera unida en el asunto del canon —en realidad, nunca estuvo unida del todo en ninguna batalla que yo haya conocido— dificultaba una lucha que tenía diversos frentes abiertos y en la que los adversarios habían puesto muchos recursos económicos. Desde luego, a partir de entonces la SGAE perdió a los estadounidenses como aliados.

En el último momento, minutos antes de la votación, nos llamó el secretario de Estado de Relaciones con las Cortes, Fran Caamaño. Deseaba reunirse con nosotros en el Congreso para mostrarnos una enmienda que se iba a intentar pactar con otros partidos para conseguir sacar adelante la votación. Quería saber si a la SGAE le parecía bien jurídicamente. A la cita acudimos Pablo Hernández y yo, junto con Rosa León y David Trueba, que como autores con «sensibilidad de izquierdas» ayudarían a que la atmósfera de la reunión fuera la más propicia. Los cinco, en una sala cercana al hemiciclo, dábamos los últimos retoques a aquella enmienda para que finalmente la ley del canon pudiera ser aprobada. Paradojas de la vida, Caamaño sería nombrado algún tiempo después ministro de Justicia, cargo que ostentaba en el momento de intervenirse la SGAE y también meses más tarde, cuando se produjo mi detención.

La ley del canon se aprobó ese día en el Congreso de los Diputados con el apoyo tanto del PSOE como del PP, pero no serviría de casi nada. Aunque aquella ley daba a las entidades de gestión a través del canon un aumento en sus recaudaciones de cien millones de euros más al año —cuarenta de los cuales le correspondían a la SGAE—, el deterioro de su imagen, al haber liderado una operación que la sociedad nunca entendió, resultaría catastrófico. El canon se había aprobado, pero el ruido continuaba y cada vez era más ensordecedor. Además, se acercaban las elecciones de 2011. El PSOE no se encontraba cómodo con aquella situación. El PP acudió finalmente a las elecciones de 2011 con la promesa en su programa de derogar el canon. Rajoy llegó a tirarle a Zapatero a la cara el asunto del canon en el único debate en televisión antes de las elecciones generales. Ir contra el canon y contra la SGAE daba votos. Había que cargarse aquello. Y el PP lo cumplió tan pronto como llegó al poder. Fue una de las primeras decisiones de José María Lassalle como secretario de Estado de Cultura del nuevo Gobierno de Mariano Rajoy. La ley no tardaría en modificarse y en ver su operatividad e ingresos reducidos a casi nada.

En esta batalla del canon, como en general en la lucha contra la piratería, primero offline y luego online, el resto de las entidades de gestión se habían puesto a resguardo de la SGAE, sin poner toda la carne en el asador. También es cierto que el excesivo protagonismo de la SGAE, su celo desmedido y su liderazgo personalista habían dejado quizá poco espacio a los otros. La verdad es que estas dos grandes batallas arruinaron la imagen de la SGAE sin que el resto de la población sepa muy bien todavía quiénes son EGEDA (la entidad que aglutina a los productores audiovisuales españoles bajo la presidencia de Enrique Cerezo), CEDRO (los editores de libros), FAP (la asociación que defiende en España los intereses de Hollywood) o AIE (la asociación de artistas que preside Luis Cobos), entidades todas ellas que estaban tan interesadas como la SGAE en defender los derechos de propiedad intelectual y en librar aquellas batallas.

Hoy, con una SGAE moribunda y con un Teddy Bautista jubilado por la fuerza, todo el sector se ha quedado sin cabeza ni liderazgo, sin capacidad de influencia frente a otros intereses con los que la defensa de los derechos de autor colisiona en el mercado. Es cierto que con la ruidosa y odiada SGAE el sector cultural pudo verse caricaturizado en los medios. La cuestión para mí sería esta: ¿es mejor tener alguna influencia, aunque seas criticado, o pasar inadvertido pero sin relevancia alguna? A mi juicio, es imposible defender algo sin crearse enemigos. No hay nada gratis. Como decía Churchill: «¿Tienes enemigos? Bien. Eso significa que has defendido algo alguna vez en tu vida». Lo que no implica que las cosas no pudieran haberse hecho mejor, sin cometer tantos errores y, sobre todo, sin meternos en tantos jardines inútiles. Pero ¿qué quieren que les diga?, las circunstancias no lo ponían nada fácil.

11

EL ÚLTIMO GRAN ERROR

Con el canon aprobado por las Cortes Generales, la SGAE, como el resto de las entidades de gestión, vería aumentar sus recaudaciones de una forma muy significativa. Aquella suma procedía del pago al que estaban obligados por la ley del canon todos los fabricantes de dispositivos electrónicos, es decir, el sector tecnológico en su conjunto: los fabricantes de iPod y derivados, tabletas, ordenadores, impresoras, fotocopiadoras, memorias externas, discos vírgenes, teléfonos móviles, entre muchos otros aparatos. Los pagadores de las entidades de gestión, según la ley, pasaban a partir de entonces a ser también gigantes como Apple, Microsoft, Philips, HP, Samsung, LG, Sony-Ericsson o Nokia. Y ese nuevo coste no estaba contemplado en sus cuentas de resultados, así que es fácil imaginar el cabreo que tenían.

Gracias al canon digital, la capacidad financiera de la SGAE se incrementaría considerablemente, sumándose a su ya habitual liquidez. Las previsiones eran que, con la recaudación del canon, la SGAE podía superar en conjunto los quinientos millones de euros anuales (un récord histórico) y seguir creciendo sin parar, dada la importancia que en el mercado tendrían los dispositivos con capacidad de almacenamiento de contenidos a los que la nueva ley gravaba.

Con esos nuevos ingresos, Teddy Bautista podía poner en marcha uno de sus grandes sueños. Se trataba de un proyecto que quizá el presidente de la SGAE llevaba muchos años construyendo en su cabeza, pero que no había podido materializar hasta ese

momento: la compra de edificios para destinarlos a la actividad cultural. Ese fue el tercer y el último gran error de la SGAE antes del asalto de la Guardia Civil al palacio de Longoria.

Con la aprobación del canon digital, Teddy Bautista se lanza a por el proyecto que significaría su puntilla final. El presidente de la SGAE siempre había luchado por la existencia de más ventanas, de nuevos foros, de escenarios alternativos por donde las obras culturales pudieran respirar. La Fundación Autor se había dedicado a ello durante años: a apoyar a los autores y artistas socios de la SGAE que tenían una menor facilidad para comercializar sus propuestas. Las grandes *majors* del cine y de la música, así como los conglomerados mediáticos, controlaban la distribución de las obras. El encuentro entre el público y sus autores pasaba necesariamente por ese camino. Sirva solo un dato: el 80 por ciento del cine que se proyecta en las salas españolas procede de Hollywood. Muchas películas europeas apenas tienen oportunidades de ser apreciadas mientras mediocres producciones de las *majors* norteamericanas se mantienen durante semanas en las carteleras españolas. A Teddy siempre le obsesionó esa idea de abrir nuevas ventanas a las propuestas culturales menos masivas o que, por unas u otras razones, tenían mayores dificultades para encontrarse con su público, y el canon le permitiría financiarlo.

Bautista decide entonces promover desde la SGAE una red de teatros y recintos escénicos. Este gran proyecto se articularía desde la Fundación Autor, de la que la SGAE era el único propietario. Los fondos de esta fundación provenían principalmente de tres fuentes. Por un lado, el 20 por ciento de lo recaudado en concepto de canon digital, que la ley obliga a destinar a promoción de la cultura y asistencia a autores. Por otro, los derechos que no han sido reclamados en cinco años, el polémico «pendiente de identificar», lo que suponía cada año varios millones de euros; unos dineros que, como se decía en la casa, no tenían nombre ni apellidos y, por lo tanto, no llegaban a repartirse, pasando a engrosar las arcas de la

Fundación. Además, la SGAE le inyectaba a su fundación cada ejercicio otro 10 por ciento de lo recaudado, tal y como establecen sus propios estatutos.

La Fundación Autor de la SGAE comienza a adquirir edificios. Algunos eran teatros en funcionamiento y otros edificios abandonados. Y lo hace no solo en España, sino también en América Latina. La idea era construir una red de recintos escénicos para el mundo en español. A aquella red se la bautizó como Arteria, un palíndromo que enamoró al presidente desde el principio por todo lo que evocaba la palabra: red, arte, sangre, corazón. Sería una red de espacios escénicos dedicada a la cultura y que daría servicio, principalmente, a los socios de la SGAE. Aprovechando el dinero proveniente del canon —del que por ley debía dedicarse un porcentaje a obra social— y al cuantioso circulante con el que siempre contaba la SGAE, y que la convertía en una entidad muy solvente ante los bancos, Teddy Bautista, con algunas reticencias internas, las de los editores musicales más importantes, se embarca en un proyecto inmobiliario de cientos de millones de euros. El argumento de los bajos intereses de los créditos y que los teatros adquiridos tienen precios asequibles ayudan a afrontar su sueño. Y se lanza a esa tarea de cabeza y corazón, no sé con qué porcentaje exacto de cada cosa. La SGAE comienza a adquirir teatros o a proyectar la construcción de otros nuevos: Barcelona, Bilbao, Madrid, Sevilla, Santiago de Compostela, Valencia, México DF, Buenos Aires, São Paulo…

La nómina de enemigos de la SGAE se había ganado un nuevo actor: los grandes editores de música, pocos pero poderosos, que se negaban a que «su dinero» se empleara en la compra de inmuebles. Los autores audiovisuales (como los guionistas o los directores de cine) ya hacía tiempo que habían mostrado sus diferencias con Teddy Bautista, hasta el punto de que llegó a haber una escisión de un importante grupo de ellos, creando Derechos de Autor de Medios Audiovisuales (DAMA), una asociación que competía con la SGAE en los derechos de los autores de cine. El enemigo interno es siempre

el peor, el que te puede costar la vida. Justo lo que en aquel momento le faltaba a una entidad enfrentada a todo el mundo y que, poco a poco, sumaba a las fuerzas adversarias el descontento de los suyos. Como es obvio, así resulta imposible sobrevivir.

No obstante, Bautista estaba determinado a llevar adelante su sueño y acometer sin pausa el proyecto estrella de su larga presidencia. Aquello sería como la guinda de su lucha por los autores y por la cultura. Su gran legado. Una vez iniciado el proyecto Arteria, nada iba a poder parar a Teddy Bautista, salvo la Guardia Civil.

Aunque por aquel entonces el Gobierno de la nación era socialista, la mayoría de los ayuntamientos importantes y muchas de las comunidades autónomas en las que se tenía voluntad de impulsar los teatros de Arteria estaban gobernados por el PP. Fue entonces cuando Bautista tuvo un mayor contacto, y cada vez más directo y personal, con miembros del PP más regional: Ruiz-Gallardón (alcalde de Madrid), Aguirre (presidenta de la Comunidad), González Panero (alcalde de Boadilla del Monte) y Francisco Camps (presidente de la Comunidad Valenciana).

De la red de teatros Arteria que se ubicaban en España, los proyectos más relevantes y de mayor coste eran los que se desarrollaban en Bilbao (Teatro Campos Elíseos), Barcelona (Teatre Paral·lel), Sevilla (sede Al Ándalus en La Cartuja), Boadilla del Monte (Palacio del Infante Don Luis), Santiago de Compostela (espectacular edificio para la sede noroeste de la SGAE) y Valencia (Torre de la Música), aunque no eran los únicos, pues otros importantes proyectos se estaban levantando en Madrid, como la sala de cine Berlanga, el Centro de Artes y Tecnologías Aplicadas (CATA), además de la adquisición de los teatros Lope de Vega y Coliseum.

Los edificios enclavados en los lugares gobernados por el PP eran sin duda los que encontraban por unas u otras razones mayores dificultades para salir adelante, por lo que Valencia y Boadilla del Monte se llevaron buena parte del tiempo invertido por Teddy Bautista y por el equipo de la SGAE que trabajaba en las distintas cuestiones administrativas, económicas y legales

involucradas en aquellas grandes obras. El departamento jurídico de la SGAE, que estaba de lleno en el día a día de Arteria, sobre todo su director, Pablo Hernández, contrató a un bufete de abogados de Madrid llamado Eius. Más allá de los méritos jurídicos que pudieran reconocerse a los miembros de aquel bufete, la razón primordial de su contratación fue que su principal socio era José María Michavila, ministro de Justicia con Aznar y persona que tenía «acceso» tanto en Valencia —dado que su hermana, Ana Michavila, era la jefa de gabinete de Camps— como en Madrid, donde el exministro conservaba mucha influencia en el PP de la Comunidad.

Ninguno de los dos proyectos SGAE-PP, el del Palacio de Boadilla y la Torre de la Música, vieron finalmente la luz, pero ambos trabajos arquitectónicos, de reforma y construcción, respectivamente, fueron aprobados políticamente y llegaron a iniciarse. En el caso de Valencia, se hizo una gran fiesta en el acto de colocación de la primera piedra a la que asistieron Paco Camps y Rita Barberá. Cuando nos reuníamos con el equipo de prensa del presidente Camps para definir los preparativos de este acto, una de sus jóvenes colaboradoras nos quiso hacer una propuesta.

—Aquí en Valencia trabajamos siempre con una empresa de eventos que lo hace muy bien y que al presidente le gusta mucho —nos dijo sonriente tratando de persuadirnos.

Finalmente, la fiesta de la primera piedra de la Torre de Valencia la organizó la empresa de la exmujer de Joaquín Sabina, con la que Teddy Bautista, al parecer, se había comprometido hacía algún tiempo para que la organizara. La otra, aquella agencia de eventos valenciana, respondía al nombre de Special Events y era una de las empresas de Paco Correa vinculadas a la red Gürtel. Menos mal que apareció Sabina.

Pero Arteria no era solo un proyecto nacional. En Latinoamérica se habían adquirido ya algunos inmuebles en México y en Argentina. Después vendrían proyectos en Brasil, en Colombia y en Estados Unidos, aunque finalmente no verían la luz. Los edificios comprados en América daban al proyecto de la SGAE un atractivo para que

grandes empresas españolas con intereses al otro lado del Atlántico se sumaran al mismo, como aliados «políticos» o como inversores. Esa era la pretensión de Bautista. Además, los edificios de México habían sido adquiridos a Carlos Slim, una de las mayores fortunas del mundo y amigo personal de Felipe González, lo que le daba al proyecto un cierto toque de élite latinoamericana, algo que siempre resulta un imán para las empresas españolas, aunque no para todas en este particular caso.

Cuando el proyecto Arteria alcanzó esa dimensión iberoamericana, Bautista comenzó a diseñar una agenda de contactos para intentar atraer socios. Los dos grandes objetivos de la operación eran el Grupo Prisa y Telefónica, pero ninguna de las dos compañías —por razones distintas— hicieron el más mínimo gesto de apoyar las veleidades empresariales de la SGAE. En varias de aquellas importantes reuniones del presidente, a las que acudí como acompañante, pude percibir el recelo que causaba en el *establishment* empresarial aquel proyecto cultural e inmobiliario.

El primero de esos encuentros fue con Ignacio Polanco, presidente del Grupo Prisa. Teddy siempre había mantenido una relación tirante con el diario *El País*, y con Juan Luis Cebrián particularmente. La SGAE tenía desde hacía años demandada a Sogecable por una cantidad de más de diez millones de euros en derechos de autor impagados. En ese contexto nos visitó en la SGAE Ignacio Polanco junto con otro directivo y miembro de la familia propietaria del Grupo Prisa, Jaime Polanco, con el que Teddy había tenido alguna relación en el pasado.

Bautista desplegó en la pantalla su proyecto de inmuebles, teatros y salas tanto en España como en América Latina, desgranando, como a él le gustaba hacer, todos los detalles sobre las bondades de cada uno de los centros proyectados, algunos ya en construcción o en restauración. Bautista —ajeno por completo a las miradas recelosas de sus interlocutores— enfatizaba lo innovadores que eran aquellos edificios, la tecnología de última generación que incorporaban, los eventos culturales y sociales que permitirían

organizar. En definitiva, la gran dimensión política, social y económica de su proyecto. Lo que Teddy perseguía era conseguir para Arteria el apoyo de un gran grupo empresarial, en particular de alguna multinacional con fuertes intereses en los países americanos y que, al mismo tiempo, tuviera participación en el sector de los contenidos. Mientras Teddy hablaba sin parar, me dedicaba a observar las caras de nuestros invitados, muy especialmente la del presidente del Grupo Prisa. Su expresión era una mezcla de asombro y de recelo. Apenas dijo nada. Al final de la larga exposición de Teddy, Polanco exclamó: «¡Pues sí que tenéis dinero!». Allí terminó la reunión y, por supuesto, cualquier nuevo contacto con Prisa. Seguramente no por casualidad, un año y medio después de aquel encuentro, el periodista de *El País* que entrevistaba al presidente de la SGAE le disparó: «Arteria, su proyecto para la creación de una red de teatros, parece el órdago de un megalómano». Estaba claro; el periódico más vendido en España, y el que ideológicamente podría estar más cerca de la SGAE, no veía con buenos ojos todo aquel despliegue teatral.

El segundo encuentro para buscar aliados o socios empresariales para Arteria fue con el entonces presidente de Telefónica en Latinoamérica, José María Álvarez-Pallete, hombre fuerte en la compañía y con gran proyección, según nos decían algunos amigos comunes. A Álvarez-Pallete, hoy presidente de Telefónica, no se le oyó una sola palabra en toda la reunión, ni buena ni mala, pero quedaba patente por su cara que no entendía muy bien todo aquel despliegue de ladrillos en un mundo digital. Y mucho menos que pensaran ni por un minuto en apoyarlo. Durante la cita, a Teddy Bautista no se le ocurrió otra cosa que nombrar en varias ocasiones a Carlos Slim como uno de los socios del proyecto en México, lo que para Telefónica era como mentar la bicha, pues el empresario mexicano es uno de sus mayores competidores en el sector de las telecomunicaciones y alguien con el que en aquel momento no mantenían muy buena relación. Si Telefónica estaba antes de la reunión muy lejos de la SGAE, creo que tras haber

escuchado a Teddy Bautista contar todos los ladrillos que se estaba comprando con el dinero del canon —y que una de las personas a las que se lo daba era Carlos Slim— las diferencias se convirtieron en irreconciliables.

Resultaba evidente que a las grandes compañías españolas con intereses en el sector de los contenidos no les parecía nada bien que la SGAE se metiera a empresario cultural, y menos que lo hiciera, por así decir, poniendo ellos la cartera, que, en definitiva, es lo que pensaban que estaba pasando. Con Prisa la SGAE libraba una larga batalla judicial con Sogecable, compañía audiovisual del grupo de Polanco, y Telefónica, de una u otra manera, era la empresa líder del sector tecnológico en España, al que la SGAE había vencido legislativamente en la más cruenta batalla entre *lobbies* que ha vivido nunca nuestro país, la del canon; batalla, como ya he explicado, en la que la SGAE, a cambio, se había dejado su reputación corporativa por el camino.

Un par de años después de aquellas reuniones —cuando yo no trabajaba ya para la SGAE— tuve noticias por el propio Bautista de que la SGAE seguía buscando algún socio de peso para su proyecto cultural e inmobiliario. El presidente de la SGAE, unas semanas antes de las últimas elecciones en las que le dejarían presentarse —y de su detención—, me reveló que le había llamado Rodrigo Rato, flamante nuevo presidente de Bankia.

—No se lo he contado a nadie —me dijo Teddy—. No lo comentes, pero Rodrigo Rato se ha puesto en contacto conmigo y está estudiando la posibilidad de que Bankia entre en Arteria.

Bautista le otorgaba a aquella llamada mucha importancia por quién era Rato entonces (un hombre todavía idolatrado por casi todos), por la magnitud financiera de Bankia (uno de los mayores bancos españoles) y por la señal que a su juicio le daba de que el PP (que podía ganar las elecciones generales que estaban a la vuelta de la esquina) quizá no veía tan mal a la SGAE. Pero aquellas tres razones que él mismo se planteaba eran en realidad pura ilusión.

Como había ocurrido años antes con la ONCE, los devaneos mercantiles de la SGAE no eran del agrado de muchos, puesto que la mayoría prefería devolver a la institución a su mero papel de gestor de los derechos de autor en su vertiente patrimonial, y, seguramente, con el firme deseo de que tampoco pusiera un celo excesivo en esa tarea.

El caso de la SGAE recuerda mucho al de la ONCE, una organización social que en los años noventa, bajo la presidencia del carismático Miguel Durán, quiso abrirse a la sociedad y emprendió un proyecto empresarial muy diversificado y con fuertes intereses en los medios de comunicación, llegando, incluso, a fundar junto con Berlusconi la cadena Telecinco. El mundo al revés; una organización de invidentes presidiendo una televisión. Aquello no fue muy bien entendido. Los devaneos empresariales de la ONCE terminaron con un largo proceso penal ante el juez estrella de la Audiencia Nacional, Baltasar Garzón, que devolvió a la organización a su lugar original: la venta de cupones. Aquel proceso judicial finalizó con la absolución de todos los procesados, pero el sueño de Durán ya se había dinamitado por el camino. En alguna ocasión, Pablo Hernández, que en una etapa anterior había estado vinculado profesionalmente a la ONCE, me había manifestado que creía que la SGAE llevaba el mismo camino. No se equivocaba.

En mi último año en la SGAE, metidos de lleno en el proyecto Arteria, cada día era un infierno en el palacio de Longoria. Mayor incluso que cuando se libraba la guerra por el canon; nerviosismo, peleas internas, deslealtades de todo tipo y enemigos por doquier. Los dos directivos más importantes de la casa, Paco Galindo y Pablo Hernández, ya no estaban del lado de Teddy Bautista, a quien criticaban duramente en privado. Creo que por ello el presidente no dejaba de incorporar nuevos directivos en las áreas más cercanas a Arteria, buscando lealtades para su proyecto estrella, en el que se hallaba totalmente volcado. Fue así como entraron en el equipo directivo dos colombianos: Ramiro Osorio, como director de toda la red de teatros, y Carlos Amaya Osorio, sobrino del anterior, como

director de gabinete del propio Teddy Bautista. Pero en ese momento todo estaba ya herido de muerte. La SGAE se había embarcado en una espiral de crecimiento e influencia para la que carecía de la necesaria legitimación política, mediática, empresarial y social. Solo tenía la promesa de una recaudación económica en aumento muy del agrado de los bancos. Pero le hacían falta también otros apoyos más políticos, y los de la SGAE, la asociación de autores que en otro tiempo fue el *lobby* cultural más poderoso en el mundo latino, ya no estaban. Ni se los esperaba.

Al iniciarse 2009, año en el que abandoné la entidad, la SGAE no podía tener ni más enemigos ni más poderosos. En una entrevista ofrecida en agosto de aquel año al diario *El País*, Teddy Bautista había arremetido contra todo el mundo: disparaba contra el Gobierno del PSOE, contra la Fiscalía por el asunto de las descargas de internet, contra el PP, contra Google y Telefónica, contra los ayuntamientos y, por supuesto, contra los internautas. Arremetía incluso contra Cristiano Ronaldo. En otra entrevista en ese mismo diario, en marzo de 2010, el periodista le preguntó: «¿Tiene madera de pimpampum?». A lo que Teddy le respondió: «Lo que no mata, engorda. Las críticas infundadas me dan combustible». Él era así. *El País*, que sutilmente mostraba a Teddy como un chiflado, ilustró la entrevista de agosto de 2009 con una foto de Bautista apoyado sobre una barandilla que daba al patio de un soleado palacio de Longoria. Llevaba una chaqueta curiosa, de esas prendas de artista que tanto le gustaba ponerse. Era muy llamativa, blanca con estrechas rayas verticales de color negro y con un escudo en uno de los lados. Parecía la de un presidiario. Y el periódico seguro que estaba encantado de poder colocarla presidiendo su última entrevista a un Bautista que, por entonces, ni se imaginaba la que se le venía encima.

El panorama era el siguiente: la SGAE estaba enfrentada a la sociedad; con los jóvenes odiándola; con los medios de comunicación dándole la espalda; con la contestación interna de los editores de música; con los grandes grupos empresariales recelosos

de que aquella entidad entrara en su terreno; con el mayor *lobby*, el tecnológico, esperándola detrás de la esquina; con un PP que con la polémica del canon no podía apoyarla, y con un Gobierno, el del PSOE, que poco a poco se había ido alejando de una institución que creía cercana ideológicamente, pero que con Teddy al frente nunca llegaba a controlar. Porque Teddy era indomable, y eso siempre resulta incómodo para los políticos, sobre todo si son de los *tuyos*. Pero es que, además, era una *rara avis* entre empresarios y ejecutivos, que nunca lo vieron realmente como un miembro de su «club», pese a los esfuerzos que él hizo siempre por ser aceptado como un hombre de empresa. Para aquella élite financiera, Teddy Bautista era un simple artista.

Trabajar de director de relaciones institucionales en una entidad como la SGAE era extenuante. En ese puesto nunca se está tranquilo cuando la vida de tu empresa depende de la ley y de las decisiones políticas. Había impulsado la campaña antipiratería y había estado en el centro de la guerra por el canon, pero me sentía incapaz de librar la de los teatros. Ocho años de gestión de influencias, de choques entre *lobbies*, de cañonazos recibidos casi a diario me dejaron agotado física y mentalmente. Aquel lugar me estaba ya haciendo mucho daño. Y al final decidí irme. No culpo a nadie, ni a la SGAE ni al entorno, de aquella situación. Yo soy el único responsable por no haberme marchado antes. Hay que saber irse a tiempo de los sitios.

Me fui como llegué, sin hacer ruido, aunque con treinta kilos más de los que pesaba cuando pisé por primera vez el palacio de Longoria. La ansiedad me había hecho engordar, eso me decía el médico. Yo pienso que las muchas comidas tuvieron también algún papel. El Consejo de Dirección de la SGAE me felicitó formalmente «por los servicios prestados a la causa» en una de sus reuniones del mes de mayo y Teddy Bautista me envió un cariñoso correo días antes de abandonar la entidad:

Querido Pedro:

Agradezco y valoro tu «testamento profesional», sobre todo por los consejos que me das, fruto de la intensa experiencia que has vivido en esta casa y en uno de sus malos momentos. Este aprendizaje te deja preparado para cualquier camino que decidas elegir. Espero que también valores, en la despedida, a los amigos y compañeros que te han acompañado y han trabajado hombro con hombro contigo, de los que has aprendido y a los que has enseñado, porque la vida al final es en buena medida eso, transmitir conocimiento con generosidad y calidad buscando una espiral virtuosa que nos haga mejores a todos, no por espíritu seráfico, sino porque siendo mejores haremos de la vida una experiencia motivadora y un proceso de reforzamiento humanístico. Yo, viejo jacobino cartesiano, pero creyente en la mística teresiana, te agradezco en nombre de todos tu entrega y pasión, y si en algo puedo ayudarte, una vez tu periodo de descanso merecido concluya, solo tienes que hacérmelo saber; tienes mi móvil y sabes (por experiencia propia) que respondo a todas las llamadas y a todas las horas. Además de todo lo anterior también soy estajanovista.

Finalmente, si crees que a modo de despedida y en reciprocidad te puedo dejar un par de consejos, ahí van:

Sé tú mismo, no interpoles otros roles dependiendo de las circunstancias, y recuerda mis tópicos: la «matriz de imposibles» de J. F. Kennedy, la teoría de los sistemas y la ciencia de acortar distancias entre la acción y la lectura de sus resultados, o «teoría del *feedback*».

Que tengas un descanso reparador, *ma non troppo*, que las neuronas tienen tendencia a disolverse en el *dolce far niente*.

Abrazos,

E. Bautista

Aquella intensa etapa de mi vida profesional, en la que hubo muchos momentos buenos, pero otros tensos y difíciles, terminó cordialmente. O quizá no tanto, pues como dice Andrés Calamaro en una de sus canciones: «Todo lo que termina, termina mal».

El 18 de mayo de 2009, *PRNoticias*, un medio de internet orientado al mundo de la comunicación, dio la falsa noticia de que yo había sido despedido. Alguien de la SGAE —e imagino muy bien quién lo hizo— filtró a este medio que me habían echado tras no haber sido capaz de parar la publicación de que la SGAE se llevaba un 10 por ciento de la recaudación de los conciertos benéficos. Es cierto que a raíz de la publicación de que la SGAE pretendía cobrar en un concierto de la Fundación de Víctimas contra el Terrorismo,

Teddy Bautista se había cabreado mucho conmigo, pues entendía que yo, como responsable último del área de comunicación de la casa, debía haber impedido que aquella noticia se hiciera pública. Pero yo nada podía hacer. No podía inventarme la realidad. Y la verdad era que la SGAE cobraba siempre en los conciertos benéficos, y también en aquel organizado en homenaje a las víctimas del terrorismo.

Aquella no fue, sin embargo, la causa de mi salida de la SGAE, sino únicamente una de las razones que evidenciaban que mi relación con la casa se había deteriorado. El mismo medio de internet que había dado la noticia tuvo que desmentirla horas después, tras remitir la dirección de la SGAE una nota en la que aclaraba la falsedad de tal información.

Me marché voluntariamente. Salí porque todo tiene un final, aunque tardemos en verlo. Mi etapa allí había concluido hacía tiempo. El error fue no darme cuenta antes. No haber tenido la valentía de salir, de moverme, de cambiar. El cambio siempre cuesta. Como ya he comentado unos párrafos atrás, hay que saber irse de los sitios. Estoy seguro de que ahora, visto lo visto, Teddy Bautista piensa lo mismo.

12

OPERACIÓN «JUBILAR A TEDDY»

En 2008 comenzaron algunos movimientos, aunque tibios, para que Teddy Bautista abandonara la presidencia ejecutiva de la SGAE. En la atmósfera flotaba ya un cierto cansancio hacia su figura. Algunos históricos de la casa decían en privado: «Va a terminar tirando por tierra todo lo que ha hecho; lo mejor es que se vaya ahora, y le despedimos con un buen homenaje».

Las maniobras para sacarle de la presidencia no eran casuales. Se orquestaban desde dentro y desde fuera de la SGAE. Había mucha gente que quería quitar a Teddy de en medio. A todos los enemigos de fuera se sumaron en los últimos tiempos los adversarios interiores, entre los que se encontraban no pocos editores de música, importantes directores de cine y algunos directivos y consejeros. Además, el proceso de reajuste de la plantilla que se acababa de emprender, con despidos y prejubilaciones, hacía que el descontento de los trabajadores, latente durante los últimos años, se manifestara sin recato.

Teddy estaba acostumbrado a guerrear con los de fuera, lo había hecho toda la vida, pero su día a día cambió radicalmente cuando la oposición interna empezó a cobrar forma, aunque resultara heterogénea y mal orquestada. Una oposición interna en la que había de todo, que no estaba organizada, pero que venía empujada y alentada desde distintos centros de poder. Dos importantes directivos se hallaban cada vez más cerca de esos movimientos opositores: Paco Galindo y Pablo Hernández. Ellos dos eran los únicos directivos que tenían contactos con todos los grupos

opositores y, además, estaban convencidos desde hacía tiempo de que Teddy había enloquecido con la compra de teatros. La cosa «va a terminar mal», les oí decir a ambos por separado más de una vez.

José Miguel Fernández Sastrón, autor y consejero de la SGAE, fue el único que se postuló en aquel momento como sucesor de Bautista. Nadie más se atrevió a dar ese paso, seguramente porque Sastrón no estaba solo. Casualmente lo hacía una persona que tenía un cierto barniz institucional, pues por entonces era todavía el marido de la sobrina del rey Juan Carlos. Por esa razón, Fernández Sastrón nunca gozó de la simpatía y los apoyos de los socios más influyentes de la SGAE, aquellos que habían respaldado siempre a Teddy y que ahora le pedían con la boca pequeña que abandonara. Para aquellos socios con más nombre o mayor peso interno, como Víctor Manuel, Rosa León, Manuel Gutiérrez Aragón o José Luis Cuerda, aquellos que formaban parte del sanedrín de Teddy Bautista, Sastrón encarnaba un tipo de *establishment* que no resultaba de su agrado, y harían todo lo que fuese para que no ascendiera a la cúpula de la SGAE. Sastrón no era la solución para la *gauche divine*. Si la única alternativa a Teddy era Sastrón, preferían al primero.

Algunos de los autores más importantes habían tenido conversaciones privadas con Teddy pidiéndole que abandonase y que dejara paso a otros. Uno de los que le llamó en alguna ocasión para hacerle ver la situación fue Joan Manuel Serrat. Al parecer, la llamada la realizaba tras haber sido tocado por el Gobierno a través de una amiga de ambos que estaba tanto en la directiva de la SGAE como en el PSOE: Rosa León. Ella había hecho muchas veces de puente entre la SGAE y el PSOE, pero en los últimos años había sido más un puente a la inversa: entre el PSOE y la SGAE. Los socialistas eran seguramente los más interesados en cargarse a Teddy, a quien consideraban un peligro. Muy lejos quedaban ya los tiempos de Felipe y Solana, cuando la SGAE de Teddy era vista por el PSOE como un aliado estratégico. Nada es para siempre. En los tiempos de

Zapatero y Rubalcaba, una SGAE con el díscolo Teddy al frente constituía una enorme fuente de problemas y de riesgos. Y por eso había que sacarle de allí a cualquier precio.

No parecía existir un heredero natural, y ninguno de los más próximos a él querían sucederle. Para los autores *históricos*, comandar la SGAE era «un marrón». Ellos lo sabían muy bien. Llevaban muchos años al frente de la maquinaria, a la sombra de Teddy, ocupando cargos diversos, bien en la Junta Directiva, bien en el Consejo de Dirección o en alguna de las muchas comisiones que se reunían periódicamente. Estaba claro que ninguno de ellos deseaba ya ocupar ese significado lugar, pero sí proteger a una institución que seguía siendo una importante fuente de ingresos a la que, desde luego, no querían renunciar. Se necesitaba una SGAE, pero una SGAE sin Teddy. Su tiempo había concluido.

Bautista, sin embargo, se afanaba en plantear argumentos para no irse. Su gestión económica suponía, desde luego, un aval. También lo era, por qué negarlo, la labor de guerra *sindical* que la entidad había desarrollado durante todos aquellos años. Su labor como *lobby*; la influencia política; la indudable defensa a capa y espada de los derechos de autor. Quedaba claro que todo aquello estaba en el haber de Bautista, y era indudablemente del agrado de muchos autores con peso. Pero su mayor argumento, el más convincente para todos aquellos autores, consistía, al final, en «no tenemos quien le suceda y Sastrón no es nuestro hombre». Y así las cosas, Teddy podía permanecer en su puesto lo que hiciera falta. Moriría con las botas puestas, como él mismo había vaticinado en más de una ocasión.

Pero aquel argumento no servía a quienes desde fuera, desde la política o desde la empresa, querían acabar con «el problema de la SGAE». Y para ellos el problema lo personificaba Teddy Bautista, y había que echarle. Si no se conseguía diplomática o políticamente —como se había intentado tantas veces—, se haría por la fuerza.

La erosión de Teddy Bautista no cesó en el periodo que va de 2007 a 2011. La última vez que lo vi, siendo todavía presidente de la SGAE, estaba claramente desmejorado. Al regresar a Madrid tras mi periplo profesional en California, algunos directivos contactaron conmigo. Querían que volviera a colaborar con la entidad de alguna forma. Al cabo de unos días me llamó el propio Teddy Bautista para decirme que le gustaría comer conmigo y que deseaba proponerme algo. El almuerzo se produjo el 28 de marzo de 2011 en el reservado del restaurante Pajamá, en la calle San Mateo. Aquel curioso local con decoración austríaca y comida casera española era como su despacho al mediodía, pues casi siempre mantenía allí, en su reservado, comidas de trabajo. Tantas que la SGAE tenía una cuenta abierta para el presidente y los directivos que se abonaba al final de cada mes.

Había pasado más de un año desde mi salida de la empresa y desde entonces no habíamos vuelto a vernos. Cuando lo hicimos, lo encontré afectado, no solo física, sino mentalmente. La cabeza ya no le funcionaba igual. Había perdido buena parte de aquel olfato de animal político, de aquella intuición que siempre había tenido. Pero, sobre todo, lo noté preocupado y solo. Cada vez más aislado.

A aquella comida le acompañó Paco Galindo, quien junto con Pablo Hernández estaba empujando internamente para que yo volviera a colaborar, como consultor externo, con la entidad. Los contactos conmigo de las dos personas que más poder acumulaban en la SGAE, descontando al presidente, se habían intensificado al comenzar 2011. Cada vez que hablaba con ellos los notaba más preocupados por el deterioro que habían sufrido las relaciones de la entidad con el poder político, en especial con el PP, que todo parecía indicar que ganaría las elecciones generales que debían celebrarse tras el verano. A Bautista y Galindo los vi como siempre, con esa cercana lejanía de los viejos lobos que ya están de vuelta de todo. Mantenían las formas, eso sí. Pero se los percibía cansados, sobre todo el uno del otro. A mitad de la comida, Paco Galindo alegó tener otro compromiso y nos dejó solos.

Hablamos de todo. De nuestras vidas, de la situación política, de cómo estaba la entidad. Comenzamos más fríos, como tratando de ver por dónde respiraba cada uno, pero al poco mi exjefe recuperó la confianza y empezó a hablarme de cómo se sentía y de cómo estaban las cosas. A decir verdad, poco habían cambiado desde mi marcha. La SGAE se hallaba cercada por los enemigos y aislada de cualquier posibilidad de alianza. Esto era así a mediados de 2009 y se había incrementado al iniciarse el año 2011.

En un momento de la conversación, Bautista me confesó que se había visto con Alfredo Pérez Rubalcaba a petición de este. No me contó mucho, sino que, como hacía él a veces, dejó aquello como en un halo de misterio. Me extrañó que se hubieran visto, pues nunca le había oído decir que mantuvieran relación entre ellos. De hecho, creo que no la mantenían. Si se citaron fue realmente porque al entonces hombre más poderoso del Gobierno de Zapatero le interesaba por alguna razón. Y le interesaba mucho. No conozco los detalles de esa charla, pero me los puedo imaginar. ¿Qué hacía el exministro del Interior y vicepresidente del Gobierno de Zapatero hablando con Bautista justo unos meses antes de que la Guardia Civil entrara al asalto en la SGAE? Quizá el vicepresidente le hizo llegar el mensaje que le mandaron antes otros también desde el Gobierno y a través de importantes autores y amigos del propio Bautista. Un mensaje que él nunca quiso escuchar. Siempre he creído que ni Rubalcaba ni Zapatero querían ir a las elecciones de noviembre de 2011 con una SGAE presidida por Teddy Bautista, con el tema del canon ya inevitablemente presente en la agenda preelectoral. Cabría hacerse una pregunta: ¿habría intervenido la Guardia Civil la SGAE si Teddy Bautista hubiera abandonado previamente la entidad o si no hubiese ganado nuevamente las elecciones celebradas el mismo día de su detención? Creo que la respuesta está clara y es la misma que se daría a la siguiente pregunta: ¿habría caído el clan Pujol si no se hubiera iniciado el desafío soberanista catalán?

El 1 de julio de 2011, la UCO de la Guardia Civil entraba al asalto del palacio de Longoria por orden del juez Ruz, con las previas y oportunas filtraciones a los medios por parte de algún funcionario del juzgado. Quedaba patente el fin de aquellas filtraciones: que la entrada y registro se retransmitiera en directo, como también la salida del calabozo de un Bautista descompuesto y sin afeitar, tras cuarenta y ocho horas detenido, y que facilitaría esa necesaria labor de caricaturización del personaje que se produciría por tierra, mar y aire durante las semanas siguientes. Aquel mismo día acababan de celebrarse elecciones en la SGAE y Teddy Bautista las había vuelto a ganar. Pero en realidad aquella jornada fue la de su definitivo final como comandante en jefe de los autores españoles. Aquel fue el día de su jubilación. El fin justifica siempre los medios utilizados por la nueva Santa Inquisición, como yo mismo pude comprobar en mis propias carnes unos pocos meses después, cuando fui arrojado al fango.

SEGUNDA PARTE

13

SOMBRAS Y SOSPECHAS

Y al poco de la intervención de la SGAE llegó mi turno. El tipo que me amenazó con esa frase de película de serie B, «Te tenemos agarrado por los cojones», se identificó como un periodista de Intereconomía, un medio de la derecha más rancia. Ni se me ocurrió en aquel momento preguntarle el nombre. Solo quería terminar cuanto antes aquella conversación. Su tono no era desde luego el de un periodista, eso parecía claro. Su voz era más bien la de un gánster de medio pelo. Rudo, zafio, maleducado, sin el mínimo de lecturas que se supone que hacen falta para ser periodista, en el hipotético caso de que en la actualidad fueran importantes las lecturas para ejercer esa profesión. El sujeto tenía mucho más de policía que de literato. Aunque bien podría ser las dos cosas. Como es sabido, existen topos en cualquier ámbito. Los topos son algo muy común en nuestros días. Los partidos políticos infiltran a gente en otros partidos, la oposición cuela en puestos relevantes de la Administración a personas afines, la policía introduce a agentes en las empresas, en los medios y en los partidos, y todos ellos tienen infiltrada a la judicatura y a la Fiscalía. Antes de hablar con cualquiera conviene indagar de dónde proviene y a quién responde. Y más cuando vas a contratar a alguien. En mi vida profesional he podido descubrir distintos intentos de infiltración en empresas y hasta he convivido en al menos dos ocasiones, que yo sepa, con infiltrados. Así que este tipo podía ser perfectamente un agente-periodista.

El pasado siempre nos persigue y termina, las más de las veces, por darnos alcance. Hacía mucho tiempo que había querido olvidarme de la SGAE. Desde que en 2009 dimití de mis funciones para empezar a cuidarme, para que me vieran los médicos, para marcharme a California, para comenzar una nueva vida. La SGAE se había convertido en una pesadilla para mí. Un lugar tóxico donde no deseas estar más tiempo, que te hace daño, donde ya no circula la energía. Un ecosistema con la atmósfera viciada, por circunstancias múltiples, internas y externas, en el que ya no puedes crecer. Sin embargo, aunque en algún momento descubra la toxicidad de personas o de lugares, resulta paradójico cómo se engaña uno, cuánto nos cuesta separarnos de los sitios o de las personas con las que hemos convivido un tiempo. Te intentas convencer de que todo puede cambiar, de que no es tan malo, de que has de intentar tomártelo de otro modo. Y cuando decides marcharte ya es demasiado tarde. Cuando en 2009 dejé la SGAE ya era, de hecho, demasiado tarde.

Cuando el supuesto periodista me asaltó por teléfono para acosarme, intuí que nada volvería a ser igual, que aquello iba en serio. Alguien, por alguna razón, quería apretarme las tuercas, y venía al ataque y sin contemplaciones. Pero yo no podía imaginar ni por lo más remoto que tendría que atravesar durante años un desierto de dolor, que sería sometido a la más sofisticada de las torturas, entrando, como todo imputado, en un estado de hibernación aparentemente eterno, paseado por los telediarios y arrojado, sin escapatoria alguna, a las hogueras mediáticas y digitales en las que habría de consumirme lentamente.

Mi página de la SGAE no estaba aún cerrada. Había estado metido en demasiadas cosas, demasiadas veces en el filo, con los inevitables enemigos cosechados en el viaje. Y sí, desde luego, como cualquiera que haya tenido que tomar decisiones difíciles en determinado momento, también con algún cadáver en el armario. Pero nunca imaginé que yo pudiera ser el objetivo de nadie. Y sí, lo era. Vaya si lo era. Aquellas seis palabras pronunciadas por la voz

amenazante de aquel tipo no dejaban lugar a duda. Venían a por mí y no había vuelta atrás. Se habían cruzado ya excesivos puentes no quemados al trepar por ese hilo que, en la vida, nos lleva de una cosa a la otra. Las rayas atravesadas eran ya imposibles de borrar, como no podemos, en realidad, borrar nuestro pasado.

14

ENTRE TOROS Y ESPÍAS

El mismo día de la inquietante llamada telefónica, ya por la tarde, recibí un mensaje de un conocido abogado penalista de Madrid con el que tenía alguna amistad. Me invitaba, como casi todos los años, a una tarde de toros en Las Ventas. Pero aquella invitación era diferente a otras. Me mandó un email en vez de telefonearme o de mandarme un SMS. Aquello me llamó ya la atención. Además, me invitaba él directamente y no —como había sucedido otras veces— a través de nuestro amigo común, un profesor de Derecho Mercantil al que le gustaban los toros y con el que yo salía a correr de vez en cuando. Aquel abogado llevaba en aquella época la defensa penal de Teddy Bautista, imputado por varios delitos en la Operación Saga que instruía el juez Ruz. Me dijo que nos acompañaría el que después sería mi abogado, Jacobo Teijelo. En ese mismo instante comprendí que de algún modo ellos conocían ya lo que se me venía encima. Quizá alguien les había alertado. Al parecer, el inverosímil periodista estaba en contacto permanente, desconozco desde hacía cuánto tiempo, con varias personas de la SGAE. Una de ellas, Pablo Hernández, jefe de los servicios jurídicos de la SGAE, que sabía de mi amistad con aquel abogado penalista, por aquellos días le contó muy preocupado que había un periodista preguntando por mí. El entonces abogado de Teddy Bautista con el que fui a los toros aquella tarde me lo explicó días más tarde. Ambos abogados mantenían relación porque, en aquel tiempo, todas las defensas de los imputados por Ruz estaban coordinadas, o eso pretendía el propio Pablo Hernández.

Sin embargo, como siempre que las cosas huelen a chamusquina, aquella tarde de toros ninguno de los dos abogados me comentó nada, quizá por prudencia, sobre el tipo que me había llamado aquella misma mañana. Yo tampoco les saqué el tema. Mi inquietud había ido en aumento. Así que, por la tarde, antes de llegar a la plaza de toros, me pasé por una de las agencias de detectives que habían trabajado conmigo durante mis años como director antipiratería de la SGAE. Quería ver si podía sacar algo en limpio de aquella llamada telefónica. Enseguida me di cuenta de que también ellos estaban ya en el asunto. Si te fijas bien, es fácil detectar cuándo alguien está grabando un encuentro o sabe que terceros lo están haciendo. Había algo raro en sus voces y en sus movimientos. No se sentían cómodos, a pesar de que se esforzaban por mostrar normalidad. Rápidamente me hablaron del supuesto periodista: «Se llama José Luis Cervero, lo conocemos muy bien». El mismo director de la agencia de detectives se dirigió entonces a uno de los archivadores y sacó una voluminosa carpeta. En ella había recortes de prensa sobre esa persona, junto con otros documentos y los que parecían informes. Me entregó aquel dosier para que pudiera echarle un vistazo mientras me hablaba sobre aquel sujeto. Según me contaron, se trataba de un sargento de la Guardia Civil que había estado implicado en varios asuntos turbios de espionaje y que había sido incluso procesado.

El primero de los recortes de prensa no dejaba lugar a dudas. Quien se me había presentado como periodista de Intereconomía era la persona a la que se refería una información del diario *El País* de 6 de marzo de 1984 titulada: «Investigan a un sargento de la Guardia Civil que perteneció a los servicios especiales, en las pesquisas del caso Bardellino». La noticia continuaba diciendo:

> La Brigada Central de la Policía Judicial está investigando la posible implicación en el caso Bardellino del sargento de la Guardia Civil José Luis Cervero Carrillo, amigo del juez de la Audiencia Nacional Ricardo Varón Cobos, magistrado que puso en libertad al jefe de la Camorra napolitana, decisión por la que fue expedientado por el Consejo General del Poder Judicial. El sargento

> Cervero, procesado por un delito de cohecho y actualmente en situación de disponible forzoso, estuvo durante varios años destinado en los servicios de espionaje y en los Grupos de Operaciones Especiales de la Guardia Civil. El sargento Cervero acompañó en numerosas ocasiones al juez Varón Cobos en sus visitas nocturnas a *pubs* como Don Galo y Nico's, propiedad de Josefa Suárez, la amiga del magistrado del Tribunal Supremo Jaime Rodríguez Hermida, que ha sido suspendido de sus funciones, también por su presunta implicación en la puesta en libertad del jefe de la Camorra. La policía está investigando la posible relación del sargento de la Guardia Civil en el caso Bardellino. José Luis Cervero se ha dejado ver en numerosas ocasiones en los *pubs* citados, y no oculta que conoce a su propietaria, Josefa Suárez, *La Pepa*, quien estaba relacionada sentimentalmente con Jaime Rodríguez Hermida, magistrado del Supremo. Este magistrado, a su vez, es amigo de Varón Cobos y, según fuentes judiciales solventes, pudo presionar al juez de la Audiencia Nacional para conseguir la puesta en libertad del jefe de la Camorra napolitana.

Su especialidad, según los detectives, eran las operaciones de presión. De alguna manera seguía colaborando, según me confirmaron, con las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. De hecho, disponía de todo tipo de recursos. Los investigadores privados me previnieron sobre aquel tipo. Pero ya no me hablaban como siempre.

—Ten mucho cuidado. Todo lo que hables con él lo estará grabando —me advirtieron.

Seguramente aquella conversación con los detectives también estaba siendo grabada. Todo el mundo puede ser grabado hoy en día. Tal y como he aprendido durante estos últimos años, resulta muy fácil gracias a las nuevas tecnologías, esas que en nuestra ingenuidad soñamos que nos hacen más libres, cuando es justo todo lo contrario. Nunca hemos sido más esclavos que ahora ni hemos tenido nuestra intimidad más mermada. Lamento parecer distópico, pero en la dialéctica libertad o seguridad ha resultado claramente vencedora la segunda. La privacidad ha muerto.

—Se escucha y se ve todo, Pedro. Hay que protegerse —me dijo en una de nuestras muchas comidas Paco Marco, dueño de Método 3, agencia relacionada con la presunta colocación de un micrófono

en un restaurante de Barcelona durante una cena de la presidenta del PP catalán, Alicia Sánchez-Camacho, y la expareja del hijo mayor de Jordi Pujol, María Victoria Álvarez.

Al salir de la oficina de los detectives, a unos quinientos metros de Las Ventas, me di cuenta de que me seguían. Antes de aquello había tenido alguna sospecha, pero la había desterrado inmediatamente. «Paranoias», me dije. Pero no, era real. Tenía evidencias de que me seguían. Alguien me había puesto «una colita», como se dice en el argot policial. En ese momento intenté no espantarle. Si te siguen, es bueno saberlo. Si ellos no toman precauciones, basta a veces con fijarse en todo lo que proyecta reflejos, como los escaparates o las ventanillas de los coches. Seguí camino abajo, por la calle Alcalá, en dirección a la plaza de toros, pero al haber salido de aquel despacho con la mosca detrás de la oreja me dispuse a llamar a ese otro detective con el que había trabajado, Paco Marco, cuya agencia también había sido contratada durante años por la SGAE. Con Paco había llegado a tener mucha relación en el pasado. Aunque ya no confiaba en la lealtad de nadie, hay situaciones en las que no te quedan más narices que apoyarte en alguien para no verte tan solo. Le llamé y le di el número de móvil del supuesto periodista para que investigara de quién se trataba. Y a los pocos minutos me devolvió la llamada.

—No me jodas. ¿Te ha llamado este tío?

—Sí, esta mañana.

—Es muy peligroso, Pedro. Y no, no es periodista.

No me dijo nada más, solo esas dos cosas: «es muy peligroso y no es periodista». Entretanto, una persona continuaba siguiéndome al llegar al cruce con la M-30, frente a la plaza de toros.

En Las Ventas siempre quedábamos junto a la estatua del doctor Fleming, levantada, según se cuenta, en agradecimiento de los toreros, a quienes, con el descubrimiento de la penicilina, el insigne científico alivió las heridas producidas por las astas. A mí los toros, en realidad, no me interesan mucho. Bueno, los toros sí me interesan. Me caen simpáticos. En cambio, nunca he llegado a

comprender del todo la llamada «fiesta nacional», no he terminado de cogerle el punto. Fui yo el primero en llegar, pero allí mismo me encontré a un periodista especializado en investigaciones, con conexiones con la policía y el Madrid *la nuit*. Le había visto alguna que otra vez con mis amigos los abogados, por lo que no me sorprendió demasiado encontrármelo. Supongo que algunos periodistas mantienen por conveniencia relaciones con abogados penalistas y a estos les trae cuenta tener cerca a algunos periodistas. En realidad, los ecosistemas selváticos promueven todo tipo de relaciones como mero mecanismo de supervivencia. Pronto comprendí que aquel periodista también conocía lo que me estaba pasando. Cruzamos dos frases, pero fue suficiente. Alguien le había puesto al corriente del asunto. Todos parecían conocer el guion que acababa de empezar. Todos menos yo.

Poco después llegaron ambos abogados. Venían acelerados. Me saludaron rápidamente, casi sin detenerse, y los tres nos dirigimos hacia nuestras localidades, propiedad de uno de ellos, el más aficionado a los toros. A Las Ventas va uno a hacer de todo menos ver la corrida. En la plaza consigues mucha información. Ves a unos y a otros, te dejas ver, observas las localidades que ocupan los influyentes de Madrid y a quién tienen al lado. Hay quien lleva unos prismáticos con la excusa de contemplar cada detalle de lo que pasa en la arena, pero en realidad son para poder fisgar en el tendido. La corrida es lo de menos. Según parece, el palco del Santiago Bernabéu es un lugar más propicio para los negocios; en cambio, en la plaza de toros se intriga mucho más sobre alta política, procesos judiciales e intervenciones policiales. Por lo de las astas, imagino. En todo caso, tanto en la plaza como en la cancha se respira la atmósfera de esos lugares en los que se hacen y deshacen los asuntos, donde se puede oír nítidamente el ruido de poleas y engranajes de la maquinaria del poder.

Todavía recuerdo la foto de aquellos jóvenes del PP que apoyaron la trama contra Rajoy para que cayera en el congreso de Valencia. Ignacio González, Juan Costa, Gabriel Elorriaga e Ignacio

Astarloa estaban en el burladero 21 de Las Ventas, invitados por la Comunidad de Madrid, charlando animadamente durante la corrida. Era el 30 de mayo de 2008, poco antes del congreso del Partido Popular en el que un importante y poderoso grupo intentó deshacerse de Mariano Rajoy. Viví aquellos hechos desde una cierta cercanía, dada mi estrecha relación con José María Lassalle, diputado cántabro del PP, por entonces casado con Meritxell Batet, diputada socialista por Barcelona.

José María y yo nos habíamos conocido algunos años antes, siendo los dos jovencísimos profesores de Derecho en la Universidad de Cantabria. Ya en Madrid nos hicimos buenos amigos. Lassalle era considerado por la vieja guardia de la derecha como un esnob, un advenedizo, un izquierdista camuflado. Su boda con la socialista Meritxell Batet, en el año 2005, fue para los más sectarios la confirmación de sus rancios delirios cainitas. Al enlace no asistieron representantes de ninguno de los dos grandes partidos; al parecer, ni el amor los consigue reunir. Me sorprendió no ver en la iglesia a nadie significativo del mundo político, ni siquiera a los que se decían amigos de los dos jóvenes diputados. Seguramente marcaron directrices desde ambos bandos para que la boda pasara lo más inadvertida posible. No lo consiguieron. La foto de los dos contrayentes saliendo de la iglesia fue portada del diario *El Mundo*. Los dos partidos parecían avergonzarse de aquello para lo que no estaban preparados; lo suyo es lucha y confrontación.

De hecho, ni Meritxell ni José María lo pasaron bien durante un tiempo. Al parecer, Rubalcaba había dado instrucciones para que no se compartieran secretos con su diputada, ante el «riesgo» de que se los pudiera revelar a su marido, miembro del equipo de Rajoy. Así de ridículo. Nunca oí a esta pareja hablar de política, sino de libros o de cine, y, en todo caso, ambos eran lo suficientemente serios y profesionales como para dejar fuera de casa lo que es mejor que no entre.

Aquella boda significaba que no todo estaba perdido y que quizá algún día Montescos y Capuletos podrían sentarse a pactar tranquilamente sobre los temas más importantes que nuestro país tiene pendientes desde hace tanto tiempo: educación, política territorial o la proyección de España en el exterior, entre otros. La unión de una catalana socialista y de un liberal cántabro siempre ha encarnado para mí la metáfora de una gran expectativa, de lo que este país puede llegar a ser el día en el que nos sacudamos nuestro vetusto cainismo. Al menos, así lo contemplaba el profesor de Derecho Constitucional que todavía llevaba dentro. Por eso, además de por afecto personal, lamenté tanto su separación, hecha pública en mayo de 2016.

Tras su boda, asistí a numerosas cenas en casa de Meritxell y José María. Entre aquellas paredes encaladas de libros —no solo se habían unido ellos, también sus bibliotecas— fui testigo de la sintonía que existía entre una nueva generación de políticos que, pese a sus diferencias, podían compartir muchas cosas. Como en realidad hacemos el resto de los mortales con nuestras familias, vecinos y amigos. Siempre me alegró ver que, al menos cuando no hay cámaras delante, diputados de uno y otro signo podían reunirse y charlar sobre cualquier asunto sin tirarse los trastos a la cabeza. Era evidente que pese a las diferencias ideológicas que pudieran existir entre unos y otros, las cosas que tenían en común eran suficientes, por lo que el diálogo entre los miembros de esa nueva generación de diputados era posible. Poner el acento en lo que nos une, en vez de en lo que nos hace diferentes, es la base para muchos encuentros; no solo para tomar la decisión de salir a cenar con alguien, sino también para poder llegar a acuerdos políticos que buscan el bien general.

Por aquella casa, muy cercana, por cierto, a la sede de la SGAE, vi pasar en muchas ocasiones a una jovencísima Soraya Sáenz de Santamaría, que siempre llegaba tarde, apresurada y con cierto agobio, y que muchas veces recibía alguna llamada que la obligaba a dejar la velada. Supongo que la llamaría «el jefe», como ella se

refería a Rajoy. También eran habituales diputados socialistas como Juan Moscoso o Álex Sáez, unos tipos extraordinariamente preparados y de inmejorable talante. Aquel conjunto de diputados tan diversos, con los que pude compartir no pocos ratos, se reunían a cenar o a tomar algo como hacen los compañeros de cualquier oficina. Aquellos encuentros —que yo vivía al principio como un observador sorprendido— eran un soplo de aire fresco y esperanzador en este país tan habituado a los gritos y a la pelea.

También coincidí en aquellas cenas y celebraciones con Paco Villar, quien en la sombra, sin apenas perfil público, fue durante toda su vida uno de los más estrechos colaboradores de Mariano Rajoy —además de su amigo—, a quien siguió por todos los ministerios que este ocupó (Cultura, Interior, Administraciones Públicas) y que fue también en el partido su mano derecha. Era una persona con mucho poder. La pérdida de Villar —fallecido en 2011— resultó terrible no solo para el PP, sino para la política española, por diversas razones, pero principalmente por su espíritu conciliador y por su trabajo callado. Siempre discreto, era un político con enorme experiencia que mantenía una estrecha amistad con aquellos jóvenes diputados populares, a los que apoyó y de los que en algún caso fue mentor. Ya se sabe, los hombres más poderosos son aquellos de los que nadie conoce su existencia.

La primera noche del congreso de Valencia de 2008, Lassalle me invitó a que les acompañara a cenar. Estaban Paco Villar y su mujer, el propio José María, y más tarde se nos unió la pareja de Núñez Feijoo, que acababa de llegar a Valencia. Escuchar a Villar tranquilamente, en una cena relajada, hablar sobre las luchas internas de su partido era un privilegio, aunque por momentos diera miedo conocer por dentro el juego de la política. Y eso que Villar, un hombre siempre caballeroso y prudente, callaba mucho más de lo que contaba.

José María Lassalle —que formaba parte de los más cercanos a Mariano Rajoy— me había invitado a asistir a aquel famoso congreso del PP en Valencia. La noche de la victoria de Rajoy, tras muchos

sudores y bastantes puñaladas, José María me presentó al «jefe». Era una noche agradable, justo antes de cenar. Nos hallábamos en la terraza del hotel Las Arenas, donde ellos se hospedaban. Junto a Rajoy se encontraban, además de su esposa —siempre afectuosa—, una felicísima Soraya Sáenz de Santamaría y Jorge Moragas, siempre colgado del teléfono. Había podido saludar a Rajoy en un par de ocasiones anteriores, la primera en la SGAE y la segunda en un congreso sobre política de nuevas tecnologías que organizó su partido y al que me invitaron como ponente para el asunto de la propiedad intelectual en internet, pero en aquella ocasión en Valencia lo vi en un contexto más íntimo. Rajoy apareció relajado, muy sonriente y con un enorme puro en la mano.

—Enhorabuena por la victoria. Estupendo discurso —dije sin demasiada convicción.

—No ha resultado fácil —confesó con aire satisfecho.

Rajoy acababa de vencer los duros embates lanzados desde sus propias filas por aquellos que, liderados por Esperanza Aguirre —y con no pocos apoyos mediáticos—, querían hacerse a toda costa con el poder dentro del PP. La guerra por la presidencia del PP había propiciado también episodios de espionajes y dosieres varios. El entorno de Esperanza Aguirre, con Granados a la cabeza, había montado una «gestapillo», un servicio de inteligencia particular integrado por exmiembros de las fuerzas de seguridad del Estado, orientado a investigar a las personas que en el PP de Madrid apoyaban a Mariano Rajoy, como el vicealcalde Manuel Cobo, el consejero de Justicia Alfredo Prada —con el que he podido conversar serenamente en un par de comidas a solas— e incluso, según se ha dicho, el propio alcalde Ruiz-Gallardón. Aquello sucedió, principalmente, entre abril y mayo de 2008, justo antes del congreso de Valencia.

Uno de mis contactos del mundo de la seguridad, ajeno al PP, me comentó por aquellas fechas previas al congreso de Valencia lo que estaba sucediendo. No parecía ser un alto secreto. Al parecer, tanto Francisco Granados como Ignacio González se investigaban

entre ellos y, ya de paso, a todo el que no consideraran afín a los suyos dentro del partido, es decir, a aquellos que no estuvieran del lado de Esperanza Aguirre o que hubieran manifestado su apoyo a Rajoy, como era el caso, entre otros, de Alfredo Prada. En el fondo de toda esa batalla interna había poder y dinero —que en realidad son lo mismo—, pues uno de los asuntos clave tenía que ver con el relevo de poder en una importante institución financiera.

La lucha fratricida por la sustitución de Miguel Blesa en la presidencia de Caja Madrid ya había comenzado. A ella aspiraba Ignacio González, pero según me comentó un dirigente del PP, Rajoy lo iba a impedir costara lo que costase. Caja Madrid era una fuente formidable de recursos económicos que no se podía dejar en manos de la gente de Esperanza Aguirre. La desconfianza entre unos y otros era entonces enorme. Rajoy y Aguirre se habían convertido en enemigos irreconciliables, y la guerra sin cuartel se desarrollaba en múltiples frentes. Lassalle, con la plena aprobación de su jefe, había llegado a publicar en el diario *El País* un duro artículo criticando a Esperanza Aguirre bajo el título «Liberalismo antipático», en clara referencia a la corriente que lideraba la presidenta de la Comunidad de Madrid. Aquel artículo, que no por casualidad se publicaba en *El País*, no dejó indiferente a nadie y terminó de poner a Lassalle en el punto de mira de los círculos más a la derecha del PP, de los que Rajoy y su joven equipo pretendían distanciarse.

De todo aquello hablábamos José María Lassalle y yo una tarde en una cafetería a medio camino entre la sede del PP y la de la SGAE. Ante su sorpresa, comenté con él lo que yo había podido oír sobre el asunto del espionaje, pues empezaban a suceder cosas extrañas, como el coche incendiado a Granados, más propias de la mafia que de un partido político. Lassalle escuchó sin hacer comentarios. Él, que antes que político al uso era un aplicado profesor y un intelectual solvente, nunca quiso líos, y menos con aquellos compañeros de partido con los que lo único que le unía era un carné. Supongo que no podía creerse que aquello fuera cierto.

Pero lo era. No solo estaba en juego el poder que significaba hacerse con las riendas del PP, sino también una fuente enorme de recursos económicos y «fraternales»: Caja Madrid, la futura Bankia.

Entrando en la plaza de toros, me llamó la atención que mi amigo el abogado hacía todo lo posible por no caminar a mi lado. Incluso, al sentarnos, colocó entre nosotros al otro abogado, Jacobo, al que por aquel entonces yo apenas conocía pues solo había coincidido con él en un par de ocasiones. Con el primero, propietario de los abonos, tenía trato desde hacía años, desde mis tiempos de profesor de Derecho Constitucional en la Universidad Antonio de Nebrija de Madrid. Habíamos sido compañeros y solíamos quedar un par de veces al año para cenar o ir a los toros. A Jacobo, íntimo amigo del primero, lo había conocido en la presentación del libro de un periodista de investigación de *El Mundo*, Manuel Cerdán, que luego se convertiría en director de la revista *Interviú*, a quien yo conocía por un conflicto de derechos de autor con la película *El Lobo*, de la que él y su compañero de muchos años, Antonio Rubio, habían elaborado el argumento que daría lugar al guion. Cuando estaba en la SGAE me habían pedido ayuda, precisamente a través de aquel amigo, el abogado penalista, sobre cómo defender sus intereses frente a la productora. Aquel día, en la presentación del libro de Cerdán, se daban cita otros personajes taurinos, como Ignacio González y su mujer, o Eduardo Zaplana, dando a la sala un empaque muy propio del Madrid de entonces, cuando todavía no había estallado todo en trocitos y los periodistas, los abogados, los políticos y los policías aún podían coincidir en un evento así. No sé si esa estampa, a plena luz, sería hoy posible o si para verla debemos asomarnos necesariamente al reservado de alguno de los mentideros de la Villa y Corte.

Con el tiempo he comprendido que, en determinados círculos, ninguno de los dos abogados era muy querido. Especialmente en el ámbito policial. Sobre todo Jacobo, un letrado sumamente peleón y garantista, que es, a mi juicio, lo que necesita toda defensa valiente. En general, los penalistas no gustan mucho a la policía, salvo

comprensibles excepciones. Bueno, ni a la policía ni a casi nadie. Cuando tienes que ver a un penalista, es que hay problemas a la vista, y de los graves. Además, al abogado penalista, acostumbrado a las sombras de la condición humana, se le ha agriado el rostro y a veces hasta el alma. No suelen ser la alegría de la huerta. Digamos que no caen simpáticos. Y los policías nunca han entendido, o querido entender, su trabajo. No les gusta. En especial cuando tienen delante a profesionales rigurosos, con gran conocimiento técnico y peleones en la defensa de las garantías procesales.

Un día le comenté a un amigo con el que llevaba mucho tiempo trabajando que había conocido a Jacobo Teijelo. Mi amigo era el dueño de una empresa de consultoría estratégica que prestaba servicios a grandes multinacionales en casos de alta complejidad.

—No te fíes de él —me dijo refiriéndose a Jacobo—. Lleva temas oscuros —sentenció.

Pero yo por entonces hacía ya poco caso de ese amigo, pues me había dado motivos para no confiar en él. Si no era uno de esos típicos infiltrados, le faltaba poco. Tenía toda la pinta de colaborar con el CNI. Durante el tiempo que estuve cerca de él, nunca le vi enviando un email y, según él mismo me confesó un día, utilizaba muy poco internet. Revisando mis viejos correos he comprobado que tengo apenas un puñado de mensajes suyos, en más de diez años de relación personal y profesional, y los que tengo no ocupan más de dos o tres líneas. No se fiaba de nada ni de nadie. Fue esa misma persona quien un día, con algún vino de más, me habló de la figura de los colaboradores de los servicios de inteligencia infiltrados en empresas de todos los sectores. Me trató de persuadir de que este podría ser un asunto bien interesante para mí. Cuando le pregunté por la manera en la que se remuneraban estos servicios, me contestó muy convencido:

—Pues está claro, a través del «banco de favores».

El «banco de favores» viene a ser una entidad crediticia global que, aunque es invisible y carece de oficinas, opera en casi todos los mercados. Se diría que el «banco de favores» mueve el mundo,

como puede reconocer cualquier político, académico, diplomático o empresario. *Do ut des*, dar y recibir. Todo el sistema funciona a través de un intercambio dinámico. Dar y recibir son aspectos distintos del flujo de energía del sistema. Su gasolina. Una gasolina que a veces toma el cuerpo de un regalo, otras de un paso atrás para facilitar un acuerdo o de un acercamiento para promover una alianza. El favor es una moneda circulante de uso muy común en todos los ecosistemas que conozco (el académico, las empresas, la política). En ese mundo no se hacen valoraciones éticas o morales. Lo único que mueve las decisiones es el puro interés. Es muy difícil, si no imposible, sustraerse al sistema, a esa sinfonía orquestada de silencio según la ley suprema de dar y recibir. Si sales de él, te conviertes en un disidente. Así lleva funcionando el mundo y así interactúan las relaciones humanas desde hace siglos, y no veo de qué manera puede acabarse con esta dinámica ancestral.

Por su comportamiento y circunstancias, creo que aquella persona era, en algún grado, un activo de los servicios de inteligencia, o de alguna familia de estos. Porque en los servicios de inteligencia —como en cualquier otro colectivo— existen familias. De hecho, con posterioridad tuve algún indicio sólido de que él había sido advertido de que vendrían a por mí. Jacobo, que había sido compañero suyo en la Universidad de Oviedo, no le gustaba un pimiento porque había participado como abogado defensor en algunos asuntos de interés para el Estado, como la operación del video contra Pedro J. Ramírez —donde representó a Exuperancia Rapú— o la defensa de Abu Dahdah, acusado de dirigir en España una célula de apoyo para la comisión de los atentados del 11-S en Nueva York. Ambos asuntos habían sido, por razones muy diferentes, del máximo interés para las fuerzas de seguridad del Estado.

El abogado aficionado a los toros y yo habíamos estado algún tiempo sin vernos. Fue cuando le puse en contacto con un potencial cliente para él, muy necesitado de un buen penalista, cuando volvimos a contactar. Aquel potencial cliente había sido acusado de

soborno a miembros de la Policía Nacional, lo que le convertía de entrada en una persona, digamos, de reputación dudosa, como también lo eran sus negocios, hasta el punto de que mi amigo se pensó mucho si llevaría su asunto. Esas eran el tipo de cosas con las que yo cavaría mi tumba civil: convirtiéndome en un cruce de caminos. Con mis relaciones con personas de todo pelaje y circunstancias, trabajando en asuntos complejos, conociendo a gente con problemas, metiendo el hocico en la política, poniendo en contacto a unos y a otros, intermediando y, maldita sea, yendo a los toros. A mí que no me gustan.

Nos sentamos en nuestras localidades. En la plaza siempre hablábamos de nuestras vidas o de temas banales. En definitiva, ir a los toros era una excusa para verse, fumar un puro y beberse unos *gin-tonics*. Nunca fui consciente de que nuestra conversación en la plaza pudiera interesar a alguien, y mucho menos de que los dos señores con cara de pocos amigos de las localidades de delante fueran guardias civiles, como luego alguien me dijo. Estaba siendo objeto de algo raro y yo era ajeno por completo a la «operación». En realidad, cuando se cuecen estos asuntos uno siempre es el último en enterarse. Sobre todo cuando en la cacería tu papel se reduce al de mero objetivo, cuando eres la presa.

Ya en el tendido, hablamos de la SGAE y ofrecí mis opiniones sobre distintas personas. Mi exempresa se había convertido también, sin ningún género de duda, en un cruce de caminos de distintas cuestiones de raíz política o judicial. De una u otra manera, por la SGAE pasaban asuntos tan diversos como el caso Urdangarin, el caso Gürtel o las relaciones con los partidos políticos y sus fundaciones. Pero es que, además, la SGAE había organizado seminarios con jueces, fiscales o policías y había trabajado junto a una agencia de detectives que ya por entonces estaba siendo investigada: Método 3. Todos aquellos caminos que llevaban hacia el palacio de Longoria hacían de la entidad y de quienes la dirigían una bomba de relojería.

Creo que ese día de los toros me utilizaron. No sé quién, pero alguien me utilizó como solo se utiliza a un pardillo. Y yo entonces, con todos mis doctorados y másteres, con todas las batallas que había librado, no dejaba de ser un cordero entre leones. Un novillo. En medio de la faena, cuando di mi opinión sobre algunas personas de la SGAE y sobre algunos hechos de la actualidad, como el caso Urdangarin o la compra de teatros realizada por la SGAE, toda la fuerza del Estado dentro del Estado se disparó contra mí. Probablemente hablé porque nunca me había sentido en peligro insuperable, ni siquiera aquel día fatídico, cuando un supuesto periodista me había amenazado por teléfono. Yo no era del todo consciente de que una persona anónima, como lo era yo, pudiera representar algo importante para las siniestras alcantarillas de un Estado que vivía una de sus mayores crisis económicas e institucionales desde que se reinstauró la democracia. En ese escenario, cualquiera con cadáveres en el armario podía convertirse en un peón de un inmenso tablero. Como consecuencia de eso —sumado a otro de mis pecados de entonces, hablar demasiado—, se cavó mi tumba civil. Bueno, de esas dos cosas más una tercera. Todo el mundo tiene un pasado, como le había oído decir más de una vez a Teddy Bautista, mi jefe directo durante cinco años. Y claro, es verdad: yo tenía un pasado.

Con el tiempo he aprendido a gestionar mejor las palabras y, sobre todo, a emplear los silencios con mayor normalidad. Ese es el precio cuando no puedes confiar en casi nadie y cuando siempre hay alguien que puede estar grabando. Algunos dicen ingenuamente: «Bueno, que me graben, yo no tengo nada que ocultar». Pero el problema no es ese. La cuestión es que siempre se puede construir un determinado contexto sobre un adversario.

Construcción de un contexto, esa es la clave.

Todo el mundo puede ser culpable de algo. Basta con cortar y pegar en el momento en que interesa. Así de fácil. ¿Alguien cree que las acusaciones que pudieran tener contra Dominique Strauss-Kahn no se sabían mucho antes del supuesto incidente en el hotel de

Nueva York? ¿Es posible suponer que cuando Rodrigo Rato sale de Washington los servicios de inteligencia de varios países no conocen sobradamente las cuentas privadas del director del Fondo Monetario Internacional? ¿Y los negocios de la familia Pujol? Claro que se sabe. Lo relevante es cuándo se revientan los casos. Y se revientan cuando se da un contexto óptimo para quien tiene el poder de la información y de manejar los tiempos, que casi siempre son los mismos. Se podrían citar muchos otros ejemplos, pero creo que no es necesario.

Durante aquella tarde de toros hablé sobre el director de los servicios jurídicos de la SGAE, sobre alguno de los consejeros más representativos de esa misma entidad —como Ramoncín, Rosa León o Víctor Manuel—, sobre Teddy Bautista y, finalmente, todo desembocó, no sé muy bien cómo, en el asunto Iñaki Urdangarin. Nunca debí haber dicho lo que pensaba de ese caso, en el que apestaban muchas cosas, y no solo el jugador de balonmano.

De todo ello hablamos durante la faena. La corrida resultó un tostón. Malos toros, decían. Recuerdo que en cartel estaba Sebastián Castella, un torero de origen francés. A los otros dos no los recuerdo, ni creo que lo haga ninguno de los que llenaban la plaza aquel día. Solo nos quedaba hablar. Bueno, en realidad hablé yo. Ellos escuchaban. No me encontraba cómodo y, desde luego, no presté atención alguna al coso. Aquellos seis toros se me hicieron interminables, pues me notaba inquieto, con esa sensación de peligro que no me quitaba desde hacía días y que el amenazador periodista había venido a ratificar aquella misma mañana. Me sentía como el torero al que le va a embestir el toro y no tiene más opción que soltar la muleta y salir corriendo. Pero mi actitud, inevitablemente, nunca ha sido la de ponerme de perfil. Seguramente si hubiera soltado la muleta y echado a correr como un loco en aquel mismo instante no me habría lanzado de cabeza al océano de dolor en el que he estado naufragando durante demasiado tiempo. No importa que yo fuera un pececito muy pequeño y sin valor. La verdad es que, con la que estaba cayendo en

España por entonces —y que todavía no ha escampado—, yo había conocido a Urdangarin, a relevantes políticos, al dueño de la controvertida Método 3, a estadounidenses influyentes y a mandos de las fuerzas policiales. Ese era el mapa de relaciones que me convertía en una pieza en un tablero. Todos podemos resultar importantes en algún instante. Cada existencia es un relámpago en el vasto mundo fenoménico. Y yo lo era, al parecer, para algunos tiburones de ese mar en el que navegué durante años, antes de naufragar definitivamente.

En ningún momento hablamos del supuesto periodista y de su amenazadora llamada telefónica. Yo no saqué el tema, aunque se suponía que debía haberlo hecho. Confiar demasiado, expresar mis opiniones, haberme relacionado con personas equivocadas y haber ido a los malditos toros me habían sentenciado. Aquella era la puntilla para quien nunca se había protegido lo suficiente. Para alguien, yo constituía una pieza de un rompecabezas y utilizarían lo que contra mí tuvieran para hacer sus movimientos y ganar su particular partida. Al fin y al cabo, yo no era nadie y sería una pieza fácil de cobrar. Como las fichas de dominó colocadas convenientemente: cuando tiras una, las demás, se supone, han de caer. Eso era yo para aquella gente. Una ficha de dominó. Y suponían o esperaban, tal vez, que tirándome a mí caería otra persona más relevante y poderosa que yo. Tal vez quien realmente les interesaba.

Sin embargo, no fue así. Se equivocaron. Puedo ser muchas cosas. Me decoran algunos defectos. He cometido grandes errores en mi vida y he pecado de ingenuo, pero no soy un pusilánime ni un cobarde. Y eso es bastante en un mundo en el que creo que si algo falta es coraje. Vivimos en una época en la que mucha gente anda con miedo ante la maldad de los majaderos y de los inquisidores. A menudo preferimos callar y escondernos, buscando cómo guardar nuestras propias vergüenzas. El matonismo crece porque la gente se achanta, se vuelve timorata o medrosa para evitar que las llamas de la cólera la alcancen. Si algo he podido comprobar en estos años es

que a casi nadie le gusta mancharse de barro. Y claro está, a nadie le iba a importar que yo pudiera ser arrastrado por el fango. Creo que los que me atacaban contaban con esto. Sabían que me quedaría solo. Pero ¿qué buscaban de mí? En aquel momento no estaba seguro de cuál podía ser la razón, aunque imaginaba por dónde venían los tiros y barajaba algunas hipótesis sobre sus objetivos. Una, hablar. Dos, callar. O tres, destruirme. Y no era descartable que esta última hipótesis llegara a ser acumulativa a las dos primeras alternativas.

Al terminar la corrida sonaron los pitos. Ya fuera de la plaza, mis acompañantes comentaron que creían haber visto a una pareja de guardias civiles de paisano delante de nosotros. Ingenuo como otras veces en las cosas que me afectaban directamente, no había sentido nunca que dentro de la plaza te pudieras ver amenazado. Salvo abajo, en el albero, como es obvio. Desde aquello nunca hablo sin fijarme bien en quién tengo cerca. Al parecer habían escuchado la conversación. Todas mis opiniones sobre asuntos judiciales de los que se ventilaban en nuestros sacrosantos tribunales ante los todopoderosos jueces. Y aquellos asuntos, por supuesto, tenían la política como telón de fondo. La política entendida en su menos noble acepción: como manejo del poder por el poder. Es decir, *politics*, no *policy*, en la certera distinción de la lengua inglesa que tanto me gusta.

Nos despedimos a las puertas de la plaza de toros.

—¿Tomamos una cerveza? —preguntó uno de los abogados.

—Ya no bebo —contesté—. Además, tengo una cita familiar.

—Haces muy bien —apostilló el otro antes de despedirnos.

15

EN EL PUNTO DE MIRA

Dos días después recibía una llamada de Jacobo Teijelo urgiéndome a vernos.

—Es muy importante. No puede ser mañana, tenemos que hablar hoy mismo —me apremió.

—¿Qué ocurre? Cuéntame.

—No. No podemos hablar por teléfono. Tiene que ser en persona —contestó.

Me citó en el Colegio de Abogados, en la calle Serrano de Madrid, con todo tipo de cautelas. Nos acompañaría asimismo mi amigo, el otro abogado con el que también había estado en los toros cuarenta y ocho horas antes. Es en su Colegio, al parecer, el único lugar en el que los abogados tienen la seguridad de que nadie los escucha. Una especie de templo, se supone, para las defensas penales. Al citarme en aquel espacio identifiqué que los problemas a los que habría de enfrentarme no debían ser poca cosa. ¿Por qué si no tantas precauciones? En aquel momento, yo ya imaginaba que todos mis pasos eran seguidos y que mis conversaciones a través del móvil estaban siendo escuchadas, legal o ilegalmente. Eso, en nuestro Estado de derecho, siempre ha dado un poco igual y ahora, muerta la intimidad, aún más. El fin, ya se sabe, siempre justifica los medios.

Conocía aquel edificio no por ser jurista, pues nunca me colegié, sino porque unos años antes habíamos organizado allí junto a la AEDE —la Asociación de Editores de Diarios Españoles— y el bufete Cremades & Calvo Sotelo unas jornadas sobre propiedad intelectual

a las que asistieron importantes representantes de periódicos españoles, como Juan Luis Cebrián (del Grupo Prisa) o Antonio Fernández Galiano (de Unedisa, la entonces editora del diario *El Mundo*), entre otros. La SGAE pagó aquellas jornadas con el fin de acercarse a una prensa que era esquiva a nuestras reivindicaciones. Por allí pasaron todos aquellos relacionados con la propiedad intelectual, tanto nacionales como extranjeros. Ese era el modo en el que organizábamos las cosas. Aquello se producía en plena batalla del canon de la SGAE, y fue allí la primera vez en la que escuché que podría pedirse también un canon por parte de los medios de comunicación a los buscadores de internet por el uso que estos hacen de las noticias de aquellos. Curiosamente, años después de aquello el canon de la SGAE ha pasado a mejor vida y, sin embargo, se ha materializado en una ley la denominada «tasa Google», cuya esencia y lógica es la misma que el llamado «canon compensatorio» que la SGAE y el resto de las entidades de gestión reclamaban a la industria tecnológica por la fabricación de aparatos capaces de almacenar música, cine o libros.

Pero en esta ocasión, mi visita al Colegio de Abogados tendría un motivo bien diferente. Subí las escaleras del edificio hasta llegar a una sala en la que había unos viejos sofás de cuero. Uno de los letrados llegó inmediatamente después. En su mano tenía copia de los recibos de unos locales de alterne supuestamente firmados por mí. Mientras me enseñaba los papeles, me preguntó con impostada retórica:

—¿De verdad has ido de putas con policías y guardias civiles?

Se trataba de unas fotocopias. Recibos de banco junto a unas anotaciones en un papel, seguramente realizadas por la misma persona que le había entregado aquel material.

—¿De dónde has sacado esos papeles?

—Me los ha dado Pablo Hernández —me confesó.

Pablo era, después de Teddy, el verdadero hombre fuerte en la SGAE junto con Paco Galindo, en ese momento director de la Fundación de la entidad. Los abogados en la SGAE siempre han sido

imprescindibles y el área jurídica, con más miembros contratados que muchas multinacionales, era su departamento estrella, del que dependía casi todo lo importante. Pablo y yo manteníamos una relación cordial. Éramos «amigos» en el sentido que tiene esta palabra en el mundo de los negocios de Madrid. Es decir, que realmente no éramos amigos. No se hacen amigos en las empresas en las que tanto se mueve. Y menos entre integrantes de un consejo de dirección, como éramos los dos, en el que lo más importante era salvar el culo.

Unos meses antes de aquello, en agosto de 2011, Pablo me había invitado a comer en su casa de Manilva, en la costa de Málaga, junto con su mujer y uno de sus hijos. Yo ya no trabajaba en la SGAE y estaba claro que Pablo, que nunca ha dado puntada sin hilo, buscaba algo de mí. Antes de dejar yo la SGAE me había pedido que les hablara bien de él a mis contactos en los partidos políticos y que les dijera que sería a partir de entonces el interlocutor de la sociedad de autores. Cuando le hablaba sobre Pablo a un diputado del PSOE mientras nos tomábamos un vino, este me dijo: «Oye, Pedro, ¿de verdad puedo confiar en este tío?». Con eso está todo dicho. No debía de haber oído cosas demasiado buenas de él. Era un fino abogado, pero una persona sin ninguna cintura.

No me extrañó que Pablo me invitara a su casa de la playa. En los negocios se hace habitualmente. No hace falta para ello tener una gran amistad. Se entiende que la casa propia, como el ocio, es una extensión del despacho y del trabajo de un alto directivo, aquí y en Sebastopol. Manilva era un sitio en el que ingleses y alemanes se juntaban con abogados, políticos y empresarios del ladrillo que habían invertido sus ganancias en una segunda o tercera vivienda mirando al mar y a las montañas del norte de África, y, cómo no, a la vera de una pista de pádel. Pablo y otros familiares suyos habían comprado allí unos años antes unos apartamentos en primera línea de playa. Me mostró orgulloso su urbanización, y antes de la comida nos tomamos una cerveza debajo de su casa, en uno de esos típicos *pubs* ingleses donde no se puede hablar español y donde si no fuera

por el sol que pegaba en las ventanas y por las ridículas bermudas de todos los presentes —incluidos nosotros— uno creería que se halla en pleno Manchester. Se notaba que Pablo buscaba ese momento a solas, aunque confieso que hasta entonces no había sospechado de él. Pero las cosas adquieren sentido, casi siempre, cuando miras atrás, cuando las observas con la perspectiva que solo ofrece el tiempo. Y allí, entre británicos enrojecidos por el implacable sol de la zona, empezamos una conversación que en modo alguno era improvisada, como no podía serlo nada tras las graves circunstancias por las que atravesaba la SGAE una vez producida la intervención judicial de la entidad, solo un mes antes de aquel encuentro veraniego.

—Pedro, ¿te vas a dedicar a la política? —me preguntó.

—La política me interesa más desde la barrera —le contesté, asombrado por esa repentina interpelación, pues yo creía que no había dado nunca señales de semejante índole.

Pablo sabía de mi amistad con ese político popular que apuntaba alto: José María Lassalle, el portavoz de Cultura del PP en el Congreso de los Diputados. Se le veía muy interesado en conocer cuáles eran o podrían ser mis movimientos, tras mi regreso de Estados Unidos. Por entonces hacía ya más de un año que había abandonado la SGAE, pero Pablo, y algún otro directivo de la cúpula de la entidad de los que no habían sido detenidos, no dejaba de intrigar y de pretender —o simularlo al menos— que yo volviera cerca de ellos, ya que parecía confirmarse la victoria del PP en las elecciones generales que iban a tener lugar el 20 de noviembre de 2011, solo tres meses después de aquel encuentro en las playas de Málaga. Todos creían entonces que José María Lassalle entraría en el Gobierno de Rajoy y que lo haría como ministro de Educación y Cultura, el negociado que les interesaba.

Según me contaban, tras mi marcha, las relaciones de la SGAE con el poder político habían dejado de ser fluidas. Teddy Bautista ya no era bien recibido ni tan siquiera entre las filas del PSOE, partido con el que en otro tiempo había tenido sintonía e, incluso,

complicidad. El resto de los directivos no llevaban con soltura el lenguaje de la diplomacia y de la negociación política, y, anclados como estaban en la lucha permanente por sus intereses, se habían ido alejando todavía más de la sociedad y de los medios de comunicación. Con tanto ruido de fondo en torno a la SGAE y a los derechos de autor, la entidad había minado su posición en el espacio público, así como toda la capacidad de influencia que había tenido en el pasado. La SGAE y su presidente, que habían defendido ferozmente durante años los derechos de los autores y los intereses de la industria cultural, estaban cada vez más solos. Pero seguían librando una batalla que nunca podrían ganar. El fin de la entidad se encontraba cada vez más cerca.

Pude verlo muy claro el día de la última intervención pública de Bautista, durante un desayuno organizado en el hotel Ritz de Madrid ante unos doscientos invitados. Era la primera vez que veía hablar públicamente a mi exjefe sin trabajar yo en la empresa. El discurso del presidente de la SGAE fue un desastre en términos diplomáticos. Desde el principio se puso a la defensiva, atacando a todo el mundo, sin disimular su nerviosismo y mucho menos su arrogancia. Ya en las preguntas del público, relativas todas ellas al asunto del dichoso canon, no se le ocurrió otra cosa que responder airado, completamente fuera de sí: «¿El canon? Está aprobado en una ley, ¿verdad? ¡Pues se paga y ya está!». En aquel momento supe que su final estaba cerca. Él siempre fue el peor de sus enemigos.

Cuando regresé de Estados Unidos —meses antes de la intervención del juez Ruz—, volví a tener contacto con los dos directivos más importantes de la entidad: con Pablo Hernández, quien me solicitó algún servicio puntual, y con Paco Galindo, que me encargó el diseño de una estrategia de relaciones institucionales con el PP que nunca se llegó a poner en marcha. A mediados de 2010 me llamó Teddy Bautista para decirme que querían promover mi candidatura para dirigir la Coalición de Creadores e Industria de Contenidos Culturales y Audiovisuales de España, el *lobby* que, creado cuando yo estaba al frente de las relaciones institucionales

de la SGAE, integraba a casi todas las entidades de gestión junto a la poderosa Motion Picture Association of America (MPAA), el *lobby* de Hollywood.

Hice algunas llamadas a los directores generales y, en algún caso, a los presidentes de las otras entidades de gestión (Promusicae, EGEDA, MPAA, AIE) con quienes yo mantenía una excelente relación. Comprobé que, en efecto, tenía apoyos, pero que aquella jugada no iba a resultar fácil en modo alguno, y menos si quien la impulsaba era la SGAE. La mayoría de las entidades estaban descontentas con el presidente de entonces, Aldo Olcese, quien, según decían, había conducido el *lobby* con una mirada excesivamente personalista y no tenía puentes eficaces ni con el PSOE, que gobernaba entonces, ni con el PP, que llegaría al Gobierno poco después, en noviembre de 2011. Además, los servicios de Olcese —se quejaban las entidades asociadas— eran tremendamente caros. No obstante, creo que Olcese, un tipo listo y, desde luego, con su propia agenda, contaba todavía con importantes apoyos entre los americanos, con quienes había llegado a intimar. Y eran los de la MPAA quienes llevaban la voz cantante en aquel *lobby*. De hecho, hice algunas llamadas a mis contactos en Estados Unidos y pude ver que ese movimiento de la SGAE era visto con alguna desconfianza. Aquella iniciativa se fue apagando poco a poco. O, quién sabe, alguien con mejores cartas pudo dinamitarla para siempre con la entrada en escena del agente-periodista.

16

DOSIERES POR DOQUIER

Acababa de comenzar el mes de octubre de 2011 cuando los abogados y yo nos reuníamos en secreto en la sede de su colegio profesional, junto a la Biblioteca Nacional. Me habían pedido que tomara precauciones al ir. Eso significaba dar algunas vueltas y rodeos, desplazarse en metro, y, como es natural, atravesar en el trayecto por un centro comercial, entrando por una puerta y saliendo por la otra. Utilicé para la maniobra El Corte Inglés de la propia calle Serrano, a la altura de Ortega y Gasset, a quince minutos a pie de mi destino final. Atravesar un centro comercial es una de las tácticas más eficaces empleadas para evitar que te sigan; los centros comerciales están concurridos, tienen pasillos y vericuetos, y normalmente disponen de varios accesos. De aquella peliculera forma llegué al lugar de la cita, con la lógica preocupación. Enseguida hizo su entrada uno de los abogados, con gesto muy serio. Seguidamente cruzó la puerta el otro jurista, Jacobo Teijelo, quien aquella misma mañana me había convocado con tanta precipitación a ese secreto encuentro. Nunca había visto tanta puntualidad en unos abogados tan ocupados. La tensión en las caras de ambos era patente.

Tras hablar brevemente sobre los recibos, con más silencios que palabras, les comenté todos los detalles de la llamada que había recibido unos días antes. El extraño periodista quería verme, les dije. Dada la situación, y pese a las prevenciones que también me hicieron ambos abogados, les comenté que no tenía miedo a aquel tipo y que si hacía falta me reuniría con él para tratar de averiguar

sus intenciones. Así de seguro estaba yo entonces de mí mismo. Aquel fue uno de los grandes errores de mi vida. Lo he pensado muchas veces desde aquel día. Debería haber denunciado a ese tipo por chantajista, pero caí en su trampa. No hay que creer siempre en la bondad de la gente. Al menos, de ese tipo de personas, que, como me habían advertido diversos contactos, era un tipo peligroso. Yo mismo, si hubiera asesorado en un caso parecido a un cliente, le habría recomendado defenderse atacando. Siempre con diplomacia, pero golpeando. Eso es lo que indica el sentido profesional: cuando te agreden, debes defenderte del único modo posible, que es atacando. Pero no lo hice, quizá porque en aquel momento ya empezaba a dudar, en el fondo de mí, sobre la sostenibilidad de tal principio. Me equivoqué, aunque solo sea en lo que respecta a mis intereses judiciales.

Ese mismo día llamé al agente-periodista para concertar un encuentro. Lo cité en el hotel Eurobuilding, en la calle Padre Damián de Madrid, muy cerca del que era mi domicilio, en las proximidades del Santiago Bernabéu. Es un hotel con varias entradas, lo que me permitía entrar primero por detrás y confirmar así mis sospechas: que vendría acompañado para grabarme, no solo mi voz, sino también mis movimientos. A los tipos así les encantan los soportes documentales. No importa la manera que tengan de conseguirlos y mucho menos el uso que de ellos pueda hacerse en un dosier.

Era tal y como me lo habían descrito los detectives un día antes. Lo reconocí enseguida. La típica persona a la que nunca le pedirías ayuda si fueses atracado. No sé si me haré entender si digo que su rostro inspiraba desconfianza, casi miedo. Entrado en carnes, de unos sesenta años, la mirada falsamente cómplice, con pinta de viejo poli de bajos fondos. Vestía informalmente, demasiado tal vez para tratarse de un veterano periodista. Ya me habían advertido de que este tipo era peligroso, y su aspecto me lo confirmaba. No se trataba de un periodista o no era ese su trabajo principal, sino únicamente su tapadera.

Cuando salí el día anterior de la reunión con los detectives sabía que podía confiar en ellos relativamente, como siempre sucede cuando empiezas a tener problemas. Porque cuando eso ocurre, todo el mundo al que has ayudado se esconde vilmente. Lo he visto muchas veces. En realidad, la gente va a lo suyo, a protegerse, a sobrevivir. No les culpo. Esa es la realidad en que vivimos. Aun así, tanto los detectives de Madrid como los de Barcelona me habían advertido de la peligrosidad del supuesto periodista. Ambos me habían confirmado que se trataba de un activo de los servicios de información, y quizá de un agente encubierto.

Sabiendo todo esto, mi cautela era extrema cuando llegué a la cita. Una vez que lo detecté, me dirigí muy dispuesto hacia él. Nos saludamos. Desde el primer momento se quiso ganar mi confianza. Llevaba puesta una camiseta de Rusia, creo que del equipo de polo o de rugby. Como si en Rusia se jugara a alguno de estos dos deportes. En realidad, esa camiseta no era más que uno de los elementos para inocular miedo. A partir de ahí todo su juego consistió en un fino equilibrio entre el miedo y la confianza. Meter miedo para ganarse mi confianza parecía la estrategia. Esa combinación entre ambos sentimientos, bien manejada, puede convertir a un hombre en vulnerable. Y desde ahí, desde su vulnerabilidad, puedes conseguir que se arrodille, que se pliegue a los deseos de quienes, vaya usted a saber por qué razón, mandaban a ese supuesto periodista a una típica operación de acoso psicológico, una «PSYOP», *psychological operation*, en la terminología de los servicios de inteligencia. Las operaciones psicológicas, muy usadas por la nueva Santa Inquisición, se emplean, o bien para infundir un miedo insuperable en la persona cuya voluntad se quiere torcer, o bien para desacreditarla ante la opinión pública, con el objetivo de que su testimonio carezca de toda credibilidad. A veces, las operaciones psicológicas pueden tener ambos objetivos. Primero se presiona y atemoriza al objetivo, y si este no se aviene, se le desacredita, intentando que la gente crea que miente antes de oírle. Presión y descrédito, esa es una típica

operación psicológica de inteligencia empleada por el moderno Santo Oficio, un sofisticado subsistema dentro del sistema, conformado por elementos de las fuerzas policiales, de los jueces y fiscales, y de los medios de comunicación.

La psicología es una importante parte del trabajo policial y judicial y, sobre todo, de las tareas de inteligencia, de análisis y de prospectiva. En realidad, la psicología forma parte de todo: de los negocios, de la política, del periodismo… Pero pocas personas la utilizan hoy de modo tan certero como los servicios de inteligencia. Sobre todo en un país como España, en el que la gente por lo general consume los medios de comunicación como si fueran chicle para los ojos, sin cuestionarse nada, creyéndolo todo por el mero hecho de que se publica, en especial si sale en televisión. «Lo he visto en la tele», ergo es real.

Aquel hombre podía haberse vestido con una camiseta de cualquier otra selección. De la española o de la francesa, un suponer. O incluso, ¿por qué no?, llevar una simple camisa de Zara. O vestirse como todo periodista de su edad. Pero no, eligió una camiseta de los rusos. Quizá le pareció que si hubiera llevado la de Bulgaria o Chechenia el ejercicio de presión habría sido ya demasiado grosero. No crean, esta gente, dentro de su vulgaridad, tiene sus guiños de sutileza. Siempre que uno esté de humor para pillarlos, claro está. Que no era el caso.

El tipo creía que la persona con la que se vería —es decir, un servidor— estaba ya vencida por la vida. Y es cierto que en aquel tiempo la vida había comenzado a derrotarme, aunque quizá no lo suficiente. Si bien ponen muchos medios y toda la maldad que quepa imaginar en la tarea, los diagnósticos que realizan en sus dosieres —tan de moda en la España de hoy— no siempre son certeros. La condición humana es tremendamente compleja. Conmigo acertaron en algunas cosas, pero me vieron más roto y con menos principios de los que en realidad tengo. Y sobre todo fallaron

en algo: no soy un cobarde. Entre los defectos que me decoran no están la mentira o la deslealtad con el solo fin de protegerme. Por eso, creo que hubiera sido un mal político.

Cuando nos disponíamos a tomar asiento, rápidamente pude comprobar que el agente-periodista tenía un interés enorme en que me colocara en un determinado lugar de la mesa. Que me sentara con la pared detrás, a la vista de todos. *Plain view*, que diría un espía cualquiera. No lo permití. Insistí en que en ese lugar se sentara él. Nunca he tomado clases de contravigilancia, pero en mi vida profesional he mantenido las suficientes conversaciones con personas dedicadas a la seguridad como para saber que cuando crees que pueden filmarte debes sentarte frente a la pared, de espaldas a todos. Del mismo modo, cuando quieres saber quién entra en un sitio para poder vigilarle, debes sentarte en el punto en que dispongas de mayor visión. En este caso, por precaución, me interesaba no ser filmado, y si lo era, que la grabación tuviese la peor calidad posible. Todavía no estaba seguro de a quién o a qué me enfrentaba.

El tipo no dejaba de sonreír. Intentaba parecer simpático, trataba de mostrar amabilidad. A mí me costaba apartar la mirada de la palabra «Russia» bordada en su pecho. En ningún momento me habló en profundidad de prostitutas o de lupanares. Ese asunto tan solo lo amagó. No era eso lo que de verdad le interesaba. Le bastaba con el miedo que me había metido ya en el cuerpo, con la advertencia de que me tenían bien agarradas mis partes. A lo que de verdad se dedicó fue a desplegar todos sus conocimientos sobre mi vida. Era mucho lo que sabía acerca de mí. Sobre todo de mis relaciones personales. Conocía a la perfección el cruce de caminos en el que se había convertido la SGAE, y una de las personas que mejor lo representaba, por distintas razones, era yo mismo. Un nodo por el que pasan distintas personas y circunstancias puede resultar algo peligroso, o algo muy útil, según el momento y según cómo se mire.

Hizo un detallado relato de mis amistades y contactos con nombres y apellidos. Me habló de viejos compañeros de trabajo, no solo de la SGAE, sino que también mencionó a una consultora en la que había trabajado al regresar de California, y citó a uno de los socios de la empresa con el que yo mantenía una estrecha amistad. También mencionó a la que fue mi pareja durante ocho años, una relación que concluyó seis meses antes de que yo dejara la SGAE. Curiosamente, un cuñado de mi pareja era sargento de la Guardia Civil y estaba destinado en la Casa Real. Yo había hecho en una ocasión gestiones con un alto mando del Cuerpo para conseguirle un beneficio que me había solicitado. ¿Cómo podía conocer aquel supuesto periodista mi relación con ella si no la habíamos formalizado nunca ni nuestros nombres figuraban juntos en un solo contrato?

A continuación, detalló los nombres de mis amigos de la política, como José María Lassalle. Mencionó mis relaciones con el PP, cuyo grupo parlamentario en el Congreso —cuando Soraya Sáenz de Santamaría era la portavoz— me solicitó dar algunas charlas sobre propiedad intelectual dentro de un equipo que habían creado y que tenía el cometido de elaborar el programa político con el que concurrirían a las elecciones generales del 20 de noviembre, solo un mes y medio después del encuentro con ese sujeto.

El supuesto periodista, que cada vez lo parecía menos, comenzó entonces a citar nombres que, igualmente, conformaban de una u otra manera mi mapa de relaciones. Así, sacó a relucir, entre otros, los nombres de Iñaki Urdangarin, de mi amigo Paco Marco —que todavía no había saltado a los medios con los asuntos de Método 3 —, e incluso, en un ruin alarde de presión, me detalló, por si no la recordaba, la dirección exacta de la vivienda de mis padres. Y es en ese preciso instante cuando te estremeces ante el majadero por su vil ejercicio de matonismo. ¿Cómo podía llegar a conocer un simple periodista dónde vivían mis padres? Pero sobre todo: ¿para qué quería ese dato y por qué lo ponía sobre la mesa?

También citó con nombres, apellidos y rango a un par de mandos de la Guardia Civil y de la Policía Nacional con los que yo mantenía relación. Al detallar todos aquellos datos y nombres lo hacía de un modo interrogativo, como si por un lado quisiera demostrar que me había investigado a fondo y que disponía de todo tipo de recursos, y por otro averiguar hasta dónde yo podría contarle cosas. Quería tirarme de la lengua. Pero, por una vez, fui parco. Guardé silencio de palabra y gestos con cada nombre que salía de su boca. Por ahí no iba a poder conseguir nada de mí.

En una ocasión, siguiendo con esa típica estrategia —un poco burda, la verdad— de «poli bueno-poli malo», encendió su iPhone para mostrarme una foto de su hijo vestido de guardia civil, que, según él mismo me dijo, ostentaba el rango de teniente. Fue entonces cuando, como haciendo una breve nota al pie, me explicó que había sido guardia civil e insinuó que su salida del Cuerpo se había producido en extrañas circunstancias y que lo había pasado muy mal. Todo aquello me sonaba cada vez más raro.

Realizadas las confesiones personales que me confirmaban que aquel tipo podía ser muchas cosas pero no periodista, sacó uno de los temas principales: el dosier. Lo que más le interesaba. Me mencionó un supuesto informe, un documento que al parecer alguien habría elaborado por encargo y en el que podrían contenerse datos comprometedores para la SGAE y para personas u organismos influyentes. «No sé de qué me habla», le dije. No he encargado jamás un dosier sobre persona alguna o sobre una empresa en la que haya trabajado, aunque eso no significa que no existiera un informe, pues yo no era el único en la SGAE que mantenía relación con detectives. Allí todo el mundo terminaba encargando papeles a investigadores, por unas u otras razones. De hecho, sospecho —e incluso tengo indicios— de que ese informe existe, aunque yo nunca lo he leído.

En mi último día en la SGAE, ya por la tarde, hablando con un agotado Pablo Hernández en el tono en que lo hacen dos personas que se están despidiendo, me confesó que personalmente creía que

yo hacía bien en irme, que él estaba ya harto, que aquella situación era insoportable, que a Teddy se le había ido la cabeza y que ya no escuchaba a nadie. Fue entonces cuando señaló su mesa, en la que había una carpeta sobre una montaña de papeles. Como había hecho muchas otras veces, criticó algunos comportamientos de José Neri y la actitud de Teddy Bautista. Me dijo que recientemente había hablado con Paco Galindo y que los dos estaban hartos del camino por el que la entidad se había conducido en los últimos años. Galindo era el otro alto directivo que, junto con Pablo Hernández, había salido indemne, en un principio, de la Operación Saga, algo que mucha gente decía que le parecía extraño dado el poder que ambos habían acumulado allí durante años. Yo, ya en retirada, no quise saber más. Allá cada cual con sus películas.

Cuando el supuesto periodista me mencionó un supuesto informe, no me percaté de la relevancia del asunto, como tampoco de aquella última conversación con Pablo Hernández, siendo todavía yo directivo de la SGAE; pero sin duda, el informe al que se refería debía de ser el mismo que la revista *Interviú*, siempre con buenos contactos entre los investigadores policiales, había mencionado poco tiempo después de la intervención de la SGAE. El 15 de julio de 2011, ese semanario publicó un reportaje bajo el titular «La SGAE lo sabía todo». En su texto se decía:

> «La Sociedad General de Autores paga tres veces por el mismo trabajo […] Teddy Bautista no puede alegar desconocimiento.» Son frases de un informe elaborado en febrero de 2007 por una agencia de detectives. Un alto directivo de la propia SGAE les encargó investigar las irregularidades que ahora ha confirmado la Guardia Civil. El documento llegó a la SGAE tres meses antes de la asamblea en la que un socio denunció públicamente los negocios de Neri, pero fue enterrado.
>
> […] En febrero de 2007, una prestigiosa agencia de detectives de Madrid redactó ese dosier. La empresa fue contratada por un ex alto directivo de la SGAE que prefiere mantenerse en el anonimato y que, como responsable de la entidad, se interesó por los negocios de Rodríguez Neri.

Aquel «ex alto directivo» solamente podía ser yo, pues era el único miembro del directorio y del consejo que había abandonado la entidad unos años atrás pero que todavía estaba en la empresa en 2007, cuando al parecer se elaboró aquel documento. Además, a los ojos de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, yo era el directivo de la SGAE que tenía contactos con agencias de detectives, dado mi pasado como director de la lucha antipiratería. Estaba claro que alguien me había estado colocando, poco a poco, en el punto de mira.

¿Necesitaba alguien que aquel informe, que desde luego los investigadores de la Guardia Civil tenían, fuera ratificado en sede judicial para demostrar que Bautista no podía alegar desconocimiento? Tiene su lógica. Pero desde luego yo no podía ratificar lo que no había leído jamás. Tendrían que buscarse a otro.

Cuando la conversación llegaba a su fin, el supuesto periodista hizo un último intento de seducción.

—Tú eres un intelectual, Pedro. Tienes un currículum espectacular. Eres una persona muy inteligente. Y con muchos contactos —me dijo, intentando que yo entrara por su aro.

—Ya —respondí en voz muy baja, como había aprendido a hacer durante años en mis comidas y cenas de trabajo con colegas y políticos.

—Mira, Pedro, tú y yo vamos a colaborar, estoy seguro —afirmó con una inquietante seguridad.

Entonces nos despedimos. Creo que hay momentos en la vida en los que, por suerte, sale lo mejor de uno mismo. No sé muy bien cómo sucede, pero así es. De manera intuitiva, nunca racional, debí de pensar en qué podría yo colaborar con un sujeto así. Y me alegro mucho de haber seguido, aquella vez sí, a mi conciencia.

De las putas apenas habló, aunque esa parte del dosier sobre mí sobrevolaba la conversación. Un buen dosier colocado sobre una mesa de negociación debe contener necesariamente un punto flaco. Para que sea útil, para que tenga capacidad de erosionar, de romper, de quebrar, de anular al objetivo, para motivarle o hacer que «entre

en razón» tiene que reflejar una debilidad inaceptable —social, profesional o familiar— de la persona en cuestión. Su sombra, su lado oscuro, su secreto. Eso es lo que hará que se arrodille. Toda persona es culpable de algo, todos tenemos secretos, todo el mundo tiene un precio; ese es el ABC de un dosier con el que pueden doblegar la voluntad de quien persiguen.

Es de manual que los dosieres sobre un hombre se fabrican, casi siempre, a partir de temas sexuales. Según los teóricos de la condición humana aplicada a las labores de inteligencia, son tres las motivaciones que mueven a alguien: el sexo, el dinero y el poder. Por ese orden. Si sabes lo que mueve a tu objetivo, puedes proactivamente «negociar» con él de manera más eficiente, dándole lo que más le motiva. La creación de contextos es parte de la esencia de toda carpeta *ad hominem*. Tenemos múltiples ejemplos en la historia, siempre con el objetivo de arruinar el crédito de algún poderoso: Pedro J. Ramírez, Strauss-Kahn o Eliot Spitzer, entre muchos otros que no conoceremos. Porque no siendo el objetivo principal su descrédito, sino quebrarlos al mostrarles el dosier, al hacer evidente que se posee esa información sobre la vida sexual del interesado, la persona se pliega y termina traficando con su voluntad. La mayoría de los individuos temen, por razones muy comprensibles (sus parejas, la familia), que pueda divulgarse, pública o privadamente, algún desliz sexual en el que hayan incurrido. Los que fabrican los dosieres lo saben bien.

Para su elaboración es necesario conocer la debilidad, el punto flaco de la persona de la que quieres arrancar algo o a la que deseas destruir. Para realizar un montaje y perjudicar a alguien no es necesario que todos los elementos sean ciertos. Lo importante es construir un contexto, y para ello las medias verdades son el elemento fundamental. Para engañar no es absolutamente necesario mentir.

Un buen conocedor de las cloacas me comentó en una ocasión que en el caso de que la investigada sea una mujer, su debilidad se intenta encontrar en cuestiones más materiales: lo que se gasta en

peluquería, los bolsos de lujo que se ha comprado o las operaciones de cirugía que le han practicado.

Como dice mi amiga Ana, esta diferencia de trato sucede porque la infidelidad femenina es más discreta. Y no le falta razón. Los hombres somos mucho más vulgares. Los dosieres sobre hombres a los que se quiere anular tienen el sexo como centro por razones evidentes. Se estima que existen en España unas 400.000 prostitutas. Somos el país del mundo con el mayor índice de prostitución por metro cuadrado. Esto da idea del uso que los hombres españoles hacemos de la prostitución, que, según algunos datos, representa miles de millones de economía sumergida. Es tabú hablar de prostitución o de locales de alterne en España, pero nuestro país no es ajeno, ni mucho menos, a esta realidad. Un amigo financiero, perteneciente a la cúpula de uno de los mayores bancos españoles, me dice que según los estudios que ellos manejan se estima que el dinero que la prostitución mueve al año en España alcanza los 5.000 millones de euros, un importante porcentaje del PIB patrio. Según el Instituto Nacional de Estadística, si juntamos drogas y prostitución en la economía española se mueven unos 10.000 millones de euros anuales, el 1 por ciento del PIB español. Es decir, muchísimo. Obsérvese que, incluso cuando el tema de fondo de una acusación sobre alguien con poder es económico, lo sexual sobrevuela también el asunto, como en los gastos de las tarjetas *black* de Bankia, en las que se han contabilizado numerosos gastos en clubes nocturnos, masajes o lencería. O en los casos Gürtel o Púnica, en los que se han llegado a filtrar la celebración de fiestas con «volquetes de putas», la contratación de prostitución de lujo para conseguir favores o, incluso, se ha oído que muchas de las reuniones de los capos de aquellos entramados concluían en los burdeles más afamados de Madrid. Será quizá que sexo, dinero y poder están más unidos de lo que cabría pensar.

Tener un buen dosier sobre alguien es como en un juego de naipes tener un comodín y saber cuándo ponerlo sobre el tapete. Los dosieres ayudan casi siempre a torcer voluntades y hay toda una economía de esas carpetas montada en este singular país nuestro. Se utilizan tanto en política como en el mundo empresarial y financiero. Y, por supuesto, muchos de estos papeles son empleados también por periodistas, que a menudo cuentan para sus informaciones con los datos que les ofrecen los investigadores (tanto de cualquier cuerpo de policía como detectives privados). Hay quien basa su poder en los dosieres que guarda con celo en su caja fuerte. Eso se dice al menos de los temidos Mario Conde o Pedro J. Ramírez, y más recientemente de Paco Marco, el investigador que, según algunos medios de comunicación, fue contratado por unos y otros para investigarse entre ellos. Toda esa información del jefe de la desaparecida Método 3 estará hoy a buen recaudo, como la de los otros, en alguna soleada isla del Caribe.

Aunque es cierto que las agencias de detectives y quienes los contratan para servicios de este tipo manejan mucha información sobre personas, quienes más dosieres poseen son, no cabe duda, los servicios de inteligencia. Saberlo todo de todos es a lo que se dedican, con la excusa de fondo de velar por los intereses generales de un país. Ese es el poderoso argumento —«es un asunto de Estado»— que utilizan cuando pretenden que alguien les proporcione algún dato secreto al que quieren tener acceso. Lo he podido comprobar en más de una ocasión.

La mañana siguiente a los atentados del 11-M en Madrid, cuando estaba de camino a mi despacho en la SGAE, me llamó por teléfono un agente de la Guardia Civil vinculado a la lucha antiterrorista. No era la primera vez que hablábamos. Yo estaba en el coche, atascado en Madrid, mientras escuchaba por la radio las noticias, aún confusas, sobre aquel atentado que en un primer momento apuntaba a ETA. Me decía que me llamaba de parte de su jefe, un coronel con el que mantenía mucha relación.

—Pedro, necesitamos que nos deis las direcciones que os constan en vuestros ficheros de unos tipos de un grupo de rock vasco que está en la órbita radical *abertzale*. Estos tíos son de ellos, de ETA, la que puso ayer las bombas en los trenes.

Con semejante argumentación, con cerca de doscientos muertos y con los trenes todavía humeantes pretendía que yo le pasara por la vía rápida unos datos personales que estaban jurídicamente protegidos. Así, sin más. Siempre que he recordado este episodio me ha sorprendido que ellos no fueran capaces de conseguir esa información sin recurrir a alguien de la SGAE. De todas formas, se olvidaron pronto de aquellos supuestos *abertzales*, pues ese mismo agente, tan solo un día después, me decía con la misma convicción que los que estaban detrás de los terribles atentados de Atocha eran los yihadistas de Al Qaeda.

17

«ESTÁ USTED DETENIDO»

A la mañana siguiente del encuentro en el hotel Eurobuilding, el agente-periodista volvió a llamarme cerca del mediodía. Estaba en mi casa, a punto de sentarme a comer. Esta vez sonó el teléfono fijo de mi domicilio. Al sujeto, sin duda un investigador con recursos, no le faltaba un solo dato.

—Bueno, Pedro, ¿entonces qué?, ¿vamos a colaborar? —me preguntó en el tono que solo puede utilizar un chantajista que se siente muy respaldado.

—Yo no tengo nada en lo que colaborar con usted —respondí justo antes de colgar.

Aquella fue la tercera y última vez que hablamos. Así terminó nuestra «negociación». Sin que yo le preguntara quién le enviaba o qué deseaba exactamente de mí. ¿En qué quería que colaborásemos? Nunca se lo pregunté. Y me alegro de que así fuera. Seguramente, si hubiera sabido lo que querían realmente, una información, verdadera o inventada, culpar falsamente a alguien, que consiguiera algo de otra persona, que entregara un dosier que no tenía, lo que fuera, de haberlo sabido, quizá en ese caso me habría sentido tentado a colaborar para evitar que aquella gente manchara mi reputación con ese asunto de las putas. Ese habría sido, quizá, mi precio.

Pero no lo fue. Yo nunca pregunté. Si hubiera accedido, quizá me habría ahorrado muchos dolores de cabeza; quizá se habría salvado mi reputación, posiblemente mi patrimonio y mi profesión no se habrían visto destruidos; lo más probable, en ese supuesto, es

que internet, la hoguera digital con la que cuenta la nueva Santa Inquisición, no dijera las cosas que hoy dice de mí. Pero si hubiera colaborado con tan miserable persona y con quienes lo enviaban, ahora sería cuando verdaderamente me tendrían cogido por los cojones. Conservaría la reputación, sí, pero mi dignidad se hubiera visto anulada por completo. Y he descubierto algo importante: puedes no tener nada, ni dinero ni patrimonio ni amigos ni reputación, pero si tienes conciencia y dignidad, te tienes a ti mismo. Y no hay nada más importante que eso. Por mucho que duela, y créanme que duele mucho, perderlo todo —o casi todo—, es mejor vivir con la reputación hecha añicos pero con tu dignidad intacta, que hacerlo con una fama reluciente aunque cubierto en realidad de secreta repugnancia. Me alegra que entonces, sin ni siquiera pensarlo, saliera lo mejor de mí. Es en los momentos cruciales de la vida cuando, si se deja llevar por la intuición, sale lo mejor de uno. Aquella fue una de las primeras veces que recuerdo en las que he permitido que mi instinto arrinconara a la razón y, tras ella, a mi ego. Un ego que, si no lo sujetas bien, puede matarte por aplastamiento.

Cuando colgué el teléfono al agente-periodista supe que el infierno se acercaría a mí. A partir de ese instante, o acaso antes, todos mis pasos fueron seguidos. Algo buscaban de mí. Que hiciera alguna llamada indebida, que fuese a ver a alguna persona o que mis movimientos les condujeran a alguna prueba de algo que pudieran necesitar para desatascar, tal vez, algún asunto empantanado. Quizá buscaban el informe de marras o, sencillamente, que yo callara algo que hubiese podido conocer por mi trabajo, por mis relaciones o por mis desafortunados escarceos. Quién sabe. Lo cierto es que en los días siguientes constaté en más de una ocasión que me vigilaban.

No es tan difícil poner en evidencia a quien te sigue si sabes cómo hacerlo. Te detienes, haces un rápido movimiento dándote la vuelta y caminando en dirección contraria observas las caras de quienes solo un instante antes paseaban tras de ti. En una ocasión, con uno de esos movimientos llegué a alertar al tipo que me seguía,

que, mostrando una gran impericia, se puso nervioso y frenó al mismo tiempo, tratando de disimular ridículamente. Un experto en cuestiones de contravigilancia me dijo después con cierta sorna que en esos casos es mejor no espantarles. Hay que aprender a convivir con los seguimientos, pues existe toda una economía montada en torno a esto. Va siendo mejor acostumbrarse.

Estaba claro que tarde o temprano todo estallaría, que llegaría la fecha señalada para mi muerte civil. Dos días después de la última llamada de teléfono del agente-periodista, la Guardia Civil me detenía en plena calle. Me apresaban con la acusación de haber gastado cuatro años antes con mi tarjeta de crédito corporativa —la que me habían asignado como director de relaciones institucionales de la SGAE— algo más de 35.000 euros en servicios de prostitutas de lujo.

Caprichos, o no tanto, del destino, el mismo día de mi detención mantuve a primera hora de la mañana una entrevista de trabajo. Era la última del proceso de selección que había comenzado semanas antes, la definitiva para cerrar mi contrato. Unas semanas antes, mientras me encontraba en Bogotá colaborando en un proyecto para el Gobierno de Colombia que lideraba una empresa española, me llamó desde Madrid una secretaria de aquella compañía para comunicarme que querían conocerme. En ese momento estaba durmiendo y me sobresalté un poco, era de madrugada en Colombia, pero al conocer el motivo de la llamada me alegré mucho. Me apetecía trabajar en aquel nuevo proyecto.

Recuerdo muy bien aquel viaje porque al día siguiente, mientras desayunaba en mi hotel, muy cerca del parque de la 93 de la capital colombiana, me tropecé con un viejo amigo. Se trataba de un joven político del PP de Madrid que había resultado imputado algunos meses antes en el caso Gürtel. ¿Quién no conoce hoy a dos o tres imputados en alguna macrocausa? Nos conocíamos bien de sus tiempos en el Ministerio de Justicia del segundo Gobierno de Aznar y de cuando estuvo como director general de una consejería en el Gobierno de la Comunidad de Madrid presidido por Esperanza

Aguirre. Era un buen tío, muy simpático. En medio de una campaña electoral me llamó estando yo en la SGAE para decirme que querían utilizar en sus mítines la canción *Color esperanza*, popularizada por el cantautor argentino Diego Torres, que tenía el mismo nombre que el exsocio de Urdangarin. Le aclaré que nosotros en la SGAE no teníamos facultades para tomar esa decisión, pero que podía ponerle en contacto con la discográfica, que era la que tenía los derechos y podría consultar con el autor de la canción. Así lo hice. Le puse en contacto con el presidente de Sony Music, pero la discográfica no autorizó, para terrible enfado del PP, el uso político de aquella canción. Casi nunca se autorizan por parte de los autores los usos políticos de sus temas. Los artistas se lo piensan mucho antes de poner su nombre junto a un partido político, aunque en unos casos más que en otros. Lo he podido ver numerosas veces. Peticiones de ese tipo nos llegaban a menudo desde todas las formaciones, sobre todo en periodo electoral, y conozco pocos casos en los que se haya autorizado. La mayoría de los partidos han optado por componer *ad hoc* sus propias melodías.

Cuando después de algún tiempo sin vernos me encontré a aquel expolítico madrileño en la capital colombiana, no me lo podía creer. Yo ni siquiera sabía entonces que había sido imputado en el caso Gürtel. Me lo contó en aquel mismo momento, mientras se separaba unos pasos de sus dos acompañantes, los típicos hombres de negocios bogotanos, serios y estirados hasta no poder más. Me explicó lo mal que lo estaba pasando, que se había tenido que marchar de España para poder trabajar, que su mujer y sus hijos se habían quedado en Madrid y que él cruzaba el charco una o dos veces al mes para verlos. Su vida había dado un giro de 180 grados y, como podía ver reflejado en su cara, todo a su alrededor se había hecho añicos. La conversación con aquel amigo, a miles de kilómetros de nuestra tierra, resultaría premonitoria. Bastantes personas a mi alrededor habían sido imputadas o estaban siendo investigadas: Bautista y otros directivos de la SGAE, varias personas del equipo del Instituto Nóos y Paco Marco, que las últimas veces

que habíamos hablado me transmitió su preocupación porque intuía que algo le iba a pasar. Aquel encuentro casual en Bogotá se producía muy poco tiempo antes de que también a mí comenzara a cambiarme la vida. Y no precisamente por la entrevista de trabajo que tendría unos días más tarde en Madrid con aquella empresa que me había despertado a las cinco de la madrugada, hora de Colombia.

Solo quince días después de aquel viaje me encontraba a punto de firmar un contrato con una compañía en la que me apetecía mucho integrarme. Se trataba de una empresa de comunicación y relaciones públicas que, para mi desgracia en aquel momento, tenía un nombre que evocaba el de una agencia de prensa. Esto, sin duda, debió de alertar a las personas que seguían mis pasos. Quizá pensaron que iba a revelar aquel maldito informe del que me había hablado el tipo de la selección rusa de rugby. O tal vez querían sencillamente jubilarme antes de tiempo, retirarme de la circulación.

Cuando pensamos en investigadores o espías nos imaginamos a algún protagonista de una producción de Hollywood: un tipo bien parecido, con gabardina, sombrero, musculado si hay mucha acción. Pero la realidad no es así. Espía puede ser nuestra anciana vecina del piso de arriba. Nada es lo que parece. Y sobre todo, como en cualquier profesión, los hechos demuestran que hay mucho Anacleto en las agencias de inteligencia. Que al final, como todo hijo de vecino, son personas que deben hacer esfuerzos para llegar a fin de mes (aunque algunos, según hemos sabido, viven más holgadamente, como el agente-empresario Villarejo). Supongo que los hay que sufren, otros que pueden tener alguna psicopatía o que, presionados por las prisas y las circunstancias, pueden precipitarse y cometer errores. Todas las personas que se cruzan en nuestro camino libran batallas de las que nada conocemos. Es la pura lucha por la supervivencia; la aspiración humana por obtener un ascenso rápido, un reconocimiento o una simple palmada. Qué más da. Creo que aquellos que se preocupaban de mi anónima persona tenían

instrucciones, mucha prisa y estaban algo nerviosos. Tampoco debían ser, dicho sea de paso, unos Albert Einstein de la investigación.

¿Qué había de meritorio en saber que había estado en un prostíbulo y que pagaba la empresa para la que trabajaba? ¿De verdad eso era una sorpresa? Recuerdo esa simpática escena de la película *Casablanca* en la que un oficial de la gendarmería irrumpe en un café a golpe de silbato acompañado de varios agentes y exclama enérgico: «¡Todo el mundo debe abandonar este café! Se cierra hasta nuevo aviso. ¡Salgan inmediatamente!». La gente comienza a levantarse de sus asientos depositando sus copas sobre las mesas cuando Humphrey Bogart, el dueño del local, con su impecable esmoquin blanco se acerca al oficial y le pregunta: «¿Con qué derecho me cierra usted el café?». El gendarme le replica: «¡Es un escándalo! ¡He descubierto que aquí se juega!». Seguidamente un empleado del local se acerca al gendarme y, entregándole un sobre, le dice: «Sus ganancias de hoy, señor». A lo que el otro, como si tal cosa, contesta: «¡Ah! Muchas gracias. ¡Todo el mundo fuera!».

Quien me había puesto en contacto con aquella empresa de consultoría que quería contratarme era un colaborador de Iñaki Urdangarin que luego fue imputado en el caso Nóos y que finalmente quedó absuelto. Había retomado el contacto con él, después de un año sin vernos, solo unos meses antes de mi detención. Me había llamado en julio de 2011 para que le ayudara en un asunto relacionado con los derechos de una canción que querían utilizar en una web. Volver a vernos me había llevado a conocer a aquella empresa de comunicación con la que él tenía alguna relación a través de un importante director de comunicación de uno de los grandes bancos españoles. Pero quizá aquel contacto con uno de los colaboradores más cercanos a Iñaki Urdangarin había empezado a poner en alerta a más de uno. Era tan solo una hipótesis que empecé a barajar muy pronto.

La noche antes de la entrevista de trabajo dormí inquieto. Escuchaba en la cama *Viatge a Ítaca*, esa bellísima canción de Lluís Llach basada en el poema de Kavafis. «*Quan surts per fer el viatge cap a Ítaca has de pregar que el camí sigui llarg, ple d'aventures, ple de coneixences*.» Una y otra vez reproducía en mi iPod aquella canción. También la escuché por la mañana en mi descapotable, un Saab 9.3 de color negro con todos los extras y asientos de piel beis que, en mi superficialidad, había creído, dos o tres años antes, que aliviaría mi vacío. Somos animales en permanente búsqueda de sentido, lo sé muy bien; aunque me haya llevado algún tiempo descubrir que una persona no es ni su descapotable ni su Rolex, que ninguno de esos objetos inanimados —ni ningún otro— pueden convertirse en prolongaciones de la propia identidad.

Escuchar a Llach era uno de esos pocos momentos del día en que vuelves a ser tú mismo. Las canciones que elegimos en determinadas situaciones quizá nos avisan en realidad de cosas. Y las elegimos porque puede que inconscientemente las necesitemos, aunque no siempre sepamos entender los mensajes que nos transportan, más atentos como estamos al ruido que rodea nuestras arrebatadas vidas.

Era el 8 de octubre de 2011. Un viernes soleado y frío, con ese tiempo que tiene Madrid en otoño con el que tanto me gusta respirar hondo al salir a la calle por la mañana. Tuve la entrevista con la presidenta de aquella compañía en su nuevo edificio del paseo de la Castellana. Era una mujer con un prestigio creciente al mando de una empresa que iba viento en popa, con todo un plan de expansión internacional en ciernes. Una mujer intuitiva, sensible y tremendamente trabajadora. Durante nuestra conversación, ella estaba seria, siempre ocupada con su móvil, incluso mientras yo le hablaba. Creo que no le interesaba demasiado lo que le decía y que lo único que quería al reunirse conmigo era confirmar, haciéndome el escáner facial, que lo que le había dicho su directora general sobre

mí era correcto. Las personas de intuición sideral, como era su caso, no necesitan demasiado tiempo ni muchas palabras. Te miran a los ojos y ya te conocen. Es todo un arte.

—La decisión ya está tomada, Pedro —me dijo mientras seguía mirando de reojo su iPhone, en el que no dejaban de entrar mensajes y correos—. Lo hemos decidido, el puesto es tuyo. Los detalles que quedan por hablar los cerraremos en los próximos días.

Me contrató en aquel mismo instante. Durante la entrevista tuve mi teléfono apagado, aunque seguramente el micrófono se activó igual. Los llamados *smartphones* pueden ser manipulados por terceros y transformados en micrófonos incluso estando apagados. Solo si se les quita la batería evitas que puedan escuchar la conversación que estás manteniendo o que sigan a cada instante tus pasos por geolocalización. Quizá escucharon la conversación que mantuve con mi futura jefa. Entre otras cosas, le resumí mi actividad profesional y le hablé de algunos de los asuntos y personas con los que había trabajado. Al salir de la reunión conecté el teléfono y lo primero que hice fue llamar a mi padre.

—Papá, me han contratado. Empiezo el lunes.

Me sentía satisfecho. Llevaba ya algún tiempo trabajando como *free lance* y, aunque ganaba mucho dinero, los temas en los que me ocupaba no siempre eran agradables, por decirlo suavemente. No sé cómo lo hacía, pero siempre me pedían ayuda compañías o personas en situaciones de crisis o con asuntos de una complejidad máxima, difíciles de defender, como una constructora de dudosa reputación o un empresario con negocios controvertidos. Me dedicaba a lo que hoy se llaman «asuntos públicos», es decir, al *lobby*, a la gestión de las percepciones y de la influencia social y política de personas y empresas. Trabajar en aquellos casos, después de haberlo hecho en la SGAE, y tras mi paso por Estados Unidos, complicaba aún más mi de por sí complejo ecosistema. Digamos que durante toda mi vida profesional me he construido sin darme cuenta un mapa de relaciones, una agenda, que llegado un determinado momento se convirtió en un avispero. Tengo muchas cosas de las que

arrepentirme. Si volviera a nacer, pondría mayor cuidado en elegir a los compañeros de viaje y les diría no muchas más veces. Crecemos a través de quienes nos rodean. Nuestro entorno nos hace mejores. Y también peores.

Tener un trabajo estable, incorporarme a un equipo, tener un horario… me vendría bien. Lo anhelaba. Sin embargo, alguien no estaba por la labor de que yo pudiera disfrutar de esa tranquilidad. Inmediatamente después de colgar con mi padre sonó mi móvil.

—¿Pedro Farré? —preguntaron al otro lado.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Llamamos de la Guardia Civil. Necesitamos entregarle una notificación.

—¿Una notificación? Bueno. ¿Dónde puedo recogerla?

—No. Se la entregamos nosotros mismos —respondieron—. ¿Dónde se encuentra usted ahora?

—Estoy en el paseo de la Castellana.

—Tenemos un vehículo por allí cerca. Espere en la puerta del centro comercial ABC Serrano.

El centro comercial estaba justo enfrente de las oficinas en las que había mantenido la reunión. A los cinco minutos se detuvo frente a mí un coche sin distintivo alguno. De él se bajó un señor con aspecto de funcionario. Llevaba un estrecho y anticuado maletín. Vino directo hacia mí.

—¿Es usted Pedro Farré? —preguntó retóricamente, pues a buen seguro llevaban detrás de mí desde que había salido de casa aquella mañana.

—Sí, soy yo.

—Está usted detenido. Acompáñeme hasta el vehículo.

No se me ocurrió pedir que se identificara. Tampoco él lo hizo, aunque era preceptivo que me hubiese mostrado su placa. Cuando el miedo te atenaza, te olvidas de las cosas más básicas. De lo que has aprendido en la Facultad de Derecho o... quizá ya, a aquellas alturas del partido, sabía que lo aprendido en aquella carrera servía, en según qué casos, más bien para poco.

Subí al coche atónito. Era un vehículo pequeño. No recuerdo el color exacto. Solo que era un tono claro, gris quizá. Tampoco puedo recordar la marca. Probablemente un Renault o un Citroën. En esos primeros instantes la mente se te nubla, estás como ido. Grogui. Crees que no puede ser verdad, que esto no te puede estar pasando a ti, que debe de tratarse simplemente de una pesadilla, que no pueden estar deteniéndote en plena calle. Pero era verdad. Estaba subido a ese coche con dos desconocidos camino de no sabía dónde.

Mi miedo empezó a ir en aumento. ¿Eran esos dos tipos realmente de la Guardia Civil? ¿Adónde me conducían? Por unos segundos pensé que me llevarían a un descampado para partirme las piernas. Que me llevaban como a un cerdo al matadero.

—¿Adónde me llevan? —pregunté.

—Vamos a la Comandancia de Tres Cantos —me dijo uno de ellos.

Cuando vi que se dirigían hacia aquel lugar respiré aliviado. Efectivamente eran agentes de la UCO, la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, y yo estaba detenido. Me leyeron mis derechos al poco de arrancar el coche, aunque no era capaz de escuchar nada.

—Ya sé por qué me detienen. Por el asunto de las putas, ¿verdad? —les dije.

Es curioso cómo funciona el miedo, esa emoción responsable de muchas de las cosas negativas que nos ocurren. Resultaba paradójico, pues respiraba aliviado al saberme detenido. Quizá todo era parte de lo mismo. De ese equilibrio miedo-confianza del que ya había tenido noticia unos días atrás. La conocida estrategia poli bueno-poli malo de la que más tarde tendría nuevas muestras.

—¿Son ustedes de la UCO? —pregunté.

—Está usted muy bien informado, ¿no? —respondió el joven conductor con una media sonrisa.

Apenas unos días antes no me habría creído que pudiera estar detenido, metido en un coche policial y camino de la Comandancia. Sin embargo, allí estaba. Y no podía dejar de preguntarme qué había realmente detrás de mi detención.

18

CUERPOS AMIGOS

Conocía muy bien a la llamada Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, la UCO, el grupo policial que, dentro de la Benemérita, se ocupa de la delincuencia organizada, de los delitos terroristas o del narcotráfico. Y más recientemente de los delitos de corrupción. Había estado otras veces en sus dependencias por temas relacionados con la lucha contra la piratería, pero nunca como detenido. Las relaciones de la SGAE con los cuerpos policiales siempre habían sido fluidas, y más en los últimos años.

Solo cuatro meses antes de que esos dos hombres me condujeran detenido había estado en su cuartel general en Madrid, pegado a la carretera de Barcelona, muy cerca del aeropuerto de Barajas. La razón de mi visita fue en aquella ocasión muy diferente. Un teniente coronel de la UCO al que conocía por motivos profesionales desde hacía diez años y con el que me veía con alguna frecuencia me había invitado a comer. Era la primera vez —y la única — en la que comía con un agente del orden y no pagaba yo o la empresa a la que representaba. Muchas de mis relaciones con miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad se habían fraguado en cenas, comidas y desayunos. Es la única forma de que te escuchen.

Un mes antes de que la Guardia Civil entrara al asalto en el palacio de Longoria, una nutrida representación del Ministerio del Interior y de los mandos de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado había sido invitada a comer a la SGAE. Y acudieron todos. Según me contó Manuel de Benito, uno de los detectives de la SGAE,

el encuentro había sido tremendamente cordial, con la presencia del propio Teddy Bautista, del ministro del Interior y de altos mandos de la Policía Nacional y la Guardia Civil, cuerpos a los que —no deja de tener su gracia— se les entregaron unas placas en agradecimiento de los autores por la labor policial desarrollada en defensa de los derechos de propiedad intelectual. Aquella comida no resultó, sin embargo, del agrado de todos los agentes. Al parecer, en las invitaciones y menciones la SGAE se olvidó de algún oficial de la Guardia Civil que no iba a pasar por alto aquel desplante: «Después de todo lo que yo he hecho por la defensa de la propiedad intelectual…». Este tipo de celebraciones les pirran a la mayoría de los agentes y de sus jefes. Es como si el reconocimiento a su trabajo tuviera que pasar necesariamente por ahí, por una comida. En una ocasión, siendo yo aún director de la lucha antipiratería, un jefe de uno de los cuerpos de élite de la Policía Nacional me soltó: «Pedro, hace mucho tiempo que no nos llevas a comer». Tal cual.

Durante los años que trabajé en la SGAE, mis encuentros con todos los cuerpos policiales, primero como director encargado de la lucha antipiratería y luego como director de relaciones corporativas, eran algo habitual. Eso me permitió conocer un poco sus formas e inclinaciones. Las costumbres de los distintos cuerpos a la hora de comer son diferentes. Mientras a los policías les gusta elegir su propio menú, los guardias civiles siempre piden lo mismo que vaya a comer el que invita. Es su manera de adaptarse a las dificultades de la vida. Una forma de decir: «Acepto lo que tú pidas, soy humilde y abnegado, y me adapto también al chuletón e incluso a la merluza a la vasca». Costumbres arraigadas en un cuerpo centenario que hace de su servicio a España su vocación. Aunque comiendo chuletones también mostraban vocación. Y muy seria. Las comidas con empresas son muy del gusto de las fuerzas y cuerpos de seguridad. Con el tiempo me he dado cuenta de que estos encuentros vienen a significar una suerte de pago en especie bien visto por todos, dados los sueldos modestos —como ellos insisten en recordar cada vez que tienen ocasión— que reciben sus miembros. La comida es un peaje

que hay que pagar si quieres que te atiendan, que se ocupen de los delitos que se están cometiendo y que perjudican a la empresa o al colectivo al que representas. Los asuntos de los que han de ocuparse son muchos, mientras que el tiempo y los recursos son escasos. Las prioridades en las agendas policiales cambian en función de las circunstancias más diversas. Hoy, por ejemplo, reducida la amenaza terrorista que ETA ha significado durante años, la prioridad ha pasado a ser la persecución de la corrupción. Como si antes no hubiera existido.

Aquel día en el que pisaba por primera vez la Comandancia de la UCO sin trabajar ya en la SGAE era yo el invitado. Comimos en uno de los salones que la UCO tiene para esos menesteres. La comida era normal, ningún lujo, aunque buena.

—Nuestra comida es sencilla, pero espero que te guste —me dijo el teniente coronel con esa humildad orgullosa que tanto los caracteriza.

Era un tipo alto y fornido, con bigote poblado. Una especie de Nicolás Maduro a la española. El teniente coronel había estado en importantes tareas de investigación al mando de uno de los generales que se había ocupado de la lucha antiterrorista. Según me dijo en alguna ocasión él mismo, estando destinado en Bilbao sufrió incluso un atentado de ETA. Llevaba ya tiempo en la UCO, al mando de investigaciones de redes de narcotráfico, terrorismo y, en general, del crimen organizado. Era miembro de la cúpula de los servicios de información del Cuerpo. Nunca entendí muy bien por qué, pero entre las funciones de la UCO se hallaban también los delitos de piratería: las vulneraciones de los derechos de la propiedad intelectual e industrial. Por eso lo conocía. Todas las empresas que tienen interés en luchar contra las falsificaciones, como las marcas de lujo, la ropa deportiva, las farmacéuticas o los principales equipos de fútbol —cuyos ingresos por *merchandising* superan el 30 por ciento de su facturación total—, mantienen fluidas y cordiales relaciones con las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Durante mis años como director antipiratería de la SGAE había llegado a tener buena relación

con ese teniente coronel y con su equipo, e incluso con el jefe supremo, un experimentado y astuto general, un histórico del Cuerpo, con significativos contactos en determinados sectores de la política, pero también, según él mismo confesaba, con algún enemigo no menor, como el periodista Pedro J. Ramírez. El general había dejado la UCO tiempo atrás, tras dirigirla con algunas sombras, como la del 11-M, durante ocho años. En aquel momento trabajaba ya en La Moncloa, junto a, según sus propias palabras, pronunciadas la última vez que nos vimos en un restaurante brasileño que le gustaba mucho, «Alfredo, el químico», quien le había ascendido a general de brigada. Así era como en ese ambiente se llamaba a Rubalcaba, exministro del Interior con Zapatero y, ya en los últimos meses de ese Gobierno, justo cuando se producía mi detención, todopoderoso vicepresidente del Ejecutivo. Nunca he llegado a conocer personalmente a Alfredo Pérez Rubalcaba, pero sí a su hermano Alejandro, a quien conocí durante unas vacaciones en República Dominicana. Él era muy amigo de uno de los detectives con los que yo trabajaba, quien al saber que íbamos a estar casualmente en el mismo hotel con nuestras respectivas parejas nos puso en contacto. Compartimos alguna cena. Pero aquel hombre era de los que directamente, sin rodeos, uno califica como tóxico y opté por alejarme de él. Tenía una manera arrogante, ciertamente colonialista, de dirigirse al personal del hotel, a cuyos miembros entregaba una tarjeta de visita con la bandera de España, como si él fuera un cargo del Gobierno. En tierras caribeñas le llamaban «señor ministro». Todo un personaje, el hermano de Rubalcaba.

Con el teniente coronel había llegado a tener bastante confianza después de unos años. En nuestra anterior comida juntos, en un buenísimo restaurante gallego de la calle Velázquez de Madrid, una vez en los postres, echó mano de su maletín y sacó de él un ordenador portátil para mostrarme orgulloso las imágenes de una investigación en curso. En ellas aparecían dentro de un coche en movimiento, ajenos a todo, un par de aguerridos soldados de alguna banda de un país del este de Europa. Me explicó cómo se instala un

aparato de grabación en el interior de un vehículo, como habían hecho, en ese caso, para filmar a aquellos dos individuos. Con patente satisfacción, me enseñó la conversación que mantenían aquellos peligrosos sujetos, ignorantes de la que se les vendría encima en algún momento, con sus risas y sus gestos de felicidad, que se escuchaban con toda nitidez, aunque yo no entendía nada de lo que decían ni sabía siquiera en qué idioma hablaban.

—Ahora solo tenemos que encontrar un traductor de este dialecto balcánico para saber qué traman estos malos —me confesó.

Teníamos buena relación y siempre me contaba cosas. Quizá demasiadas. Tanto él como el general, su jefe directo durante años, no ocultaban su odio a Pedro J. Ramírez. Al parecer, el periodista los acusaba —según ellos mismos relataban— de participar en el famoso complot del video contra él. Ellos negaban haber intervenido en aquella operación. Más recientemente habían decidido poner a caer de un burro al juez Garzón, que en otro tiempo fue su gran aliado. En otra comida, esta vez en el restaurante brasileño Rubayat, justo debajo de mi casa, en el barrio madrileño de Chamartín, hizo una encendida crítica de aquel juez. Curiosamente, a los pocos meses de aquella conversación, Garzón era lanzado definitivamente a la hoguera. Ya se sabe, en política —y todo es política— no hay amigos para siempre. Yo mismo lo había podido comprobar. Aquellos que me detenían eran los mismos con los que durante años me había relacionado de manera cordial, incluso compartiendo innumerables confidencias y no pocos lomos de buey. Quizá habría sido mejor no acercarme tanto a ellos, aunque no creo que esa opción hubiera estado en el tapete. Y, desde luego, llegados a este punto daba lo mismo. No se puede cambiar el pasado.

Alguien con mucha experiencia me previno de ello algunos años atrás.

—Ten cuidado, Pedro. Lo malo de toda esta gente que se dedica a la investigación (detectives o policías) con los que trabajas es que lo acaban sabiendo todo de uno. Acabas compartiendo demasiadas

cosas. De hecho —me advirtió—, al primero al que investigan es siempre a quien tienen al lado. Por si acaso.

No le creí. Por entonces no sentía el peligro cerca. Creo que uno puede llegar incluso a sentirse invulnerable. He comprobado que esto les sucede a muchas personas que en distintos niveles han tocado algo de poder. Así de mezquinos somos. Cuando te sientes invulnerable empiezas a bajar la guardia, a dejar de controlarte y a hacer lo que no debes. Es obvio, nadie es invulnerable todo el tiempo. Vivimos en la sociedad del riesgo, y esto incluye que cualquiera puede ser culpable de algo. ¿Verdad o no? A nadie le importa. Hay momentos en los que la verdad deja de tener importancia alguna. Las cosas son como se cuentan. Lo relevante es el relato. Y hay verdaderos expertos en construir historias. Aunque es cierto, con mala calidad literaria; pero eso es lo de menos. Su aspiración nunca ha sido obtener el Nobel, sino únicamente medrar o sobrevivir, según los casos. En realidad como hacemos todos los que hemos estado subidos a la maldita noria, haciéndola girar inútilmente como haría un simple hámster.

No recuerdo con exactitud todo lo que se trató en aquella comida con el teniente coronel. Aunque el lugar, una comandancia en la que trabaja una parte de la élite policial del país, era especialmente frío, yo me encontraba relajado. Hablamos de todo. Sobre la situación de la SGAE (que todavía no había sido intervenida, aunque faltaba poco), sobre la situación política en España, sobre la lucha antipiratería (aunque por encima, ya que este era un asunto que había terminado por aburrirme) y sobre los papeles de WikiLeaks, publicados hacía unos meses, en dos de cuyos cables había aparecido mi nombre vinculado a la lucha antipiratería de los estadounidenses.

Supongo que di mis opiniones sobre cualquier tema sin recato alguno. Y, por supuesto, es muy probable que aquella sala tuviera un sistema de grabación, aunque reconozco que en aquel momento no pensé en ello. Yo nunca me había considerado un nodo de nada, ni un confidente, ni una «baza», ni una persona que pudiera ser

objetivo de alguien. No era consciente. Nunca me había visto a mí mismo como una pieza en un tablero. Pero cuando te dedicas a lo que yo me dedicaba, de uno u otro modo, llega un punto en que puedes convertirte en una pieza, aunque sea tan solo un humilde peón.

España se había convertido ya, reventada la burbuja inmobiliaria, con todos los inversores internacionales y el gran capital poniéndonos la cruz, en un tablero de ajedrez, un *risk* en el que ganaba quien no perdía, aquel que pusiera a buen recaudo su trasero. Pero para ello había que llevar a la hoguera a unos cuantos, o al menos que lo pareciese. Había que demostrar a la comunidad internacional que se luchaba contra la corrupción política. Esa era la partida que había comenzado a jugarse en nuestro país y que todavía hoy se libra como si hubiera llovido del cielo. El «todos-contra-todos», el sálvese quien pueda, el inevitable fuego amigo presente en toda guerra.

¿Conocía el teniente coronel el día en que me invitó a comer a su Comandancia que la SGAE sería intervenida? ¿Sabía que yo podría ser detenido algún día por ellos mismos?

Muchos de los correos que me crucé con el teniente coronel han desaparecido mágicamente de mi servidor, como también algunos documentos que guardaba de mi etapa en la SGAE. Un día, al llegar a mi casa, me encontré la puerta abierta. Al principio creí que había olvidado en un descuido echar la llave. Aparentemente estaba todo en orden y no faltaba nada. Al cabo de unos días, se me encendió una luz y rápidamente fui al cajón en el que guardaba un disco duro con multitud de documentación. Quienes asaltaron mi casa, quienes fueran, no se llevaron aquel disco de memoria, pero la mayoría de los ficheros que tenía grabados habían sido borrados. Estaba claro que significaba algo para alguien, que preocupaba; en suma, que, en efecto, había pasado en algún momento a convertirme en una pieza en el tablero.

Demasiados asuntos judicializados con importantes personas imputadas o en la órbita: Gürtel, Urdangarin, Bárcenas, Pujol, Bankia, los ERE de Andalucía, la Púnica… Estos casos están llevando en España ante la justicia a un exvicepresidente del Gobierno de España, al yerno del Rey y a una infanta, al vicepresidente de la Comunidad de Madrid, a dos expresidentes de Andalucía, al expresidente de la Generalitat junto con toda su familia, a políticos de PP, PSOE y CiU, a ilustres consejeros de instituciones bancarias y al jefe de la Casa de Su Majestad el Rey. Todo eso en un mismo país y en un cortísimo espacio de tiempo. En la España que ha dejado de ser la próspera California de Europa para recuperar nuestro viejo lugar en el mundo: la Vetusta de Clarín extendida a nación, una península cainita. Reventada la burbuja, se había procedido a la voladura —¿controlada?— de todo lo demás. ¿Casualidad? La casualidad no existe. Existe la causalidad. Principio de causa y efecto. Nada sucede por casualidad. Cuando alguien pierde, hay otro que gana. Siempre. ¿Quién gana con lo que España pierde? ¿Quién dirige la tormenta perfecta contra este país? Alguien lo hace. Seguramente desde fuera. No tengo duda al respecto. ¿Y por qué digo «voladura controlada»? ¿Hay alguien que se haya dado cuenta de que toda esa cosmética avalancha de lucha contra la corrupción tan solo ha metido entre rejas a prominentes como Julián Muñoz, Paco Granados, Bárcenas o Isabel Pantoja?

19

URDANGARIN EN EL PALACIO… DE LONGORIA

Meses antes de mi detención había recibido diversas llamadas del entorno de Iñaki Urdangarin. Todas se produjeron en un corto espacio de tiempo y todas procedían de personas con las que había tenido relación en mis últimos años en la SGAE pero con las que hacía tiempo que no hablaba. Además de la de uno de los colaboradores de Urdangarin en el Instituto Nóos (que ya he comentado), contactó conmigo Mario Sorribas, su ayudante personal, y, posteriormente, Diego Torres, su socio.

El caso Nóos empezó a tomar cuerpo por aquellas fechas, en el segundo semestre de 2011. Aquello ya no eran fuegos artificiales, sino una bomba que podía estallar en cualquier momento. La inquietud de muchos por este caso era palpable. Una de las personas que trabajaba más cerca de Urdangarin era Mario Sorribas, una especie de ayudante o secretario personal. Mario, un chico joven, muy educado y extremadamente formal, me había escrito también al comenzar 2011. Me decía que tenía previsto venir a Madrid y que podríamos aprovechar esa ocasión para tomar un café. Le dije que claro, que encantado, aunque el caso Urdangarin estaba ya de lleno en los medios de comunicación y tenía muy mala pinta. Me contestó a los pocos días para decirme que estaría en Madrid el 7 de marzo y que ese mismo día podíamos vernos en la estación de Atocha, en alguna cafetería, ya que tenía el día muy complicado.

Nos encontramos en una de las terrazas interiores de la estación. Le vi llegar titubeante y cabizbajo, como perdido. Estaba muy desmejorado desde la última vez que nos vimos. El tema de su

jefe le había afectado de manera muy honda. Me decía que estaba sufriendo mucho y que Iñaki estaba hecho polvo. En aquel momento sentí que aquel tema iba a llegar muy lejos y rápidamente me di cuenta de que no había sido muy sensato por mi parte haberme encontrado con él. Seguramente, nosotros dos no éramos los únicos que estábamos al corriente de aquella cita y, quién sabe, lo más probable es que otros ojos nos estuvieran observando. Pero yo, en aquel tiempo, no sentía que pudiera tener problemas a la vista o que me pudiese convertir en objetivo. Aquel 2011 había comenzado muy movido, y ahora que escribo estas páginas y que repaso las reuniones y contactos mantenidos en aquellos meses soy consciente de lo imprudente que fui entonces. Los encuentros con las personas más cercanas a Urdangarin, el «asunto de Estado» más importante en aquel momento, me iban a incorporar a un mapa de relaciones que no me ayudaría nada en el futuro. El yerno del Rey había sido sentenciado ya no solo por los medios y por la sociedad, sino por el propio entorno de la Casa Real, por los mismos que en otro tiempo lo habían protegido o ayudado.

Alguien cercano al ámbito profesional de Iñaki Urdangarin me comentó que la decisión de mandarlo a la hoguera la había alentado, entre otros, uno de los asesores del Rey, que ya dedicado a sus cosas contaba con un extraordinario sueldo en una importante multinacional española. Algunos creían que, si hacían caer a Iñaki, su cabeza actuaría de cortafuegos. Nada más lejos de la realidad. Aquella teoría pronto se reveló equivocada. Aquella cacería buscaba un trofeo de caza mayor. Desde entonces han imputado no solo al yerno del Rey, sino a la infanta Cristina; a Spottorno, jefe de la Casa Real, por el asunto de las tarjetas *black* de Bankia, y el propio rey Juan Carlos, muy a su pesar, se vio empujado a abdicar en favor del príncipe, hoy Felipe VI. El caso Urdangarin abrió la veda contra la Casa Real, una institución hasta entonces intocable en la España de los pactos. Pero aquellos acuerdos hace mucho que dejaron de estar en vigor. Ahora estamos en el sálvese quien pueda.

Semanas antes de mi detención recibí una llamada de Diego Torres, el socio de Iñaki Urdangarin. Diego era en aquellos días la persona más vigilada de España. No estaba claro cuánta información podría tener sobre la Casa Real y cómo la iba a utilizar. El temor de la Casa Real y de los servicios de inteligencia por la posición que pudiera adoptar Torres en el proceso abierto contra el yerno del Rey era evidente. Por entonces nadie podía siquiera imaginar que también sería procesada la infanta Cristina. Aquel asunto se les había ido de las manos.

Había mucho miedo en aquellos momentos, lo pude palpar en mis conversaciones con las personas del entorno de Urdangarin. Tenían que parar a Diego Torres, quien, todo hacía pensar, disponía de mucha información y no iba a permitir que él solo «se comiera todo el marrón».

Pero yo, al contestar aquella llamada de Diego, no pensé en nada de esto. No pensé ni por un instante en el contexto, algo que cuando trabajo en los asuntos de mis clientes siempre tengo tan en cuenta. Solo pensé en que llamaba una persona con la que había trabajado en el pasado y con quien siempre tuve un trato cordial.

—¿Qué tal, Diego? ¿Cómo estás?

—Bien. Con mis cosas. Estoy trabajando en un proyecto cultural y me gustaría contar contigo —me dijo.

—OK. Hablamos cuando quieras.

Aquella llamada se produjo a mediados de septiembre de 2011, unas semanas antes de mi detención. Caminaba aquella soleada mañana por la calle Juan Bravo, en pleno barrio de Salamanca. Entonces vi el nombre de Diego Torres en mi móvil. Al encajar las piezas de este complejo puzle, he podido percatarme de que la operación contra mí se puso en marcha por aquellas fechas, semanas antes de que irrumpiera el agente-periodista.

Curiosamente, hablaba con Diego Torres mientras me dirigía hacia la puerta de la oficina de la consultora en la que había trabajado durante un año al regresar de Estados Unidos. Alguien de aquella empresa me había escrito un email el 16 de septiembre de

2011 pidiéndome que recogiera algunas de mis cosas, carpetas y efectos personales que yo había dejado allí al marcharme de la empresa un año antes. Eran papeles y objetos sin importancia que llevaban allí muchos meses, pero tuvo que ser justo en esas fechas cuando me escribieron para deshacerse de ella. El dueño de la empresa conocía muy bien a Urdangarin y su entorno, con el que trabajaba habitualmente, y por distintas razones tenía contacto con un par de asesores de la Casa Real. Imagino que debía de estar inquieto y decidió sacar de allí todo lo que pudiera relacionarle conmigo. O quizá ya sabía que iban a por mí. No lo descarto. Aquella precipitación tenía que ver, sin duda, con todo lo que estaba pasando y con lo que iba a pasar después. Al poco de colgar a Diego Torres apareció cruzando la calle una persona de aquel despacho con una caja en sus manos. Me la entregó y nos despedimos. Todo muy breve. Y todo muy extraño. O no tanto, mirado con perspectiva.

Poco después, solo unos días antes de que apareciera en escena el agente-periodista y de que me amenazaran diciéndome que me tenían agarrado por mis partes, Diego volvió a llamarme:

—Acabo de aterrizar en Madrid. ¿Nos tomamos un café?

En aquel encuentro no me habló del proyecto cultural —nunca llegó a hacerlo—, sino exclusivamente de su proceso judicial, que por aquel entonces acababa de empezar.

—Yo no voy a caer solo, Pedro —me dijo—. Todo lo que hemos hecho en Nóos ha sido supervisado por la Casa Real. García Revenga conocía todo y lo aprobaba.

—¿Has vuelto a hablar con Iñaki? —le pregunté.

—No. Ya no nos hablamos.

—No entiendo nada. Deberíais buscar un acercamiento o lo vais a pasar muy mal —le dije, ajeno a que yo tampoco lo iba a pasar nada bien.

Diego ya no se refería a su exsocio como «don Iñaki», como siempre hacía y como acostumbraba a llamarle todo el personal del Instituto Nóos al que yo había conocido. Aquel suponía un signo de ruptura que no era menor.

Nunca he entendido por qué Diego Torres quiso verme aquel día. En aquel instante no le di demasiada importancia al encuentro. No caí en la relevancia de sus palabras ni en las mías, fiel, como siempre he sido, a mi afición por meterme en líos. Creo que a partir de aquel momento ya tenían un motivo más para ponerme el foco delante de la cara con la música de sirenas incluida. Es muy probable que no hubieran escuchado nada de aquella conversación, de su contenido, pero la sola reunión era suficiente. Él me había avisado del encuentro solo unos minutos antes y por entonces Diego ya tomaba todas las precauciones posibles. Además, la reunión fue en una cafetería que improvisamos sobre la marcha y que estaba completamente vacía. Aunque en el fondo daba igual. Estaba claro que todos los pasos de Diego eran seguidos muy de cerca. El 8 de noviembre de 2011, Torres era detenido en Barcelona, solo un mes después de que hubiera irrumpido en mi vida el agente-periodista.

El Instituto Nóos y sus principales directivos habían formado parte de mi mapa de relaciones cuando siendo yo director de relaciones corporativas de la SGAE contratamos en 2005 a Urdangarin y su equipo, como habían hecho otras grandes empresas españolas ante la llamada de un miembro de la Casa Real que gozaba del favor del público, pues era simpático y se movía con soltura por las alfombras rojas. «Es el yerno bueno», se oía decir sobre él antes de que el diario *El Mundo* publicara que había adquirido un carísimo palacete en Pedralbes, la mejor zona de Barcelona, y todo lo demás que vino después.

Un buen día, Teddy Bautista me llamó a su despacho.

—Pedro, lo que te voy a contar es muy confidencial. Hace unos días me llamó un periodista muy vinculado al mundo del balonmano para intentar cerrar conmigo una reunión en Barcelona. Ante mi insistencia, me ha confirmado que Iñaki Urdangarin quiere hablarme de un proyecto que tiene entre manos.

No había proyecto alguno como tal. Se trataba, según nos contó Bautista en un consejo de dirección tras volver de la secreta reunión de Barcelona, de que Urdangarin había creado un «Instituto» y que

prestaban servicios de consultoría estratégica. Según le explicó el exduque de Palma, Nóos escogía a una empresa española de cada sector con la que quería trabajar: una teleco, un banco, una petrolera, etcétera. Y del sector cultural, habían puesto sus ojos en la SGAE. Supongo que era su manera de mostrar la naturaleza *exclusiva* de sus trabajos. Era como si las empresas contactadas tuvieran que dar las gracias por haber sido escogidas. Así lo daban a entender. Pero aquello no era gratis. Te escogían y pagabas por sus servicios. Quince mil euros mensuales fue lo que se pidió a la SGAE por el asesoramiento de Nóos.

Unos días después, Iñaki Urdangarin y Diego Torres, con guardaespaldas incluidos y toda la parafernalia que conlleva la visita de un miembro de la Casa Real a cualquier edificio, vinieron a las oficinas de la SGAE en Madrid a presentarnos sus servicios. Urdangarin hablaba poco. Era un hombre simpático, afable; siempre sonreía. Actuaba con una campechanía impostada. Marca, quizá, de la casa. En el reparto de papeles, el técnico experto era Diego e Iñaki era el relaciones públicas.

Recuerdo que la visita de Urdangarin —supuestamente secreta — había despertado atención en la SGAE. Hacía décadas que un miembro de la monarquía no visitaba el palacio de Longoria, que antes de que en 1950 lo adquiriese la SGAE había sido propiedad del dentista de Alfonso XIII. En el pasado, algunas de las visitas del monarca a aquel palacio, según se dice, también habían sido secretas, y no se habían realizado precisamente para revisarse la dentadura.

Este singular edificio, enclavado en la calle Fernando VI, es uno de los pocos ejemplos de arquitectura modernista que tiene Madrid. Obra de Grases Riera, discípulo de Gaudí, fue encargado por la familia Longoria, representante de la burguesía financiera del Madrid del siglo XIX. Aquella construcción resultó extraña para el conservador ambiente que reinaba en la capital y generó mucha controversia entre la ciudadanía, hasta el punto de que había personas que lanzaban huevos podridos contra la fachada. Los

Longoria debieron cansarse de aquello, o necesitar liquidez, y terminaron vendiéndolo al reputado dentista, hasta que a mediados de la década de 1950 lo adquirió la Sociedad General de Autores Españoles, que así se llamaba entonces la entidad. Que yo sepa, en el edificio no hay leyendas de fantasmas, aunque a mí siempre me ha dado la sensación de que algo tóxico inundaba el ambiente, como sucede con esas dependencias poco ventiladas en las que resulta difícil respirar. Aunque durante los años que allí trabajé, en mi despacho de la segunda planta, muchos amigos me decían que era una suerte trabajar en un edificio así, yo nunca lo he creído. Siempre sentí que había demasiado polvo en su atmósfera. Hubiera preferido convivir con un fantasma.

Me consta que Teddy Bautista habría querido que los Reyes visitaran el palacio en alguna ocasión con motivo de alguno de los muchos actos o eventos que se organizaban, pero pese a que fueron invitados muchas veces y que, incluso, llegaron a hacerse gestiones con el jefe de la Casa Real de entonces, Alberto Aza, nunca se consiguió. El único miembro de la monarquía que se aproximó a aquel palacio, desde que, según la leyenda, lo hubiera hecho Alfonso XIII muchas décadas antes, fue Iñaki Urdangarin.

La noticia de esta visita de un miembro de la Familia Real corrió como la pólvora bañándonos a todos de un glamur muy apreciado en aquellos tiempos. Ahora Iñaki Urdangarin es una persona despreciada en España, un objeto tóxico, radiactivo, un apestado, podríamos decir. Pero en aquel momento, tanto él como la infanta Cristina tenían un atractivo social indudable del que ya casi nadie quiere acordarse.

Al salir de aquella reunión, nos despedimos con el debido protocolo de tan honorable visita, acompañándolos hasta la puerta del coche donde aguardaban sus guardaespaldas. Mientras Paco Galindo, director general de la Fundación Autor, Teddy Bautista y yo mismo esperábamos el ascensor para ir al despacho del presidente, éste nos preguntó retóricamente:

—Y ahora le tendremos que contratar, ¿verdad?

Paco Galindo y yo nos miramos y sonreímos. Maldita la gracia.

Siempre me he preguntado cómo podía ser que aquellos guardaespaldas —miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado— no informaran de cada uno de los movimientos de Urdangarin. ¿Resulta verosímil que la agenda de un miembro de la Casa Real no la conozca su jefe? Y si la conocía, y tan reprochable era su comportamiento, ¿por qué lo pararon solo cuando el asunto había saltado a la prensa y era ya un clamor que Urdangarin se sentaría algún día en el banquillo de los acusados?

En la siguiente convocatoria del Consejo de Dirección, Bautista presentó la propuesta de contratación del Instituto Nóos, cuyo coste mensual ascendía a los quince mil euros mencionados. Entre algunos de los consejeros de la SGAE —como Rosa León o Víctor Manuel— hubo alguna mirada de sorpresa al enterarse de que el presidente de aquel instituto-consultora de nombre extraño era nada menos que Iñaki Urdangarin. Era evidente que aquella relación no resultaba del agrado de algunos de aquellos autores, los que más significados estaban políticamente, aunque al final no dijeron esta boca es mía. Hubo un par de preguntas sobre la naturaleza de los servicios y lo que se podía esperar de ellos, pero nada más. Se aprobó por unanimidad. En realidad, tampoco en aquel foro se atrevía nadie a hacer crítica alguna a aquello, y mucho menos a decirle no a Urdangarìn, siendo quien era. Es probable que nadie tuviese la seguridad de que los resultados de sus servicios fueran provechosos, pero aquello, aunque nadie lo dijera, suponía en realidad un puente tendido a la Corona, que, lo creamos o no, fue durante casi todo el mandato del rey Juan Carlos una institución con un enorme poder e influencia en España. Y durante décadas, la más apreciada.

La relación de la SGAE con el Instituto Nóos se desarrolló entre 2005 y 2010, y tuvo tres vertientes. La primera fueron los trabajos de consultoría que Nóos nos prestaba. No tengo reparo alguno en reconocer que la mayoría de aquellos trabajos resultaron de cierta utilidad. No era Urdangarin quien los proporcionaba, sino su equipo, con Diego Torres a la cabeza. Por debajo de Torres estaban dos

preparadísimos consultores, que eran quienes hacían los trabajos, dedicados, principalmente, a mejorar nuestros materiales de comunicación, como las memorias anuales de la entidad, o a diseñar programas que pusieran en valor las actividades sociales que la SGAE y su Fundación desarrollaban, y que apenas eran conocidas por el gran público. Aquellos dos consultores eran —y siguen siendo — unos magníficos profesionales, que, de hecho, ocupan hoy importantes puestos directivos en grandes multinacionales.

La entrada de Nóos se produjo en el momento en que la SGAE, por todas las batallas que libraba, estaba siendo ferozmente criticada en los medios y en la sociedad. La preocupación iba en aumento. Diego Torres se ofreció a realizar para nosotros un estudio sobre la reputación de la entidad. Según comentó, este mismo análisis se lo habían proporcionado a otras grandes empresas españolas como Telefónica, Repsol o BBVA. Con la ayuda del Reputation Institute, que era quien realizaba el trabajo de campo con una muestra de mil entrevistas, se pusieron a trabajar en el estudio. Al cabo de un par de meses presentaron sus resultados. La SGAE salía según ellos aprobada por los pelos, con «un cinco raspado». Aunque suspendía claramente en parámetros como «simpatía» o «cercanía», en cambio en otros, como «poder» o «legitimación», la nota mejoraba. La conclusión final de aquel trabajo de Nóos era que la reputación de la SGAE se parecía mucho a la de una empresa petrolera, a la que la gente no quiere pero a la que se considera rica y poderosa. Dada la naturaleza de la SGAE, una asociación cultural que aglutinaba a los autores de música, cine, teatro y danza de nuestro país, aquellos resultados evidenciaban que algo estábamos haciendo mal. La SGAE no era ni un banco ni una petrolera, y sin embargo la gente nos odiaba de igual modo. O incluso más.

Las otras líneas de trabajo sí que estuvieron comandadas por el propio Urdangarin y su creciente relación con Teddy Bautista. Una de ellas vino propiciada por el interés de Iñaki en que Bautista le ayudara para que significados artistas colaboraran en la Fundación

Cultura y Deporte que estaba patrocinando él mismo. Creo que Bautista hizo algunas llamadas a autores de primer nivel, que era lo que Urdangarin quería, como Joan Manuel Serrat, a quien mencionó expresamente, pero no se consiguió ninguna adhesión y no se volvió a oír hablar en la entidad de aquella nueva fundación de Urdangarin.

En 2008, la SGAE se hallaba en pleno proceso de adquisición de inmuebles. Las obras de restauración de su recinto más emblemático, el palacio del Infante Don Luis de Boadilla, habían comenzado no exentas de polémica política y social. Teddy Bautista y Pablo Hernández buscaban empresas que quisieran ubicarse allí, junto con la Fundación de la SGAE, y así aliviar los elevados costes de la operación. Creo que también se pretendía con ello mostrar a la sociedad que la SGAE no se hallaba sola, que tenía alianzas con otros actores empresariales, sociales o académicos, algo de lo que estaba muy necesitada. Fue en ese momento cuando a Teddy se le ocurrió que la sede del Instituto Nóos en Madrid, donde ellos no tenían aún oficinas, se podría localizar allí. Esta circunstancia queda reflejada en un documento que consta en los autos de la causa contra la SGAE, y que hasta donde yo sé no ha trascendido aún a los medios de comunicación. Ese documento es el currículum de Iñaki Urdangarin en el que, en su margen izquierdo, abajo, alguien escribió de su puño y letra: «Participación. 2,72 M. Euros. Palacio de Boadilla. Futura sede».

La última vez que vi a Iñaki Urdangarin fue en Washington DC. Yo había dejado unos meses antes la SGAE y él ya estaba trabajando para Telefónica en Estados Unidos. Yo vivía en San Diego, California, donde me había radicado para ofrecer servicios a empresas que necesitaban posicionarse allí, al haber entrado España en una profunda crisis económica. Saltaba entonces con alguna frecuencia desde la Costa Oeste hacia Nueva York y Washington DC, donde mantenía reuniones de trabajo.

Aquel viaje a la Costa Este tenía también el objetivo de encontrarme con mi amigo Juan Verde, a quien Obama iba a nombrar por esas mismas fechas subsecretario de Estado del

Departamento de Comercio de Estados Unidos. Nunca un español había alcanzado un puesto tan alto en la Administración norteamericana. Juan, joven español de origen canario, se había construido una meteórica carrera en Estados Unidos, llegando a ser una de las personas clave del Partido Demócrata como experto en las relaciones con el cada vez más importante voto latino. Juan y yo éramos de la misma quinta, nos entendíamos bien y nos hicimos amigos cuando pasó una temporada en Madrid trabajando para Al Gore en su proyecto sobre el cambio climático. Ya en las elecciones norteamericanas en las que Obama salió elegido, Juan me llamó para pedirme que le pusiera en contacto con algún actor latino que estuviera de acuerdo en lanzar ante la cámara un «*Yes, we can*». Yo hablé con Antonio Banderas, a quien había conocido durante un viaje a México DF, y el video se puso en marcha. Cuando me encontré con Juan en la capital del imperio todavía no había tomado posesión de su cargo. Se encontraba inmerso en ese meticuloso proceso de investigación personal, familiar y profesional al que es sometido todo candidato a ocupar un puesto relevante en la Administración norteamericana.

—Pedro, ya saben de mí hasta la marca de calzoncillos que utilizo. No te imaginas lo que es esto —me confesó con la sonrisa de quien va a ser llamado a tan alta posición política en el Gobierno del imperio.

Cuando supe que Juan Verde entraría en el Gobierno de Estados Unidos, hice dos llamadas para dar la noticia. La primera persona con la que contacté fue un destacado miembro del gabinete del presidente Zapatero. La respuesta que recibí de La Moncloa fue no solo que carecían de la información del nombramiento que se produciría a los pocos días, lo que resultaba sorprendente, pues era la primera vez que un español entraba en el Gobierno de Estados Unidos, sino que, además, me decían estar extrañados de que ese nombramiento se produjera, porque aseguraban despectivamente que Juan Verde era «un *lobbista*». No solo no se habían enterado de la cercanía de Verde a Obama y no le habían hecho caso mientras

estuvo en España, sino que además no entendían cómo funcionaba la política en Estados Unidos. Juan Verde había sido uno de los miembros del equipo de campaña del Partido Demócrata que más dinero había recaudado para Obama, haciendo, por otro lado, un excelente trabajo con la comunidad latina, un voto que cayó claramente del lado demócrata. Pues bien, aquel español al que casi nadie conocía y muy pocos hacían caso, pasaba a ocuparse de las relaciones comerciales entre Estados Unidos y Europa. Que no era poca cosa para los intereses españoles.

La segunda llamada la hice a una persona de Telefónica con la que tenía mucha amistad. Al cabo de un par de horas me llamó para decirme que Iñaki Urdangarin quería felicitar a Juan Verde y para pedirme su teléfono móvil. Llamé a Juan para que me autorizara a darle su móvil. Cuando lo hizo, le pasé a Urdangarin el contacto. Debieron de caerse bien porque, unas semanas después, Juan me llamó para pedirme el móvil de Iñaki. Celebraba una cena en su apartamento en Washington y quería invitarle.

Eran días soleados del mes de octubre en Washington, pero sin ese calor húmedo que hace irrespirable la ciudad en pleno verano. Iñaki Urdangarin y yo quedamos uno de esos días para comer y hablar de nuestros respectivos proyectos. Me citó en un lujoso hotel de Georgetown, el Four Seasons, situado en la emblemática Avenida Pensilvania, muy cerca de la casa a la que se había trasladado a vivir con la infanta Cristina y sus hijos. La puerta del hotel estaba llena de limusinas y de esas grandes *suburban* negras que utilizan los altos funcionarios de la Administración norteamericana y los congresistas y senadores más influyentes. Me hizo esperar bastante rato. Durante la espera no dejaban de entrar trajeados ejecutivos con corbata, adorno masculino que en Washington DC —a diferencia de lo que ocurre en California— todavía no se ha abandonado. Aquel era el típico lugar donde se cocinan las cosas, una especie de Las Ventas a la americana. La mayoría de aquellos funcionarios y ejecutivos llevaban el pinganillo *bluetooth* del móvil pegado a la oreja, como si fuera una prótesis permanente, para no perderse una sola de las

numerosas llamadas que recibían. Supongo que para dormir se lo retiran, aunque se han dado casos de olvidos, según oí una vez en San Francisco. En lo del pinganillo no hay diferencias entre las dos costas americanas. Veía a todas aquellas personas entrando y saliendo del hotel, tan ocupadas, y no podía dejar de recordar mi pasado en Madrid, jugando a ser importante mientras la vida se me escapaba de las manos. Solo quería alejarme de aquella vida, pero había una fuerza que me llevaba siempre al mismo lugar. Y allí me encontraba, en aquel ajetreado hotel de la capital norteamericana, esperando al que todavía era «don Iñaki», aunque cada vez menos. Llegó más de media hora tarde. Le vi asomar apresurado por el *lobby* del hotel.

—Perdona el retraso, Pedro, he tenido un lío de agenda —se justificó haciendo la correspondiente crítica a alguna persona de su equipo, quien, según dijo, había cometido un error.

La conversación con él fue agradable. En el ambiente flotaba esa fraternidad propia de dos españoles que se encuentran en el extranjero. Ambos nos habíamos marchado de Madrid en fechas parecidas y no habíamos vuelto a vernos desde que, de manera extraña, dejó la presidencia de Nóos para fichar por Telefónica. Un día, Diego Torres nos comentó, quitándole importancia, que Urdangarin había dejado la presidencia. Otra persona del equipo me dijo que entre los dos habían existido diferencias y que habían discutido. No supimos más.

Durante la comida en el hotel Four Seasons hablamos someramente de la SGAE, que aún no había sido intervenida, de su puesto en Telefónica, de amigos comunes y, más tarde, de mis proyectos de trabajo en Estados Unidos. Se mostró muy interesado en mis planes y se ofreció a ayudarme si necesitaba algún contacto con empresas españolas radicadas en Estados Unidos. Me llamó la atención lo mucho que se enfadó cuando, al examinar la carta, observó que no había en ella un solo vino español y no tuvo más

remedio que decantarse por uno de California, no sin antes señalar al sumiller tan imperdonable falta. Aquella fue la última vez que nos vimos.

20

HOLLYWOOD Y EL SÉPTIMO DE CABALLERÍA

Los organismos más involucrados en la lucha contra la piratería en España eran la Guardia Civil, la Policía Nacional y la embajada de Estados Unidos, aunque no precisamente por este orden. Los americanos han presionado mucho durante los últimos años a las fuerzas policiales españolas para erradicar la piratería por la vía penal, especialmente la digital, que era la que en los últimos tiempos suponía un mayor quebradero de cabeza para las grandes multinacionales estadounidenses del cine y de la música.

El jefe de la lucha antipiratería dentro de la Guardia Civil era, desde hacía años, aquel teniente coronel de la UCO que me había invitado a comer en su Comandancia. El encuentro se produjo ya entrado 2011 y, según concluyo ahora, la UCO ya debía de estar en aquel periodo siguiendo los pasos de la SGAE. La conversación fue, como siempre con él, amistosa. El oficial, que era entonces el jefe del departamento técnico y operativo de la UCO, me había escrito algunos correos durante los últimos meses, alguno de ellos de contenido raro, absurdo, rozando lo sospechoso. En uno me escribía para preguntarme lo que opinaba de una carta que había enviado tanto a Manuel de Benito, detective de la SGAE, como a José Luis Pérez Quintero, jefe de los investigadores de Promusicae, la patronal de las grandes discográficas. En el correo me adjuntaba dicha carta en la que, claramente enfadado, él ponía distancia con las tres entidades de gestión más activas en la investigación de la piratería:

Promusicae, EGEDA —la asociación de los productores de cine españoles— y la propia SGAE. Aquel texto del mando de la UCO no tenía entonces para mí ningún sentido.

Como ya he mencionado, en diciembre de 2010 la cúpula policial, tanto de la Guardia Civil como de la Policía Nacional, incluyendo altos representantes del Ministerio del Interior, habían estado comiendo en la SGAE y esta les había hecho entrega de unas placas felicitándolos por su labor en la lucha antipiratería. La carta del teniente coronel, escrita después de aquella comida protocolaria, era fruto de su malestar con las entidades porque entendía que el trabajo de la UCO no se reconocía suficientemente. Cuando me mandó la carta que había remitido a los directores antipiratería de las distintas entidades de gestión de derechos de la propiedad intelectual, él mismo la calificaba de «vehemente» y reconocía que se había «pasado en los párrafos finales». Ni que decir tiene que todo aquello era extraordinariamente raro. Por aquel entonces no tenía suficientes elementos para entender qué estaba pasando. Lo que estaba claro es que, por alguna razón, el teniente coronel deseaba que yo tuviera constancia de su contenido. Cuando nos vimos en el restaurante Rubayat, a principios de 2011, me comentó que había mandado aquella carta y que quería que le diera mi opinión. La carta era claramente un despropósito en el fondo y en la forma, pero, claro está, no me atreví a hacerlo. Le dije que él y la UCO habían hecho un gran trabajo en la defensa de los derechos de autor y que obviamente se merecían todo el reconocimiento.

La comida con el teniente coronel duró unas dos horas, como todas las comidas de trabajo en España, que en realidad no son estrictamente de trabajo, sino de, podríamos llamarlo, confraternización. En ellas se habla de todo. Cuando tienes un contacto, te ves con él de vez en cuando. Es una manera de alimentar, nunca mejor dicho, una relación, de tenerla viva. Hablamos de la SGAE, de mis trabajos de ese momento, de las actividades que el Instituto Nóos había realizado para la SGAE. Pero en aquellos días, tres importantes casos en los que yo conocía a

personas investigadas estaban ya iniciados: Gürtel, Urdangarin y el propio de la SGAE. Opiné sobre todo, como siempre cuando uno habla en confianza con un amigo. Quizá les parezca sorprendente, pero uno llega a olvidarse de que en realidad se encuentra en el cuartel general de la UCO conversando con uno de los mandos de los servicios de información de la Guardia Civil. Si volviera a tener un encuentro así, algo poco probable, guardaría silencio. Hay momentos en los que, cuando hablas con alguien, estás más alerta. Yo no lo estaba. No tenía indicios ni sospechas de que pudiera ser una pieza para nadie. Pero nunca te proteges lo suficiente en esta selva.

Un periodista bien informado me dijo años más tarde que a alguien se le había ocurrido que se podría vincular el caso SGAE con la trama Gürtel. La SGAE, como ya he relatado, había realizado operaciones inmobiliarias en Valencia y en Boadilla, feudos del PP y focos de la trama Gürtel. Teddy Bautista tenía una excelente relación con Francisco Camps, quien cedió a la SGAE unos terrenos en Valencia para construir esa fastuosa Torre de la Música, auspiciada por la Berklee College of Music, una universidad privada de música radicada en Boston y fundada en 1945 con fama de ser la más prestigiosa del mundo. Allí se formaron grandes músicos como Diana Krall o Juan Luis Guerra, entre muchos otros. Bautista había entrado en el Consejo de Berklee y los convenció de que su sede para toda Europa se instalara en España. Valencia era una localización que a los americanos del consejo de esa universidad, todos ellos potentados con yate y avión privado, los había seducido. Bautista asumió la tarea de convencer a Francisco Camps, lo que no parecía muy complicado entonces, pues el presidente valenciano «compraba» todo lo que sonara a internacionalización, desde las regatas a la Fórmula 1. La música no podía quedarse atrás. Y así sucedió. El entonces líder del PP valenciano mostró un entusiasmo inusitado y aceptó la invitación de Bautista de visitar Boston y conocer al presidente de Berklee. Dicho y hecho. A los pocos días, Paco Camps agarró un avión y se plantó en la capital de

Massachusetts, como si aquello fuera una prioridad para su tierra. Aquella era su manera de hacer las cosas. Camps, según se decía, era muy viajante. Y algo impulsivo, dicho sea de paso.

En 2008, pocas semanas antes de que el embajador Aguirre dejara la embajada de Estados Unidos, Bautista se reunió con él. El encuentro, al que asistí como acompañante, se celebró en la residencia privada del embajador, decorada entonces de una manera mucho más clásica, más texana podríamos decir, que la que creo que tuvo luego con James Costos. En aquella reunión no se habló una sola palabra del asunto de la piratería, sino de aquel proyecto conjunto entre la Berklee College of Music y la SGAE. Aquello tenía un cierto interés político, pues eran los tiempos de Bush y Zapatero, que no se dirigían la palabra, y eran muy bien vistos los proyectos conjuntos que surgieran de la sociedad civil para dar la sensación de que las relaciones entre los dos países seguían funcionando. El Ministerio de Cultura español y La Moncloa también veían con muy buenos ojos aquella Torre de la Música, pese a que se levantara en la ciudad de Valencia, entonces un feudo inexpugnable del PP. Pero lo que no se podía conocer entonces es que aquel proyecto, con todo lo que después pasaría en Valencia, estaba envenenado.

Y no era el único. Bautista había construido otra relación política, además de la de Camps, que años después también se convertiría en tóxica: con el alcalde de Boadilla del Monte, Arturo González Panero, imputado tiempo después en el asunto Gürtel. En Boadilla, donde Bautista tiene su domicilio, recordemos que se había llegado a un acuerdo para que la SGAE restaurara el palacio del Infante Don Luis y estableciera allí el cuartel general de la Fundación Autor, la institución que impulsaba la labor asistencial y cultural de la SGAE y que dirigía uno de los hombres más poderosos de la entidad, Paco Galindo. Como años después me comentó aquel periodista amigo, alguien pensó en algún momento que se podría relacionar a políticos del PP en el punto de mira de la policía o de la justicia con la SGAE, dados los proyectos inmobiliarios que se desarrollaban precisamente en los epicentros de la Gürtel. Esa hubiera sido, sin

lugar a dudas, una buena jugada mediática en un año electoral como era aquel en el que yo me senté a comer amigablemente con el teniente coronel de la Guardia Civil en la sede de la UCO.

En uno de esos incómodos silencios que sobrevienen cuando estás con determinadas personas, y que yo entonces no sabía gestionar, saqué el tema de los cables que la embajada de Estados Unidos en Madrid había enviado a Washington en materia de lucha contra la piratería. Eran 124 cables enviados al Departamento de Estado entre 2007 y 2010 en los que su diplomacia en Madrid daba puntual cuenta de la situación de la propiedad intelectual en España, de la lucha contra la piratería y de la falta de vigor con la que se tomaba este asunto el Gobierno de Zapatero. Los cables los había hecho públicos WikiLeaks y *El País* informó con amplitud sobre este tema el 3 de diciembre de 2010. Para mi sorpresa, el teniente coronel no conocía nada de esto. Ni siquiera había leído los periódicos. La primera referencia que había tenido sobre los cables fue en aquella comida, cuando yo saqué el tema con cierta preocupación porque mi nombre había aparecido en varios de ellos. No deja de ser alarmante que los servicios de información de la Guardia Civil manejen tan poca información. De hecho, el 1 de febrero de 2011, tras aquella comida, el teniente coronel me mandó un email en el que me insistía: «¿Tienes la referencia a WikiLeaks que comentamos el otro día respecto de la reunión con la gente de la embajada americana?». Estaba claro que el asunto le interesaba mucho, pues sus reuniones con la embajada eran también frecuentes. Supongo que al teniente coronel le preocupaba porque temía que las fuerzas y cuerpos de seguridad españoles salieran malparados, como de hecho, indirectamente, así era, ya que Estados Unidos consideraba a España como un país «tercermundista» en lo que se refería a la protección de la propiedad intelectual, según se manifestaba expresamente en uno de aquellos cables.

Al día siguiente le envié sin mayor comentario el enlace de *El País* con el extenso artículo sobre dichos cables, dentro de la serie «Los papeles del Departamento de Estado» y bajo los titulares:

«Cable sobre las presiones para que España combata la piratería: la embajada en Madrid informa, en 2008, de las exigencias al Gobierno para que anuncie que la piratería en internet y el P2P son ilegales» y «EE.UU. ejecutó un plan para conseguir una ley antipiratería: la embajada estadounidense en España diseñó una minuciosa estrategia en 2007 y colocó la propiedad intelectual como elemento prioritario en su agenda».

Nunca debí mencionarle al teniente coronel aquellos cables, pues junto a otras circunstancias me colocaban cerca de los norteamericanos, una piedra en el zapato de las fuerzas policiales en lo que a piratería se refiere. En ellos aparecía mi nombre con motivo de las reuniones que con cierta periodicidad manteníamos discretamente en la embajada estadounidense. Casi nunca mezclaban colectivos, sino que nos citaban por separado, supongo que para hablar con mayor libertad, aunque en alguna ocasión organizaron una comida a la que estaban también invitados miembros del Gobierno (algo curioso y hasta impropio, porque aquello tenía bastante pinta de una labor de mediación). Al menos en dos de aquellos cables se me citaba por mi nombre y apellido, y se daba cuenta de mi posición con relación al espinoso asunto de la entrada de España en la denominada Lista Especial 301 o *watchlist*.

Como responsable de la lucha antipiratería en la SGAE, yo había sido favorable a esa inclusión como medida de presión al Gobierno español. Eso era lo que le interesaba al mundo de la propiedad intelectual en aquel momento. Ser incluido en aquella lista negra suponía un castigo simbólico para un país, que pasaba a ser observado con mayor escrutinio por las autoridades norteamericanas. Parece una tontería, pero no hay país que quiera estar ahí metido. Siendo ministra de Cultura Carmen Calvo, hubo también un momento en el que estuvieron a punto de incluir a España en la lista por el mismo asunto de piratería. La amenaza de entrada en esa lista hacía que nuestro Gobierno, los jueces, la Fiscalía y las distintas policías se tomaran este problema con mayor interés. El Gobierno de Zapatero y en particular la ministra se

movilizaron para evitar aquel castigo. Dieron razones suficientes a la embajada americana para que España no entrara en la lista especial de vigilancia del Departamento de Comercio: el Gobierno se iba a poner las pilas en la lucha contra la piratería y haría las reformas legales que le estaban siendo reclamadas por la industria desde hacía tiempo, y que se resumían en una mayor dureza en la persecución penal de aquellos delitos. Aquella iba a ser la última oportunidad que el Gobierno de Estados Unidos le daba a España. No habría otra.

Sin embargo, el Gobierno español no cumplió y las cifras de piratería en internet siguieron avanzando, ante el cabreo de los norteamericanos. Llegaron a pasar tres ministros de Cultura: Carmen Calvo, César Antonio Molina y Ángeles González-Sinde. Las reformas nunca llegaban a realizarse en los términos que Estados Unidos había solicitado. Los norteamericanos veían a los tres muy débiles e incapaces de defender la propiedad intelectual frente al avance de las nuevas tecnologías. Al final del mandato de Zapatero, ya con González-Sinde como ministra de Cultura, terminaron hartándose. Estados Unidos intensificó su presión sobre España. La MPAA tenía a uno de los suyos en lo alto del Gobierno de Estados Unidos. Joe Biden, vicepresidente tras la victoria de Obama, había mantenido desde siempre una posición muy beligerante en la defensa de los derechos de la propiedad intelectual y manifiestamente contraria a la distribución de contenidos a través de las redes P2P, ilegalizadas ya en Estados Unidos. Al menos en dos ocasiones, Biden presionó personalmente al Gobierno de Zapatero, pero las cosas seguían igual. Las relaciones entre la Administración norteamericana y la española no atravesaban sus mejores momentos, pero no solo por la cuestión de la piratería, sino por aspectos mucho más decisivos que habían hecho mella en las relaciones diplomáticas entre ambos países, como la retirada de las tropas españolas de Irak y después de Kosovo. En esos asuntos no importaba que los republicanos hubieran dejado paso a los demócratas de Obama. Por entonces seguían considerando a España un socio poco fiable, como nos había

calificado Bush en 2004, fecha en que las relaciones con nuestro país se metieron en el congelador. El contexto general de todos aquellos años hacía improbable que Estados Unidos se echara una vez más atrás. Como muchos imaginábamos, terminaría cumpliendo finalmente su amenaza. Era solo una cuestión de tiempo.

En abril de 2008, con todos los datos y opiniones sobre la mesa, decidieron ingresar finalmente a España en su lista negra comercial, en la llamada Lista Especial 301, una inclusión nefasta en términos de imagen y de relaciones diplomáticas con ese país aliado, pero que incluso, si se mantenía en el tiempo, podía dar lugar a sanciones comerciales. No era broma; los norteamericanos terminan cumpliendo lo que dicen. España era el único país europeo que estaba en esa lista negra, y aquello significaba un varapalo para nuestro Gobierno. En aquella lista permaneció durante cuatro años, hasta que en 2013, ya con el PP en el Gobierno, consiguió salir, pese a que la amenaza de regresar permanece latente.

A mediados de 2008 nos visitó en la sede de la SGAE en Madrid el embajador de España en Washington, Carlos Westendorp. El motivo de su visita era que el embajador, que se había enterado del proyecto de recintos escénicos que la SGAE estaba desplegando por España y América Latina, quería convencer a Teddy para que se involucrara en la rehabilitación de un edificio de la embajada de España en Washington que se destinaría a proyectos y eventos culturales. Se trataba del edificio de la Calle 16, que había sido en su día sede de la embajada de España. A Bautista le gustaba mucho la idea, pero los tiempos que manejaba eran muy cortos, ya que a Westendorp le quedaba poco tiempo en la embajada y quería sacar adelante aquella iniciativa, y la SGAE, por su parte, tenía poco oxígeno, con tantos edificios y obras en curso. Finalmente la SGAE no entró en el proyecto y aquel magnífico edificio alberga hoy la Casa de España en Washington, un proyecto en el que trabajaron sucesivamente dos viejos conocidos míos, los consejeros culturales Jorge Sobredo, primero, y Guillermo Corral, después, cuando este

último dejó la dirección de Política e Industrias Culturales del Ministerio de Cultura para incorporarse a la embajada española en Estados Unidos.

En aquel encuentro pude preguntar a nuestro embajador sobre el tema de la piratería y este nos confirmó lo que la MPAA nos decía: «El Gobierno americano está presionando cada vez más con el tema de la propiedad intelectual, que es uno de los que siempre llevan en su agenda de negociación» y «Las relaciones entre los dos países no pasan por su mejor momento». En 2009 me reuní en Washington con Jorge Sobredo, agregado cultural en nuestra embajada. Con Sobredo tenía una excelente relación. Me invitó a comer a uno de esos clubes de la capital americana, muy elitista, solo para socios, con viejos cuadros de cacerías, batallas navales en las paredes y grandes sillones de cuero marrón por todos lados. Se trataba del famoso Cosmos Club, en la Avenida Massachusetts, fundado en 1878 y que contaba entre sus ilustres miembros con políticos e intelectuales como Alexander Graham Bell, Theodore Roosevelt o el mismísimo Henry Kissinger. Uno de esos lugares que encantan a los políticos y funcionarios norteamericanos, pero en los que a mi parecer la comida es regular. Aunque lo que importa allí es el envoltorio. Las mesas del comedor estaban estratégicamente separadas unas de otras, a pesar de lo cual los comensales hablaban en voz muy baja. No se oía un solo ruido en aquel gran salón en el que no quedaba un asiento libre. Con Sobredo tenía una relación muy cordial. Era un hombre de la cultura. Hermano de la popular cantautora Cecilia, fallecida en 1976 en un desgraciado accidente de coche, Sobredo se sentía una persona cercana a la SGAE. Hablamos largo y tendido sobre el tema que más me interesaba: las relaciones entre España y Estados Unidos en la cuestión de la propiedad intelectual. Su respuesta ya no dejaba lugar a la duda: «Nunca han estado peor. A los americanos se les ha acabado la paciencia. No ven resultados y sienten que el Gobierno español no cumple sus promesas».

Aquellos eran los tiempos del Gobierno de Zapatero y los norteamericanos estaban muy inquietos con toda la política relativa a los derechos de propiedad intelectual y a su inefectiva defensa por las leyes, los jueces y la policía. La influencia del *lobby* de Hollywood en los gobiernos estadounidenses, tanto republicanos como demócratas, era extraordinaria. De hecho, la industria cinematográfica constituye una herramienta de primer orden en lo que el Departamento de Estado norteamericano llama su «diplomacia cultural». El cine de Hollywood, y en general la industria cultural de Estados Unidos, conforma lo que algunos han dado en llamar el *soft power* de su país. El poder para ganar las nuevas guerras ya no es tanto el duro, el *hard*, el de los tanques, los aviones y las bombas, sino el blando, el poder de la comunicación y los productos culturales estratégicamente empleados. No era extraño, por lo tanto, que tantos cables de la embajada se refirieran a la propiedad intelectual. Según aquellos documentos, los norteamericanos estaban especialmente preocupados con los temas de la lucha antipiratería y la SGAE era una de las entidades con las que mantenían una relación fluida.

Yo había entablado amistad con uno de los miembros del cuerpo diplomático estadounidense en España en los tiempos del embajador Aguirre. Durante mis años en la SGAE, mantuve numerosas reuniones en privado con mi contacto, dentro y fuera de la embajada. Era un tipo afable, aunque serio. Con su pelo corto lleno de canas, de aspecto deportivo, parecía un agente de la CIA. Y por ahí debía de andar. Le gustaban los puros y la buena comida. Siempre estaba interesado por los asuntos culturales y políticos de nuestro país, y no solo por la propiedad intelectual. En uno de mis últimos viajes a Washington, me invitó a comer en un peculiar restaurante peruano de la capital estadounidense, El Chalán, en la Avenida Pensilvania, muy cerca de su oficina y de la Casa Blanca. La cuestión del canon había pasado a preocuparles tanto como la piratería. Consideraban un gran error estratégico haber metido aquel asunto en el debate y haber presionado al Gobierno español para

que lo aprobara. Los americanos siempre se manifestaron en contra. E íntimamente relacionado con el canon estaba el tema de los teatros de la SGAE y de la implantación de aquel proyecto en Latinoamérica. Mi amigo tenía interés en conocer los detalles y la filosofía de aquel proyecto, el cual, también por razones de política internacional, desagradaba a los norteamericanos, que, cada vez más, quieren regresar a lo que consideran su *backyard*: la América de habla hispana. Cuando comía con mi amigo diplomático en la capital estadounidense todavía no se había intervenido la SGAE.

En una ocasión nos visitó en el palacio de Longoria el embajador Eduardo Aguirre, un estadounidense de origen cubano muy cercano y simpático. Se decía que era buen amigo de Bush. Se organizó una comitiva de bienvenida con algunos consejeros de la SGAE. Recuerdo que no resultó fácil encontrar a autores que quisieran asistir a un encuentro con el representante de Estados Unidos en España. Muchos de los miembros de la SGAE, la mayoría, eran personas que simpatizaban con la izquierda y, aunque no fuera así, como era lo que de ellos se esperaba, o eso creían, los representantes del mundo cultural nunca querían aparecer vinculados a la derecha. Y, claro está, para ellos la embajada de Estados Unidos en Madrid representaba a los halcones de la guerra de Irak y de la foto de las Azores. Los americanos tampoco debían de fiarse demasiado de la SGAE por las mismas razones. Dado el contexto, la desconfianza mutua sobrevoló inevitablemente aquel encuentro.

La reunión en la SGAE con el embajador Aguirre tuvo lugar en la sala Valle- Inclán, la sala del Consejo, una bonita muestra del arte modernista. Como los presentes éramos unos veinte, se conectó el equipo de sonido para hacer más audibles los parlamentos. El equipo de Aguirre debió de pensar que aquella reunión se podría estar grabando y cada vez que hablaba el embajador, alguno de sus acompañantes debía apretar un inhibidor de frecuencias o algo así. Lo cierto es que en aquellos momentos las palabras del diplomático se acompañaban de un agudo pitido que salía de los altavoces.

Aquel era el sistema que habitualmente se empleaba en las reuniones en esa sala y nunca había visto que fallara. Y creo que en realidad no falló. Uno de los acompañantes del embajador, también de pelo muy corto, como corresponde, tenía en todo momento un brazo escondido bajo la mesa mientras miraba con aparente despiste hacia las desnudas paredes de pálido amarillo que tenía frente a él. Cada vez que sonaba aquel ruido tan desagradable, el funcionario estadounidense ponía cara de «a mí no me miren», esa cara que solo saben poner los americanos.

21

¿AMIGOS EN LA POLÍTICA?

No era casual que me detuviesen un viernes. Como tampoco que apuraran para que el interrogatorio durara hasta el mediodía. Bueno, no el interrogatorio, pero sí mi presencia en las dependencias policiales. Con ello conseguían dos cosas: que yo no pasara a disposición judicial hasta el lunes, con todo el fin de semana para crucificarme en los medios, y, por otro lado, que me machacaran en el telediario de las tres de aquel mismo viernes. Cuando golpeas mucho a alguien, tiende a ablandarse. Ellos lo saben bien y lo ponen en práctica. Por eso habían procedido a mi detención, incluso sin tener la preceptiva orden judicial. El hecho de ser detenido constituye un castigo añadido, algo que refuerza la imputación delictiva a los ojos de la opinión pública. Si querían imputarme algún delito bastaba con que me hubieran llamado a declarar. Pero no, tenían que detenerme. Además, la detención hacía que ni mi abogado ni yo tuviéramos antes del interrogatorio acceso a lo actuado, es decir, a las diligencias de investigación previas, por lo que nuestra ceguera a la hora de responder a sus preguntas sería total. Tuve que declarar sin que mi abogado pudiera darme ni un solo consejo. Así son las cosas. Todo sucede por algo.

Mientras terminaban de interrogarme ya estaban sacando la nota de prensa y enviándosela a todos los medios de comunicación. Todavía ni había salido de la Comandancia. Mi familia se enteró por la radio y por internet de que había sido detenido; se llevaron un susto de muerte. Cuando se lo proponen, nuestros agentes saben emplear la parafernalia necesaria para salir en la tele. Lo podemos

comprobar todos los días. Esa lección la han aprendido no hace mucho, pero la han aprendido muy bien. Ahora, para ellos, figurar en los medios es algo prioritario. Lo malo es que no siempre lo hacen cuando son los verdaderos intereses generales de un país los que están en riesgo, sino con chismes. Como con esto de las putas.

Cuando llegas a unas dependencias policiales en calidad de detenido se pone en marcha toda la maquinaria administrativa y simbólica que ejemplifica la fuerza penal. Depositas lo que llevas en los bolsillos en una caja, mientras lo revisan todo y dejan constancia documental de ello. Tabaco, llaves, teléfono y mi pequeña Moleskine negra llena de anotaciones. No solo te hacen entregar los tirantes, sino que también te quitan los cordones de los zapatos para que no te cuelgues en algún descuido. Pero ¿se puede alguien colgar con los cordones de unos zapatos, por muy Allen Edmonds que sean?

A continuación, te hacen las fotos para la ficha y te toman las huellas dactilares. En ese momento ya estás fichado, o lo que es lo mismo: definitivamente jodido. Sabes con certeza que has entrado en el sorprendente mundo de los imputados. Cuando pides ir al lavabo, te acompaña un guardia hasta el mismo retrete. Mientras te bajas la cremallera se queda plantado junto a ti y no da un solo paso hasta que te la subes. «Es el protocolo», te dice. En ese momento, con ese ritual lleno de gestos y de símbolos, ya estás acojonado, y eso que todavía no ha comenzado el interrogatorio. Un agente llega desde el fondo con mi pequeña Moleskine negra. En ella hay anotaciones de diversa índole. El nombre de algún político amigo. Tareas por hacer. Un par de ideas. Algún teléfono escrito en una reciente reunión. Algo de lo anotado les ha llamado la atención.

—¿Qué significan estas iniciales? —preguntó un agente señalando con su índice a un lugar de la página en el que podía leerse «GC».

—Guardia Civil, supongo —contesté directamente.

Es entonces cuando el agente con la cara más simpática te pregunta si te apetece fumar y te saca al patio. Te dice algunas buenas palabras: «no te preocupes», «esto va a ser breve»,

«tranquilo», «qué mala suerte has tenido», «hay algunos cabrones que te quieren hacer daño, ya sabes, la gente escurre el bulto, tú tranquilo», y otras cosas por el estilo.

Conocía a aquel agente. Cuando unos meses antes de aquello había declarado como testigo por el caso SGAE, al poco de ser detenidos el presidente y el director general junto con otros miembros de la empresa, él era uno de los dos que me hacían las preguntas. Al terminar mi declaración, mientras bajábamos las escaleras y me acompañaba a la calle, me espetó:

—¿Así que tienes amigos en la política?

«Amigos» y «política» son dos términos que nunca pueden ir unidos. Pero sí, mantenía desde siempre buena relación tanto con miembros del PP como del PSOE. Más recientemente, ya abandonada la SGAE, asesoraba de vez en cuando al Grupo Parlamentario Popular en temas de cultura y propiedad intelectual. Mantenía desde hacía años una relación de amistad con José María Lassalle y, aunque menos intensa, también con Soraya Sáenz de Santamaría, a quien desde que fue nombrada portavoz parlamentaria del PP había tratado incluso en una reunión privada en su propia casa en la que asimismo estuvo presente su padrino político, Paco Villar.

Soraya había sido nombrada por Rajoy, en marzo de 2008, portavoz de su grupo parlamentario en sustitución de Eduardo Zaplana, un hombre de Aznar, y en contra de la vieja guardia de su propio partido. Ella no tenía aún la suficiente experiencia en librar batallas en las que los enemigos estaban por todos lados y necesitaba que alguien de confianza le diera algunos consejos sobre comunicación o gestión de crisis. La vida de aquella joven Soraya iba a cambiar de manera radical, hasta extremos de los que ella misma no era todavía consciente. Quienes estaban cerca de Soraya, como Lassalle, se encontraban muy solos. Habían pasado a ser no ya adversarios, sino enemigos directos de un grupo de políticos de su partido a los que no les gustaba nada que aquellos jóvenes empezaran a acumular poder. Aquel grupo de políticos cercanos a

Rajoy, entre los que estaban Soraya, Lassalle, Alonso o Báñez, no confiaban en ese momento en casi nadie de la vieja guardia de su partido.

Aquella tarde de domingo llegué lleno de curiosidad a la casa de la recién nombrada portavoz del PP en el Congreso de los Diputados. Era un adosado en una colonia de chalés de una tranquila zona de Madrid. Llamé al timbre y aquella chica bajita, desconocedora de todo el poder que llegaría a tener años más tarde, me abrió la puerta sonriente. Al entrar en la vivienda, Lassalle salió a recibirme. Me acompañaron al salón, un espacio con muy pocos muebles en el que predominaba el color blanco, y allí estaba sentado Paco Villar. Yo no sabía que él estaría con nosotros y me sentí algo intimidado. Me explicaron cómo estaban las cosas y lo que podía necesitar la nueva portavoz. Soraya apenas habló, lo hizo sobre todo Villar. Les ofrecí algunos consejos sobre cómo encarar su nueva posición, desde la experiencia que yo había podido acumular en la SGAE, porque de ser criticado en los medios y de librar batallas algo sabía. Como también de tener enemigos por todos lados. Al final, la vida en la SGAE se parecía bastante a la guerra política. Supongo que no les ayudé demasiado. Me limité a apuntarle algunos detalles sobre cómo podría afrontar su nueva posición, sobre la importancia de gestionar correctamente la agenda —a lo que Villar comentó «¡eso, eso!», dando a entender que aquel era un punto flaco de la diputada, como de cualquiera que empieza y quiere abarcarlo todo— y, muy particularmente, sobre lo cruciales que serían todas sus apariciones en medios. Debía cuidarlas mucho si quería legitimarse y ganar en credibilidad. Le recomendé que hiciera un profundo trabajo para su formación como portavoz, como hacen las empresas de primer nivel. Creo que hizo esa tarea, no porque yo se lo dijera, sino porque es una mujer enormemente intuitiva. Y que la hizo bien. Muy pronto empezaron a verse los resultados. En las semanas siguientes, le hice llegar algún mensaje sobre lo mucho que la veía mejorar en sus intervenciones públicas. Lo creía de veras. La reunión en su casa duró una hora. Al concluir, Soraya me presentó a su marido y, tras

ello, me acompañó hasta la puerta dándome las gracias. Ni ella —la número dos a partir de entonces del PP—, ni su marido, ni la decoración de su hogar eran lo que uno imagina de un líder de la derecha española. Eran personas normales, sencillas, en una casa sin pretensiones. Y yo, como ciudadano, solo podía alegrarme de que así fuera.

Poco después de aquella reunión en su casa volví a ver a Soraya Sáenz de Santamaría durante el congreso del PP en Valencia. Nos saludamos brevemente. Simpática y sonriente, como siempre, me dio dos besos y me dijo: «Muchas gracias por todo». El congreso resultó una guerra civil en toda regla. En los meses anteriores se había lanzado una operación contra Rajoy para desbancarle de la presidencia. Los políticos que estaban en su equipo eran vistos como unos esnobs tecnicistas, unos progres encubiertos, unos acomplejados que no se sentían lo suficientemente orgullosos de ser de derechas; que no tenían, en definitiva, «lo que hay que tener». En realidad, aquellos jóvenes políticos del PP no eran lo que se puede llamar «de derechas de toda la vida». Rajoy había ido apartando poco a poco a los hombres más cercanos a Aznar, como Zaplana o Acebes, entre otros. Allí empezó a fraguarse el poder de un grupo de jóvenes moderados, con buena formación académica y con maneras muy diferentes a las que había tenido la derecha siempre. Era el grupo que luego la prensa, con el PP ya en el Gobierno de España, denominó «los Sorayos». Unos chicos que constantemente han tenido más enemigos dentro que fuera del partido.

Paco Villar falleció el 27 de octubre de 2011, veinte días después de mi detención y antes de la victoria de su amigo Mariano Rajoy en las elecciones generales, el 20 de noviembre. Me puedo imaginar lo solos —quizá incluso huérfanos— que debieron de sentirse en aquel momento Soraya Sáenz de Santamaría y el resto de aquellos jóvenes diputados que, muy poco después, empezarían a conocer la selva inclemente que rodea al verdadero poder.

Tras fumar el relajado cigarro con el que se tiene la sola intención de distender al reo (ya saben eso de la estrategia miedo-confianza), entramos nuevamente a las dependencias para acceder a la sala de interrogatorio. La habitación era pequeña, sin ningún adorno; las paredes amarilleadas, como casi todo allí dentro; unas sillas viejas e incómodas; una mesa y un alférez entrado en años con gesto aburrido y cansado que comienza a preguntar. Junto a él, de pie, el joven capitán que había dirigido, en la parte técnica, la operación contra mí. A su izquierda se encontraba uno de los agentes que me habían detenido en la calle, el del maletín estrecho y anticuado. Todos ellos vestían de paisano, como acostumbran los agentes de la UCO.

Cuando al salir de la Comandancia de Tres Cantos nos dirigimos al coche de Jacobo, mi abogado, el alférez que había participado más directamente en mi interrogatorio venía a nuestro lado.

—No hay derecho con lo que hacéis —le dije enfadado ya en la calle.

—Sí, pero tú ganas un buen sueldo y nosotros ganamos una mierda.

Con un par. Como si tener un buen salario fuera un delito. Estos tíos siempre te sacan el asunto de su bajo sueldo, de su abnegada entrega, de lo que sufren por la falta de medios y todo lo demás. Y con eso pretenden justificar casi todo. Así son.

El interrogatorio versó esencialmente sobre los locales de alterne, pero entre col y col, mortadela.

—¿Conoce usted la existencia de un informe secreto? —preguntó el interrogador principal, el alférez, que no parecía haber dormido bien aquel día.

Otra vez el maldito informe, el mismo que había sacado a relucir el agente-periodista días antes y que la revista *Interviú* había mencionado en un reportaje unos días después de la intervención de la SGAE. ¿Era yo el exdirectivo que según la revista tenía el informe de marras? ¿Quién y por qué había filtrado la existencia de ese informe? Creo que ellos estaban convencidos de que yo lo tenía.

Pero el supuesto informe, aunque pueda tenerlo alguien, que lo desconozco, no era más que una percha para justificar internamente una operación cuyo fin último era el descrédito personal de quien no se avenía a «colaborar».

En relación con las casas de lenocinio, manifesté que yo no tenía por qué revelar con quién comía, desayunaba o cenaba, que eso era parte de mi trabajo, y que si había estado en alguno de esos lugares a nadie le importaba. Sobre el uso de la tarjeta expuse que todos mis gastos habían sido aprobados por mi presidente, la única persona a la que yo reportaba, y que mi trabajo había sido aplaudido por los órganos de dirección, técnicos y políticos, de la SGAE, tanto por mi esfuerzo como por los resultados cosechados. Por lo demás, mi trabajo era el de desayunar, comer y cenar todos los días con gente. Así estaba yo, desgraciadamente, de gordo entonces. Y claro, también de tomar copas, como los mismos que me interrogaban debían de conocer.

El asunto de fondo, el que importaba de verdad, nunca han sido los supuestos gastos en prostitución, por muy «de lujo» que pudieran ser. El tema era otro. U otros. Buscaban algo: una declaración que les interesara, que callara alguna cosa que creían amenazante para alguien importante o, al revés, que mi testimonio pudiera servir para atacar a terceras personas a quienes alguien quería perjudicar. Las putas eran la percha de la que colgar el miedo necesario para presionar a alguien hasta romperlo o anularlo civilmente.

Cuando sales de un interrogatorio así después de una detención en plena vía pública por unos hechos ocurridos tres años atrás, estás totalmente grogui. ¿Era necesario que me detuvieran en la calle como sucede con quien ha cometido un delito flagrante o con aquel que constituye algún peligro para la seguridad? ¿Era legal que me detuvieran —como hicieron— sin una orden del juez que llevaba el caso SGAE? Con ello, desde luego, buscaban dos cosas: que yo no tuviera acceso a lo actuado antes de mi declaración —con lo que se me generaba indefensión— y que en los medios se dijera que había

sido «detenido», con toda la carga de destrucción para una persona que lleva consigo una detención televisada. Pasar por aquello es como recibir una paliza psicológica; sientes que te han jodido la vida, que te han dejado sin futuro, y te ves inerme ante la maquinaria penal y televisiva que en todo su esplendor se cierne sobre ti. En ese momento ya nadie te apoya. Pasas a ser un apestado. Todo tu mundo se desmorona. De repente te asaltan muchas preguntas: ¿y yo para qué coño me doctoré en Derecho? ¿Por qué fui profesor de Derecho Constitucional durante más de una década? ¿Por qué me he dedicado a trabajar como un condenado durante tanto tiempo? ¿Cómo he podido comer y cenar tantas veces con personas que no me interesan lo más mínimo? ¿Cómo se me ocurrió ir aquella primera vez a un prostíbulo? ¿Cómo puedo ser tan gilipollas?

Todos los diarios de internet, las radios y las televisiones estaban informando profusamente sobre mi detención en el mismo instante de mi salida de la Comandancia. Eran las 14.15 y tenían que llegar a los telediarios. El gabinete de prensa de la UCO, tan activo últimamente como sus agentes, se había apresurado a lanzar la nota de prensa *ad hoc* con su gran triunfo: habían detenido con toda la trompetería a un completo desconocido de la SGAE, a su director de relaciones institucionales, por un tema de tarjetas y putas. «De lujo», eso sí. Ya tenían su medalla.

En el coche, descompuesto, pensaba en todo lo que se me vendría encima; en que ya no podría trabajar en la nueva empresa que acababa de contratarme ese mismo día, que tendría que dimitir antes de haber incluso empezado, que la vida se me complicaría hasta el extremo, que lo perdería todo expulsado del mundo como cuando de niños nos echaban de clase.

—Pedro, sal al pasillo y reflexiona. A ver si te portas bien.

Nunca sabes lo fuerte que eres hasta que ser fuerte es la única opción que te queda, me dije al abrazar a mis padres, todavía con los cordones de los zapatos en el bolsillo de la chaqueta de uno de los últimos trajes que me había hecho a medida.

La lucha, la de verdad, la de la vida, acababa de comenzar.

TERCERA PARTE

22

LAS HOGUERAS DE LA NUEVA INQUISICIÓN

Un imputado se convierte inevitablemente en un ente radiactivo. Cuando te detienen, cuando arrastran tu nombre y tu imagen por la prensa y los telediarios, cuando en todas las redes sociales se divulga a bombo y platillo que has sido arrestado y cualquiera, sin conocerte, puede atacarte sin compasión, caes en un estado de toxicidad que inunda eso que llamamos «reputación» y que, de tan maltratada, deja de tener valor alguno. Mi detención, además, tenía ese turbio componente de las prostitutas, lo que acrecentaba el morbo y permitía que una persona desconocida ocupara la atención de los medios y de las redes. Me habían revolcado por el fango y de allí solo podía salir como un apestado.

Al ser viernes a mediodía, no me pusieron inmediatamente a disposición judicial. No podría declarar ante el juez hasta el lunes siguiente. Esa maniobra tampoco era casual. Yo no parecía un peligroso delincuente y la detención se podría haber realizado en cualquier otro momento. Sea como fuere, no había cometido un delito flagrante. Los hechos por los que me detenían habían ocurrido hacía más tres años. Y tampoco es que yo pareciera un peligroso terrorista. Ni había riesgo de destrucción de pruebas, pues ya tenían los recibos de los pagos de la tarjeta. Lo cierto es que aquella detención nunca debió haberse producido. No había ni tan siquiera una orden judicial para realizarla, como hubiera sido preceptivo. Podrían sencillamente haberme citado a declarar, imputándome

después —si había lugar a ello— lo que hubiesen considerado. Pero no. Había que detenerme para hacerme el mayor daño posible. Y lo consiguieron.

Seguramente, el operativo se había montado ese día y en esas circunstancias para hacerlo coincidir con los telediarios del viernes —de los que beben los del sábado y los del domingo—, con un larguísimo fin de semana de por medio y sin poder declarar ante su señoría. Un fin de semana en el que una jauría de medios y de internautas podría despellejarme vivo en el papel, en las ondas y en las redes. Así que el lunes siguiente tendría que declarar ante el juez con mi reputación hecha ya trizas, después de todos los titulares, los artículos, los telediarios y los innumerables insultos proferidos desde los altavoces de Facebook o Twitter. Un fin de semana en el que las distintas hogueras inquisitoriales se irían retroalimentando con espectacular eficacia. Todos necesitamos a alguien en quien pensar para no tener que ocuparnos de nosotros mismos. Por unos días, yo fui uno de esos «alguien». Condenado en internet de manera sumaria, sin posibilidad alguna de defensa.

Mi detención había acaparado mucha más atención de la que merecía mi anónima persona por una doble razón. Aquello servía para poner a la SGAE de nuevo en el foco, después de meses de silencio en lo relativo al proceso en el que Bautista y otros directivos se hallaban imputados. Una SGAE que seguía aún entonces concitando los odios de la sociedad por el eco que dejó su protagonismo pasado. Pero, además, mi asunto tenía un segundo elemento para captar la atención. Había sexo. Putas y champán. Y eso, qué duda cabe, posiciona un tema en los medios de manera mucho más certera y rápida. Como en efecto sucedió. Durante el fin de semana, en los medios y en las redes sociales se hicieron todo tipo de comentarios insultantes sobre mi persona. Cuando te acusan de haber pagado en prostíbulos con la tarjeta de la empresa sientes que la radiactividad inunda todo tu cuerpo, pues observas que casi nadie desea estar cerca de ti, ni tan siquiera aquellos con los que compartiste alguna copa en los lupanares de marras. Aquellos

mucho menos. Las actitudes inquisitoriales persisten en el subconsciente colectivo de la psicogeografía española y llegan a despertar un odio atávico. Cuando a las diez de la mañana del lunes acudiera a declarar ante el juez Ruz, lo haría después de haber sido arrastrado por el fango durante todo un fin de semana, y ya como un apestado.

Y como un apestado tendría que acostumbrarme a vivir durante los años siguientes. Con aquella detención se iniciaría un larguísimo proceso penal y la peor etapa de mi vida. Estar inmerso en un procedimiento penal es como tener una enfermedad para la que no se conoce cura. Si quieres mantenerte vivo hace falta tener mucho coraje y enormes dosis de fe. La justicia en España funciona con tal lentitud que cualquier imputado, en el momento de serlo, entra en un estado de hibernación aparentemente eterno. Con el agravante de que antes de que ingreses en prisión para cumplir condena, antes incluso de que se haya hecho pública la sentencia, ya habrás penado de muy distintas formas: la pena del telediario, el duro reproche social, la pérdida de tu empleo y de cualquier forma de salir adelante, y el implacable castigo de las hogueras digitales, siempre encendidas. Un castigo tan enorme, tan desproporcionado, una tortura psicológica tan sutil y eficaz, que lo más difícil es que llegues vivo, con alguna pizca de dignidad, al momento de tener que atravesar las puertas de entrada a la prisión. La última y quién sabe si definitiva condena.

El largo proceso hace que, poco a poco, lo vayas perdiendo todo. Primero, la reputación. Inmediatamente después, tu trabajo. Seguidamente, tu patrimonio. Y así hasta perder el futuro. Tu vida queda durante un largo periodo entre paréntesis. Eso es lo peor, pues estamos socialmente programados para pensar en el futuro, en lo que vendrá. ¿Cómo puedes vivir el presente si no puedes hacer planes para mañana? Con esa incertidumbre, con esa agonía, pasas uno, dos, tres y hasta cuatro larguísimos años. Cuando llega el día de entrar en la cárcel ya no te queda nada.

Aunque una persona haya podido cometer un delito, eso no nos permite conocerla mejor. Una cosa es el delito cometido y otra muy distinta la persona en cuestión. Al igual que una persona enferma no es su enfermedad, un imputado no es su presunto delito. Como tampoco somos lo que de nosotros pueda decirse. Pero lo cierto, lo que he podido comprobar, es que muchos de los que nos rodean cambian su percepción sobre nosotros, hasta el punto, incluso, de que uno llega a cambiar su percepción sobre sí mismo. En ocasiones, llevado por la inercia, me he conformado una idea de mi vida modificada por la imagen que de ella se hacía la gente. Una imagen construida mediante los odiosos juicios en bloque. No era ya que los demás me vieran como un apestado: es que yo mismo me he llegado a sentir como un apestado. Fabricarse de tal modo esa idea de uno mismo no puede tener otro destino que terminar causándote mucho daño. Se convierte, de hecho, en una eficaz fuente de autodestrucción. La máquina del fango busca destrozarte, pero solo lo pueden conseguir si uno les ayuda. Me ha costado mucho tiempo entender que yo no era aquel. O que no era aquel solamente.

23

LOS PRIMEROS DÍAS

Cuando salí de la Comandancia de la Guardia Civil, después de pasar unas horas detenido, decidí refugiarme en mi familia. Pasé un fin de semana de lo más movido, subiendo y bajando sin descanso por la montaña rusa de las emociones. Tras el *shock* inicial, sobreviene la rabia. Detrás de la ira, aparece la serenidad. La conciencia tranquila, las ganas de defenderte, incluso de atacar. No sé de dónde sale tanta fuerza, pero sale. «Nunca sabes lo fuerte que eres hasta que ser fuerte es la única opción que te queda» es uno de mis lemas. Yo no me iba a rendir. No obstante, debo reconocer que hay quizá una parte impostada en esa reivindicación de uno mismo. No quieres que los que te rodean sufran más de la cuenta, y para ello resulta necesario que te vean entero. Todo momento tiene su deber inmediato. El mío, en aquel preciso minuto, era el de defender lo poco que me quedaba: mi dignidad.

El mismo viernes por la tarde comencé a recibir llamadas. En unas circunstancias como esas, uno debe estar preparado para las sorpresas, y la primera de ellas es la de quienes se acuerdan de ti. También la de quienes no se acuerdan. Aquel fin de semana empecé a descubrir algo que en los años siguientes he podido confirmar, y que ha resultado ser uno de los grandes aprendizajes de mi vida: hay muy pocas personas a las que les importamos de verdad. La palabra *amigo* se utiliza con demasiada facilidad, de una manera algo frívola. Lo que consideramos «amistad» se ha llegado a convertir en algo banal, fatuo y prescindible. Quizá a los amigos, a los de verdad, deberíamos llamarlos «hermanos».

Cuando atraviesas por dificultades en la vida, todo tu *software* comienza a reconfigurarse; tu modo de ver el mundo, tus prioridades, empiezan a cambiar lentamente. Comienzas a darle importancia a cosas pequeñas en las que antes no reparabas. Y una de esas cosas es el valor de la amistad, la de verdad. Cuando tu mundo se tambalea, te das cuenta de que el mapa de relaciones con el que te has movido por la selva de la vida durante tantos años ya no te sirve. Eso lo compruebas enseguida.

Durante aquellos días de encierro en casa recibí numerosas llamadas, pero no puedo recordar a más de dos o tres amigos que me hablaron con sinceridad, haciendo las preguntas que uno anhela: «¿Cómo estás?». «¿Te puedo ayudar en algo?» Uno llega a echar mucho de menos estas simples preguntas cuando se halla ante dificultades. Muchas de las llamadas que atendí eran claramente para satisfacer la curiosidad más insana, para hacer preguntas que no son las que necesita escuchar una persona que está sufriendo. He llegado a desarrollar un sentido que ahora me resulta muy útil: el de saber si las palabras que escucho brotan o no del corazón.

También me telefonearon algunas personas del entorno profesional, personas que había conocido durante mis años en la SGAE o después, tras mi regreso de Estados Unidos. Algunas de esas llamadas me sorprendieron por la relevancia de quienes las efectuaban. Por ejemplo, la del presidente de la primera agencia de noticias del país, Álex Grijelmo, que había sido jefe de mi padre y con el que yo mantenía una buena relación. Grijelmo me ofrecía que la Agencia EFE me hiciese una entrevista y recogiera mi versión de lo acontecido. Por su tono y por sus palabras, estoy convencido de que no buscaba el interés periodístico, sino sencillamente ayudarme. Tenderme una mano. Se lo agradecí, pero no estaba seguro en aquel momento de que aquella fuera la mejor opción, sobre todo teniendo en cuenta que mi padre había trabajado en aquella agencia durante más de quince años.

También recibí la llamada del presidente de una gran multinacional española con el que había tenido alguna relación profesional, aunque nada intensa, más bien superficial. También sus palabras las recibí con alegría y me parecían sinceras: «Pedro, no dejes de luchar y de defenderte. Es muy fácil juzgar a los demás. Me puedo imaginar por lo que estás pasando. Mucho ánimo».

Pero la llamada que más me sorprendió, y la que más agradecí, fue la de un prestigioso periodista con el que en los últimos años había mantenido una buena relación profesional. Cuando vi en mi teléfono móvil que José Antonio Zarzalejos me estaba llamando, recibí una importante dosis de energía para levantarme tras aquel golpe. Sinceramente, no me lo esperaba. Y así se lo dije. Las personas que en momentos como aquellos menos esperas que te llamen son quienes tienen alguna relevancia social o que, de una u otra forma, son parte del *establishment*. Pero Zarzalejos sabía muy bien lo que era sufrir un ataque; lo había vivido en sus propias carnes algunos años antes, cuando padeció un despiadado acoso y derribo desde algunos sectores del poder político hasta que consiguieron echarle de la dirección del diario *ABC*. José Antonio es un hombre de una honestidad personal e intelectual intachable, por lo que su llamada significaba para mí un balón de oxígeno moral, justo lo que en aquella tesitura uno necesita para respirar. Zarzalejos no indagó lo más mínimo en el caso ni en sus detalles. Sencillamente se interesó por cómo me sentía y trató de animarme. Sus palabras significaron mucho para mí.

—Pedro, aunque imagino que ahora mismo nos estarán grabando he querido llamarte. Sé por experiencia que en los momentos difíciles muchos de los que se dicen nuestros amigos desaparecen. Quiero darte ánimos. Siento mucho que estés pasando por esto. Si me necesitas para algo me tienes a tu disposición.

—Gracias, José Antonio.

—¿Te ha llamado nuestro amigo común? —me preguntó refiriéndose a un político con el que los dos manteníamos buena relación.

—No me ha llamado, pero tampoco lo espero.

—Cuídate mucho, y si me necesitas ya sabes dónde estoy. Una última cosa: no me creo nada de lo que se te imputa.

Aquellas palabras, viniendo de un experimentado periodista, amenazado por ETA y buen conocedor del poder y de sus alcantarillas, tuvieron mucha importancia para mí. Me sentía apoyado, aunque fuera solo por unos pocos.

Aquel mismo viernes a última hora de la tarde me telefoneó también Miguel Pérez Solís, el abogado amigo de Teddy Bautista que había trabajado con nosotros durante algún tiempo y con el que yo había trabado buena amistad. Miguel fue la única persona del entorno de la SGAE que me llamó en aquellos primeros días. Estaba absolutamente sorprendido por lo que había escuchado en los medios. No daba crédito.

—Pero, Pedro, ¿cómo puede ser? Tienes todos los justificantes de estos gastos, ¿verdad?

—Bueno, los justificantes no los tengo, los tiene la Guardia Civil. Lo que yo tengo es la conciencia tranquila. Todos mis gastos eran conocidos por la SGAE y habían sido aprobados por quien debía hacerlo.

En aquellas primeras cuarenta y ocho horas, esas fueron las únicas llamadas del entorno profesional que recibí. Ninguna más. Supongo que el resto de las personas cuyas llamadas podía esperar estaban sencilla y comprensiblemente acojonadas. Unos por unas razones y otros por otras.

La más acojonada de todas era precisamente la gente de la SGAE. Acojonada y mezquina. Aquel mismo día, sin haber cruzado conmigo ni dos palabras, la dirección de la SGAE hizo público un «comunicado sobre Don Pedro Farré López» que difundió con sospechosa prisa a todos los medios de comunicación:

> Ante la noticia aparecida hoy en los medios de comunicación sobre Don Pedro Farré López, antiguo jefe de Gabinete de Eduardo Bautista, la SGAE quiere manifestar lo siguiente:

1. A raíz de unas informaciones facilitadas por el Grupo Intereconomía, la actual dirección de la SGAE inició días atrás una investigación interna para esclarecer los hechos que afectan a Don Pedro Farré.
2. La investigación ha detectado indicios de que Don Pedro Farré presentó conceptos falsos en la justificación de sus gastos —como seminarios, operaciones antipiratería o gestiones con terceros— para ocultar el verdadero destino de los fondos de la entidad.
3. Por estos motivos, la SGAE ya lo ha denunciado ante la justicia en reclamación de las responsabilidades en las que, en todo caso, hubiera incurrido.
4. En este sentido, puso en conocimiento de la Guardia Civil toda la información relativa al presunto uso fraudulento de la tarjeta corporativa por Don Pedro Farré, para que lo trasladara a la Audiencia Nacional.
5. Además, la entidad ha prohibido con carácter inmediato la contratación de cualquier tipo de servicios de consultoría con Don Pedro Farré.
6. Don Pedro Farré fue jefe de Gabinete del presidente del Consejo de Dirección, Eduardo Bautista, entre 2004 y el 7 de mayo de 2009.
7. Por último, la actual dirección de la SGAE quiere agradecer al Grupo Intereconomía y, en concreto, a su periodista José Luis Cervero, el trabajo de investigación realizado, que sin duda servirá para esclarecer unos hechos que, de confirmarse, son completamente reprobables y perjudican el óptimo funcionamiento de esta entidad como sociedad de gestión al servicio de los creadores.

El comunicado estaba inundado de mezquindad. Y también de alguna mentira, como el cargo que me atribuían en su escrito. Como puede fácilmente comprobarse, yo nunca he sido «el jefe de gabinete de Eduardo Bautista», como ellos afirmaban, sino el director de relaciones institucionales de la SGAE. Las personas que estaban al frente de la entidad en aquellos días tenían mucho interés en vincularme al señor Bautista, o en vincularlo a él conmigo. Omitía el texto, además, mi etapa como director antipiratería de la entidad, de 2002 a 2004. Se olvidaba de aquellos años tan significativos de mi trabajo en la SGAE. ¿Por qué lo hacían? No creo en las casualidades. Mis antiguos compañeros, las personas del departamento de comunicación que habían redactado ese texto, y que yo mismo había dirigido durante años, no solo mentían sobre mis verdaderas funciones cuando trabajaba allí, sino que se

olvidaban por entero de la presunción de inocencia que me asistía constitucionalmente. Decían haber prohibido con carácter inmediato la contratación de mis servicios, reconociendo así, implícitamente, que yo había recibido encargos de asesoría desde la alta dirección de la empresa, con lo que era evidente que confiaban en mi labor. Concretamente, había recibido diversos encargos profesionales de los dos hombres fuertes de la entidad: Pablo Hernández y Paco Galindo, justamente las personas que una vez defenestrado Bautista habían cogido las riendas. Está claro que fue un error mayúsculo por mi parte haber vuelto a entrar en contacto con mi antigua empresa y mucho mayor haberles hecho trabajos de consultoría, antes y después de la intervención judicial. No descarto que aquello fuera el detonante de todo lo que me pasó después. Alguien pudo ponerse nervioso.

El comunicado concluía de la manera más cómica. La SGAE felicitaba al Grupo Intereconomía y al agente-periodista por el «trabajo de investigación realizado». ¿Trabajo de investigación? Los recibos con aquellos gastos en prostíbulos únicamente se los podía haber dado alguien de dentro de la SGAE o de la propia Guardia Civil. ¿Dónde estaba la investigación? Pero lo más curioso de todo es que la SGAE felicitara a uno de los medios de comunicación que más había insultado a los autores y a la SGAE durante años: Intereconomía. Solo recuerdo a una persona que mantuviera buena relación en la casa con aquella cadena: Antonio Alférez, el director de comunicación de la SGAE durante muchos años.

Aquel comunicado desprendía un olor apestoso, aquel que expele la mezcla de maldad y miedo. La SGAE se había apuntado velozmente a hacer de tonto útil, prestando así un servicio impagable —o no tanto— a quienes habían orquestado aquella operación. Mentiría si dijera que aquel comunicado me sorprendió. No lo hizo. Primero, porque espero cualquier cosa de lo que pueda fabricarse entre los muros del palacio de Longoria. Y segundo, porque una de las ventajas de mi situación es que ya nada puede sorprender.

La tarde de mi primer día de calvario concluyó con dos conversaciones con sendas periodistas: Susana Gaviña, de *ABC*, y Eva Lamarca, de *Vanity Fair*. Fueron las dos únicas llamadas de medios de comunicación a las que atendí. Alguien me informó de que ambas periodistas entendían que mi detención, y lo que la había rodeado, así como el contexto en el que se producía, les resultaba extraño, y que por ello ofrecerían una versión poniendo en duda la vertida oficialmente. A ambas les conté cómo se había producido mi arresto, lo que había sucedido en las semanas previas y todas las circunstancias extrañas que rodeaban el caso. En particular, me interesaba que se conociera el papel de aquel inquietante sujeto, el agente-periodista, del que ningún medio había hablado, ya que todos tenían como única fuente —como suele ocurrir en los primeros momentos de un asunto así— la nota de prensa de la policía y las conversaciones que los periodistas tienen con los agentes con los que mantienen relación y a los que, por lo común, se les otorga una presunción de veracidad muy superior a la del resto de los mortales. He podido comprobar en estos últimos años que son muy pocos los periodistas que leen con espíritu crítico las notas emitidas por las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y que, por lo tanto, no interpretan sus silencios, sus errores o sus deliberadas falsedades. Son incluso muchos menos los que contextualizan sus actuaciones y tratan de descubrir las verdaderas razones que las mueven.

En aquellas dos periodistas sí pude percibir inmediatamente sentido crítico y sospechas sobre mi detención, por lo que no me arrepiento de haber hablado con ellas. Tras condenarme en todos los telediarios, que con su habitual urgencia vomitan lo que les llega si puede resultar impactante para la audiencia, yo necesitaba defender mi maltrecha reputación, aunque era muy consciente de las dificultades que iba a entrañar aquella tarea. Los que querían echar basura sobre mí parecían ser unos cuantos, disponían de más recursos que yo y, sobre todo, daba la sensación de que tenían cercanía, unos directa y otros indirecta, con algún tipo de poder.

El sábado, tras dormir con dificultades, me levanté lleno de fuerza con el único objetivo en mi cabeza de defenderme con coraje. Hablé con mi abogado para mantener una reunión en su despacho. Los abogados penalistas son muy parcos por teléfono y sospechan —sus razones tendrán— que sus conversaciones pueden estar siendo grabadas. Supongo que «las razones de Estado» resultan ser un cajón en el que caben muchas cosas y ellos, que a menudo defienden asuntos controvertidos en lo político, prefieren cubrirse las espaldas y ser prudentes. He comprobado, incluso, que algunos, en ocasiones, dicen cosas para despistar a los que, precisamente, puedan estar escuchando. Lo importante en los primeros momentos de un caso penal es que la estrategia de defensa no se filtre o, hilando fino, confundir sobre la misma al «enemigo» de forma deliberada. Tal y como había quedado con mi abogado tras ser detenido, yo debía tener en los días siguientes mucho cuidado con lo que decía por teléfono y asegurarme de que no me seguían en ninguno de mis movimientos. Lo importante siempre es «que sepan lo menos posible», aunque ciertamente saben bastante y lo que no saben se lo imaginan.

La reunión con Jacobo fue larga. Teníamos mucho que analizar y, sobre todo, había que decidir cuál iba a ser nuestra estrategia de defensa. Y, claro está, siendo como éramos, tanto el acusado como el abogado, solo cabía una posible: defendernos atacando. Esta estrategia tenía mucho que ver con la actitud vital de ambos. Era consciente de que la opción elegida podía no ser práctica, que iba a implicar sufrimiento, incluso que se trataba de la opción más complicada y que podía no salir bien.

En aquel tiempo yo todavía me consideraba inocente. Desde el principio entendí que había sido objeto de un montaje, de una operación de desprestigio, de un chantaje: «O participas o serás castigado». Mi abogado también lo veía así y, además, él, como yo, tampoco era persona de andar pactando o de hacer faenas de aliño,

sino de defenderse hasta el final con todos los medios a nuestro alcance. Jacobo ya había visto otras operaciones de ese tipo a lo largo de su carrera, y la que yo había sufrido le parecía de manual.

Por eso rechacé de plano la primera de las opciones posibles: «Mire usted, sí, lo reconozco, he ido de putas y pagué con la tarjeta de la empresa. Aquí les devuelvo el dinero gastado». Aquello habría sido lo más fácil. Si hubiera procedido así, me habría ahorrado mucho sufrimiento y habría dejado contento a todo el mundo, sobre todo a mis enemigos, cuyo objetivo primordial y directo era arruinar mi reputación, sacarme del mundo y que nadie confiara nunca más en mí.

Seguramente si hubiera tenido que defender algo más que mi sola reputación, como por ejemplo la de una mujer o unos hijos —que no tengo—, o mi patrimonio o posición social —que cada vez me importan menos—, habría actuado de una forma más pusilánime o timorata. Pero mi situación, mi carácter y la firme convicción de estar siendo objeto de algo sucio me llevaban a querer defenderme con coraje; y mi abogado era de esta misma opinión, aunque ambos éramos conscientes de todos los riesgos que corríamos.

La segunda posibilidad consistía en pactar: «Mire usted, sí, soy un chico malo, me han pillado, miren a ver cómo puedo colaborar con ustedes y con los asuntos que seguro que les interesan. Me rebajan por aquí y por allá y les cuento cosas». Pero aquello tampoco era una opción para mí por dos razones. Primero, porque aunque estoy cargado de defectos todavía conservo algunos principios y, desde luego, no pienso colaborar jamás con prácticas que considero injustas, antidemocráticas y vulneradoras de los derechos constitucionales más sagrados. Y segundo, porque consideraba que yo no podía colaborar en nada con personas como aquellas, pues no había una sola cosa relevante que pudiera contar para sus oídos, a no ser que me la inventase o mintiera.

Así que optamos por lo más difícil y, tal vez —aunque eso realmente nunca se sabe—, por lo menos adecuado si lo que deseaba era evitar a toda costa una condena que me llevara a

prisión: la estrategia de atacar a quienes habían lanzado una operación contra mí. La táctica sería no hablar de los prostíbulos, ni de las señoritas, ni de con quiénes había podido acudir a esos lugares, sino de lo que yo consideraba una operación dirigida a aniquilar mi reputación, orientada a cargarse civilmente a una persona, quién sabe con qué objetivos. Para ello, señalaríamos a la persona del agente-periodista; a su pertenencia a los servicios de inteligencia; a cómo contactó conmigo; a las preguntas que me hizo durante nuestro encuentro; a que días después fue cuando, casualmente, me detuvo la Guardia Civil; a la coincidencia de las preguntas realizadas por estos con las que aquel me hizo; al interés de todos ellos en mis relaciones con algunos políticos, y a la supuesta existencia de un informe secreto elaborado por una agencia de detectives en el que aparecería información sensible, un dosier que se suponía que yo debía conocer y quizá custodiar.

Con nuestra estrategia trataríamos de apuntar a la existencia de una típica operación de inteligencia, de una operación psicológica; a su voluntad de quebrar a una persona, de destrozar su imagen, a la palmaria vulneración de las sagradas garantías procesales en mi detención y la utilización ilegal de datos protegidos de carácter personal. Pero, para qué engañarse, si existe un país en el que no se cree en las conspiraciones, ese es España. Lo íbamos a tener muy complicado. Darle la vuelta a la tortilla, dadas las circunstancias y el contexto español del momento, iba a ser una tarea titánica. Aun conscientes de las dificultades, optamos por alzar la cabeza, armarnos de coraje y tirar por el camino más difícil. El único posible. El de la verdad.

24

ENTRANDO EN LA AUDIENCIA NACIONAL

El lunes siguiente, a primera hora de la mañana, tenía que declarar nada más y nada menos que ante el juez Ruz en su despacho de la omnipresente Audiencia Nacional. Un pececito tan insignificante como yo metido en el océano de la delincuencia organizada, del terrorismo etarra, de los yihadistas, del narcotráfico, de la corrupción política y de la delincuencia financiera. Un escenario desde el que hoy se emiten más de la mitad de las noticias de actualidad política y económica de cualquier telediario español.

Mi padre me llevó en su coche hasta las cercanías de la Audiencia Nacional, en la calle Génova de Madrid. Durante el trayecto desde su casa, en la que pasé todo el fin de semana en familia, apenas hablamos. La preocupación de ambos era evidente y lógica. Para mis padres ha sido también un calvario haber visto a su hijo en semejante situación, sobre todo porque nada hacía indicar que mi vida pudiera atravesar en algún momento por circunstancias como aquellas. Para ellos era inimaginable algo así, y por eso el golpe moral resultaba más duro aún. No obstante, nunca he dejado de sentir su apoyo y su confianza en mí.

Me bajé del coche en el lateral del paseo de la Castellana, a la altura de la plaza de Colón, y caminé los pasos más duros de mi vida hasta la entrada de la Audiencia Nacional. Subiendo por la calle Génova me sentía como si escalara por una escarpada montaña. Me costaba dar cada paso, y al hacerlo era como si me dejase un trocito de alma. A unos doscientos metros, justo frente a la puerta, pude divisar una pequeña nube de periodistas. Mi corazón comenzó a

acelerarse. En realidad, lo que más tememos de un proceso de este tipo no es el juez o el fiscal, sino la prensa. «Qué cojones pinto yo aquí», pensé. Y entonces, cuando me aproximaba lentamente a la altura de las cámaras y los micrófonos, oí: «Es él». E inmediatamente después de pronunciadas aquellas palabras, recibí el ruido, que se clava como cuchillos en el pecho, de todos los *flashes*. «Buenos días», saludé a la pareja de policías nacionales que hacían guardia en la puerta y entré decidido, sin contestar a ninguna pregunta de los medios. «A la salida haces una breve declaración», me había aconsejado mi abogado.

Tal y como habíamos decidido durante la reunión del fin de semana, me mostraría serio pero con gesto tranquilo. Mi vestimenta sería sobria, con traje y corbata de tonos oscuros. «Nada de colorines ni de corbatas pijas», me advirtió Jacobo. Nada puede dejarse al azar en los momentos más críticos, y menos en esta sociedad mediática, en la que cada gesto, cada detalle, cada imagen ayuda a conformarse una opinión sobre «la realidad». En verdad, mi aliño indumentario fue el de siempre, seguramente torpe, pero alejado desde hacía años de las corbatas con bichitos y de los tonos pastel. Algún abogado amigo me había aconsejado que fuera con ropa vieja y raída, que tratara de no parecer un ejecutivo. En esto, como en todo, siempre hay teorías. No le hice caso. Me vestí como acostumbraba.

Tras pasar los detectores e identificarme, llegué a una antesala en la que esperé a Jacobo. Desde allí se veía la puerta del despacho del juez Ruz, el mismo que en su día ocupó Baltasar Garzón. Me sorprendió el trasiego de gente y el ruido que había. Junto a nosotros estaba el dueño del bar Faisán, que también tenía que declarar ese mismo día por el asunto del chivatazo a ETA. Mientras mi abogado me daba las últimas indicaciones, orientadas más bien a tranquilizarme, vimos salir del despacho del juez Ruz a dos de los guardias civiles que me habían interrogado el viernes. Eran el joven capitán que había estado al mando del operativo y el alférez que había llevado el peso del interrogatorio en la Comandancia de Tres

Cantos. Al salir me miraron sonrientes, como si nada hubiera pasado, y acto seguido se dirigieron hacia mí para estrecharme la mano. Como si de un amigo se tratara, el alférez balbuceó:

—¿Qué, Pedro, más tranquilo?

—Siempre he estado tranquilo —les mentí.

Sus miradas, los gestos de aquellos agentes, eran muy diferentes a los del viernes de la detención, solo cuarenta y ocho horas antes. Me dio la sensación de que ellos se tomaban todo aquello como un juego en que el perdedor —es decir, yo— debía asumir deportivamente su derrota. «Ya está, no pasa nada, la vida sigue.» Y alguna razón no les faltaba. A veces tengo la sensación de que vivimos en un enorme escenario en el que jugamos a representar una gran comedia. Pero los que no me parecieron tan tranquilos fueron ellos. Era como si no las tuvieran todas consigo, como si no estuviesen convencidos de lo que habían hecho. Quizá el juez les dijo algo, les llamó la atención. No lo sé y no lo sabré nunca. Pero lo cierto es que aquella detención se había producido sin orden judicial, como hubiera sido preceptivo, dado que el juez Ruz estaba instruyendo la causa de la SGAE y, por lo tanto, quienes actuaban como policía judicial —la Guardia Civil en aquel caso— no podían llevar a una persona ante su señoría sin que este hubiera ordenado su arresto, salvo que hubiese cometido un delito flagrante, que no era el supuesto. Así debería haberse producido en un Estado de derecho en condiciones, pero supongo que en España, en la España de las alianzas interesadas, era suficiente con un tirón de orejas a los agentes por haber procedido de aquel modo. Sea como fuere, aquellos dos individuos no mostraban la misma actitud implacable y soberbia con la que habían actuado solo dos días antes, sino que parecía que querían acercarse a mí. Una rareza más entre tanta circunstancia extraña.

Al cabo de unos minutos nos llamaron a declarar. Entré en el despacho del juez Ruz, una estancia grande y vieja en la que todo me parecía inmenso. La atmósfera se me antojó algo polvorienta, con cierto aire a los años setenta. Un lugar poco ventilado, en

cualquier caso. En 2011, la Audiencia Nacional todavía estaba en el viejo edificio de la calle Génova. Durante este largo proceso he conocido tres dependencias distintas de ese mismo órgano judicial: aquel viejo edificio de Génova; el de la calle Prim, en el que se ubicó la Audiencia durante la reforma, y, finalmente, el nuevo edificio. Al cruzar el umbral de la puerta del despacho miré al fondo y allí vi sentado al señor juez. Me pareció muy joven, con cara de seminarista. Enseguida me recordó a un compañero de la facultad que luego estudió notarías y a los profesores de Derecho Canónico que había conocido años antes durante mi vida académica. Caminé despacio hacia él mientras esperaba instrucciones. Conforme me aproximaba a su mesa, yo me iba haciendo más y más pequeñito. Un funcionario me indicó entonces el lugar que me correspondía, que no era otro que la silla del acusado. Podía identificarse fácilmente, pues estaba estratégicamente colocada en el centro. Aquella silla estaba al otro lado de la mesa del señor juez, justo frente a él y sorprendentemente cerca de su cara, o eso pensé. El juez se encontraba ya sentado, hablando con el fiscal, que se hallaba junto a él a su derecha. Sentí las miradas de ambos clavarse en mis ojos, tratando quizá de adivinar mi alma, mi condición, mis zonas oscuras, mis intereses. Tratando quizá de conocerme, como si eso fuera posible buceando un rato en la cara del sospechoso. «Siéntese», ordenó su señoría con la voz grave que se supone que ha de tener toda persona sentada sobre aquel sillón de la justicia.

Al momento oí que otras personas, a mi espalda, entraban en la sala. Se trataba de algunos abogados, aunque únicamente pude identificar por el rabillo del ojo al letrado Stampa Casas, que se sentó en una silla a mi izquierda y que representaba a José Miguel Fernández Sastrón, quien por entonces luchaba por alcanzar la presidencia de la SGAE y que se había personado en la causa de la Operación Saga.

El juez Ruz dio entonces comienzo al interrogatorio. Rápidamente mi abogado interrumpió a su señoría para manifestar su solicitud de suspensión de las diligencias por la inexistencia de

orden judicial previa para mi detención, lo que habría tenido por objeto privarme de mis derechos constitucionales y para que no tuviera conocimiento previo del total de lo actuado, declarando así a ciegas. Con ello se habría vulnerado mi derecho fundamental a una defensa con todas las garantías. Además, Jacobo expuso que la actuación de la Guardia Civil se había producido vulnerando el derecho a la intimidad y al *habeas data*, al haber accedido ilícitamente a los datos que el agente-periodista les había proporcionado. El juez rechazó los argumentos de mi abogado al entender que no había motivo para la suspensión de la diligencia. Sin más. Aquella fue la primera vez que no nos daban la razón. Durante todos los años que ha durado el proceso contra mí no nos la han dado ni en una sola ocasión.

Seguidamente, el juez Ruz procedió a preguntar sobre los puestos de dirección que yo había ocupado en la SGAE. Parecía muy interesado en conocer si había tenido cargos en las sociedades que estaban en el centro de la causa grande contra la SGAE —causa en la que yo no he estado nunca imputado—. Aquellas sociedades eran las que estaban en la órbita de José Neri, el director de tecnología de la SGAE, que había sido detenido junto a Bautista meses antes. El fiscal también realizó preguntas sobre mi relación con esas sociedades antes de entrar en el asunto que me llevaba a sentarme frente a ellos. Me dio la sensación de que estaban intentando ver cuál era realmente mi conexión con Bautista y con Neri, y hasta dónde podría yo «ayudar» en la otra causa.

Su primera y única pregunta iba dirigida directamente a los gastos supuestamente realizados en locales de alterne con la tarjeta de crédito corporativa de la SGAE. Mi respuesta me permitió extenderme, tras pedirle permiso, en las circunstancias de mi detención y en la figura del agente-periodista, que era lo que me interesaba, toda vez que comencé mi testimonio alegando que no iba a responder a nada que tuviera que ver con aquellos locales y con la circunstancia de si yo había estado en ellos, si había gastado dinero allí, o con quién o quiénes podía haber acudido, pues

consideraba, le dije, que estaban afectados los derechos a la intimidad y a la protección de datos de carácter personal, no solo míos sino de terceras personas. Manifesté también con toda rotundidad que, durante los ocho años que tuve puestos de dirección en la SGAE, todos los gastos realizados con mi tarjeta de crédito corporativa habían sido aprobados y que nunca nadie me indicó ninguna circunstancia sobre aquellos.

Me sorprendió que ni el juez ni el fiscal se interesaran lo más mínimo por todo mi alegato sobre el agente-periodista y sobre cómo me había presionado. ¿Le conocían? ¿Sabían que era una persona de los servicios secretos? Lo cierto es que no hicieron ni una sola pregunta sobre todo lo que me había pasado en los días anteriores. Aquello les daba igual.

Cuando le correspondió al fiscal seguir con el interrogatorio, intentó preguntar de mil maneras sobre los gastos en los prostíbulos, pero me mantuve firme. No iba a contestar ni una sola pregunta sobre los gastos en desayunos, comidas, cenas y copas, como tampoco sobre las personas con las que en mi trabajo mantenía relación. Y no lo hice. Donde yo quería poner el foco era en lo otro, en el acoso, en la operación lanzada contra mí y en el agente-periodista.

El único que cogió el guante fue Stampa Casas, el abogado del opositor a Teddy Bautista, el consejero de la SGAE Fernández Sastrón. Su abogado fue el único de los personados que intervino tras el fiscal, que no debió de sentirse muy satisfecho con mi negativa a contestar. Tras manifestar que se había quedado muy preocupado por lo que yo había manifestado en aquel acto, Stampa me preguntó:

—¿Se ha visto usted coaccionado por ese señor como consecuencia de una falta de colaboración suya?

—Sí, me he sentido presionado en los últimos días. Incluso llegué a sentir miedo cuando la Guardia Civil me detuvo sin mostrarme identificación alguna. Solo cuando vi que efectivamente

se dirigían a la Comandancia de Tres Cantos me di cuenta de que eran agentes y me sentí tranquilo.

—¿Comentó usted a la Guardia Civil la existencia de este señor en su declaración?

—Sí, lo hice.

—¿La Guardia Civil lo conocía? —preguntó el abogado Stampa.

—Por supuesto. Daban a entender que lo conocían cuando me dijeron que ese señor no era guardia civil, sino periodista. Al parecer, la información que tenía la Guardia Civil se la había proporcionado ese señor. Creo que se puede comprobar fácilmente la vinculación de ese hombre con la Guardia Civil y con los servicios secretos.

—¿Cree usted que su detención por la Guardia Civil fue motivada por una falta de colaboración con ese señor?

—Sinceramente, creo que sí. Nunca me avine a decir ninguna falsedad sobre ese supuesto informe sobre la SGAE que yo no había encargado ni conocía. Desconozco si existe o si no existe. Pero, curiosamente, ese mismo interés sobre ese supuesto informe que me había manifestado ese señor lo mostraron también los guardias civiles que me interrogaron.

—¿Qué informe?

—Un supuesto informe en el que parece que se podrían revelar datos que les interesaba conocer; pero yo no había encargado ese informe y no puedo hablar sobre lo que no conozco.

—Una última pregunta: ¿usted ha tenido una reunión recientemente, la última semana, con el señor Bautista?

—Le respondo con total rotundidad: no, no he visto al señor Bautista en meses. Pero, curiosamente, ese agente de los servicios secretos también me preguntó sobre esa supuesta reunión que en realidad nunca se ha producido. Ese señor me dijo: «Tu eres muy amigo de Teddy, ¿verdad? Ayer estuviste con él. Tú sabes muchas cosas de Teddy Bautista. Te vieron con él». Pero era falso. Ni me he visto con Bautista desde hace meses ni soy su amigo.

—Entonces, ¿niega usted que hace unos días se reunió con el señor Bautista en una cafetería Starbucks cercana a la SGAE?

—Lo niego rotundamente.

Era verdad que Bautista era un habitual de las cafeterías Starbucks, donde acostumbraba a pedir un *caramel macchiato*, pero hacía años que no tomaba café con él en uno de esos sitios ni en ningún otro. Lo cierto era también que, en efecto, una semana antes había mantenido una reunión en una cafetería Starbucks cercana al palacio de Longoria, pero no era con el señor Bautista ni la SGAE tenía nada que ver con aquel encuentro. Curiosamente, me di cuenta mientras hablaba con mi acompañante de que en una mesa cercana había una persona con pinta de investigador que llevaba sentado demasiado tiempo sin tomar café. Estaba como esperando a alguien, pero sin duda nos observaba a nosotros. Desconozco si el señor Bautista estaba en ese local en ese mismo momento, pero yo no lo vi. A alguien le interesaba que yo hubiera mantenido esa reunión con el expresidente de la SGAE, aunque no era verdad. Otra posibilidad es que se confundieran, lo que tampoco es descartable. Lo que estaba muy claro a aquellas alturas era que a mi detención la rodeaban elementos muy extraños, y que el interés primordial de mi persecución no era tanto el asunto de los gastos en prostíbulos como otras circunstancias.

Allí terminó todo el interrogatorio. Duró exactamente cuarenta minutos. Salí del despacho del juez Ruz y los abogados se quedaron dentro un rato más. Al salir, noté a Jacobo satisfecho con la declaración.

—Pedro, te dejan en libertad sin medida cautelar alguna, aunque estás imputado por apropiación indebida y falsedad documental —me dijo.

—Ya —respondí resignado.

¿Podía alguien pensar que después de todo lo que se había dicho durante el fin de semana en los medios de comunicación me soltarían libre de cargos? ¿Podían dejarme tranquilo después de aquel despliegue realizado? ¿Después de los seguimientos, de la vulneración de derechos procesales y de la presión ejercida sobre mí? Era imposible, máxime teniendo en cuenta todas las

circunstancias que rodeaban a mi caso. Como mi abogado me dijo después en más de una ocasión, ante la constante negativa del juez Ruz a pasar mi asunto a los juzgados ordinarios: «Te quieren tener cerca para que estés controlado».

Al salir de la Audiencia Nacional, los *flashes* de las cámaras me apuntaron nuevamente y junto a mi abogado realicé una breve declaración ante las cámaras.

—Pronto se sabrá el verdadero trasfondo y alcance de estas acusaciones y de todo lo que se ha maquinado contra mí. Se trata de una maniobra para mancillar mi honor, para desprestigiarme — dije con impostada serenidad.

Ningún medio hizo más preguntas. Al bajar por la calle Génova en dirección al paseo de la Castellana, algunas cámaras de televisión nos siguieron para tomar imágenes. Mi inercia era sonreír, pues había sido mucha la tensión acumulada en los últimos días. Mi sensación en aquel instante era que todo podía terminar bien, que mi declaración había sido buena y que allí había poca chicha, que todo aquello podía quedarse finalmente en un mal trago sin consecuencias. Me sentía aliviado, pues al menos no me metían en prisión, de momento. Jacobo me dijo entonces, mientras caminaba a mi lado con las cámaras enfocándonos:

—No sonrías, Pedro. Serio, gesto serio.

La imagen lo es todo en el gran teatro periodístico y televisivo en el que de verdad se libran las batallas. En algunos asuntos es allí y solo allí donde te juegas el futuro y hasta tu libertad.

Al regresar a casa, viendo la importancia que para mi defensa tenían aquellas primeras horas, concedí dos entrevistas. Con *ABC* y *Vanity Fair*, los medios que me habían dado señales de querer ofrecer mi versión sin dobleces. Con *ABC* la charla fue telefónica y la sacaron al día siguiente, el martes 11 de octubre, bajo un titular con una de mis declaraciones: «Pronto se sabrá la verdad sobre estas falsas acusaciones». El subtítulo rezaba: «El exdirectivo de la SGAE, Pedro Farré, libre y sin medidas cautelares, remitió ayer un escrito a la Audiencia Nacional apuntando algunas claves de su detención».

La información de *ABC* daba puntual cuenta del escrito que tras mi declaración había presentado mi abogado, en el que se ponía en evidencia la actuación de la Guardia Civil y del agente-periodista:

> El texto, al que ha tenido acceso *ABC*, está encabezado por la denuncia de dos delitos: «contra la intimidad» y de «privación de derechos a los detenidos». El primero se refiere al hecho de que «personas de la actual dirección de la SGAE han cedido datos a un individuo que dice ser periodista»; el segundo, que Farré fue detenido «sin orden judicial alguna». Pero el punto más importante es el que incide sobre el «verdadero objetivo» de su detención, que en su opinión no es otro que «obtener el control sobre un informe sobre la gestión de la SGAE elaborado por detectives hace algún tiempo», un documento, que podría datar de 2007, que todo el mundo busca y que nadie ha encontrado todavía. Según el escrito, el contenido de dicho informe «divergiría al parecer de los datos que los guardias civiles actuantes han incorporado al procedimiento». Farré, que niega tener dicho informe, invita a continuación a una reflexión: «Si la Guardia Civil ha investigado, debería llegar cuando menos a las mismas conclusiones que el informe buscado, suponiendo que tengan el mismo objeto, lo que desconocemos». Y brinda una solución a esta incesante búsqueda: «Lo mejor sería encontrar a los autores del informe, que, al parecer, les constan». Concluye con dos interrogantes: «Si pueden tener el original, ¿por qué preocuparse por las copias? Y si no hay delito, ¿por qué les preocupa tanto al mencionado periodista y a los guardias el meritado informe?».

A través de conversaciones con algunos periodistas con los que tenía cierta confianza, supe aquel mismo lunes que algunas personas estaban *trabajándose* a los medios con el doble fin de defender el trabajo policial y de desprestigiarme en todo lo que pudieran. Aquellas personas eran el agente-periodista, por un lado, y dos personas de la SGAE que, al parecer, eran quienes desde el principio habían colaborado en la operación: Pablo Hernández y una persona del departamento de comunicación. Aquella estrategia de defendernos atacando iba a propiciar también un incremento de la labor de zapa de mis enemigos, motivados para hacerme todo el daño posible. Pero, como es lógico, con eso ya contaba. Creo que sobre enemigos he llegado a aprender algo a lo largo de todo este tiempo.

25

NUEVAS LLAMADAS

El mismo lunes de mi declaración ante el juez recibí la llamada de un viejo «amigo» con el que había colaborado profesionalmente durante dos etapas de mi vida.

—Pedro, eres un gran profesional —me dijo, y de inmediato me puse en alerta—. Lo mejor es que te marches del país. América Latina puede ser un buen sitio para ti.

—Mira, hace unos días me hubiera ido con mucho gusto, pero ahora, precisamente ahora, lo que voy a hacer es quedarme. Voy a defenderme con todas mis fuerzas. No me marcho a ningún lado.

Aquella breve llamada me daba algunas pistas. Con ella empezaba a comprender el extraño comportamiento de algunas personas con las que había trabajado estrechamente y que había considerado incluso mis amigos. Pero en los negocios, como en la política, no hay amigos. Hacía casi un año que no hablábamos. Habíamos tenido algunas diferencias en los últimos años. Su comportamiento había empezado a no gustarme un pelo. Era una persona oscura y poco transparente, acostumbrada a reptar entre las sombras. Pero es que, además, había tenido una relación profesional y de amistad, mucho más estrecha que la mía, tanto con Iñaki Urdangarin como con Eduardo Bautista, y conocía todos los entresijos de ambos casos. Por si fuera poco, este hombre era muy cercano a algunas personas de la cúpula del PSOE, con las que trabajaba como asesor estratégico en algunas campañas. Aquel «amigo», por otro lado, me había dado señales en algunos momentos de mantener algún tipo de relación, directa o a través de

terceros, con los servicios de inteligencia españoles o, al menos, con un sector de ellos. Aquellas palabras me confirmaban que no podía confiar en él y que, quizá, sabía más de lo que decía sobre las extrañas circunstancias del ataque que yo había recibido. En él se cruzaban demasiados caminos. ¿Qué amigo te aconsejaría en un momento así que te marches de tu país? Curiosamente, después de aquella llamada, tras aquel súbito interés en que me fuera de España, mi «amigo» no ha vuelto a hacerme otra en cuatro años. Resulta imposible no ponerle las comillas a la palabra.

Entonces no caí en la cuenta, pero algunos días más tarde recordé que un amigo común me había comentado poco antes de mi detención que este hombre y Teddy Bautista se habían reunido en una cafetería próxima a la calle Velázquez de Madrid. ¿Había tenido aquel amigo algo que ver en la puesta en marcha, o al menos en el diseño, de la operación contra mí? Lo desconozco, aunque le creo capaz.

Casualmente, a las pocas horas alguien me hizo llegar que Teddy Bautista tenía interés en reunirse conmigo. Al día siguiente me puse en contacto con él desde una cabina telefónica.

—Teddy, soy yo. Me han dicho que querías decirme algo —le dije secamente.

—Tenemos que vernos, ¿no? —inquirió Bautista, como dando por hecho que una conversación personal entre ambos era lo que tocaba.

—Déjame que lo hable con mi abogado y te decimos algo.

Creo que hay que saber distinguir entre las llamadas que se produjeron el viernes o durante el fin de semana, cuando el agua me llegaba hasta el cuello, de estas otras, como la de mi «amigo» o la de Bautista, recibidas cuando ya había salido de declarar ante el juez y lo había hecho más o menos airoso, dejando claro que no me iba a arrodillar y que me defendería como pudiera. Las llamadas del fin de semana eran de personas que querían saber de mí, darme un abrazo, mandarme su apoyo. Las que recibiría a partir del lunes eran de individuos que tenían algún interés particular.

Llamé entonces a mi abogado para ver si me aconsejaba mantener ese encuentro con Bautista. Como otras veces en aquellos días, nuestras conversaciones telefónicas eran en clave.

—Jacobo, me ha llamado el del pelo blanco —le dije con esta forma tan poco creativa de referirme a Bautista—. Al parecer, quiere hablar conmigo. ¿Qué hago?

—Es bueno escuchar a todo el mundo. Pero ten cuidado. Hay que garantizar que no se filtra a la prensa y que nadie sabe que os habéis reunido. Creo que lo mejor es verse aquí, en mi despacho.

—OK. Lo pongo en marcha.

Le pedí a un familiar que contactara con Bautista desde una cabina telefónica, que le diese las indicaciones sobre la hora y el lugar del encuentro, y que nunca dijera nombres, que Bautista ya sabría de qué se trataba. Habíamos quedado para vernos el sábado por la mañana de esa misma semana.

Amaneció un día espléndido, muy soleado, con toda la belleza del otoño que algunas veces tiene Madrid. En el barrio de Salamanca la gente disfrutaba plácidamente del comienzo del fin de semana. Unos paseaban mientras miraban escaparates, otros tomaban café en la terraza de cualquier local pijo e incluso alguno leía el periódico sentado en un banco al sol. Solo podía envidiarles. Yo en cambio estaba obligado a hacer malabarismos para evitar que nadie me fotografiara entrando en el mismo lugar en el que minutos después lo haría Teddy Bautista.

Tomé todas las precauciones: me trasladé en metro, hice un transbordo raro en el itinerario, salí de un vagón con rapidez justo un segundo antes de que las puertas se cerraran y recorrí un par de pasillos sin sentido. Al llegar a las proximidades del despacho, aguardé algunos minutos para cerciorarme de que nadie me había seguido y pudiera tomarme una instantánea entrando en el edificio. No podía permitir que nadie supiera que Bautista y yo nos íbamos a reunir o que nos hiciesen una foto juntos. En un caso así, cuando te enfrentas a fuerzas tan superiores, cualquier precaución es poca. Además, conviene no engañarse ni una pizca y ponerse siempre en

lo peor. No hay que restar un ápice de potencial maldad a tus adversarios, ni tampoco pensar que sus posibilidades de hacer daño no están engrasadas. Todo el mundo vela por sus intereses, todos queremos defender nuestras acciones y todos, según nuestro natural instinto de supervivencia, lo único que hacemos es protegernos. Lo hacía yo y lo harían mis enemigos.

Entré decidido al portal y subí hasta el despacho. Junto a Jacobo esperé la llegada de Bautista. Hacía muchos meses que no nos veíamos. Nuestro último encuentro tuvo lugar en aquella comida en el restaurante Pajamá, en el mes de marzo, cuando todavía no había sido intervenida la SGAE. Entonces le había visto bastante desmejorado y nervioso, como si intuyera algo de lo que se le venía encima. A los diez minutos llegó Bautista. Le encontré mucho mejor, con buen color y con energía, como en sus mejores tiempos. «Este hombre, cuánta más guerra haya, mejor se encuentra», me dije. Nos sentamos para entrar rápido en materia. Aquel no era un encuentro de trámite, sino que seguramente los dos queríamos saber cómo respiraba el otro, qué podía saber, qué podía aportar y hasta dónde se podía confiar. Que era nada. En una situación así, en la que nada es claro ni transparente, acabas sospechando de todo y de todos, pero principalmente del «fuego amigo».

Bautista parecía descontento con el modo en que los abogados de la SGAE estaban llevando su asunto. En aquel momento, todas las defensas de los directivos detenidos en junio estaban coordinadas y supervisadas de algún modo por Pablo Hernández. A su juicio, no estaban siendo lo suficientemente duros o incisivos y le parecía que nuestra estrategia, más combativa, era la adecuada. Bautista siempre había sido partidario de la beligerancia, y su paso por los calabozos no había modificado algo que estaba en lo más profundo de su ADN.

Jacobo le puso sobre la mesa las razones por las que él creía que me habían montado la operación: el temor de algunos a que se hicieran públicas las relaciones de la SGAE con Urdangarin o con las fundaciones del PSOE. Esa era la teoría que mi abogado tenía desde

el principio. Le parecía que alguien me había considerado un peligro por mi cercanía al PP y quería anularme o vincular al PP con la SGAE a través de mí, después de haberme lanzado a las hogueras de los medios. Era una posibilidad, desde luego. En aquel momento todavía gobernaba Zapatero y faltaban muy pocos días para que se celebraran las elecciones generales en las que Rajoy —a la tercera— pudo finalmente convertirse en presidente del Gobierno. Pero a Bautista aquella teoría no le gustaba nada. No quería ni oír hablar de esos temas. Siempre negaba con vehemencia que existiera una relación especial entre el PSOE y la SGAE. Tampoco le interesaba mucho que le mentásemos a Urdangarin, entre otras razones porque fue él quien impulsó aquel preacuerdo para que la sede del Instituto Nóos en Madrid ocupara el mismo edificio que iba a albergar la Fundación de la SGAE: el palacio del Infante Don Luis en Boadilla.

Así que aquel encuentro no terminó demasiado bien. Teddy salió de allí antes que yo. Lo hizo sin tener muy claro por dónde iría yo, pero con el convencimiento de que no iba a colaborar con el resto de las defensas de la SGAE.

Después de aquella reunión, Bautista y yo nos vimos en otras tres ocasiones: la primera en un pequeño bar cercano al Bernabéu, la segunda nuevamente en el despacho de mi abogado y la tercera y última en su casa de Boadilla del Monte, cuando peor le he visto, más consumido, más obsesionado. Sin duda, su situación le estaba afectando gravemente, tanto física como psicológicamente. Nunca saqué nada en claro de ninguno de aquellos encuentros. Por ello, jamás he dejado de estar en guardia ante cualquier persona de la SGAE. Debía seguir teniendo el máximo cuidado y suma prudencia en relación con todo el que tuviera algún interés en la Operación Saga y aledaños. No podía confiar. Y nunca he confiado.

La relación entre la SGAE y Urdangarin había pasado sorprendentemente inadvertida en la mayoría de los medios de comunicación, pero alguna persona le seguía la pista. Cuando le concedí la entrevista a la revista *Vanity Fair* creía que pretendían exclusivamente conocer los detalles sobre mi caso, pero pronto me

di cuenta de que estaban también buscando datos sobre las empresas privadas con las que el Instituto Nóos había trabajado. Y una de ellas era la SGAE.

Algunas personas me habían convencido para que ofreciera aquella entrevista, dado que tenían el convencimiento de que la periodista, Eva Lamarca, no iba a ocultar la existencia de un posible complot contra mí. Y así fue. El reportaje comenzaba dando cuenta de aquella llamada que había recibido del agente-periodista en la que me amenazaba con tenerme cogido «por los cojones». Aquel reportaje no gustó nada a ese tipo y, nada más apareció la revista en los quioscos, llamó él mismo a la periodista para recriminarle su información e intentó presionarla. La propia Eva Lamarca, una profesional que me pareció rigurosa y honesta, me lo confesó días después. Estaba algo preocupada. No ocultó que le parecía indecente que pudiera haber personas vinculadas a los servicios secretos que se hicieran pasar por periodistas. También me dijo que algunas personas de la SGAE estaban intentando desprestigiarme y que, en su opinión, no eran ajenos a todo lo que estaba pasando. No quiso, sin embargo, darme los nombres, aunque sí alguna pista de por dónde venían los tiros. Después supe que una de aquellas personas era «fuego amigo».

En aquella entrevista, celebrada en Embassy, una noble cafetería del centro de Madrid, muy cerca de la plaza de Colón, pude ver que a ese medio lo que más le interesaba era conocer cuanto más mejor del Instituto Nóos y de su relación con la SGAE. De hecho, días después de la entrevista, en el mes de noviembre, la periodista de ese medio me llamó para decirme que su directora, Lourdes Garzón, quería conocerme. Me cité con ellas en un centro comercial cercano a la salida de la carretera de Barcelona. Sus preguntas rápidamente derivaron hacia Urdangarin y Torres, un territorio en el que a mí, dadas las circunstancias, no me interesaba entrar. Me pidieron que las pusiera en contacto con el socio de Iñaki, pero yo no quise hacerlo y les di largas. Bastante tenía ya con lo mío como para meterme en más berenjenales, y menos en un asunto

que, de un modo u otro, solo podía considerarse como «de Estado». Sin embargo, cuatro años después, en febrero de 2015, finalmente consiguieron hacer la buscada entrevista a Diego Torres. La firmaban Lourdes Garzón y Eva Lamarca. La declaración de Torres que encabezaba el reportaje era una bomba de la que apenas se hicieron eco el resto de los medios: «El rey Juan Carlos hizo gestiones para conseguir un patrocinio de millones de euros».

Habían pasado algunos días desde mi declaración en la Audiencia Nacional, estaba ya formalmente imputado y mi horizonte penal —como me confesó una persona conocedora del entorno judicial del momento— era «una lotería». «Lo tuyo no es nada, aunque puede pasar cualquier cosa, depende de muchos factores.» Pero al menos, en el terreno mediático, las aguas se habían tranquilizado y yo ya no interesaba a la prensa. Los enormes asuntos de corrupción política que se iban destapando en España habían desterrado rápidamente el mío de la actualidad. Al menos durante un tiempo.

Fue entonces cuando me llamó mi contacto de la embajada de Estados Unidos en Madrid para interesarse por mi situación. Me citó en un lugar en el que nunca antes había estado con él. Se trataba de una cafetería localizada frente al edificio de su embajada, en la misma calle Serrano. Era la típica cafetería madrileña de postín de finales de los setenta, con mucho cuero y maderas nobles. Mi amigo me esperaba sentado en una mesa, al fondo del local, completamente vacío en aquella fría tarde otoñal. La mesa en la que nos sentamos me dio toda la sensación de ser *su* mesa y aquel lugar tenía toda la pinta de ser territorio americano y, por tanto, un sitio seguro para conversar.

Tras hablar sobre cómo me encontraba e interesarse acerca de mi situación procesal, la charla derivó hacia el caso Nóos, que también debía de interesar a la embajada, siempre tan bien informada sobre la coyuntura y la actualidad política de España. Aquel día, mi contacto no dijo muchas cosas, pero con monosílabos o gestos hacía que yo explicara, hasta donde a mí me apetecía o

interesaba, las circunstancias que habían rodeado mi detención. La hipótesis de que el nerviosismo por el caso Nóos —u otros asuntos de corrupción en España— hubieran tenido alguna influencia estuvo presente desde el principio en la conversación.

Mi contacto ya no trabaja en España y, desde entonces, nos hemos visto solo tres o cuatro veces más, cuando él ha visitado Madrid o cuando yo he estado en Washington. Cuando he hablado con él, nunca ha dejado de sorprenderme con sus opiniones y análisis sobre la situación española, dejadas caer como el que no quiere la cosa, pero certeras e indicativas de lo atento y preocupado que está Estados Unidos con nuestro país. Y también de la enorme información que manejan, seguramente porque nadie tiene más fuentes y más nodos de comunicación que ellos.

Hace más de dos años, en uno de nuestros últimos encuentros, me dijo:

—España se está equivocando con el asunto catalán. Debería seguir los pasos del Reino Unido con Escocia. Ellos van a realizar pronto un referéndum. Lo ganarán los unionistas y ya está. Se acabará el problema. El Gobierno español debería seguir esos mismos pasos.

Desde luego, con esa voz siempre serena, sin una pizca de arrogancia, como viendo las cosas con distancia y desde alguna barrera, con esa tranquilidad tan típica de quien controla los acontecimientos, mi amigo americano acostumbraba a dar en la diana. Sobre mi asunto, en cambio, nunca dio opinión alguna. Seguramente porque la tenía, pero no la podía compartir conmigo.

26

LA VIDA ENTRE PARÉNTESIS

El mismo viernes de mi detención me puse en contacto con la empresa que aquella mañana, justo antes del lío, me había contratado. Les había mandado un email de dimisión en el que les comunicaba que, como consecuencia de lo acontecido y de su repercusión mediática, renunciaba a su oferta con el fin de no poner en peligro la reputación de la compañía. Me respondieron inmediatamente para decirme que se querían reunir conmigo tras mi declaración del lunes ante el juez Ruz y que en ese momento tendríamos ocasión de hablar con calma.

Muy pocos días después de la declaración ante Ruz volví a reunirme con la dirección de aquella empresa. Yo no albergaba esperanza alguna. Entiendo que una persona imputada es considerada como un apestado del que hay que alejarse. No hay que engañarse. Y yo apestaba un poco más porque en el asunto había prostitutas, una connotación sexual que siempre atrae más atenciones. Sin embargo, salí sorprendido de aquella reunión. Fue muy cordial, como si ese terremoto que yo sentía no hubiera ocurrido. Me hicieron sentir cómodo, respetado y comprendido. No me trataron como a un delincuente ni tampoco como a un apestado. Aquel fue uno de esos momentos que te reconcilian con la vida y con las personas. Les expliqué cómo veía mi situación, pero ellos no me interrogaron. Se limitaron a decirme:

—Mira, ya sabemos cómo funciona el mundo. No nos tienes que dar explicaciones. Queremos que empieces con nosotros el lunes que viene.

Al parecer, habían hecho indagaciones con personas que me conocían desde hacía años y todas las referencias ofrecidas sobre mí fueron positivas. Me concedían lo que casi todos te quitan: el beneficio de la duda, la presunción de inocencia. Y, por encima de cualquier cosa, que los hechos que se me atribuían, incluso siendo ciertos, tampoco parecían la madre de todas las corrupciones, en especial con la que estaba cayendo en nuestro país. Así que confiaron en mí y me permitieron, en las peores circunstancias que cabe imaginar, empezar un nuevo trabajo, unirme a un proyecto fascinante y colaborar con un magnífico grupo, repleto de buenas personas —en el mejor sentido de la palabra *buenas*—, además de excelentes profesionales. El lunes siguiente comencé en mi recién estrenado empleo con una reputación maltrecha, pero con todas las ganas de salir adelante. Las cosas, sin embargo, no iban a resultar tan sencillas.

En aquellos primeros días en la nueva oficina, las miradas de recelo hacia mí eran evidentes. También los cuchicheos. Imagino que algunos dirían: «Mira, es el de la SGAE, el de las putas. ¿Cómo es posible que le hayan contratado? Deberían haberlo echado del país».

Durante los tres años que trabajé en aquel lugar di lo mejor de mí hasta ganarme el respeto y el cariño de mis compañeros, pese a las dificultades, pese a los comentarios que venían de fuera y a todo el daño que me querían causar mis enemigos. A pesar de todo el recelo latente que podía percibir cada vez que me era presentado un nuevo cliente o cualquier persona. Eso era lo que más me dolía. Percibir aquellas miradas de desconfianza, aquellos ojos afilados como cuchillos, me hacía más daño que cualquier titular. Y durante aquellos años en los que, aunque estuviera imputado, trataba de seguir con mi vida o de empezar una nueva, fueron muchas las circunstancias que en realidad me dificultaban mirar hacia delante, vivir tranquilo. No se puede empezar una nueva vida hasta que se cierra por completo la anterior. Y, desgraciadamente, cerrar una etapa puede no depender solo de uno.

Cuando estás imputado, la vida, tu vida, queda entre paréntesis. La sombra de la sospecha se cierne sobre uno, y pesa tanto que apenas se puede respirar. Y así un año, dos, tres… Aquello era como vivir y trabajar a la pata coja, con una tacha que en el fondo me perseguía y me destrozaba el alma poco a poco.

Pero durante todos estos años de imputación y proceso penal no solo he sentido el recelo y la desconfianza, también el apoyo, el afecto e, incluso, el cariño. Y tengo que decir que lo he sentido más en mujeres que en hombres. Han sido más las directivas, las empresarias o las políticas las que me han hecho sentir como una persona. Y reconozco que me ha sorprendido. Ha sido quizá una de las más bellas sorpresas de mi vida, uno de los aprendizajes más importantes que he podido cosechar a partir de toda esta experiencia. ¿Cómo iba yo a pensar que después de haberme visto involucrado en un turbio asunto de prostitución iban a ser las mujeres las que más me apoyarían y en las que más afecto podría encontrar? Solo le veo una explicación: ellas son notablemente más valientes y más compasivas que los hombres. Al menos, así lo he sentido yo.

En una ocasión, una alta directiva de una de las multinacionales más grandes del mundo me dijo:

—Mira, Pedro, ya sé que el 90 por ciento de los hombres van a puticlubs. También mi marido. Y sé también por mi trabajo que muchos negocios y relaciones se consolidan con festejos en esos lugares. No soy una hipócrita.

Tres años después de mi llegada a aquella empresa, a punto ya de ser juzgado, daba una pequeña charla ante un grupo de profesionales sobre el cambio en las personas y en las empresas. Entre los participantes había una compañera de trabajo que al día siguiente de mi intervención me envió este emocionante correo:

> Querido Pedro:
>
> Yo tampoco puedo olvidar cuando llegaste a esta casa, cuando llevados por las más bajas miserias de todos se reenviaban los enlaces de los medios en los que eras noticia. ¿Qué hace aquí este tipo?

Hasta yo, que años antes había aprendido a mirar por encima de los árboles que LA REALIDAD no existe, que no hay buenos rubios y que hasta «los malos» pueden ser buena gente. No reenvié ningún email, pero te confieso que me extrañó que confiaran tal empresa a alguien que salía en los papeles.

Tres años después, no solo te has ganado el respeto y el cariño de todos, con y sin tus papeles, o a pesar de ellos. ¡Es que te has hecho referente y hasta terapeuta de nuestra reinvención!

La elegancia, la dignidad, el respeto, la honestidad, la mirada al frente… No he tomado nota manuscrita de las siete claves que marcabas, pero creo que has hecho trampa, te sobraba el *powerpoint*, macho, las claves las teníamos delante.

No puedo imaginar la guerra por la que estás pasando, no te conozco apenas, pero me sale de las tripas desearte el mejor desenlace.

Ya te va quedando menos, Pedro.

¡Mucho ánimo y cuídate! Tenemos mucho que hacer, te necesitamos.

Un abrazo y mil gracias.

He recibido muchos mensajes de este tipo durante los últimos años y, quiero insistir en ello, casi siempre de mujeres. Con ellas he sentido una compasión que nunca he percibido en los hombres, ni siquiera en aquellos que eran viejos amigos, o eso creía yo. Y para qué hablar de aquellos con los que había ido en alguna ocasión a un lupanar o que sé que acuden con alguna frecuencia. Aquellos eran los peores. Los que primero se apartaron de mí.

En una ocasión estaba invitado a una cena junto a otros directivos, periodistas y políticos. Desde hacía tiempo ya no acudía a eventos de ese tipo. No me sentía a gusto, lo pasaba mal. Aquel día, sin embargo, acudí. Nada más llegar vi a lo lejos a una importante exministra de Zapatero con la que había tenido siempre un excelente trato. No la miré en ningún momento para no tener que saludarla, para no ponerla en ese compromiso de tener que decirnos algo. Sin embargo, para mi absoluta sorpresa, cuando me vio, dejó a las personas con las que estaba hablando y se dirigió directa hacia mí. Me saludó con dos besos y, mirándome a los ojos, me preguntó: «¿Cómo te encuentras? ¿Cómo están las cosas? Cuando termine esto hablamos despacio». Al acabar el evento, la exministra me

buscó y agarrándome del brazo me pidió que la acompañara hasta su coche, donde la esperaban sus guardaespaldas. Y allí, junto a su vehículo, hablamos durante unos minutos. Un trato así no lo he recibido jamás en este tiempo de la mayoría de mis conocidos varones, que en muchos casos no se han vuelto a acordar de mí.

Orillar las miradas de recelo y los cotilleos no resulta nada fácil. Debo decir que en algunos momentos me sentí muy mal y que caí en profundas depresiones, aunque siempre conseguí levantarme. La confianza de aquella empresa en mí, en unas circunstancias muy complicadas, es algo que les agradeceré toda mi vida. Aquellas personas me concedieron el beneficio de la duda, me otorgaron la presunción de inocencia y me juzgaron solo por mi trabajo y por el comportamiento que día a día veían en mí. Habiendo atravesado por tantos insultos y miradas inquisidoras, aquella actitud excepcional de esas personas que apenas me conocían no puede por menos que ser correspondida con una profunda gratitud por mi parte.

A la pena de telediario que sufre cualquier imputado en un asunto de supuesta relevancia pública se une la condena de los buscadores de internet. Hoy en día, cualquier persona puede introducir un nombre en Google, por ejemplo, y obtener una supuesta biografía de una persona. Cuando uno ha salido en los medios con noticias desagradables de orden judicial, como en mi caso, las primeras entradas en el buscador resultan ser siempre aquellas referencias negativas. No importa todo lo que hayas podido hacer en la vida, lo que hayas estudiado, tus logros profesionales, los artículos que hayas escrito. Nada de eso existe. Todo queda enterrado bajo una imputación televisada. Al final, a los ojos de todos, tu historial queda reducido a las noticias negativas sobre ti publicadas por la prensa. Y esas son las que miran aquellos que tratan de saber algo sobre la persona con la que van a reunirse. Para mí, esos eran los peores momentos de mi trabajo, cuando me iba a reunir con personas a las que no conocía, con las que no había tenido relación alguna en el pasado, y acudía inquieto a la reunión, sospechando que ya tendrían una radiografía sobre mí construida a

partir de los buscadores de internet. Uno se da cuenta rápidamente de que la persona con la que va a reunirse maneja esa información. Se ve en sus ojos. Resulta muy doloroso recibir esa mirada de recelo, ese juicio condenatorio, esa sospecha, y, por lo común, uno desarrolla una actitud defensiva, también de aprensión hacia todo lo que le rodea. Pero esa actitud frustra, llena de dolor y de desesperanza, y acaba condicionando la vida en todos sus órdenes.

A veces he llegado a preguntarme qué sentido tiene pasar por una fase de imputación que puede durar años si en realidad ya has sido condenado públicamente. Lo más eficiente para todos sería, directamente, que una vez te imputan un delito te encierren un tiempo de manera sumaria, sin juicio ni nada. El precio para mí, si así se hubiera procedido, habría sido mucho menor que la larga espera y la agonía de vivir una vida entre paréntesis. ¿Quién te devuelve esos años en los que desde luego no has sido una persona libre aunque no te hayan encerrado en una celda? ¿Esos años entre paréntesis no se considerarán condena? ¿Se descontarán del tiempo que me corresponda estar en prisión?

27

LA POLÍTICA SIEMPRE JUEGA SUS BAZAS

Tras mi declaración ante el juez Ruz vino un tiempo de calma, al menos en lo judicial. Durante meses nada supe de la instrucción. No se producían movimientos y algunos días ni me acordaba de mi imputación. Aquellos meses pude concentrarme en mi trabajo. La tranquilidad solo se rompía por las miradas de recelo que en ocasiones recibía, por las llamadas de personas de «mi otra vida» que me inquietaban o me traían recuerdos que yo en vano trataba de borrar, o por la llamada de algún periodista que quería saber cosas.

Nunca atendía a los medios, y solo hablaba *off the record* con algún periodista con el que me unía cierta amistad. Un día me llamó uno de esos amigos, de uno de los principales confidenciales de internet, para tomar un café juntos. Hablamos un poco de todo, intercambiamos cromos, y él me dio una información que ya entonces me pareció interesante:

—Pedro, he hablado con un cargo de la policía con vínculos en Interior y me dice que la operación contra la SGAE se produjo ante la sospecha de algunos, o el deseo quizá, de que pudiera vincularse de algún modo a la SGAE con el caso Gürtel.

Nunca había barajado aquella posibilidad. Pero esa hipótesis podía tener algún sentido. Era políticamente verosímil que hubiera sido la razón que llevó a Teddy Bautista al calabozo unos meses antes de las elecciones generales de noviembre de 2011. Alguien quizá pensó que se podía relacionar a la SGAE con la corrupción en el PP, con la trama Gürtel y Arteria como telón de fondo. Habría sido,

desde luego, una bomba mediática y política. Si aquello se hubiera publicado, desde luego que se habría hecho mucho daño a las posibilidades electorales de Mariano Rajoy, pues al caso de corrupción política en la derecha se le habría unido una de las organizaciones más odiadas de España: la SGAE. El golpe habría sido una magistral operación de *marketing* político.

Las razones que, teóricamente, podrían conectar a la SGAE con Gürtel eran los negocios que se habían realizado en Valencia y Boadilla con los edificios que allí se tenían proyectados, justamente en dos localidades en las que Gürtel mantuvo sus mayores pesebres. Sin embargo, finalmente tal vinculación no fue publicada, y puedo imaginarme el porqué. Tampoco interesaba remover demasiado lo de la SGAE, pues mucha gente podría salir trasquilada. Al final, era muchísimo más lo que podía vincular a la SGAE con el PSOE que con el PP. Además, que la SGAE tuviera vínculos con la derecha no iba a tener demasiada credibilidad. Por ello, alguien debió de tomar la decisión de parar a tiempo aquella jugada electoral. Quizá se dieron cuenta de que relacionar de una forma tan frívola a la SGAE con Gürtel podría hacer que alguien, por la misma razón, uniera a Gürtel con el Instituto Nóos, toda vez que Iñaki Urdangarin proyectaba que la sede de su empresa en Madrid estuviera en el palacio del Infante Don Luis, en Boadilla del Monte, localidad con varios cargos imputados en la trama de corrupción del PP, como su alcalde González Panero —alias el Albondiguilla—, que fue, precisamente, quien impulsó la polémica concesión a la SGAE de aquel palacio con el apoyo del Gobierno de Esperanza Aguirre. Así que alguien debió decir: «Gracias, pero esto no nos vale. Hay que dejarlo estar».

Y, claro, lo dejaron estar, aunque solo en sus propósitos mediáticos y, quizá electorales, puesto que lo judicial, con todo el aparataje que se había puesto en marcha durante el asalto al palacio de Longoria, tenía ya sus propias dinámicas. Lo que me insinuó aquel periodista, conocedor de mi estrecha relación con algunas personas del PP, era que mi asunto representaba la última baza para algunos antes de las elecciones para vincular al PP con la SGAE.

Al día siguiente de mi declaración ante Ruz, el periodista de *ABC* Jesús García Calero publicaba un interesante artículo bajo el título «La SGAE ya está acorralada». Tras sorprenderse por la repentina actitud del Ministerio de Cultura de González-Sinde, que curiosamente en su último mes de mandato había comenzado a pedirle explicaciones a la dirección de la SGAE, amenazándola incluso con retirarle la licencia, el autor se preguntaba en una clara alusión a Lassalle: «¿Y quién será ministro en cuatro meses, si es que hay ministro?». Estaba claro que ese ministro no podría ser ya el amigo de Pedro Farré. García Calero continuaba su artículo diciendo: «La política está jugando fuerte sus bazas y no lo hace en cualquier momento. Faltando cuarenta días para las elecciones generales cabe pensar que el PSOE busca el aplauso final de su electorado, los indignados por el canon y la Ley Sinde, con este gesto tardío, pero justiciero, contra el enemigo público número uno».

Tras mi detención, no volví a hablar con José María Lassalle. No he querido molestar a ninguna de las personas de la política que he podido conocer —de uno u otro partido— y con las cuales, en algunos casos, he llegado a mantener amistad. Siempre he sabido que lo único que podía provocar era ponerlas en aprietos, y no he querido correr ese riesgo.

El 20 de noviembre de 2011, el PP ganó las elecciones generales. Dos de las personas con las que había tenido relación, Soraya Sáenz de Santamaría y José María Lassalle, entraron en el Gobierno de Mariano Rajoy. La primera como todopoderosa vicepresidenta, con altísimas responsabilidades que incluían la dirección del CNI, que por primera vez se sacaba de la órbita del Ministerio de Defensa. Rajoy había decidido poner al frente de la inteligencia española a la persona en la que más confía, quizá la única en la que confía plenamente. A José María Lassalle, por su parte, con quien yo había mantenido una relación más estrecha, no le cayó ningún ministerio, como todos esperaban. Se quedó en secretario de Estado de Cultura.

Alguien me comentó un día que José María Lassalle hubiera sido nombrado ministro de no haber sido por el temor de que su amistad conmigo le pudiera hacer daño en algún momento. Fue seguramente por ello que quedó en una segunda línea de la contienda política. Visto con perspectiva se habrá alegrado, pues no creo que ser ministro le hubiera traído nada bueno en la vida. Además, nunca le vi realmente con la ambición de serlo.

Durante estos años de imputación he recibido algunas agradables sorpresas, como la que ya he contado de la exministra con la que me encontré casualmente y que me abrazó con cariño interesándose por mi situación. Esto me ha pasado en otras dos o tres ocasiones en las que, sin yo forzarlo, diputados tanto del PP como del PSOE me han manifestado su interés y preocupación por las circunstancias por las que atravesaba. La última vez, incluso, cuando entrar en prisión dejó de ser una posibilidad remota, un diputado me instó en privado a que solicitara el indulto y me dijo que él mismo me apoyaría y se ocuparía de buscar más apoyos. «Mira, te lo agradezco de veras, pero no voy a solicitar nunca el indulto. Ya no confío en el sistema», le contesté, en cualquier caso agradecido por su actitud hacia mí.

Desde el principio, mis abogados y muchos otros juristas con los que había hablado me decían que la acusación no iba a llegar a ninguna parte, que no tenía sentido, que no había delito y que estaba claro que se habían vulnerado derechos y garantías fundamentales en mi detención. Que aquello se acabaría archivando o que terminaría quedando absuelto. Pero con el paso de los meses y de los años, quién sabe si por la influencia de otros procesos judiciales que se estaban ventilando en España o como consecuencia de la atmósfera que ha venido sufriendo el país en los últimos tiempos, aquella esperanza se iba desvaneciendo poco a poco, hasta que para mí desapareció por completo con la última de las filtraciones que salió de la Audiencia Nacional.

28

FILTRACIONES E INFILTRADOS

Las filtraciones en los juzgados españoles son constantes. Y yo las he sufrido a lo largo de todo mi proceso. Seguramente son parte de la alianza del nuevo Santo Oficio: jueces, policías y periodistas se intercambian cromos como buenamente pueden. Algunos dirán que lo que buscan con ello es satisfacer los intereses generales, la justicia o el derecho a estar informado, pero me temo que no siempre es así. En la mayoría de los casos no hay más interés que el privado. Todos reciben algo que los beneficia de manera individual. La coartada pública, eso sí, es cualquier valor supremo que podamos imaginar. ¿Y quién se atreve a llevarles la contraria?

En estos años se han producido al menos tres graves filtraciones en relación con mi caso, filtraciones que siempre llegan en momentos especiales y que tienen mucho que ver con razones de oportunidad en relación con el contexto del país o con el devenir de otros procesos. Según algún abogado amigo, es también una forma de castigar al imputado por no «colaborar» o por «salirse del tiesto». Cuando no colaboras o te sales del tiesto, te dan un capón en forma de filtración, que es un modo de recordarte quién manda aquí.

La primera filtración se produjo el 16 de enero de 2012. Habían pasado tres meses desde mi detención y alguien se sacó del sombrero la *noticia* de que el juez Ruz confirmaba mi imputación. Si ya estaba imputado, ¿por qué habría de confirmar la imputación? Qué curiosa noticia. Pero alguien del juzgado filtró aquello a todos los medios de comunicación apoyándose en el rechazo de uno de

nuestros recursos y aquellos se lanzaron a replicarlo. Aquella noticia sirvió a los medios de internet y las redes sociales para mandarme de nuevo a la hoguera cubierto de insultos. Teóricamente, aunque tampoco era cierto, aquella noticia confirmaba mi imputación, es decir, que una investigación estaba en curso, como se dice ahora; pero lo que en la práctica se transmitía a la opinión pública era mi condena. Fue horrible. Tuve que dar explicaciones a mis compañeros de trabajo y, sobre todo, a los clientes. Alguno incluso me llegó a solicitar por escrito una declaración en la que explicara mi situación procesal.

—Mira, Pedro, estamos muy contentos con tu trabajo, pero esto es una multinacional con normas deontológicas muy rigurosas y, aunque tu pasado no nos importa y tenemos plena confianza personal y profesional en ti, debemos guardarnos las espaldas. Si me envías un escrito explicándome la situación procesal y que todavía no has sido condenado, todos nos quedaremos más tranquilos.

—Bueno. Pues así lo haré.

Aquella filtración, como las que vendrían después, servían para culpabilizarme de nuevo públicamente, para que mi entorno dudara de mí y para que mi vida se complicara. En suma, para condenarme otra vez. Aquellas palabras del agente-periodista resonaban una y otra vez en mi cabeza: «Tú y yo vamos a colaborar, Pedro».

La segunda filtración fue quizá la más dura. Se produjo transcurrido justamente un año desde la primera. El escrito de acusación de la Fiscalía Anticorrupción se filtró el 10 de diciembre de 2013 a todos los medios de comunicación, compartiéndolo en exclusiva previamente con algún medio de internet. *El Confidencial* tituló aquella tarde: «El fiscal pide cinco años a Pedro Farré por cargar prostitutas al organismo». Nuevamente, yo me enteraba por los medios de las decisiones que la Audiencia Nacional tomaba sobre mí. Los abogados no daban crédito.

—Lo siento, Pedro. Esto es jurídicamente inexplicable y éticamente indecente. Creo que tienes enemigos muy poderosos.

—No sé si tengo enemigos poderosos, pero seguro que son auténticos. Un enemigo auténtico es aquel que no te abandona nunca.

En su escrito, el fiscal pedía para mí cuatro años y diez meses de cárcel. Una exageración en toda regla. Si hubiera atracado a alguien a mano armada, seguramente habría pedido la mitad. Pero todo aquello era de manual, como ya me habían advertido los más conocedores de este tipo de asuntos. Se me iba apretando con cuentagotas, progresivamente, durante un largo y penoso proceso.

La tercera y última filtración judicial se produjo el 5 de marzo de 2014. Más de un año después de la anterior. Como siempre, cada año recibía un mazazo judicial tras el cual venía un largo periodo de silencio. En esta, publicada primero, como es costumbre, en un confidencial de internet, se decía: «Ruz manda a juicio a Pedro Farré». Tampoco de mi procesamiento pude enterarme por la preceptiva notificación del juzgado, sino por los medios de comunicación. Bueno, en realidad me enteré por un amigo que lo había visto publicado en internet. En aquel momento me encontraba en una reunión en el Congreso de los Diputados junto con varios parlamentarios. Mi amigo me llamaba una y otra vez al móvil. Ante tanta insistencia, terminé contestando. Entonces me lo dijo: «¿Has visto lo que se acaba de publicar?». Me quedé pálido, sin palabras, sin saber qué hacer. Solo quería salir cuanto antes del Congreso, no había un sitio peor para enterarse de aquello. Como sucede hoy con todos los procesos que según el nuevo Santo Oficio se consideran de «relevancia social», las actuaciones se van retransmitiendo en directo. Y en directo se celebra también un juicio del que es muy fácil salir condenado. Es casi lo único que puede suceder en el teatro judicial televisado.

Aquellas filtraciones tenían tres efectos inmediatos. Primero, propinar un nuevo golpe a través de los titulares, con la merma de reputación consiguiente y el recordatorio a la sociedad de mi «culpabilidad». Después, toda la jauría de internet se volcaba contra

mí. Y, tras todo ello, me sumía durante unos días en una depresión. Pero conseguía levantarme. Caer, levantarse, volver a caer y levantarse de nuevo. Así han sido estos últimos años.

Tras todas esas filtraciones, que te pillan siempre por sorpresa, conseguí sacar fuerzas de donde no creía tenerlas. Pero dolía. Era lógico. Poco a poco, vas perdiendo cosas. Lo difícil es llegar de pie al juicio. Pueden quitártelo todo, aunque si tú no te dejas, no pueden arrebatarte la dignidad y la conciencia.

Únicamente hubo una noticia de la que me enteré por mi abogado y no por la prensa. Fue la de la fecha del juicio. Se celebraría el 28 de octubre de 2014, aunque siempre observé ese momento como algo prescindible, retórico, casi teatral. Hacía mucho tiempo que yo había sido ya condenado. Y varias veces.

El fenómeno de las filtraciones no es el único que se ha convertido en habitual en nuestro país. Existe una segunda figura muy típica de estos tiempos: los infiltrados.

Debo reconocer que hay ciertos asuntos sobre los que no me siento cómodo escribiendo, aunque en este relato he terminado por hacerlo en no pocas ocasiones. Y no es por miedo que me cueste contar ciertas cosas, sino por pudor, por vergüenza, porque alguien pueda pensar que soy un conspiranoico. Estoy seguro de que no faltará quien pueda pensarlo. Muchas personas, quizá la mayoría, no creen en los ovnis ni en las conspiraciones, ni siquiera en los espías de verdad, con lo que mucho menos creerán en la posibilidad de que pueda existir la figura de un agente-periodista. Tendemos a creer solo en lo que vemos y rechazamos todo aquello que nos cuesta entender o imaginar. Así estamos programados, así nos han enseñado a mirar la realidad desde pequeños. Pero resulta indudable que no solo es real aquello que podemos ver. Existe también una realidad escondida. Y es allí donde viven los infiltrados, unas personas que se esconden a plena vista.

He comprobado que solemos sospechar de quienes dicen haber visto un ovni, o algún hecho paranormal, o hablan de alguna conjura. «Has visto muchas películas», te dicen. Pero yo no les hago

mucho caso. Todavía no me he topado con un ovni y, sin embargo, conspiraciones y espías he visto ya unos cuantos, así que, llegados a este punto, poco puede importar ya lo que piensen de uno. Solo necesito relatar lo que he vivido, y que cada cual saque sus propias conclusiones.

Nada más ser contratado en la empresa de consultoría en la que trabajé los tres primeros años de mi imputación, comencé a recibir currículums de personas demandantes de empleo. Curiosamente, algunos de aquellos historiales eran de personas vinculadas indirectamente con la seguridad. Se trataba de personas muy jóvenes con algún lazo en el Ministerio del Interior o que estaban en el entorno personal de altos cargos de la seguridad del Estado. La experiencia me ha enseñado a lo largo de estos años que muchas de las personas que se infiltran o intentan infiltrarse en determinados puestos no son ni siquiera conocedoras de cuál va a ser su verdadera labor: contar cosas. Podríamos decir que son espías que no saben que lo son. Aunque, lógicamente, en algún momento terminan dándose cuenta de su verdadero cometido o, si lo hacen muy bien, sus «jefes» les revelan directamente su verdadero trabajo.

Por aquel entonces yo había cambiado en muchos aspectos. Me había convertido en alguien mucho más desconfiado, pero también más prudente y sutil. Llegué a la conclusión de que a largo plazo no iba a servir de nada rechazar aquellas candidaturas y, sobre todo, de que yo no tenía nada que ocultar, más bien al contrario: como imputado con la reputación por los suelos, me interesaba que los poderosos supieran que yo no significaba peligro alguno y que era, pese a todos mis defectos, un tipo normal. Así que decidí aceptar la infiltración de una persona vinculada al PP y otra del PSOE. Con ambas llegué a tener una excelente relación y con una de ellas hasta amistad sincera. Estoy convencido de que al menos uno de esos subordinados no era consciente, al menos al principio, de la labor que le habían encomendado, aunque llegó un momento en que se hizo totalmente evidente. No puedo revelar esas circunstancias para

no perjudicarlos, no tengo nada contra ellos. Todos hacemos a veces cosas que no están demasiado bien. Justo antes de mi juicio, ambas personas salieron de mi entorno. Su trabajo ya estaba hecho. Aunque no sean siempre fáciles de ver, los infiltrados, como las conspiraciones, existen. Vaya que si existen.

29

BAUTISTA CONTRAATACA

El tiempo pasaba, y mientras mi caso se había convertido en una pieza separada y avanzaba sin pausa, nada se oía en cambio de la instrucción de la causa contra la SGAE, dirigida contra una supuesta «trama parasitaria». Eduardo Bautista y José Neri, los principales acusados, empezaban a impacientarse por el atasco que sufría su caso, cuya dilación todavía hoy continúa. Bautista y Neri comenzaron entonces, según todos los indicios, a filtrar papeles a un medio de comunicación. Fue a *El Confidencial* y, más concretamente, a su periodista José L. Lobo.

Según me había comentado alguien próximo a la SGAE, Bautista y Neri habían puesto todos los esfuerzos y recursos en investigar a algunas personas a las que consideraban traidores, como Pablo Hernández o Paco Galindo. Al parecer, fue el entorno de Bautista el que filtró a *El Confidencial* toda la información a la que iban teniendo acceso para que ese medio publicara una cadena de artículos que vieron la luz a lo largo del año 2014.

Aquella operación comenzó nada más regresar de las vacaciones de Navidad. Estaba orientada, por un lado, a denunciar que el sumario permanecía atascado y que el juez Ruz no era un buen instructor de causas, y, por otro, a evidenciar que Pablo Hernández, «el traidor», se había enriquecido de manera fraudulenta mientras era el número dos de la SGAE.

El 8 de enero de 2014, el periodista José L. Lobo comienza a soltar pequeñas bombas en *El Confidencial*: «Las pifias de Ruz desinflan el macroproceso por corrupción contra la SGAE de Teddy

Bautista». Aquel era un ataque directo al señor juez, pero era muy difícil que tuviera algún efecto, pues durante mucho tiempo Ruz ha gozado del favor de los medios de comunicación, como ha pasado antes con otros jueces. A aquel artículo le siguieron muchos otros, como los encabezados por estos titulares:

> «Baltasar Garzón paró la investigación a la SGAE porque era socio y cobraba derechos de autor» (14 de enero de 2014).
> «Los ingresos de los artistas se desmoronan: la SGAE rebaja tarifas para lavar su imagen» (15 de enero).
> «El "dos" de la SGAE, Pablo Hernández, compró siete casas de lujo y usó a su mujer de tapadera» (16 de enero).
> «Nuevo varapalo a Ruz: la SGAE no desvió fondos para comprar teatros» (17 de enero).
> «La SGAE dilapidó 1,1 millones en informar contra Teddy Bautista» (22 de enero).
> «Un nuevo informe pericial vuelve a poner en entredicho a Ruz y dinamita el caso SGAE» (27 de enero).
> «Kiss FM pagó a Pablo Hernández por ganar a Antena 3 un pleito de 205 millones» (30 de enero).
> «Ruz maniobra en la sombra para resucitar el empantanado "caso SGAE" y salvar la cara» (9 de marzo).
> «La extraña amnesia de Ruz: pide informes periciales que ya tiene» (28 de julio).

Estos son solo un ejemplo de los titulares que *El Confidencial* publicó tras su colaboración con Bautista y Neri, que intentaban defenderse sembrando dudas sobre las imputaciones dictadas contra ellos en 2011 y poniendo el foco en la deficiente instrucción de Ruz, que hacía que el caso SGAE «se desmoronara como un castillo de naipes». Al mismo tiempo, disparaban contra Pablo Hernández, a quien consideraban el traidor que había estado colaborando con la UCO y con el juez desde la intervención de la SGAE, o quizá antes. A propios y a extraños les sorprendió siempre que personas con tan altas responsabilidades en la SGAE como Pablo Hernández, Paco Galindo o Carlos Fernández-Lerga no hubieran sido imputados, cuando durante muchísimos años no habían dejado que un solo

papel de aquella entidad pasara sin su supervisión o sin poner en él sus firmas. El único de los tres que al final resultó imputado fue Pablo Hernández, quien fue juzgado junto a Ramoncín, José Neri y Enrique Loras por una presunta apropiación indebida de 57.000 euros en la pieza separada abierta por el juez De la Mata poco tiempo después de que este sustituyera a Pablo Ruz. Todos salieron finalmente absueltos por falta de pruebas.

Uno de aquellos artículos impulsados desde la órbita de Bautista me afectaba directamente a mí: «Un exdirectivo cargó a la SGAE los gastos de policías y guardias civiles en prostíbulos». El artículo afirmaba:

> Farré era el responsable de la lucha antipiratería en la sociedad de autores, un cargo que le obligaba a reunirse frecuentemente con miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado, en ocasiones **fuera de la jornada habitual de trabajo**. Farré está imputado en una pieza separada del sumario que instruye Ruz contra la cúpula de la SGAE, al igual que el exdirector financiero de la entidad, Ricardo Azcoaga, a quien el fiscal acusa de un delito de encubrimiento. La defensa de Azcoaga argumenta que «se consideraba normal que, en el desarrollo de sus funciones, [Farré] realizara invitaciones en comidas o cenas a políticos, detectives, policías y guardias civiles», para lo que disponía de una tarjeta Visa corporativa con un límite de 6.000 euros mensuales.

En apariencia, aquel artículo podría justificarme públicamente, pues explicaba que aquellos gastos podrían tener que ver con mi trabajo, junto a quiénes se podrían haber realizado y, desde luego, que habían sido aprobados por la dirección. Pero, en realidad, con esa información se estaba «disparando» de una manera muy general contra unas personas a las que es mejor no tener de enemigos. A mí aquello me haría mucho daño, como después pude comprobar. Yo nunca estuve detrás de aquella publicación. Una de las últimas veces que hablé con Bautista me dijo que tenían un amigo periodista, José L. Lobo, y que podría hablar con él tranquilamente sobre mi asunto, que me podía ayudar. Pero no accedí a ofrecerle una entrevista, ni siquiera a hablar con él *off the record*, como Bautista me sugirió. No

creía que aquello me pudiera traer ventaja alguna. Tenía mi trabajo y lo único que deseaba era pasar lo más inadvertido que pudiera en los medios de comunicación. Aunque aquello iba a resultar imposible.

Justo en mitad de todas aquellas andanadas de Bautista y de sus más fieles, el juez Ruz decide procesarme y me manda a juicio. El macroproceso del caso SGAE dirigido contra Bautista y muchos otros directivos de la vieja SGAE seguía atascado, pero en cambio la pieza separada contra mí había comenzado a llevar una velocidad de crucero y ya no la iba a poder parar nadie.

30

SE ACABÓ

Finalmente sucedió lo que nunca hubiera imaginado al iniciarse el proceso: me sentaría en el banquillo de los acusados de la Audiencia Nacional. Se me procesaba por la presunta comisión de un delito de apropiación indebida y otro de falsedad documental. Se me acusaba por aquellos 35.000 euros abonados en locales de alterne con mi tarjeta de crédito corporativa. Supongo que me habían investigado de arriba abajo, y en más de ocho años de trabajo en la SGAE no encontraron nada más que encajara en sus propósitos. Solo aquel gasto con la tarjeta corporativa. Pero era suficiente para escarmentarme. El fiscal pedía por ello casi cinco años de prisión. Me sentaría en el banquillo junto al director económico-financiero de la SGAE, Ricardo Azcoaga, acusado de cooperación necesaria por ser quien supervisaba y autorizaba todos los gastos.

El juicio tendría lugar el 28 de octubre de 2014, aunque mi procesamiento se me anunció en el mes de marzo, una antelación suficiente para que pudiera pensar en muchas cosas. Aquellos casi ocho meses desde el auto de procesamiento hasta la celebración del juicio se me hicieron eternos.

De nuevo se publicaban mi nombre y mi imagen en los medios, otra vez la jauría de internet con sus hogueras digitales en las que ardía mi reputación, una vez más dando explicaciones en el trabajo, intentando sortear las miradas de sospecha y tratando de tranquilizar a mi familia y amigos.

Intenté como pude llegar lo más entero posible a la fecha del juicio. En estos últimos años he comenzado a darme cuenta de la silenciosa y humilde importancia de estar vivo. La vida, con todo, es un regalo. Y yo, al menos, seguía vivo. Hace tiempo que he comenzado a cambiar mi visión del mundo. Pero antes he tenido que cambiar la de mí mismo. Ya casi ni me acuerdo del joven ambicioso que fui, de aquel que estaba tan obsesionado con el trabajo, aquel que creía que la felicidad radicaba en la capacidad de adquirir cosas nuevas. Ese al que iban a juzgar era ya otra persona en lo esencial. Pensaba de manera diferente sobre las prioridades en la vida, tenía un enfoque distinto sobre todo lo que me rodeaba. Desde luego no era el hombre ambicioso que había trabajado haciendo *lobby* para la SGAE durante ocho largos años.

El día antes del juicio recibí la peor noticia posible. Aquella mañana me llamó mi abogado para contarme que el juez había decretado que el agente-periodista, mi principal testigo en la vista, al que podríamos arrinconar para poner en evidencia las oscuras motivaciones y circunstancias de la operación contra mí, no tendría que declarar. Cuando presentamos nuestra lista de testigos, todos los nombres fueron aceptados por el juez. Sin embargo, el día anterior al juicio alguien decidió que este señor, un elemento clave en la investigación contra mí, no debía comparecer. La razón que el juez ofreció fue que este individuo estaba muy enfermo y que no podía testificar, ni tan siquiera por videoconferencia. ¿Quién pudo presionar para que ese siniestro personaje, clave en mi detención, no se asomara por la Audiencia Nacional?

Curiosamente, un par de meses antes de que me dieran aquella mala noticia, un buen amigo periodista, viejo conocedor del verdadero funcionamiento del mundo, y que seguramente sabía a qué se dedicaba de verdad aquel infiltrado y para quién trabajaba, me advirtió de que aquello ocurriría. Y, además, lo hizo en los exactos términos en los que se produjo: «Mira, Pedro, este tío no va a declarar. Harán todo lo posible para que no pise la Audiencia. Ya

verás como se pone malo o tiene un accidente el día antes. Es de manual». Cierto, era de manual, como tantas otras cosas que uno desearía no ver.

La clave de todo la pudimos conocer durante el primer día de la vista, cuando declararon como testigos los agentes de la UCO. El capitán de la Guardia Civil no tuvo más remedio que reconocer, a preguntas de mi abogado, que este hombre era en realidad un agente del CNI. El oficial comenzó explicando la curiosa manera en la que se había iniciado la investigación:

—Nos contactó un periodista de Intereconomía que había sido guardia civil. Tenía una información en relación con un directivo de la SGAE. Nos reunimos con este señor y le pedimos que no lo sacara para salvaguardar el honor del señor Farré e investigar si era cierto.

Entonces mi abogado le interrogó sobre este sujeto:

—¿Dice usted que el señor que les hizo llegar la información era un confidente o un guardia civil?

—Sí, era un ex guardia civil que en otras ocasiones le había pasado informaciones a un compañero mío de promoción. Y esas informaciones, según me dijeron, siempre habían sido buenas —respondió el capitán.

—¿Este señor no tiene relación con los servicios de información y con el CNI? —inquirió mi abogado.

—No —contestó el capitán sin mucho convencimiento.

—¿Usted no ha sabido en ningún momento que este señor era del CNI? —insistió Jacobo.

—Bueno…, sí, luego he visto que podría ser del CNI. Eso he oído hace escasas fechas.

El juez entonces cortó a mi abogado para que no siguiera preguntando sobre ese señor argumentando que si efectivamente era del CNI podría «afectar al orden público o a la seguridad del Estado». Y concluyó su señoría tajante dirigiéndose a mi abogado: «Vamos a dejarlo ya, letrado».

Aquel que aparecía en los medios como periodista era verdaderamente un informador, un confidente, un ex guardia civil que trabajaba en inteligencia. Quizá por eso se evitó a toda costa que pudiera declarar en el juicio. El juez impidió desde el principio que profundizáramos en el aspecto esencial de nuestra estrategia de defensa. Toda posibilidad de poner al descubierto la coacción, de demostrar que se habían vulnerado derechos fundamentales para intimidarme, se desvanecía de repente. Y con ello cualquier posibilidad de defensa en el juicio. Ya no había nada que pudiera salvarme de la quema.

El juicio se celebró durante dos días. El primero fue realmente el que tuvo alguna sustancia. En aquella jornada inicial, por la mañana, se tomó declaración a los principales testigos propuestos por las partes. Intervinieron Teddy Bautista, los encargados de dos prostíbulos de Madrid, mi secretaria y un par de personas del departamento financiero de la SGAE. Allí había muy poca chicha y los testigos propuestos eran más bien escasos. En ausencia del agente-periodista, solo se podía hablar de señoritas y de gastos en unas determinadas salas de fiesta: los burdeles. Pero sobre aquello yo iba a decir muy poco, solo lo que creía que podía ser del interés público: que aquellos eran lugares completamente legales donde se servían copas, que una de mis funciones era la de agasajar a personas con las que la SGAE se relacionaba y que todos mis gastos habían sido siempre aprobados por mi empresa sin reproche alguno.

Había rechazado la propuesta de un par de personas que me dijeron que contara con ellas si quería que testificaran en el juicio. Se ofrecieron para contar que habían estado alguna vez conmigo en uno de esos lupanares y explicar lo que allí ocurría. Pero esa no era mi estrategia. Equivocadamente o no, lo que yo quería era evidenciar la vulneración de mis derechos fundamentales, de mis garantías procesales, y la existencia de una operación para desprestigiarme. Ahí es donde creía que debía poner el foco. Pero no sirvió de nada. Nunca me pude imaginar que de los numerosísimos gastos que yo realicé en ocho años en desayunos, comidas y cenas

carísimas, en invitar a todo tipo de personalidades, los únicos que hubieran interesado a los investigadores y a la Fiscalía Anticorrupción fueran los realizados en esas «salas de fiesta». Según dijo el fiscal, lo que llamaba la atención es que esos gastos se hubieran realizado en horario nocturno. La doctrina parecía ser que un directivo se puede gastar 3.000 euros en una cena con varias personas que concluye a las dos de la madrugada en la que los comensales disfrutan de un menú de precio pornográfico, pero no se puede realizar un abono del mismo importe en un lugar igualmente legal, abierto al público, donde se sirven todo tipo de bebidas. Lo censurable de aquellos gastos por los que me castigaban era, en realidad, la presencia de señoritas.

Las declaraciones de los dos responsables de los puticlubs fueron ataques directos a mi persona, un ejercicio en toda regla de acoso y derribo. Sin pudor alguno. Ambos tipos coincidieron en muchas cosas, curiosamente, como si se lo hubieran estudiado a conciencia el día de antes, como si tuvieran que pasar un examen. Noté en ellos una tensión, un miedo, una radicalidad contra mí; solo un idiota no se daría cuenta de la presión a la que alguien debió de someterles. Supongo que los lupanares viven de su discreción, y sorprendía ver a aquellos dos hombres tan dispuestos, tan concienciados, mucho más allá de lo razonable, a vulnerar el primer mandamiento de su negocio: proteger la intimidad de sus clientes.

Intentaron destrozarme y lo consiguieron. Insistieron en que era yo solo, la mayor parte de las veces, quien hacía uso de sus instalaciones y de los servicios sexuales de las señoritas. Aquella era la circunstancia que más les interesaba subrayar. Uno de los representantes, como suele suceder con este tipo de locales, era un expolicía, según el mismo reconoció al comienzo de su testimonio. El otro no dijo serlo, pero desde luego lo parecía. Al menos debía de tener amigos entre los miembros de las fuerzas de seguridad. Sabía perfectamente lo que tenía que decir.

Tras estos testimonios llegó el turno de Bautista. Su declaración evidenció cómo se encontraba y los daños psicológicos que le estaba causando su situación procesal. No parecía del todo lúcido. Ya no era el hombre poderoso que había sido. Escucharle era el vivo ejemplo de lo pequeña que es en realidad cualquier persona. Sus palabras no fueron malas para mis intereses. No me reprochó nada ni me hizo crítica alguna, al contrario: explicó que me consideraba un buen profesional, que había cumplido siempre con los objetivos, que era apreciado en la casa y que mi trabajo tenía mucho valor porque «mantenía unas excelentes relaciones con políticos». También que mi jornada laboral no tenía horarios y que había desempeñado durante años la dirección de la lucha antipiratería en representación de la SGAE. No dijo nada de que yo fuera su jefe de gabinete, pues nunca lo he sido.

Durante el juicio, el fiscal continuó en su línea de aquellos últimos cuatro años de persecución, y en un discurso pretendidamente épico enmarcó mi causa en la feroz lucha que los órganos judiciales estaban librando contra el mayor mal de España: la corrupción. Insistía una y otra vez en que explicara con qué personas había acudido a los lupanares y qué relación guardaban con mi trabajo en la SGAE. Pero por mi parte solo cabía responder que no iba a contar con quién desayunaba, comía o cenaba en el ejercicio de mi trabajo. Obviamente, no les interesaban los suntuosos gastos en restaurantes y en hoteles en los que había incurrido la misma persona, un servidor, con la tarjeta de crédito de marras. Quizá si se hablara de aquellas cenas, cuyos precios hoy considero pornográficos, podrían salir a la luz personas e instituciones no tan extrañas y lejanas.

A los dos meses de celebrado el juicio salió la sentencia. También de esto me enteré a través de los medios, a los que fue filtrada con antelación. Fui condenado a dos años y medio de prisión. Durante los cuatro años largos de proceso judicial mis abogados recurrieron en unas veinticinco ocasiones las resoluciones del juez instructor, del juez central de lo penal y de la Sala de lo

Penal de la Audiencia Nacional, órgano en el que desde el principio hasta el final se ventiló todo mi proceso. No nos dieron la razón en ninguno de nuestros escritos. Ni en uno solo. Ni siquiera un poquito. Todos nuestros argumentos fueron siempre rechazados radicalmente y con gran celeridad.

La cárcel ya no era, sin embargo, lo peor. Lo peor ya había pasado. La humillación pública, la pérdida, la decepción, sentirte derrotado, las ausencias de tantos, las traiciones, el escarnio de verte retratado, de ver cómo tu nombre ardía en las hogueras de internet. Aquellas habían sido también condenas, y, al menos para mí, no menos graves. En verdad, desde que se inició el proceso me sentí en una prisión. No puede haber libertad si no sabes a qué atenerte. Cuando te quitan el futuro, te arrebatan también el presente. Sientes que no tienes el más mínimo control sobre tu propia vida. Parafraseando a Andrés Calamaro: la vida puede ser una cárcel con las puertas abiertas. Esa cárcel ya la conozco. Ahora me toca vivir la de las puertas cerradas.

El mismo día en que conocí mi condena a dos años y medio de prisión dimití de mi trabajo. Tenía ese compromiso con las personas que tanto habían confiado en mí y a las que yo debía intentar proteger. Y lo cumplí. Hice lo posible para que no las pudieran relacionar conmigo. Si una persona imputada tiene ciertas dosis de toxicidad, un individuo condenado por la justicia es alguien al que únicamente le queda el destierro mientras agota todos sus recursos y espera su destino final. Así que lo mejor es alejarse de él. Yo siempre he preferido echarme a un lado antes de que la gente se alejara de mí.

Pero aquel día no dimití solo de mi trabajo, sino de muchas otras cosas. Yo era responsable, culpable de mil historias. Había sido un gilipollas. Pero ¿merecía una condena de dos años y medio de cárcel por haber utilizado la tarjeta de crédito que me habían dado para los fines encomendados y con los medios que empleaba todo el mundo? ¿Merecía tan dura pena por haber realizado unos gastos que mi empresa había autorizado?

Me he defraudado a mí mismo unas cuantas veces, y creo que poco a poco voy rompiendo con aquel que fui, pero también me ha decepcionado haber comprobado cómo es en realidad el mundo. Decepciona ver cuánta hipocresía, cuántas sombras, cuánta sordidez se esconde entre los engranajes y poleas de la infinita maquinaria del poder. A lo largo de este complejo capítulo de mi vida he podido aprender cosas que no se enseñan en la facultad, ni en ningún otro lugar, y que solo pueden conocerse cuando te pegas un golpe tremendo. La ventaja de las heridas radica en que es a través de ellas por donde entra la luz.

EPÍLOGO

SABER PERDER

A estas alturas del relato se estarán preguntando si he llegado en algún momento a saber quiénes promovieron y por qué mi detención. Puede que les sorprenda, pero en realidad solo dediqué unos pocos meses a pensar en ello. Muy pronto fui consciente de que no iba a servir para nada más que para hacerme daño. A veces no es necesario conocer toda la verdad. He decidido no vivir con rencor, una mochila demasiado pesada. Así que no tengo una conclusión definitiva y lo único que puedo es relatar brevemente algunas hipótesis a las que, por otro lado, ustedes también habrán llegado, si es que este libro no se les ha caído todavía de las manos.

La primera opción es la más sencilla de todas, la que he podido comprobar que maneja mucha gente de la calle y también algunos de mis conocidos. Podría haber sido un chivo expiatorio. Hasta ahora soy el único miembro de la SGAE condenado a entrar en prisión. Mientras la gran causa de la Operación Saga sigue sin avanzar, al menos ya tienen a una persona de aquella odiada empresa que va a dar con sus huesos en la cárcel. Alguien en quien ejemplificar el presupuesto océano de corrupción de la SGAE, aunque ese alguien haya sido únicamente un pequeño y desconocido tiburón.

La segunda opción es la que han barajado diversas personas del mundo de la propiedad intelectual, que afirman: «Le querían hacer daño a Teddy Bautista y por eso fueron a por ti. En realidad lo que buscaban era minar la reputación de Teddy y la de la SGAE, y qué mejor manera que sacar a la luz lo de las putas». Esta hipótesis

viene abonada por el interés de algunos, desde el primer momento, en vincularme más de la cuenta a Bautista, mintiendo al decir que yo era su jefe de gabinete o que era amigo suyo.

Otros, en cambio, piensan que detrás de toda la operación contra mí estarían el propio Teddy Bautista y su círculo más íntimo, que me habría utilizado para intentar desprestigiar a la Guardia Civil, que fue quien realizó la investigación contra la SGAE. Quizá alguien pensó que si revelaba que yo me había ido de putas con «mis amigos» policías los podrían poner contra las cuerdas. Pero antes de que eso ocurriera, la propia Guardia Civil se adelantó y me detuvo. Podría ser.

La cuarta opción es que alguien pensara que yo significaba un peligro por lo que pudiera haber conocido tras mi paso por la SGAE. Tal vez supusieron que yo tenía datos —quizá aquel misterioso informe del que se hablaba— y que podría poner en peligro a algo o a alguien. Quizá sabían que conocía de primera mano algunas de las situaciones que aquí he narrado y deseaban desacreditarme para que nadie me pudiera hacer caso. O tal vez creían que conocía detalles que ya hace tiempo que he olvidado. Desde luego fue un gran error por mi parte haber vuelto a colaborar con la SGAE antes y después de la intervención. Mi reaparición en aquel escenario pudo poner nervioso a alguien.

Una hipótesis que un conocedor del funcionamiento de los servicios de inteligencia me proporcionó es que buscaran en mí un potencial colaborador para alguna investigación que podrían tener atascada. Que yo pudiera llegar a ser una de sus fuentes. Metiéndome miedo, presionándome, amenazándome, quizá me asustaría y empezaría a colaborar, podría contar cosas que pudieran agilizar algún proceso —el de la SGAE o algún otro—, quién sabe.

Muchos pensarán que todo esto es más sencillo: «Mira, fuiste a un puticlub, pagaste con la tarjeta de la empresa y te han pillado. Has cometido un delito y debes ir a la cárcel». Es posible. Lo que sucede es que yo no soy muy partidario de las interpretaciones sencillas. Nada es lo que parece. Las interpretaciones simples casi

nunca son las correctas. No pueden serlo en un mundo tan complicado y lleno de grises. Las circunstancias que rodearon a mi detención, antes y después de la misma, no parecen conducir a tan simple conclusión. ¿Alguien cree en serio que hubieran montado todo ese aparataje, todo ese despliegue de medios durante varios días, solo por algo más de 30.000 euros? ¿Era de verdad el mío el mejor ejemplo de la corrupción en la odiada SGAE? ¿Por qué me detuvieron en plena calle? ¿Por qué se utilizó al agente-periodista como avanzadilla? ¿Por qué tanto interés en minar mi reputación de una manera sostenida? ¿Merecía ese asunto que fuera nada más y nada menos que la Audiencia Nacional quien lo juzgara de principio a fin? ¿No tiene tan importante organismo judicial otros problemas de los que ocuparse? ¿No se debía haber mandado un asunto así a los juzgados de la plaza de Castilla? Demasiado interés de tan relevantes personas e instituciones para un caso que ni por el fondo ni por el acusado merecía tanta atención. Demasiadas sombras como para hacer una interpretación tan simple.

Cada día soy más partidario de la teoría de la multicausalidad. No creo que haya habido una sola causa, una fuerza única que haya sido la propiciatoria de aquel desenlace, sino más bien una concertación de sujetos y de hechos. Seguramente operaron un conjunto de circunstancias, intereses diversos e incluso contrapuestos, una atmósfera llena de ruido y de elementos tóxicos, incluidos mis propios errores, para crear el destino que me ha tocado vivir. Aunque ya no importa cuáles hubieran podido ser aquellas causas. No es descartable, conociendo cómo funciona de verdad el mundo, que dos o tres de las hipótesis que acabo de describir hubiesen operado en el desenlace. O quizá las cuatro. O alguna otra que no imagino. Quién sabe. Es imposible saber por qué ocurre una cosa y no otra. Cuál es la causa de qué. Qué es realmente lo que te destruye. La vida es como es, va como va, hasta que un día te cambia radicalmente. En mi caso, no sé con exactitud cuál fue aquel día. ¿El día en el que entré a trabajar en la SGAE? ¿El primer día que fui a un burdel? ¿Cuando comí con el alto mando de

la Guardia Civil en su despacho? ¿Cuando me llamó por teléfono el agente-periodista? Qué más da. La vida es tremendamente compleja. Quizá por eso resulta una aventura tan interesante.

No pretendo reivindicar mi inocencia. No lo he pretendido nunca al narrar esta historia. No soy inocente. Es verdad, estuve en prostíbulos e hice mal. Si pudiera borrar mi pasado, lo cual es imposible, borraría toda aquella parte. Borraría también muchas otras cosas. No soy perfecto. Pero tengo dudas de que merezca por ello entrar en prisión. Aunque si así se quiere, lo acepto. No hay más. La vida no deja de ser una constante lucha por sobrevivir con la certeza de que al final siempre saldremos vencidos. Y hay que saber perder. Esta gran comedia es una incesante cacería en la que unas veces somos cazadores y otras cazados. Y yo he aprendido a sobrellevar la derrota sabiendo que tras ella se esconde algún tipo de victoria.

Hubo un tiempo en el que me consideré inocente. Hoy no. Hoy creo que soy culpable. Todos somos, en realidad, culpables de algo. He cometido errores y me siento responsable. Pero este reconocimiento de mis propios fallos no es óbice para señalar al mismo tiempo la maldad y los intereses espurios de otros. Sin que pretenda con ello exculparme, sigo pensando que fui objeto de un despiadado ataque, de una típica operación de desprestigio en cuya ejecución se vulneraron los derechos más básicos. Y que aquella acción no buscaba la justicia, sino satisfacer otros intereses. Pero ni los medios de comunicación ni los jueces lo supieron o quisieron ver.

En realidad, a partir de un determinado momento comencé a sentirme culpable. Es cierto que he sido objeto de un complot y que mis derechos fundamentales y las garantías procesales más básicas fueron vulnerados. Es verdad también que ir de putas en las empresas es algo normal y que todos mis gastos fueron aprobados siempre por mis jefes, quienes estuvieron muy satisfechos con mi trabajo. Sin embargo, con independencia de lo que pueda decidir un tribunal, que eso es una lotería, yo me siento responsable desde hace mucho tiempo. Responsable por haber sido un gilipollas, por no

haber dicho que no a tantas cosas, por haberme hecho amigo de quienes no debía, por no haber denunciado la mezquindad que veía a mi alrededor. De todo eso soy culpable. De eso y de mis sombras, de haber ido a prostíbulos y haber consumido alcohol y drogas. Me siento responsable y pido perdón por ello.

Abril de 2015. Pronto cumpliré cuarenta y cuatro años. Será el 19 de este mes. Estoy en un bello lugar de la costa de Málaga, mirando a lo lejos, muy cerca del Estrecho. El mar me ayuda a caminar, especialmente en este punto en el que se juntan el Mediterráneo y el Atlántico. Aquí espero a que se resuelvan de una santa vez unos recursos que siempre he sabido que no prosperarían. En el periódico leo el horóscopo como lo haría aquel que no sabe ya a qué encomendarse: «La luna nueva en Aries del día 18 abre un portal de energía de diez días que puede dirigir de la forma que desee. Planee sus acciones antes de este fenómeno y actúe después. Es el momento ideal para hacer un lanzamiento o iniciar una relación. Si su cumpleaños es el 18 o el 19 de abril obtendrá una ración doble de suerte y placer. En lo laboral, confíe en que el plan que ha puesto en marcha es el correcto».

En mi particular manual de supervivencia ocupan ahora un lugar muy destacado la aceptación y dejar que la naturaleza y el universo hagan su trabajo. Lo que tenga que ser será. Eso ha debido aprender el hipercontrolador racional y perfeccionista que fui. Y entonces comienzo a escribir este libro, o a dejar que el libro se escriba.

Enero de 2016. Hace unos minutos me ha llamado por teléfono una funcionaria de la Audiencia Nacional. Me ha anunciado que debía presentarme al día siguiente para recoger la notificación de ejecución de la sentencia y hacerme entrega del mandamiento de entrada en prisión. Dispongo de un máximo de diez días para ingresar en la cárcel. Quince meses después de celebrado el juicio,

más de cuatro años después de mi detención y casi ocho años después de producidos los hechos constitutivos de delito tendré que entrar en prisión y pasar allí una temporada.

La persona que llegará a esa celda es otra diferente. Ya no soy un alto directivo, ya no me siento doctor en Derecho, apenas me recuerdo como profesor universitario. Soy un exdirectivo, un exprofesor, un exjurista que hace mucho que contempla la vida de una manera muy distinta a como la observaba cuando era un ambicioso directivo de la SGAE. Me equivoqué y ya he pagado un alto precio por ello. Pero me dicen que aún tengo que pagar más. Me queda el último trámite: vivir un tiempo en la cárcel. Entraré en la prisión con la esperanza de poder cerrar por fin una etapa demasiado larga de mi vida. Cerrar definitivamente un pasado que nunca más permitiré que me persiga.

Hace unos días me hice una revisión de la vista. La simpática oculista me dijo que no me preocupara demasiado, que era normal, que con la edad se pierde visión. Es cierto, tengo la vista cansada. Pero por fin sé dónde fijar la mirada. Desde lo alto de la montaña, junto a la vieja ermita a la que subí tantas veces, observo el ancho mar con otros ojos. Escucho mi *playlist* de canciones favoritas en Spotify, ese maravilloso invento que ha inundado las páginas de segunda mano de toneladas de CD a precios de saldo. Suena *Mistakes of my youth*, de Eels, otra banda inmensa que conocí durante mis días en California. Quizá hice bien en regresar a Madrid, me digo ahora. Hay que cerrar el pasado. Miro a lo lejos. Unas colinas se dibujan levemente al fondo. Es África. Tan lejos y tan cerca. Como lo está todo.

Escribió Mark Twain que «los dos días más importantes de la vida son el día en que naciste y el día en que descubres por qué». He vivido demasiado tiempo sin saber quién era, sin ser yo, actuando como cómplice de la inercia social. Pero por fin he descubierto el sentido de todo lo vivido. Siento en mi interior el significado de toda esta aventura. Se me ha revelado el secreto que

siempre me había contado a mí mismo: que todo tiene un sentido. Comprendo su significado, aunque todavía no sea capaz de decir con exactitud cuál es.

He vivido la primera parte de mi vida. Todavía me queda la segunda.

NOTAS

* Por Operación Saga se conoce la investigación alrededor de una presunta trama delictiva organizada desde la SGAE, e iniciada en 2010 a partir de una denuncia interpuesta ante la Fiscalía Anticorrupción por la Asociación de Internautas, la Asociación de Usuarios de Internet, la Asociación Española de Pequeñas y Medianas Empresas de Informática y Nuevas Tecnologías (APEMIT) y la Asociación Española de Hosteleros Víctimas del Canon (VACHE), que culminó en julio de 2011 con la detención de Teddy Bautista, José Neri y otros siete miembros de la SGAE por el presunto desvío de fondos a empresas privadas pertenecientes a miembros de la Junta Directiva, entre otras acusaciones. El juez Ruz descubrió que un entramado de empresas habrían desviado decenas de millones de euros de la entidad. Los presuntos responsables de la misma pertenecían a la cúpula directiva de la SGAE y fueron puestos a disposición judicial: el sospechoso de organizar aquel entramado, José Luis Rodríguez Neri, era el director general de SDAE, Sociedad Digital de Autores y Editores, contratada por la SGAE y que desviaba fondos a Microgénesis, una empresa gestionada por Neri y algunos de sus familiares. Pocos días después, el Congreso español decidió suprimir el polémico canon digital y Teddy Bautista renunció a la presidencia de la SGAE. En agosto de 2011 salió de la cárcel, bajo fianza, el último de los imputados. En septiembre de 2011 se hizo público que Teddy Bautista había gastado 293.000 euros en tres años en hoteles de lujo con cargo a la entidad. Otros imputados hicieron cargos con tarjetas por valor de más de 365.000 euros en dos años. En octubre de ese año se produce la detención de Pedro Farré. *(Esta nota y las siguientes son del editor.)*

* Político del Partido Popular, secretario de Estado de Cultura en el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, entre 2011 y 2016. En la actualidad es secretario de Estado de la Sociedad de la Información y Agenda Digital. Por entonces, finales de los años noventa, era un joven profesor que preparaba su tesis doctoral.

* Los orígenes de la actual SGAE se remontan al siglo XIX, cuando los hermanos Álvarez Quintero, los escritores Carlos Arniches y Sinesio Delgado, los compositores Rafael Calleja y Roberto Chapí, junto con otros creadores, fundaron en 1899 la Sociedad de Autores. La Sociedad General de Autores de España surge en 1941, refundada en 1995 como Sociedad General de Autores y Editores.

* Bureau International des Sociétés Gérant les Droits d'Enregistrement et de Reproduction Mécanique, un organismo europeo cuya sede está en Francia y que representa a 55 sociedades de 59 países.

** Confederación Internacional de Sociedades de Autores y Compositores, presidida por el músico francés Jean-Michel Jarre, que representa a 230 sociedades de autores de 120 países.

* Las redes *peer to peer* (P2P) permiten que dos o más personas se comuniquen y compartan información sin necesidad de un servidor central que facilite la comunicación y haga de intermediario.

Cazado
Pedro Farré

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Javier Lizón - Efe

© Pedro Farré López, 2017

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

ISBN: 978-84-9942-566-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S.L.L.
www.newcomlab.com